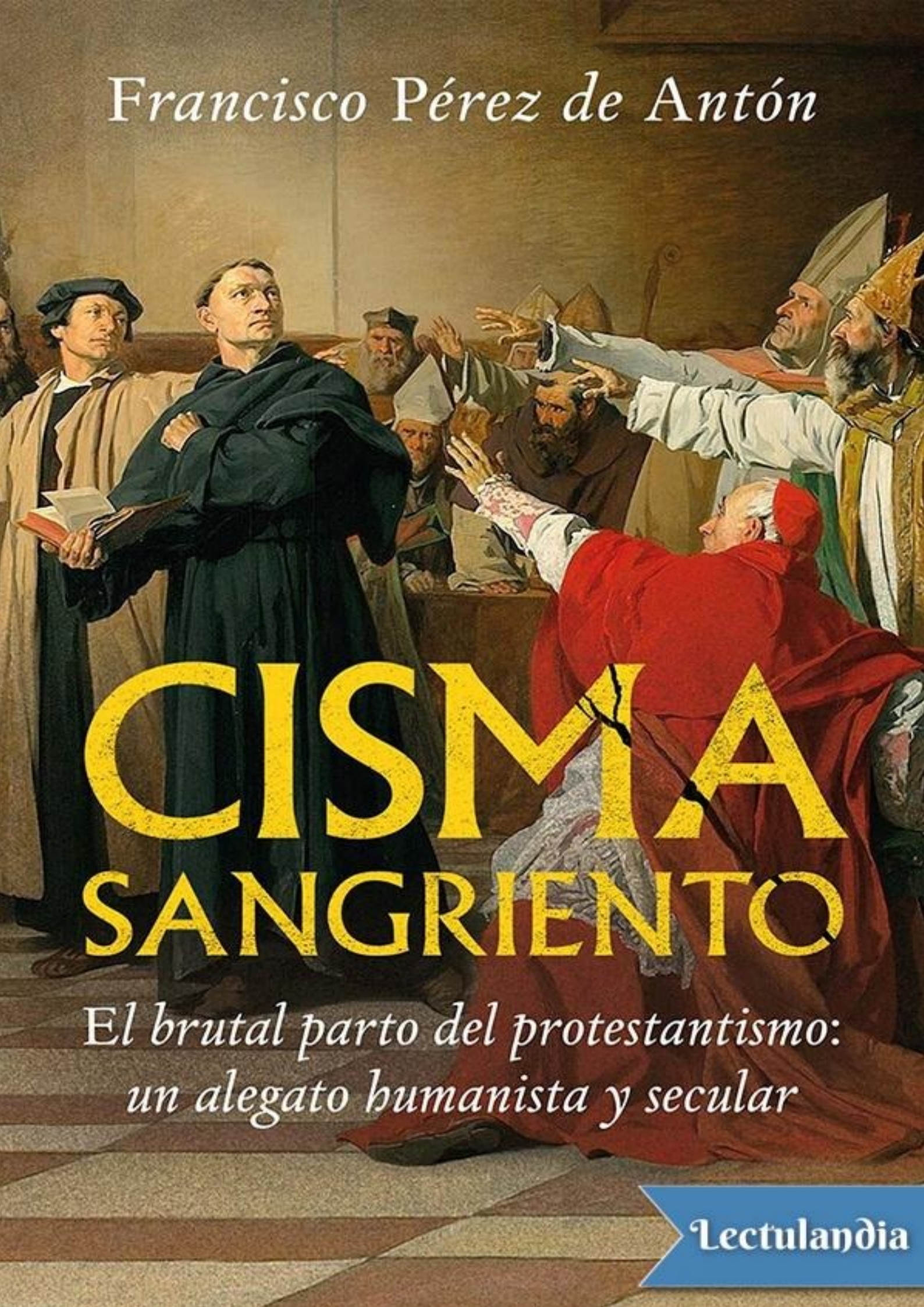


Francisco Pérez de Antón



CISMA SANGRIENTO

*El brutal parto del protestantismo:
un alegato humanista y secular*

Lectulandia

El 31 de octubre de 1517, un fraile de 34 años clavaba en la puerta de la capilla del castillo de Wittenberg un manifiesto de protesta contra el papa y la Iglesia de Roma. Los alcances de este acto, en apariencia intrascendente, serían sin embargo pavorosos. El continente europeo se vio arrasado por cruentas guerras de religión. Las masacres, los crímenes, las hambrunas y las epidemias fueron terribles y los muertos se contaron por millones.

La historia oficial, ya protestante, ya católica, suele ocultar esas atrocidades con un velo de silencio y decora a sus protagonistas con auras de santidad. Nada más impropio e injusto. La escisión del cristianismo provocó una serie de conflictos armados que se extendieron por más de un siglo y en los que clérigos y pastores sacralizarían el derramamiento de sangre humana con una fiereza y un fanatismo parecidos a los de los ayatolás, yihadistas y talibanes de nuestros días.

Cisma sangriento desvela esta realidad, rara vez expuesta a los ojos del público, con un enfoque humanista y secular cuando se cumplen 500 años de haberse iniciado la rebelión. Escrito con una prosa amena y fluida, *Cisma sangriento* es un libro absorbente que se lee con el mismo interés que se leería un relato de terror o una novela negra.

Lectulandia

Francisco Pérez de Antón

Cisma sangriento

El brutal parto del protestantismo: un alegato humanista y secular

ePub r1.0

Titivillus 07.06.18

Francisco Pérez de Antón, 2016

Diseño de cubierta: Daniel Bolívar

Ilustración de cubierta: Emile Delperée, *Luther op de Rijksdag te Worms, 1878*

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*Dedicado a Borja, Íñigo, Inés, Beltrán y Iulia para que lo lean cuando
sean mayores*

Apenas hay en Europa ciudad o pueblo donde no haya corrido la sangre por disputas religiosas. Y digo que, si su población ha disminuido sensiblemente, es porque se asesinaba a las mujeres y a las niñas tanto como a los hombres. Digo que Europa estaría un tercio más poblada si no hubiera habido conflictos teológicos. Digo, en fin, que lejos de abominar aquellos horribles tiempos, hay que recordarlos para inspirar horror eterno.

VOLTAIRE (1694-1778),
Tratado de la tolerancia

1. EL SESGO PERVERSO DE LOS HOMBRES PIADOSOS

Los hombres nunca hacen el mal de manera tan gozosa y plena como cuando lo perpetran en nombre de sus convicciones religiosas.

BLAISE PASCAL (1623-1662),
Pensamientos

Sorprende al observador de nuestro tiempo y al curioso de la historia que la Revolución Protestante no haya tenido los ecos de otras menos sangrientas y crueles, como por ejemplo la mexicana o la francesa. De bárbaras convulsiones, como las de Bosnia y Vietnam. De dolorosas guerras civiles, como la norteamericana y la española. De espantosos genocidios, como los de Armenia y Ruanda. O de contiendas letales, como las de las guerras napoleónicas. Cualesquiera de esas mortíferas refriegas despiertan hoy mayor interés que la de la Revolución Protestante, pese a haber segado esta última más vidas que todas las degollinas citadas más arriba *juntas*.

El motivo del vacío quizá se deba a que el auge del protestantismo en el mundo de habla hispana es un fenómeno reciente y a que el interés por las causas de su advenimiento no se ha despertado hasta hace poco. Con todo, más probable parece que ni a los predicadores evangélicos ni a los católicos les seduzca lo más mínimo explicar que los causantes de tan horrenda sangría fueron sus antecesores en el púlpito. Y es natural que sea así. El sermón dominical trata de todo aquello que se quiere creer. La historia real, en cambio, trata de todo aquello que no se quiere o no se puede creer. Y la Revolución Protestante es pródiga en historias increíbles. De ahí el estado de ignorancia, o de negación, en torno a aquella descomunal matanza de la que ahora se cumplen quinientos años y que una y otra bandería esconden y justifican reducida al infantil sonsonete de «nosotros somos la verdadera Iglesia» o al irresoluble altercado teológico según el cual el hombre se salva por la fe en lugar de por la fe y las obras.

Tampoco les gusta llamar cisma al entuerto. Y menos revolución. Prefieren denominarlo «reforma». Los clérigos han preferido siempre el remilgo verbal a llamar a las cosas por su nombre. Siguen con entusiasmo la regla que cierto periodismo utiliza a menudo: no permitas que la verdad arruine una buena historia. Y la bochornosa verdad que echa a perder su santurrón versión del cisma es que fueron ellos, los clérigos de uno y otro bando, los instigadores de la cruenta desgarradura que escindió el cristianismo en dos ramas irreconciliables y que cualquier otro nombre que se quiera dar a la contienda solo puede ser un eufemismo. El cambio fue demasiado radical como para designar con el pudibundo nombre de «reforma» —un término evocador de cambios razonables y juiciosos— a una de las más sangrientas guerras de la civilización judeocristiana.

El museo de los horrores erigido por el cristianismo a lo largo de su historia es ubérrimo y fecundo. Persecuciones, cruzadas, invasiones, genocidios, torturas, hogueras humanas, calabozos, cepos, martirios, mutilaciones, conversiones forzadas y terrorismo son algunas de las muchas obras de arte que atesora. Pero si hay una a la que volver los ojos atónitos, digamos un *Guernica* o una *Gioconda*, esa es la Revolución Protestante. Resulta difícil encontrar en la historia de las religiones un conflicto tan brutal y tan prolongado, pues se extendió más de un siglo. Instigado por el fanatismo y la intolerancia de dos bandos de teólogos exaltados, el cisma dividió naciones y comunidades, destruyó millones de vidas y devastó numerosos patrimonios culturales. Cómo ministros de un mismo Dios y un mismo credo y cómo una religión fundada en la paz, el amor y la misericordia pudieron encadenar tal secuencia de crímenes contra la humanidad, sigue siendo motivo de asombro en toda persona medianamente sensata. Pero tal vez sea el encubrimiento, como queda apuntado, la causa de que los odios y los horrores del conflicto no hayan sido divulgados como merecen. Los clérigos son gente muy pulcra a la hora de esconder sus basuras bajo las alfombras y solo cabe suponer que sea esa la razón de que pasen por encima de la Revolución Protestante como sobre carbones encendidos.

El léxico, sin embargo, no es el único desván donde reverendos y pastores suelen ocultar las cosas. Hubo un tiempo en que maleantes y pícaros buscaban refugio en los templos para protegerse de las autoridades civiles. En parecida manera, «acogerse a sagrado» ha sido el recurso favorito de la clerecía para esconder sus delitos. Pero si hay un grupo señero entre tan distinguida comunidad de refugiados, ese es el que integran las luminarias del cisma cristiano del siglo XVI, sin hacer distinciones entre buenos y malos, ni señalar a quienes tuvieron a Dios de su parte, pues si lo primero es asunto discutible (los dos grupos fueron igual de sanguinarios y violentos), lo segundo sería materia muy difícil de comprobar.

Hay un rasgo que, no obstante, amalgama a ambas facciones empeñadas por aquellos días en perseguir y ejecutar a todo el que no comulgara con ellos. Y fue ese, el acogerse a sagrado, vale decir, el justificar sus crímenes (ahora los llaman *errores*) tras la voluntad o la palabra o el designio divinos. Intolerantes y rencorosos, aguijoneando aquí y allá el odio entre cristianos, aquellos santos varones se arrojaron unos a otros como lobos y arrastraron en su ceguera a mujeres, niños, ancianos, campesinos, ejércitos, príncipes y testas coronadas a un conflicto en el que habrían de perder la vida trece millones de personas.

Justo es admitir, así y todo, que la primera intención de los rebeldes fue depurar el cristianismo y evitar su destrucción. Y con ese fin exigieron que se purgara la Curia romana y se les concediera el derecho a interpretar las Escrituras sin sujetarse al corsé doctrinario que les imponía Roma. El papado no era una institución divina, decían, sino humana, y la única verdad residía en las Escrituras, no en el papa. Pero, como

ocurre con frecuencia en las revoluciones, pronto perdieron la brújula y su conducta y sus actos se tornaron tan parecidos a los de los papistas que no se distinguirían gran cosa de estos últimos.

Cuesta asimismo encajar a los líderes de ambos grupos en la categoría de personas ejemplares. Tampoco eran gente sabia. Aliados de la superstición y la ignorancia, estaban convencidos de que el Paraíso estaba más allá de las nubes, y el aire, un espacio poblado por demonios. Erasmo ya había denunciado en sus días la ignorancia de frailes y clérigos, pues muchos no sabían leer o cantaban los salmos «pronunciados, pero no entendidos». Y los pocos de ellos que *sabían* eran doctos en mitos trasnochados, visiones neuróticas, historias sin certificar y escolasticismos marchitos. Creían estar, eso sí, en posesión del conocimiento divino y con este versado saber manipulaban las voluntades de príncipes y monarcas o daban razón de cuanto sucedía en el mundo. Europa era por aquellos días un continente gobernado por el pensamiento mágico y de tan calificados personajes, los teólogos, habrían de surgir las pasiones y pulsiones que suscitarían la barbarie.

Ni Lutero, ni Calvino, ni John Knox fueron personas piadosas, vaya eso por delante. Tampoco Müntzer o Jan de Leiden. Los hombres que prendieron la mecha de la Revolución Protestante eran clérigos abrasados por el fanatismo religioso y la obsesión de suprimir al adversario en el fraterno y parecido modo que la Iglesia de Roma deseaba exterminarlos a ellos. Se entiende que sus sucesores y epígonos los idealicen hoy por haber liberado del «yugo romano» a una parte de la cristiandad, lo que no es pequeño mérito. Son sus adelantados, sus fundadores, sus héroes. Pero cuando se les examina de cerca, no es posible evitar la convicción de estar frente a un manojo de hombres empujados por una furia teológica, cercana a los de los fundamentalistas más violentos y agresivos de nuestros días.

No se quedan atrás Clemente VII, Pablo III, Sixto V o Inocencio X, nombres seleccionados entre una distinguida lista de veinte pontífices que se complacieron en mantener al rebaño aterrorizado con persecuciones y hogueras inquisitoriales, que durante más de un siglo se empeñaron en una guerra de todo o nada contra los rebeldes y que, cuando al fin llegó la paz, renegaron de ella. ¿Y qué decir de los jueces e inquisidores dominicos, para quienes incinerar un hereje nunca fue pecado ni crimen y que durante cientos de años dictaron las inclementes sentencias del Santo Oficio? Sobre su conciencia y su historia pesan las crudelísimas e injustas ejecuciones de miles de seres humanos, culpables únicamente de ver a Dios de un modo distinto al de ellos. Con los jesuitas, conspiradores de oficio y provocadores de motines, magnicidios y atentados terroristas, los dominicos comparten los honores de aquella sangrienta cruzada promovida por la Iglesia de Roma. Guerra sin tregua al hereje y cero tolerancia religiosa era su consigna. Había que fumigar la pestilencia y exterminar a las ratas hasta no dejar ni una.

De los hombres piadosos se espera que protejan el rebaño. No fue así. Muy al contrario, lo arrastraron sin piedad al precipicio y a la muerte. En lo más íntimo de su

ser latía un sesgo perverso que les impelía al poder, a la guerra, a la codicia y a otras pasiones secretas. Los héroes y los santos de la Revolución Protestante se dejaron deslizar por esas escarpas y cuando el conflicto se encendió, hicieron a un lado la caridad, la compasión, los buenos sentimientos y todas aquellas virtudes que adornan, o deberían adornar, a los pastores de almas. Los rebeldes dirán a Roma, mano al pecho: «Los textos sagrados han sido desfigurados por vuestras espurias doctrinas y vuestra conducta ha corrompido la Iglesia cristiana. Eso hace de nosotros la Iglesia legítima y los auténticos intérpretes del Evangelio». Los papistas, a su vez, poseídos de una arrogancia parecida, si bien más pomposa y airada, pues tenían el poder, colocarán a los rebeldes el índice entre ceja y ceja y les espetarán su dogmatismo de esta guisa: «La ignorancia no puede borrar mil quinientos años de saber acumulado por tantos sabios. Nosotros somos los que realmente entendemos de estas cosas. La verdad revelada es solo una. Y esa verdad es la nuestra».

Un teólogo es alguien que se enfrenta a otro teólogo por cuestiones sobre las cuales ninguno de los dos está seguro, pero por las que ambos serían capaces de matarse. Y la llamada «reforma» sería el caso real más cercano a este añejo aforismo. No solo había arrogancia en ambas partes sobre verdades no verificables, sino también un odio siniestro y un rabioso afán de colgar al otro por los pulgares, abrirle el vientre y descuartizarlo vivo. Poner la otra mejilla, buscar el entendimiento o prodigar la caridad y el amor al prójimo, eso quedaba para los fieles. Los clérigos tienen privilegios, y el «no matarás», excepciones. Unos y otros, revolucionarios y reaccionarios, procedían de un mismo linaje, el de la Iglesia de Roma, y eso puede que lo explique todo. O casi todo. Cada facción proclamaba que la salvación del hombre solo podía ser explicada por medio de una teología: la suya. Y con el mismo énfasis que la ultramontana Roma rechazaba toda rectificación y todo cambio, los separatistas —de tal palo, tal astilla— justificaban sus actos arguyendo que se limitaban a combatir al Anticristo y a interpretar literalmente la palabra de Dios.

Si amar al prójimo es reconocerse en alguien que no es como uno, ni piensa como uno, aquella enajenada clerecía distaba mucho de practicar tal principio. Las tres mayores taras del monoteísmo se habían concitado en ellos. Por su terquedad en examinar la vida del hombre únicamente con el prisma de la teología eran reduccionistas. Por su obsesión de pastorear a los fieles mediante una interpretación literal de los libros sagrados, fundamentalistas. Y por su negativa a aceptar la depuración de una iglesia corrupta y venal, integristas. La triada perfecta: tres virtudes teologales nacidas de la intransigencia por parte de quienes se proclamaban —eso sí, a coro— enemigos del humanismo y la razón.

Con frecuencia se lee o escucha que la Revolución Protestante fue un movimiento que buscaba la libertad intelectual de los cristianos. Pero ¿qué libertad intelectual podían promover unos hombres que despreciaban el intelecto, la razón y las

corrientes humanistas de su tiempo? «La razón es el mayor enemigo de la fe», decía Lutero. Calvino consideraba al ser humano poco más que estiércol de vacuno. Y Roma veía en los valores del humanismo una amenaza a su hegemonía. Unos y otros alababan y exaltaban con fervor la humanidad de Cristo, pero les importaba muy poco la del resto de los hombres. De resultas, lo humano no llegaría nunca a penetrar en sus mentes endurecidas por la mitología, la escolástica y el oscurantismo.

La «dignidad de la persona humana» —frase con que a los clérigos se les llena hoy la boca cuando la mencionan desde un púlpito— jamás saldría de sus labios ni se alojaría en su corazón. Eso era asunto de los humanistas, quienes, por cierto, debían ser quemados vivos por ocurrírseles doctrinas tan extrañas como que el número de costillas de la mujer era el mismo que el del hombre, cual sostenía el médico belga Andreas Vesalio, padre de la anatomía moderna, ya que, como era de dominio público, una de las costillas de Adán había sido usada por Dios para crear a Eva y, de resultas, los hombres tenían una menos. Vesalio sería perseguido por sostener que el número era el mismo, lo cual revela que la superstición y el fanatismo suelen ser fruto a menudo de la estupidez más acreditada.

Y si la medicina era objeto de prohibiciones y censuras, qué decir del resto de las ciencias, la filosofía o la ética. De necio e indecente fue tratado Copérnico por Lutero y Melanchthon. Y cuando el joven Pico della Mirandola (apenas 24 años) quiso publicar su *Discurso sobre la dignidad del hombre*, el papa Inocencio VIII ordenó suspender la edición de las tesis que lo componían, luego de que una comisión investigadora revisara el texto y lo condenara por herético.

Pocos han pisoteado la dignidad humana con tanto fervor como los clérigos de la «reforma», dignidad que, a juzgar por lo que dicen hoy sus epígonos, pareciera haber sido inventada por ellos. Ni los papistas ni los insurrectos podían consentir que alguien dijera que la dignidad humana era el mejor regalo que Dios le había dado al hombre, pues este era un ser indigno de tan generosa dádiva, un desgraciado nacido del lodo que debía besar el polvo cada día si quería obtener la misericordia de Dios. Y es difícil excusarlos, pues los humanistas no buscaban desplazar a Dios de la vida de los hombres. Pensaban, eso sí, que el ser humano podía elevarse a una altura mayor de la que las jerarquías religiosas le permitían. Mas, para ello, el ser humano debía dejar de negarse a sí mismo, cual era la exigencia de los clérigos, y aprender a estimarse y a educarse y a hacerse respetar como el ser de dignidad que era.

La corrupción de la Iglesia de Roma había llevado a los humanistas a la conclusión de que la fe no garantizaba la virtud y que el hombre podía ser más humano gracias al conocimiento. Y fueron ellos, los humanistas, y no los clérigos, quienes pondrían ante los ojos de la cristiandad el valor de la «persona humana», esa de la que hoy tanto se jactan los predicadores, así como la idea de transformar una cultura diseñada por eclesiásticos para provecho propio en otra elaborada por laicos para beneficio del hombre común.

No hay revolución sin injusticias ni crímenes. Y los responsables de aquella carnicería que fue la Revolución Protestante no estuvieron libres de cometer esas y otras iniquidades. Pero el cieno que los embarra es más repugnante que el de cualquier otra convulsión social, pues, para conseguir sus fines, se valieron de un presunto mandato sagrado. Su intransigencia doctrinal, su religiosidad deformada por las pasiones políticas, sus odios, sus rencores y su sistemática supresión del disidente embadurnan todavía más, si cabe, una crónica que, como la del cristianismo, está repleta de atropellos y desmanes.

Ninguna justificación, por tanto, podría absolver hoy a unos hombres que, valiéndose de las Escrituras y el nombre de Dios, hicieron de la fe cristiana su blasón para ejecutar herejes, achicharrar brujas, incitar masacres y destruir imágenes y templos, al paso que compartían de consuno el avieso placer de ver al adversario alanceado, descuartizado, reducido a cenizas o con las entrañas por fuera.

La Iglesia de Roma invocaría el *libre albedrío*, nombre que los teólogos medievales habían dado a la potestad del hombre —y no de Dios— para salvarse. Los luteranos convocarían al *libre examen*, nombre con el que bautizaron el derecho de cada creyente a interpretar los textos sagrados a su manera. Los más moderados demandaban de Roma *libertad de conciencia*. Y los más radicales, la *libertad de vivir la pobreza del Evangelio*. Pero rara vez se ha visto en la historia hipocresía mayor que la de aquella clerecía desmandada, pues ninguna persona era libre de pensar o creer, ya que sobre ella pendía la amenaza de la tortura, la cárcel, la hoguera, la horca o el destierro. ¿Cuándo la Iglesia de Roma permitió que la libertad del hombre fuese el emblema del cristiano? O como dos siglos más tarde escribiría John Adams, el prócer norteamericano, ¿dónde se ha visto que una confesión protestante haya tolerado nunca el *free inquiry*, el libre examen?

Romanos y no romanos compartían la misma forma de pensar: suprimir toda iniciativa que liberase al hombre común de los dogales y mordazas que lo subyugaban y mantenían en estado de servidumbre bajo la tutela del altar y el trono. La libertad fue siempre para ellos una bruja más que debía ser arrojada a las llamas. Y los habitantes de Roma, Ginebra, Zurich, Baviera o Edimburgo atestiguarían hoy, si pudieran, la sed que aquellos hierofantes mostraban por sacralizar el derramamiento de sangre humana con una fiereza parecida a la de los ayatolás, yihadistas y talibanes de nuestro tiempo. Su locura no respetaría edad, género, cultura, nacionalidad ni etnia, y merced a ellos comenzó a soplar «el viento de la matanza», una incontenible sucesión de guerras, masacres, ejecuciones y hambrunas que dejarían trece millones de cadáveres tendidos en los campos, las plazas y las cárceles de Alemania, Suiza, Francia, Bohemia, España, Italia, Inglaterra, Escocia, Suecia, Dinamarca o Irlanda.

¿Cómo naciones civilizadas, promotoras hoy de la paz, la libertad y los derechos humanos, y estandartes de la convivencia y la justicia, pudieron verse alguna vez implicadas en semejante monstruosidad? ¿Y con qué autoridad moral critican hoy —

el Vaticano incluido— los procesos políticos y sociales de países menos desarrollados cuando, ni por asomo, estos últimos han alcanzado nunca el grado de salvajismo en que ellos —el Vaticano incluido— incurrieron?

Doctores tiene la Iglesia que no sabrán responder. Y si lo saben, no querrán hacerlo. Tampoco lo harán las confesiones evangélicas. Ninguno hizo lo más mínimo por impedir que la barbarie se apoderara de la cristiandad ni de que la guerra entre sus fieles se convirtiera en uno de los episodios más pavorosos y sombríos de la civilización. El martirologio de los débiles, los indefensos y los inocentes, soterrados bajo el peso de la violencia sagrada, no puede ser más trágico. Miguel Servet, Jan Hus, Thomas Moro, Savonarola, Zuinglio, muertos en la pira, el cadalso o el campo de batalla, devienen pobres comparsas ante las legiones de seres humanos que hubieron de sufrir la violencia desencadenada por los hombres de Dios.

Suele ser común que a los líderes de aquel conflicto, como por ejemplo León X y sucesores, Lutero, Calvino, los jesuitas o Enrique VIII, se les justifiquen sus malas andanzas con la confortable y tierna expresión, según la cual, «eran hijos de su tiempo». Admirable hasta dónde puede llegar la hipocresía eclesiástica. A nadie en su sano juicio se le ocurriría, por ejemplo, justificar con tal pretexto a Stalin, Hitler, Pol Pot, Idi Amin Dada o Bin Laden, que también fueron hijos de su tiempo. El haber nacido en un determinado período de la historia no les exime de haber sido unos asesinos, por la misma razón que el argumento no absolvería tampoco a narcos o traficantes de personas. De manera que si toda la indignación moral que los cristianos de hoy pueden experimentar por lo que reformistas y anti-reformistas hicieron ayer es esa, apaga y vámonos.

Se dice también que no se debe juzgar con criterios de hoy los sucesos ocurridos ayer y que es tendencioso emitir juicios sobre el pasado con criterios del presente. La alusión tampoco es admisible, al menos desde un punto de vista moral, pues los mandatos esenciales del cristianismo estaban inscritos en los Evangelios desde mil quinientos años antes de que tuviera lugar la escisión. Ciertamente que la cultura y las leyes de aquel tiempo eran distintas a las de hoy, pero sus protagonistas no lo eran. Todos eran tan cristianos como los de nuestros días, a no ser que aquel cristianismo fuera diferente y que, en vez del «amarás a tu prójimo como a ti mismo», ordenara asesinarlo sin contemplaciones.

No hay excusa, en definitiva, para justificar y menos aún para indultar a los causantes de la carnicería. Sería demasiada merced. La violencia religiosa es atemporal: los Balcanes, Irlanda del Norte, el terrorismo islámico, Irak, el Líbano podrían dar fe de este aserto. La barbarie de rostro sagrado es una enfermedad siempre latente que seguirá rebrotando mientras haya clérigos y teólogos insensatos que la espoleen y enciendan.

Parecieran juicios demasiado duros para un tiempo como el actual, repleto de

perdones públicos y de correcciones políticas. Los siglos atenúan los odios, se dice, y restañan las heridas. Nada de eso, sin embargo, absuelve al protestantismo ni a la Iglesia de Roma de los gravísimos delitos contra la humanidad que cometieron, por más que se den golpes de pecho, pidan ahora perdón o interpreten con fariseos melindres las danzas de la reconciliación y el abrazo fraterno.

Perdonar los delitos de ayer, además, ha sido el interesado y frecuente contrapeso a esa coartada de la que dictadores y teócratas se han valido a menudo para justificar sus crímenes. «La posteridad me juzgará», dicen unos. Y otros, «Dios me absolverá», que ya es arrogancia. O si no arrogancia, astucia, pues confían en que se les juzgue en el futuro con criterios diferentes a los de su tiempo. Y así viene a ocurrir que, llegada la hora del juicio, el tribunal de la historia se inhibe, pues, por lo visto, no es propio enjuiciar a los criminales de ayer recurriendo a las normas morales de hoy.

El caso de la Revolución Protestante y de los hombres que la hicieron o combatieron es parecido. No seamos injustos con ellos, gustan decir sus apologetas. Hicieron lo que pudieron y el resultado no fue tan malo, después de todo. Lo cual sería lo mismo que decir: no seamos injustos con quienes derribaron las Torres Gemelas y asesinaron allí a tres mil personas. O que el fin *santifica* los medios, ese jesuítico lema que pretende justificar lo injustificable. Reformadores y anti-reformistas pertenecen a un evidente prototipo de convicto, el promotor del terrorismo sagrado, y pocos de ellos se salvan, por más que la salvación haya sido el propósito de sus desvelos.

Juzgar las intenciones, en definitiva, no es justo. Si cada acusado tuviera el derecho de aducir que las suyas fueron buenas, el juez no llegaría a ninguna conclusión. De las mejores intenciones, además, suelen venir las peores consecuencias. Lo justo es juzgar el crimen, no justificarlo. Y dada la insistencia de quienes, con gesto de no haber sido comprendidos en vida, solicitan que sea la posteridad y la historia quienes les juzguen, en lugar de los hombres y mujeres de su tiempo, lo que sigue es el veredicto que la historia y la posteridad les hacen a aquellos cristianos pastores, sin gloria merecida en este mundo —y muy dudosa en el otro—, por su fanatismo, su impiedad, su doble moral («haz lo que digo, no lo que hago») y su sistemática traición a los principios y valores que impartían.

2. SE VENDE PARAÍSO A BUEN PRECIO, OIGA

Los hombres están inclinados por naturaleza a creer que los demás seres humanos son virtuosos: esta es la gran ventaja de los impostores y los estafadores.

ABAD FERDINANDO GALIANI (1728-1787)

En las revoluciones religiosas, ninguna experiencia es capaz de hacer ver a los fieles que están siendo embaucados debido a que, para comprobarlo, deben ir primero al cielo.

GUSTAVE LE BON (1841-1931),
The Psychology of Revolutions

La calamidad que estas páginas pretenden enjuiciar comienza a mostrar su cresta cierta mañana de otoño de 1517, cuando una ruidosa comitiva que recorre los principados alemanes con estandartes, pífanos, tambores y una enorme cruz de color rojo llega a la pequeña ciudad amurallada de Jüterbog, unos setenta kilómetros al sur de Berlín. A la cabeza del séquito, subido a una mula torda, cabalga un orondo y voluminoso dominico llamado Johann Tetzel. Por entre los figurantes que se mueven en el cortejo sobresalen dos cofres reforzados que se zarandean sobre los lomos de sendas acémilas. Hombres, mujeres, ancianos y niños han salido a recibir al famoso y elocuente fraile, en tanto las campanas de los templos dan gozosa bienvenida a la procesión. El dominico tiene por costumbre predicar en el interior de las iglesias, pero la mañana es tan agradable que hoy ha decidido hacerlo al aire libre. Y el lugar se presta a ello por bucólico y evocador: una pequeña plaza medieval, con tenderetes blancos por entre los que circulan viandantes, artesanos, campesinos, cuentacuentos, menestrales y gentes de toda condición.

Tetzel aguarda a que le armen una tarima al pie de un roble y, cuando el sol ya se ha alzado sobre los tejados de la villa, se sube al improvisado púlpito y con poderosa voz comienza a declamar desde allí un encendido sermón sobre los tormentos del Purgatorio.

Como todo cristiano sabe, y si no más vale que lo vaya aprendiendo, explica Tetzel, el Purgatorio es un lugar de purificación para aquellas almas que, sin haber muerto en pecado mortal, no han pagado por las faltas en que incurrieron durante su vida terrena. La confesión absuelve los pecados, sí, pero al pecador le quedan por pagar las *penas temporales* que sus culpas merecen. ¿Y qué es eso de las penas temporales?, se pregunta, retórico, Tetzel. Muy sencillo, el imprescindible sufrimiento físico que comporta purificar el desorden que el pecado ha introducido en las almas de los hombres, penas que se han de sufrir para que el cristiano quede libre de impurezas.

No nos engañemos, advierte, severo, el dominico. Los pecados no se perdonan con un *ego te absolvo*, tres salves y un padrenuestro. La cosa no es así de fácil. El

perdón definitivo, la total limpieza del alma, exigencia imprescindible para entrar al Paraíso, se alcanza solo después de pasar una temporada en el Purgatorio. Y librarse de él cuesta dinero, ¿estamos?

La idea de un lugar así no es muy cristiana que se diga. Viene de otras religiones. Pero durante mil doscientos años los fieles no habían tenido que preocuparse por él, pues no sabían de su existencia. Virgilio lo había insinuado en la *Eneida* —«se ven espíritus puros agitarse en los aires a merced del viento o ahogados en las aguas o quemados en las llamas, y de este modo las almas se limpian y purgan»— y antes que él, los brahmanes de la India. En el siglo XIII fue incorporado, sin embargo, al cristianismo y ahora, en el XVI, es dogma irrefutable de la Iglesia de Roma.

El motivo para incorporarlo al cristianismo había sido doble. En primer lugar, el Purgatorio y las ánimas benditas eran la obligada réplica del antiquísimo culto pagano a los muertos que la Iglesia había transformado en un potaje de rezos, ritos, misas, triduos, novenas y limosnas. Sobre todo limosnas. El segundo, pero no menos primordial propósito de cristianizar el invento, había sido de naturaleza económica. El Purgatorio prometía ser una lucrativa ventanilla de ingresos que podría aliviar las frecuentes tensiones del *cash flow* eclesiástico, una auténtica mina de plata que hasta nuestros días sigue produciendo réditos.

El Purgatorio devino así el apeadero forzoso, la estación intermedia obligada en el largo y empedrado trayecto que conduce al Paraíso. Únicamente los santos podían viajar sin detenerse hasta arribar al Cielo.

—Pero vosotros, carne pecadora —clama esa mañana Tetzal—, no sois santos y tenéis que hacer parada y fonda en el Purgatorio.

Recobrar el Paraíso ha sido desde siempre una propensión compulsiva en el hombre occidental, comoquiera que aquel se conciba. En el Paraíso, como es sabido, no se necesita ser inteligente. Solo se requiere ser ingenuo. Lo que no es un agravio en modo alguno. De la lógica del *Génesis* se deduce al menos que, en cuanto alguien ingiere la fruta del conocimiento, debe ser expulsado del jardín, lo que significa que allí solo pueden residir los ignorantes y los crédulos. Octavio Paz habría incluido tan maravilloso lugar entre las «trampas de la fe», pero los vecinos de Jüterbog están dispuestos a pagar lo que sea para entrar allí. Las guerras, las pestes y el hambre los acosan desde hace más de un siglo. La gente se acuesta con la muerte y se levanta con ella. De ahí que tengan la salvación del alma como un apremio vital.

Hay otros paraísos, desde luego, como el Valhalla (nórdico), el Séptimo Cielo (hebreo), la Yanna (islámico) o los Campos Elíseos (romano) a los cuales es más fácil acceder. Pero alcanzar el Paraíso cristiano es un auténtico viacrucis. Para empezar, sus puertas están cerradas a cal y canto. Lo dicen las Escrituras: luego de expulsar del Paraíso a Adán y Eva, Dios había situado ángeles guardianes a la entrada, así como una espada de fuego que se blandía ella sola en el aire y amenazaba con sus estocadas

a todo el que se le ocurriese acercarse al árbol de la vida eterna.

Nada, sin embargo, comparable a los obstáculos que los herederos de la pareja originaria habrían de encontrar más tarde para volver al jardín. Pues en adelante no serían Dios ni sus ángeles quienes les cerrarían el paso. Tampoco el espadón volador. Lo hará la Iglesia de Roma, cuya burocracia habrá de imponer toda clase de pejiugeras y estorbos a quienes se les ocurra allegarse a los collados eternos.

De entrada, siete signos visibles, a modo de huellas dactilares o señas de identidad, que el cristiano deberá actualizar a cada poco si quiere volver al jardín. Se llamarán sacramentos y los fieles deberán pagarlos a tocateja en las ventanillas eclesiales. Eso sin contar otras gabelas, como diezmos, primicias, tributos, cepillos y menudencias por el estilo. Siempre hay algo que pagar a los pescadores de almas: que si diezmos, que si regalías, que si bula de la Santa Cruzada, que si las andas de san Vladimiro, que si las flores del Altar Mayor. Una carga muy pesada para los fieles más pobres y motivo de que el Purgatorio esté repleto de gente, pues la mayoría abandona este valle de lágrimas sin haber cancelado las penas temporales que adeudaban.

Pero este luminoso día de otoño los vecinos de Jüterbog están de enhorabuena, pues Tetzal ha venido a la villa como mensajero celestial para informarles que, solo por hoy, oiga, solo por veinticuatro horas, ni un minuto más ni uno menos, el Paraíso se podrá adquirir a precio de saldo.

La historiografía protestante ha tenido siempre a Tetzal por un charlatán zafio e inculto. En su *Sermón de la Indulgencia y la Gracia*, Lutero lo califica ya como «hombre de cerebro confuso que nunca ha oído una Biblia». El líder de la Revolución Protestante exageraba, como era habitual en él. Y también lo hacen hoy día los historiadores evangélicos. Pero Tetzal no era un mal teólogo, si es que acaso los hay buenos. Se limitaba a decir lo que le habían dicho que dijese para hacer caja, introducir el producto de la venta en los cofres que trae consigo sobre sendas mulas y llevárselos al arzobispo de Maguncia. Un charlatán es, además, un tipo que seduce e impresiona, virtudes no poco estimables que se podrían aplicar hoy a cualquier tele-evangelista, sin que por eso haya que tildarlo de sacamuelas. Otro tanto se podría decir de un buen abogado o un orador político. La verba posee carisma, sobre todo entre una audiencia de analfabetos como la que tiene Tetzal ante sí.

Lo bueno de un charlatán es que sabe conquistar la admiración de su audiencia con el don de volver verosímil aquello que no lo es. Lo malo, es que a menudo vende fantasías y no siempre su producto cumple con las expectativas que crea. Y lo pasmoso, es ese sonoro artificio, ese palabrero montaje con que sugestiona y emociona al público para realizar la venta. Y Johann Tetzal, un experto en contagiar multitudes con el miedo al más allá, tiene a la audiencia aterrada. Oyéndolo se diría que el Infierno es el paradero natural de los seres humanos. Pero no es la oratoria de

Tetzel lo que mantiene esta mañana a las gentes de Jüterbog y lugares aledaños en éxtasis. También los ha inmovilizado la atractiva promesa del dominico.

Un mercadólogo de nuestro tiempo diría que sin promesa no se puede vender ningún producto: tiene que lavar más blanco, saber a menta polar o contar con más *megapíxeles*. Y la promesa de Tetzel es poderosa. Promesa y esperanza a un tiempo, pues se trata nada menos que de la salvación del alma. La de los aldeanos que le escuchan, por descontado, pero también la de los parientes fallecidos que aún sufren los suplicios del Purgatorio por no haber cancelado antes de morir las penas temporales que debían.

Por entre la pequeña multitud que escucha al predicador tal vez deambule, sin embargo, uno de esos campesinos desconfiados y cazurros que no creen en nada ni en nadie, ni se les puede vender cosa alguna, uno de esos aldeanos a quien le han salido escamas de tantas veces que le han tratado de engañar gente venida de fuera y que se dice para sus adentros algo así como ¿y no decían que la salvación era gratuita? ¿Cómo es que ahora hay que comprarla?

Es posible también que por la plaza merodee uno de esos estudiantes vagabundos, de vida sensual y relajada, a quien, tras escuchar a Tetzel, se le haya pasado por la mente lo que los gnósticos, una rama del cristianismo de primera hora, pensaban. El espíritu, el alma, decían, se *libera* por el conocimiento y la introspección interior, en contraste con la *salvación* por la fe. Liberarse, o lo que es lo mismo, salvarse, rumiaría el irreverente, no significa en definitiva otra cosa que escapar de los terrores atávicos y culturales que asfixian a estos aldeanos. Como por ejemplo el miedo a la muerte, o al castigo de un Dios severo y airado, o a Satanás, o al fuego eterno. Habrá miedo a todas estas cosas, concluiría el pícaro, mientras haya ignorancia en el mundo y los seres humanos sigan creyendo las fantasías que se inventan los teólogos.

Las multitudes, por suerte, no piensan como el estudiante. Y Tetzel, percibiendo que tiene a la suya en un puño, se entrega a recitar argumentos que exaltan el poder del papa para salvar del Purgatorio las almas de sus ovejas, como Supremo Pastor que es del rebaño. A una tejedora de calzas, no obstante, que por razones de oficio tiene mucho tiempo para pensar, no le hace mucha gracia la metáfora. La tejedora es inteligente y por experiencia sabe que un rebaño está para que lo esquilen y ordeñen los pastores, y que eso es algo de lo que ninguna oveja puede escapar. Y si escapa, le echan los perros encima.

Ah, pero la inteligencia no es una virtud. Y menos en una mujer. Es una debilidad que hace flaquear la fe del cristiano, aclara Tetzel. Y muy peligrosa, por cierto. El alma se ensoberbece a causa del conocimiento que cree tener y cae en un grave pecado que es preciso confesar, purgar... y pagar. Por todas esas razones, el Señor ha ordenado construir el Purgatorio, un lugar donde, según san Agustín —quien por sus descripciones tan realistas y específicas debía conocerlo de primera mano— los suplicios son tan horribles que el más mínimo sufrimiento o dolor de esta vida es nada cuando se le compara con lo que las ánimas benditas sufren en ese horrendo

recinto, donde el fuego las desinfecta y depura.

¡Nobles, mercaderes, esposas, muchachos, jovencitas! —clamorea, textualmente, Tetzal—. Vuestros padres fallecidos y vuestros amigos os suplican desde el fondo del abismo: «¡Estamos sufriendo horribles tormentos de los cuales una pequeña limosna podría librarnos y que, sin embargo, vosotros no queréis dar!». Pensad solo en esto que os digo: por cada pecado mortal que confeséis debéis cumplir una penitencia de siete años, sea aquí o en el Purgatorio. Echad cuentas. ¿Cuántos pecados mortales se cometen en un día, en una semana? ¿Y cuántos en un mes o un año? ¡Innumerables, hermanos! Tan innumerables como serán también las penas que habréis de soportar en tan terrible lugar a causa de ellos.

Pero, ¿qué puede hacer un alma sencilla, un aldeano, una tejedora de calzas, un molinero para evitar ese castigo que en forma tan dramática describe Tetzal? ¿Cómo escapar a tan cruel penitencia y volar directamente al Cielo? He ahí las angustiosas preguntas que agitan los espíritus de quienes escuchan al ardoroso dominico esta mañana de otoño de 1517.

Sin embargo, este benévolo salvador de almas, este elocuente traficante de perdones, trae hoy por suerte la respuesta. Basta comprar una cédula firmada por el papa, la cual agita ante los fieles, para que los pecados sean perdonados y las almas sean salvas.

Traigo indulgencias para todos los bolsillos, les dice. ¿Siete días de perdón? Hecho. Si te mueres en ese tiempo, vas directamente al Paraíso. Es una apuesta arriesgada, claro, porque el plazo es muy corto, pero no te preocupes, hay otras muchas opciones. Puedo ofrecerte cédulas para un mes, un año, cinco, diez, lo que sea, lo que necesites. Todo depende de tu poder adquisitivo. A más tiempo de cobertura, mayor costo, claro está. El riesgo de ir al Infierno se reduce y eso, como es natural, hay que pagarlo. ¿Las ánimas del Purgatorio, dices? Ahí la flexibilidad es mayor y el financiamiento más cómodo. Te puedo ofrecer certificados de rescate de cien, quinientos, mil y hasta cinco mil años. Y si es necesario conmutar una pena de plazo más largo, porque el pariente que arde en el Purgatorio era un Barrabás en vida, bastará con adquirir varios certificados. Tengo incluso indulgencias plenarias y absolutas (*plenissima omnium peccatorum remissio*) que son la Triaca Magna, la Biblia en verso y la purga de Benito sin efectos secundarios.

No hay culpa ni pecado que Su Santidad no pueda redimir, vocifera el dominico. Y agitando el pliego, o por mejor decir, el talismán que lleva en la mano con el sello y la firma papales, promete la pureza del bautismo a todo el que compre un certificado de salvación.

Venid a mí y os daré esta cédula con la cual, aún las faltas que podáis cometer en el futuro, os serán perdonadas.

Son sus palabras sin ponerles ni quitarles una coma. La indulgencia papal absuelve los pecados de los vivos y las penas sin redimir de los muertos. Y hasta exime de la necesidad de confesarse y hacer acto de contrición en caso de peligro de muerte. La póliza papal lo cubre todo y quien la posea tiene garantizado el acceso al Paraíso por la vía rápida. Un *fast track* del que ya quisieran disponer los gobiernos de

nuestros días.

Tetzel ha equivocado su vocación, sin duda. A la vista de una carrera de veinte años vendiendo indulgencias de pueblo en pueblo, es obvio que lo que más le gusta no es ser fraile, sino vender seguros de vida.

De vida eterna, se entiende.

—¿Y cuándo es que el alma redimida abandona el Purgatorio? —inquire un atribulado vecino—. ¿En qué momento empieza a surtir efecto la indulgencia?

—¿He dicho acceso inmediato? —brinca el dominico—. ¿Sí? ¿Lo he dicho en sajón o en arameo? En sajón, ¿verdad? Y no lo has entendido. Dame paciencia, Señor. Mas para que les quede claro a todos, voy a darte una respuesta aún más precisa sobre el momento en que el alma sometida a suplicios sin fin vuela del Purgatorio al Cielo.

Y es en ese momento que Tetzel, haciendo gala de su habilidad para reducir la Teología a aforismos y coplillas, señala a la rendija de uno de los cofres que viajan con él —y al que dos adustos caballeros del séquito no quitan ojo— y responde al aldeano con una trova que, libremente traducida aquí, habrá de comportarle inmortal memoria entre los hombres:

*Tan pronto como tu moneda
haga en mi cofre tilín
la aflicción del alma en pena
tendrá para siempre fin.*

Entre el público hay fieles de la cercana villa de Wittenberg, situada a unos seis kilómetros de Jüterbog, así como algunos estudiantes de su pequeña universidad. Es un lugar donde Tetzel no puede predicar las indulgencias, pues se lo ha prohibido el arzobispo de Maguncia. ¿El motivo? La capilla de la iglesia del castillo de Wittenberg, propiedad de Federico *el Sabio*, Elector de Sajonia, tiene una colección de más de diecisiete mil reliquias, entre ellas una ramita de la zarza que Moisés vio arder, heno del pesebre de Jesús y leche de la Virgen María. Estas reliquias tienen un privilegio. Y es que si se veneran el Día de Todos los Santos, se ganan generosas indulgencias, incluso las plenarias. Los certificados de Tetzel, por tanto, serían una indeseable competencia para Federico, que podría traer indeseables secuelas políticas.

A estudiantes y vecinos llegados a Jüterbog para escuchar al dominico les ha tentado, sin embargo, la oferta del predicador. Varios de ellos le compran sin más el seguro de vida que ofrece y regresan a Wittenberg convencidos de tener el alma a salvo. Tan a salvo, que pronto dejan de confesar sus pecados a los frailes del monasterio agustino que se asienta en ese pequeño burgo del electorado de Sajonia.

Uno de estos religiosos se percata sin embargo de que, al cabo de unos días, los confesionarios tienen menos penitentes de lo acostumbrado y que el motivo se debe a que vecinos y alumnos no necesitan confesarse, pues su alma está protegida por un certificado de Roma. Y eso pone al agustino en el disparadero.

No se trata de un fraile cualquiera, de esos que son objeto de burla y sátira por su ignorancia o sus costumbres licenciosas. Es catedrático de la Universidad de Wittenberg y posee un *Magister Artium* y un doctorado en Teología. Ha cumplido 34 años, pero vive atormentado por el miedo al castigo de un Dios riguroso y severo a quien teme desde la infancia. Y hasta le ha llegado a odiar, según propia declaración. Se confiesa hasta cuatro veces al día, pero su alma no experimenta consuelo. No se siente digno de la gracia de Dios, por más que se esfuerza en merecerla. El demonio lo acosa por las noches, duerme mal, no reposa.

Con todo, el joven profesor de Teología siente que su espíritu está a punto de escapar a esa carga emocional que le aflige. Semanas atrás, estudiando la Epístola de san Pablo a los Romanos, se ha fijado en un versículo que se repite en la epístola a los *Gálatas*, en la homilía a los *Hebreos*, incluso en el libro de Habacuc: «El justo vivirá por su fe». Y eso lo tiene deslumbrado. Ni la salvación ni el perdón de los pecados, piensa, se alcanzan con penitencias, sacrificios o buenas acciones. Es la fe lo que justifica, lo que salva al pecador. ¿Cómo creer entonces que unos simples certificados papales puedan redimir las almas por unas cuantas monedas, cuando a él le ha costado tanto estudio y tanta batalla liberarse de sus culpas?

He aquí el relámpago que anuncia la tempestad que se aproxima: basta con tener fe en Dios para salvarse. Es mentira que tan pronto la moneda hace en el cofre tilín el alma que padece las penas del Purgatorio sube al seno del Padre. La gracia es un don gratuito que se alcanza por medio de la fe y solo la fe en un Dios compasivo y generoso. Así de sencillo. Las indulgencias son, por lo tanto, una burla, una ficción sin fundamento en las Escrituras y, en última instancia, un chantaje de la Curia romana para sacar dinero a los pobres. El perdón que prometen tales papeles niega la misericordia divina y los fieles viven engañados con una falsa promesa. Y presa de la rabia que le da contemplar los confesionarios vacíos y esa corrupta manera de perdonar los pecados, el fraile, que se llama Martín Lutero y es hombre temperamental e impetuoso, decide hacer pública su inconformidad, importándole muy poco que los certificados de exención de culpas hayan sido firmados por el mismísimo obispo de Roma.

A un lado el hecho de que el hígado se lo pida, Lutero tiene buenos motivos para indignarse con el papado. La institución más poderosa y rica de Europa ha encontrado el modo de convertir el miedo al Infierno en dinero contante y sonante mediante el terror sistemático que sus predicadores activan en templos y plazas con sermones que, como el de Tetzl, están dirigidos a multitudes de personas iletradas e ignorantes. Y aunque hace ya sesenta años que se ha inventado la imprenta, la comunicación oral sigue siendo la más influyente, cosa que ofende a Lutero, pues los oradores sagrados como Tetzl distorsionan la doctrina cristiana y se aprovechan de los ignorantes y los débiles.

A Lutero no se le ha ocurrido aún separarse de la Iglesia. Simplemente quiere plantear una polémica al estilo de los teólogos escolásticos. Sin quererlo, el asunto se

le irá de las manos más allá de sus capacidades y poderes, pero por el efecto y los ecos de la acción que se propone llevar a cabo —clavar su protesta en la puerta de la capilla del castillo de Wittenberg—, da la impresión de que el pueblo alemán y sus príncipes hubiesen estado esperando una reacción así para alzarse contra Roma.

Y fue así que, con la oposición de un fraile agustino a unas pólizas de seguros falsas, daba comienzo la más trágica escisión del cristianismo, así como el calvario del dominico que se había prestado a venderlas. Pues cuando las iras y las cóleras se descorchen y el cisma comience a dislocarse, Tetzal será condenado por ambas facciones en pugna. El fraile pasará a la historia como «el que recibe las bofetadas», un bufón de quien el protestantismo hoy se ríe y un personaje incómodo a quien la Iglesia católica ignora.

El cargo que Roma le hará es haber exagerado la eficacia salvadora de las cédulas papales y mentido a los fieles al asignar a aquellas un poder del que carecían. Las indulgencias solo eximen del castigo al pecador luego de que la culpa ha sido perdonada, argüirán los teólogos romanos, pero Tetzal abultó y encareció esa exención al decir que podían perdonar los pecados cometidos y por cometer.

Algunos, muy pocos, intelectuales católicos tratan hoy de reconstituir la imagen del dominico asegurando que era un teólogo irreprochable. Nunca estaremos seguros de ello. Pero la burla que el protestantismo hace de él no es en modo alguno gratuita. La venta de indulgencias y reliquias era tan frecuente aquellos días que había adquirido la condición de un oficio más, como el de carretero o curtidor. Solo medio siglo antes, Chaucer había dejado escrito el memorable retrato de uno de estos salvadores ambulantes, concretamente un vendedor de bulas, en boca de quien el autor de los *Cuentos de Canterbury* pone estas palabras:

No hallaréis en toda Inglaterra privilegios [*se refiere a las bulas*] como estos que os ofrezco y que recibí de manos del mismo papa. Y si uno de vosotros quiere hacer una ofrenda y obtener la absolución de sus pecados que se arrodille con toda humildad y arrepentimiento y le otorgaré el perdón aquí mismo... Sois afortunados de tener en vuestra compañía a una persona que os puede reconciliar con Dios.

Podría haber sido el sermón de Tetzal. Pero aun asumiendo que las palabras y los conceptos del dominico hayan sido teológicamente más coherentes que los del bulero de Chaucer, a ningún historiador le caben hoy dudas de que Tetzal era el intermediario de un sórdido negocio manejado por la jerarquía eclesiástica y que, si alguien conocía a fondo la trata de las indulgencias, pues llevaba en ella veinte años, esa persona era él. Así que, si exageró, lo hizo seguramente a sabiendas de que no era la primera vez que lo hacía y de que, más allá de la farsa que aquellas implicaban, su obligación era maximizar la venta de los certificados emitidos por Roma.

Lo que ni Tetzal ni Lutero pudieron nunca imaginar era que, en aquella explosiva atmósfera de abusos y corrupción eclesial —y de rencor germano contra Roma—, la disputa teológica planteada por el agustino desembocaría en una de las mayores sangrías humanas de que tenga noticia la historia.

3. SI EL FIN DEL MUNDO ES EL MARTES, EL PAPA ES EL ANTICRISTO

Si Lutero y sus discípulos hubiesen creído en la supervivencia de la Iglesia de Roma, habrían sido menos intransigentes con el papado. Mas para ellos no había duda alguna: los papas de la época eran otras tantas encarnaciones del Anticristo [...] y si el Anticristo reinaba en Roma era porque [conforme al Apocalipsis] la historia humana se acercaba a su fin.

JEAN DELUMEAU,
El miedo en Occidente

Cuanto más se escarba y ahonda en el espíritu de aquel tiempo, más nítido se percibe el descarrío de una Iglesia que había transformado sin ningún escrúpulo la doctrina del amor en el evangelio del miedo. Miedo y amor, como se sabe, no comen en el mismo plato, pero los irrefutables y los infalibles se las habían arreglado para que, llegado el siglo XVI, lo hicieran en el mismo pesebre. Hablando con propiedad, por tanto, Tetzl y la Iglesia de Roma no vendían indulgencias, vendían miedo, el chantaje más infame que se pueda ejercer sobre la bondad, la ignorancia o la inocencia. El miedo, por ser contagioso, mueve más voluntades que la fe y, por ser irracional, cierra los ojos al entendimiento. Se adueña con facilidad del albedrío ajeno y es fácil de impartir, pues no exige teologías ni saberes. Solo basta interpretar con visajes y aspavientos una historia aterradora.

No se crea, sin embargo, que la situación difería en la trinchera rebelde. Sus pastores no eran hombres que inspiraran a los fieles: los asustaban también con sermones truculentos. Lo venían haciendo desde que se inventaron las escobas y las brujas. Pero 1517 era un tiempo especial, una época de milenarismo exacerbado y profetismo estremecedor que los predicadores explotaban en forma inmisericorde. Podría decirse sin temor a errar que si el terror, que es el miedo llevado al paroxismo, viaja hoy en tren hacia la madrileña estación de Atocha o se dirige en un 747 a unos rascacielos en Manhattan, el miedo de aquellos días era una sustancia tóxica que descendía de los púlpitos. Los fieles vivían afligidos por una conjunción de desgracias, como la peste bubónica, las hambrunas y las guerras. Y como si esos miedos no bastaran, los Demóstenes sagrados agregaban los de Satanás, el Infierno y el fin de la historia. El Anticristo, llamado «hijo de perdición», gobernaba el mundo, según ellos, y la vida estaba a punto de concluir de manera catastrófica. La Tierra dejaría de girar, la vida se detendría y, de acuerdo con el difundido aviso de un acreditado teólogo de la época, los cielos ya habían puesto en libertad dos millones de demonios, indicio certísimo de que la historia humana y el tiempo habían llegado a su fin. Habría terremotos, inundaciones, lluvias de fuego y azufre, plagas, hambrunas, monstruos. El Sol se ennegrecería y la Luna dejaría de proyectar su luz en medio de funestos trompeteos. Cuatro aterradores jinetes, símbolos de la ira divina, arrasaban

la Tierra, las falsas religiones serían exterminadas y todos los cristianos —los muertos y los que aún siguieran vivos— se reunirían en el valle de Josafat, al pie de Jerusalén, para ser juzgados. Un ejército celestial acabaría con los líderes políticos del mundo en el curso de una batalla que tendría lugar en la llanura de Armagedón. El río de sangre humana subiría hasta el vientre de los caballos y todo eso ocurriría en veinticuatro horas, al término de las cuales Cristo vendría por segunda vez al mundo para establecer una paz gloriosa que habría de durar un milenio.

El *Apocalipsis*, la obra que describe estos sucesos, es el petate del muerto con el que la clerecía rebelde no solo asustaba a su grey, sino el texto del cual se deducía la consigna más reiterada y exitosa de la Revolución Protestante: *el papa es el Anticristo*.

Toda revolución es portadora de lemas que por su sencillez llegan fácilmente a las masas y que estas hacen suyos. *Libertad, igualdad, fraternidad. Proletarios del mundo, uníos. La tierra es de quien la trabaja. Muera el mal gobierno y viva la Virgen de Guadalupe*. Cada frase sintetiza los propósitos revolucionarios de sus líderes. Son lemas que energizan a la gente y la llevan a un estado de exaltación favorable a los intereses de aquellos. Y en el caso de los paladines rebeldes, su más convincente lema sería la superstición, según la cual el papa era la encarnación de un personaje ficticio, algo semejante a asegurar que Trump es el Hombre Araña o Putin el fantasma de Canterville.

Una superstición es una creencia sin fundamento. Por ejemplo, pensar que el orégano nos protege de la gripe o creer que por cada buñuelo que uno come el Día de Difuntos se libera un alma del Purgatorio. Y estar convencidos de que el papa era el Anticristo entraba en esa categoría. Primero, por estar vinculada a una creencia falsa: la de que el mundo se estaba acabando. Y segundo, porque la conclusión provenía de un libro de literatura fantástica, el *Apocalipsis*.

Y a poner en evidencia esa conexión disparatada entre el papa León X y un personaje imaginario, el Anticristo, van dedicadas las páginas que siguen.

El *Apocalipsis* había sido cuestionado durante siglos. El Concilio de Laodicea (360 d.C.) no lo incluyó entre los libros canónicos de la Biblia, refiere Voltaire, debido a que muchos obispos no aceptaron su autenticidad, entre ellos el de Éfeso, lugar donde murió el autor del libro. Varios historiadores de la Iglesia habían publicado ya en ese tiempo testimonios que negaban su origen revelado (cualquiera que fuese el método seguido para demostrar tal sutileza). La crítica contemporánea no habla de un solo autor, sino de un compilador de diferentes textos. Por último, y aunque el creador de la obra se refiere a sí mismo como Juan, discípulo de Jesús, es asunto sabido que entre él y el evangelista hay tanta distancia en estilo como la que podría haber entre Quevedo y Stendhal.

Estamos, pues, ante una obra muy objetada y de autor apócrifo, pero de texto

sobrecogedor. Sus cósmicas batallas, sus bestias de muchos cuernos, sus números emblemáticos, sus símbolos y alegorías pasarían a códigos, pilastras, capiteles, vitrales, tapices y gárgolas junto con, ya en nuestros días, novelas espeluznantes y películas de terror.

Scofield, anotador de la Biblia del rey James, asegura que el *Apocalipsis* es un texto «evidentemente oscuro» —valga el sugestivo oxímoron—, pero que todo podrá aclararse cuando llegue su momento. Puntualización oportuna, no obstante que han transcurrido ya dos milenios y aún no se le ve la pinta. Con lo cual habría que darle a este Juan el premio mayor a la imprecisión profética, pues el hecho de anunciar que el fin del mundo estaba próximo y que tal cosa no haya ocurrido aún, ya es falta de puntería.

La Escatología, rama de la Teología que clérigos y pastores siguen explotando con fruición, es la ciencia que trata de las *realidades últimas* y del destino final que le aguarda a la desventurada humanidad. Lo escatológico, así y todo, es un hecho cultural, un fenómeno más antiguo que el cristianismo y que va más allá de la teología, pues siempre hay algo que se está acabando. El hombre no soporta bien la finitud. Ni la suya ni la de lo que le rodea. Que el carbón (siglo XIX), el petróleo (siglo XX) o el agua (siglo XXI) se vayan a agotar, por ejemplo, despierta en la criatura humana unos miedos atávicos que le llevan a menudo al borde de la tontuna.

Si el lector tiene la curiosidad de abrir la página de alguna librería virtual y escribe *El fin de...*, en la casilla de búsqueda aparecerán más de 200 títulos que empiezan con esas palabras. Lewis H. Lapham, editor de *Harper's Magazine*, registraba 272 en su obra *The End of the World* al concluir el pasado milenio. En la lista figuraban, entre otros, el fin del sistema monetario internacional, el fin de las ideologías, el fin del racismo, el fin de Wall Street, el fin de la belleza y el fin de la historia. Siempre se está acabando algo que, al cabo, no se termina. Pero el solo hecho de anunciar su extinción crea ese pánico a la desintegración y el colapso de la vida colectiva, que inducen al hombre común a pensar que la suya también acabará de golpe como un día terminó la vida de los dinosaurios.

De todas las profecías que se pronuncian a diario, sin embargo, pocas tan desaprensivas y baratas como las de tipo religioso. Nadie exige responsabilidades a quien las enuncia ni hay descrédito si no se cumplen, pues la gente olvida con facilidad. Pero eso carece de importancia. Nadie va a reclamar al profeta de turno el hecho de que no se hayan realizado sus augurios. La grey experimenta alivio de haber pasado el mal trago y simplemente da gracias de que lo peor no haya ocurrido.

En junio de 1996, por ejemplo, la televisión internacional difundía una insólita noticia procedente de Colombia. Las imágenes mostraban iglesias abarrotadas de madres ansiosas de bautizar a sus hijos, en tanto apurados prestes impartían agua bendita a diestro y siniestro. Los citabiblias habían echado a rodar la especie de que unos días después iba a terminar el mundo, basándose en el hecho de que esa fecha coincidía con el 6 del 6 del 96. Los tres seises de la Bestia se habían concitado en esa

fecha. Y por si tres fueran pocos, había otro del revés. El pronóstico no se cumplió, como sabemos, pero la recaudación por bautizos de urgencia alcanzó la suma de cuatrocientos mil dólares. Una vez más, el *Apocalipsis* había sido utilizado para aterrorizar a las almas sencillas. Y una vez más, para bochorno propio y ajeno, el clero había usado el miedo para obtener un beneficio a costa de la ignorancia y la inocencia.

Profetizar sucesos fatales es uno de los deportes favoritos de la especie porque atrae la atención y permite ganar dinero. A los economistas, a los políticos, a los medios de comunicación, a los productores de cine y, naturalmente, a los credos. El tremendismo, el amarillismo y la captura de mentes elementales por parte de predicadores desaprensivos está siempre a la orden del día. El fin del mundo, sobre todo, desata una angustia muy conveniente para el provocador de arrebatos con los cuales los profetas del saber oscuro hacen su agosto. Mencionar el fin de algo, vende, genera colas y desencadena una ansiedad muy conveniente para los oportunistas y los cazadores de recompensas. Y el *Apocalipsis* es sin duda el relato más exitoso que jamás se haya utilizado con ese fin.

Borges lo habría calificado como el ápice de la literatura fantástica. Y no habría sido una hipérbole. Tampoco una descalificación. Aparecido el año 96 de nuestra era, el *Apocalipsis* es una obra maestra del terror, repleta de metáforas, símbolos, animales mitológicos e imágenes aterradoras que ha secuestrado la imaginación de los seres humanos a lo largo de dos milenios y cuyos sucedáneos siguen fascinando a la gente en el cine y las novelas de ciencia ficción. Llamado también *Libro de las Revelaciones*, en realidad revela muy poco, debido a lo oscuro de su trama y de sus signos. La obra es un rompecabezas que ha quebrado las de muchos o los ha llevado a conclusiones que van desde la estupidez a la demencia, pasando por glosas interesadas desde el punto de vista político, cultural o religioso.

Los días de la Revolución Protestante fueron especialmente fértiles en expresiones artísticas sobre esta fantástica obra. Bestias y demonios espeluznantes, símbolos misteriosos, escenas del Último Juicio, pinturas y grabados de los Cuatro Jinetes, como el de Alberto Durero, y una riquísima iconografía extraída del texto, decoraban templos, libros y paredes por toda la cristiandad. Giorgio Vasari y Federico Zuccari decorarán el interior de la cúpula del *duomo* florentino con uno de los murales más grandes de la historia del arte, representando el Juicio Final. *El Bosco* reiterará en sus pinturas escenas de tan fatídico día. Y para que a nadie le cupiesen dudas sobre la certeza de su advenimiento, otro espectacular juicio, este pintado por Miguel Ángel, presidirá un día el ábside de la Capilla Sixtina.

Las calamidades que estos artistas reprodujeron, todas ellas inspiradas en tan fantástica obra, servirían a los clérigos para asustar a la grey como ningún otro libro de terror lo ha hecho en la historia de la cultura occidental. Sin embargo, y

contrariamente a lo que se suele creer, el *Apocalipsis* no es un libro único. La apocalíptica fue un género literario semejante a la novela negra de hoy o a la picaresca del Siglo de Oro. El profesor Antonio Piñero subraya, por ejemplo, que estas obras eran todas producto de la fantasía de autores anónimos que se plagiaban unos a otros y que compartían el carácter pesimista propio de este tipo de narrativa.

Los motivos de tal pesimismo se debían al sufrimiento del pueblo judío, primero, y al del cristiano, después. Los judíos confiaban en un mesías salvador que les librara de las tiranías de que eran objeto. Y el cristianismo depositaba su esperanza en el regreso de Cristo. Pero mientras eso ocurría, un profundo pesimismo existencial acongojaba sus espíritus. No hay justicia en la Tierra, venían a decir los autores de estas obras. El Maligno gobierna nuestros destinos, todo está corrupto y el mundo está a punto de concluir. Queda una certeza, sin embargo: la de que un día seremos liberados por un acto brutal de la justicia divina.

Max Weber asignaba a estos escritores la condición de pobres e incultos, lo que hacía de ellos el tipo de personas que más deseaban que la vida humana concluyese, se hiciera *tabula rasa* del mundo y durante los siguientes mil años el Paraíso se instalara en la Tierra. Con todo, el tema debía de gustar, como hoy gustan la novela rosa o las películas de catástrofes, pues Piñero recoge 45 relatos de este tipo. Pero el antecedente más claro del género es sin duda el *Libro de Daniel*, «uno de los textos más fascinantes de la Biblia», según sus exégetas, y cuyas páginas, por lo visto, «están repletas de verdades eternas».

Lo primero es muy cierto. Lo segundo, discutible. La historia de Daniel fue extraída de un poema, escrito mil quinientos años antes de Cristo en Babilonia por un autor desconocido, en el que el tal Daniel no era un profeta, sino un personaje de ficción, un tipo que se inventaba historias e interpretaba sueños «diez veces mejores que las de todos los magos y astrólogos que había en el reino» (*Daniel*, 1:20), un creador de fantasías, en suma, a quien personas menos piadosas acreditan hoy el título de «inventor del fin del mundo». Utilizando a este Daniel como narrador, el imaginativo poeta va a crear uno de los géneros literarios más populares de su tiempo. Y el libro resultará tan atrayente que su carácter de relato de ficción no será detectado en muchos siglos.

Llegado el año 167 a.C., sin embargo, un plagiario toma la narración original y la reescribe con el fin de llevar esperanza a los judíos y anticipar el castigo que les esperaba a los tiranos que les tenían sometidos. Ahora la historia original se llama el *Libro de Daniel* y entra a formar parte del Antiguo Testamento. Y algo más de cien años después aparece el *Apocalipsis*, que es el Libro de Daniel mejorado, en el que, al igual que en los demás textos del género, se narra cómo la justicia divina se encargará de castigar a los impíos y a los gobernantes corruptos mediante un terrible holocausto repleto de horrores y sangre.

Escrito en la isla griega de Patmos, lugar que con toda propiedad podría llamarse, con permiso de Julio Verne, «la isla del fin del mundo», su autor merecería ser

llamado el Nostradamus del siglo I, debido a lo enigmático de su lenguaje y sus símbolos. Pero el hecho es que, junto con injertos de astrología y numerología, bestias monstruosas, signos del Zodiaco, jinetes malignos y una ciudad que baja de los cielos, como el ovni de *Encuentros cercanos del tercer tipo*, el *Apocalipsis* se convierte en verdad revelada varios siglos después de haber sido publicado.

Se podrá objetar este preámbulo acerca de los orígenes del *Apocalipsis* y su inscripción en el género de literatura fantástica. Y puede que hasta se considere irreverente. Pero una rápida glosa de los símbolos, los personajes, los números y los signos del libro, tal vez haga cambiar de opinión a quien lo lea.

El número 666, conocido por el de la Bestia, es la transposición cifrada de las palabras *Nerón César*. El emperador había muerto cuarenta años antes de que se publicara el libro, pero el autor lo utilizó en esa clave a modo de profecía sobre el castigo que le aguardaba a todo gobernante que persiguiera a los cristianos. Su propósito era el mismo que el del autor del *Daniel*. El rey Antíoco (monarca seléucida del siglo III a.C.) había saqueado Jerusalén, erigido una estatua de Zeus en el templo, sacrificado un cerdo ante el altar de Yahvé, ordenado destruir la Torah y suspendido la adoración del Dios hebreo. Y el castigo que le esperaba al monarca por tales despropósitos, según el poeta anónimo, era ese, la destrucción de su mundo, la venganza divina, el fin de los tiempos.

El *Apocalipsis* y el *Daniel* fueron, pues, advertencias para judíos y cristianos sobre los gobiernos nefastos que los sometían, así como mensajes de esperanza en la justicia divina. Ambas obras de ficción, sin embargo, trascenderían su tiempo y llegarían a nuestros días como verdades reveladas. El temor a los tres seises reseñados en la obra será en algunos casos tan opresivo, que el propio presidente Reagan ordenará reenumerar las casas de la calle en que vivía para que el 666 no apareciera. Y augures de la hora veinticinco, la hora que sigue al último día, cuando ya no es posible la esperanza, detectarán en la mancha de la frente de Gorbachev la marca de Satanás.

La bestia del *Apocalipsis*, o las bestias, pues son dos, constituyen, al igual que sus números, importantes simbolismos de la obra. Su semejanza con los legendarios dragones medievales y los que habitan los libros de caballerías resulta incuestionable. Animales míticos, enormes y pestilentes —así los describe Vargas Llosa—, «de una o varias cabezas, cuerpo de saurio o de serpiente y patas de cocodrilo, que arrojan fuego por las fauces» atraviesan las culturas y las épocas «como encarnación de los miedos, las pesadillas, los malos instintos y las fascinaciones malignas de toda índole que han asediado a los seres humanos desde la noche de los tiempos». Bestias y dragones son los divos de la zoología fantástica, resume el autor de *La fiesta del Chivo*, monstruos de la imaginación de los cuales la propia Iglesia de Roma, tal vez por vergüenza, habría de confesar que ni siquiera el que mató san Jorge tuvo

existencia real.

No hay, pues, diferencias mayores entre la bestia del *Apocalipsis*, el caballo alado, el centauro o el antílope de seis patas. Son todos seres imaginarios. Pero la disección del libro va más allá de una descripción de esos monstruos. Juan, su narrador, cuenta que la obra se originó de una visión que tuvo en la isla de Patmos. Sin embargo, por más que se diga cristiana, buena parte de esa visión fue estructurada sobre la base de los signos del Zodiaco, la numerología, el esoterismo y los mitos helenos. Conque, si prescindimos de su dudoso origen revelado, como bien juzgaron los primeros obispos, lo que resta es un complejo horóscopo sobre el destino del mundo y el hombre.

Muy imaginativo y bien escrito, pero al fin y al cabo un horóscopo.

El *Zodiaco*, como se sabe, es una alegoría de origen babilónico cuyo nombre significa «la rueda de la vida». Dividido en las 12 partes o constelaciones en que habrían de derivar el calendario y los meses gregorianos, el Zodiaco era el espacio celeste por el que transitaba el Sol en un año. Junto a los 7 planetas conocidos en la Antigüedad, servía, y aún sirve, a los astrólogos de diarios y revistas para predecir el futuro. Y esa sería la causa de que el 7 y el 12 tuvieran ese sello cabalístico que nuestra cultura ha conservado en numerosas metáforas y símbolos.

Pues bien, si hay dos números que se repiten obsesivamente en el *Apocalipsis*, esos son el doce y el siete. Es el caso de los 7 espíritus, las 7 plagas, los 7 candeleros de oro, las 7 lámparas de fuego, las 7 estrellas, los 7 ángeles, las 7 trompetas, los 7 sellos, las 7 copas, las 7 iglesias de Asia, las 7 cabezas de la Bestia, los 7 ojos y cuernos del cordero y los 7 mil infelices que mueren en un terremoto.

En cuanto al 12, basta leer los últimos versículos de la obra, donde su autor ve descender una ciudad de 12 puertas y 12 mil estadios de largo, rodeada por un muro de 144 codos (el cuadrado de 12) y 12 hiladas construidas cada una con 12 tipos de piedras preciosas. No hace falta ser un erudito para saber que cada una de esas gemas son las que el Zodiaco asigna a los 12 meses del año, ni que las figuras de la mujer, el cordero, el toro, el león y el hombre —personajes centrales del relato— son los familiares y cotidianos Virgo, Aries, Tauro, Leo y Acuario.

En el Pórtico de la Gloria, el bellísimo portal románico de la Catedral de Santiago de Compostela, poblado de figuras de profetas, vírgenes y santos, hay un personaje que se ríe. Ha de ser de los pocos de la iconografía cristiana que lo hacen, pues el humor no es precisamente un rasgo distintivo de los teólogos. Ese personaje es Daniel. Y quién sabe qué ideas circulaban por la mente del maestro Mateo cuando esculpió la figura, ni si sabía que Daniel era un personaje ficticio, espejo de Cide Hamete Benengeli, el apócrifo historiador musulmán ideado por Cervantes para contar la historia de don Quijote. Pero nada tendría de extraño que, tentado por hacer una diablura, el maestro dejara para testimonio de los siglos en la burlona risita de Daniel lo que pensaba acerca de toda esa historia sobre el gran dragón, los signos del *Zodiaco* y el fin de los tiempos.

Con todo y estas quimeras, el *Apocalipsis* no solo se convertiría en libro sagrado, y por tanto palabra de Dios, sino en una tradición profética que practicarán decenas de visionarios, desde san Martín de Tours y el Beato de Liébana hasta Sandro Botticelli, pasando por Cristóbal Colón, Joseph Smith, fundador de la iglesia mormona, o la gallina de Leeds, una ponedora que aterrorizaría a Europa siglos más tarde cuando las palabras «Cristo viene» aparecieron en los huevos que ponía. Pablo de Tarso fue apocalíptico, siguiendo la estela de Daniel. También san Mateo, Lactancio, san Agustín y, como era de esperarse, los reformadores, Lutero, Calvino, Müntzer, Melchior Hoffman, Jan de Leiden, Jan Matthys y otros profetas de la revolución religiosa.

Hoy día no cabe duda de que, si esa atracción hacia «el conocimiento de las realidades últimas» y el «fin de los tiempos» aún subsiste, se debe a la natural disposición del ser humano a asociar el fin del mundo con el de su propia vida. Pero en el siglo XVI, el texto que alimentaba esos miedos era el *Apocalipsis*. Nada más natural. Todo era lóbrego y macabro en aquel tiempo. Todo parecía anunciar al asustado rebaño el dramático fin de su existencia. Lutero, en particular, vivía aterrado por la inminente conclusión de los tiempos. Alguna vez confesó incluso que le atormentaban sueños horribles y visiones espantosas, seguramente inducidas por la lectura del texto, al cual acudía con frecuencia. La presencia de demonios —a alguno le llegó a arrojar un tintero— le fatigaban hasta dejarlo exhausto. Y estaba convencido además, según propia confesión, de que las profecías, horrores y revelaciones del libro se habrían de cumplir en el curso de su vida.

Pero no solo era Lutero el espantado. La paranoia era general entre la clerecía rebelde y buen número de ellos se consideraban profetas de los últimos días. A diferencia de la antigua Grecia y otras culturas próximas, donde la vida y la historia no eran lineales, sino cíclicas, la cultura cristiana debía tener un principio y un fin. No podía concebirse en ciclos porque, sin una conclusión de la historia, Cristo no regresaría al mundo y su promesa quedaría incumplida. De ahí que, para los teólogos cristianos, la vida en su totalidad confluyera inexorablemente hacia su fin en un punto, el valle de Josafat, donde habría de tener lugar el Día del Juicio y la resurrección de los muertos.

Solo pensar en las dificultades que implicaría concentrar a la humanidad en un estrechísimo valle situado a las afueras de Jerusalén, donde a lo sumo cabrán unos cuantos rebaños de ovejas, advertiría a los más avisados el carácter ilusorio de la obra. Pero la vida del planeta «en toda su magnitud y extensión» agonizaba, según los clérigos rebeldes. El mundo vivía los días de la Gran Tribulación, un corto período en el cual el nombre de la Bestia sería revelado, una época de angustias y agonías como las que habían provocado la peste, las guerras y las hambrunas. Y no había apelación posible, pues el *Apocalipsis* era palabra de Dios, y la palabra de Dios era perfecta y

no podía contener errores. Y en el caso de que los contuviera, ahí estaban los teólogos para corregirlos con un *teologismo*, si se permite el palabro.

El *teologismo* es al teólogo lo que el silogismo al pensador. Con una diferencia notoria: y es que mientras el pensador se vale de la razón y la lógica para sustentar un argumento, el teólogo utiliza la fantasía y la retórica. Decir que el papa es el Anticristo, por ejemplo, es un *teologismo*, esto es, una falsa causalidad generada por una caprichosa, pero en apariencia válida, sucesión de datos, que diría un maestro de lógica.

Un *teologismo* no es, empero, una rareza. El aire se llena de ellos los domingos, en templos y megatemplos, emisoras religiosas y canales de televisión. La mayoría se disipa al instante y nadie vuelve a acordarse de ellos. Pero hay otros que sobrecogen y hasta llegan a cambiar la historia, como es el caso que aquí se examina. Lutero y Calvino lo repetirán *ad nauseam* hasta volverlo extremadamente popular. Tanto que sus seguidores y discípulos acabarán haciéndolo suyo, siguiendo la falsa causalidad y la caprichosa sucesión de datos que se citan en esta imaginativa secuencia, siguiendo la frase de Delumeau citada al principio de este capítulo.

Indicio primero. Si la Iglesia fuese genuina, no sería una institución degradada y corrupta. Pero Roma es una cloaca. En consecuencia, esa no puede ser la Iglesia de Dios, sino otra de la que se ha apoderado el Maligno. Las doctrinas que se imparten desde ella son, pues, falsas y su cristianismo, espurio.

Indicio segundo. Las profecías y revelaciones del Apocalipsis aseguran que el Anticristo gobernará el mundo justo antes de que Cristo regrese a la Tierra. Y Pablo de Tarso sabía bien quién era ese nefasto personaje. Le llamaba «el hijo de perdición» y decía de él que se sentaría «en el templo de Dios como si fuera Dios haciéndose pasar por Dios» (2 *Tesalonicenses* 2:4).

Indicio tercero. Según Pablo de Tarso también, el fin del mundo ocurrirá únicamente cuando aparezca ese hijo de Satanás, el cual se opondrá y se levantará contra Dios y se sentará en el Santuario de Dios. La deducción que sigue es obvia: el papa ha llegado al trono divino con insidias, disfrazado de Vicario de Cristo, título que él mismo se ha adjudicado. Y lo que es aún más grave: desde el trono de su falsa Iglesia mantiene a la cristiandad embelesada con engaños y sometida a un poder absoluto, como bien dice el *Apocalipsis*.

Indicio cuarto. El *Apocalipsis* revela también que guerras, hambrunas y pestes precederán al fin de los tiempos. Y el hecho palpable de que esos males hayan caído recientemente sobre toda Europa prueba que ya se ha iniciado el conteo de los últimos días.

Todo, en definitiva, coincide: las calamidades, las desdichas, el gobierno de Satanás. Y la evidente conclusión de todo lo anterior, por tanto, es que el hombre que se sienta en el trono de Dios y dicta desde Roma sus mandatos es sin duda el *Anticristo*.

El *teologismo* rebelde no se puede comprobar, pero qué importa. Es sagaz y es

oportuno. Y esta singular conexión entre Satanás y el papa se va a volver convicción, tópico y eslogan de los separatistas. Hay en ella una transferencia psicológica de odio y horror que es muy útil a la causa. Los teólogos rebeldes han identificado a Satanás. Está en Roma, vive en Roma, gobierna la cristiandad desde Roma. Y por disparatada que parezca una conclusión fundada en postrimerías inventadas por un autor de ficciones, llegará a ser tan convincente que todavía hoy se utiliza para justificar la posición existencial y teologal del protestantismo.

Hay además una chocante frase en las Escrituras que completa y subraya la conclusión de los insurgentes. Se trata del versículo donde Jesús se dirige a Pedro el pescador en estos términos:

«¡Apártate de mí, Satanás; porque no sabes las cosas que son de Dios, sino las que son de los hombres!»
(Mateo 16:22-23).

Y dado que Pedro fue el primer pontífice de la Iglesia romana, es razonable concluir, valiéndose de la cita de Mateo y auxiliado por el *Libro de Daniel* y las revelaciones del *Apocalipsis*, que el papa, el heredero de Pedro, ha de ser por fuerza el íncubo, por antonomasia, el hijo de las tinieblas, el mayor enemigo de Cristo.

Las ideas tienen consecuencias. Y las ficciones, también. Y este es uno de los casos más patentes. Creer que el Anticristo, personaje literario de una obra de ficción, se había apoderado de la Santa Sede y que desde allí gobernaba el mundo, era una conclusión propia del pensamiento mágico de aquellos días, pero no menos artificiosa y falaz que esa otra, según la cual puesto que el gallo canta antes del amanecer, el sol sale porque canta el gallo.

Lutero y adláteres, sin embargo, comunicarán esa idea con énfasis. Y el énfasis desde un púlpito derrota con un simple guiño a la lógica más puntual. Todos ellos antepondrán la fantasía a la razón, y la fe, al conocimiento, pues piensan que las creencias están por encima del saber y la virtud. Y el resultado será un exacerbado fanatismo, surgido del horror, la aversión y el resentimiento hacia quienes rechazan todo lo que ellos piensan y creen.

Una persona fanatizada es aquella para quien todo cuanto ocurre a su alrededor confirma sus convicciones. Y la convicción de los rebeldes es que el papa es el enemigo de Cristo, *porque* el fin del mundo está cerca. Si, como escribe Delumeau, Lutero hubiese tenido la certeza de que el papa era el legítimo vicario de Cristo en la Tierra, no habría sido tan intransigente. Pero el *Apocalipsis*, el texto de Mateo, en el que Cristo llama a Satanás a Pedro, y el curioso *teologismo* expuesto más arriba cambiarían la percepción de los rebeldes, pues tales indicios auguraban con toda certeza que las profecías estaban a punto de cumplirse.

Fantasía y realidad se habían fundido en una bomba teológica que llevaba grabado un lema parecido a este: «Cristo viene, el fin se acerca y el Anticristo será

desalojado de su trono en un sangriento y horroroso acto de justicia divina». La victoria de los justos, que son ellos, los luteranos, los calvinistas, los presbiterianos, está a la mano. Una era de gloria divina, el milenio de felicidad que el *Apocalipsis* promete, les aguarda. Solo hace falta luchar ardiente y valerosamente por ella.

Miedo y odio son gemelos, como escribiría Hobbes, y esta explosiva mezcla no tarda en hacer estragos. La rebelión está justificada por las propias Escrituras. Y el tenebroso «razonamiento» que creaba la identidad papa-Anticristo será adoptado sin retoques ni revoques por los líderes religiosos y laicos que buscan la secesión de Roma. Al igual que los conquistadores españoles que, influidos por los libros de caballerías, buscaban en las Indias a las amazonas, el país de la reina Calafia (llamado California por eso) o la Fuente de la Eterna Juventud, Lutero y los demás teólogos separatistas interpretarán las realidades del momento recurriendo a leyendas, personajes, signos y avatares de un libro de ficción.

Sería un error, no obstante lo dicho, hacer mofa de los hombres que nutrieron la Teología de aquel tiempo con estos y otros disparates. Pues de fantasías y supersticiones como las citadas, del intoxicante sermón que bajaba de los púlpitos, del terror a la conclusión de los tiempos, del agresivo lenguaje con que los prestes de ambos bandos empezaban a mostrar su afecto mutuo y de los personajes y símbolos de un exuberante libro de literatura, confuso y a la vez equívoco, surgirían los ímpetus y odios teológicos que acabarían por prender la mecha de la barbarie.

4. EL IRREFUTABLE DESCUBRE UN TESORO Y OTROS TRAPICHEOS ECLESIALES

Nuestros obispos, nuestros pastores, se sacrifican, los monseñores. Por plata sacan almas en pena, con un rosario o una novena. Todo es vendible, todo es dinero, con lo que esquilan al mundo entero. Diezmos, derechos de enterratorio y pasaportes del Purgatorio. ¿Temes del cielo crueles sentencias? Paga al prelado las indulgencias.

(Fragmentos de un poema atribuido a VICTOR HUGO)

El dinero, saberlo ganar, saberlo gastar y saberlo despreciar es una vieja sentencia que la Iglesia de Roma ha venido utilizando por siglos para sonsacarlo, derrocharlo e hipócritamente aborrecerlo, predicando el valor de la pobreza, por un lado, y enriqueciéndose hasta la barbilla, por otro. De ahí que atribuir el origen de la Revolución Protestante solo a un diferendo teológico, aun siendo una justa razón, resulte insuficiente. Si no hubiese habido de por medio intereses económicos y políticos, la gran convulsión religiosa del siglo XVI no habría tenido lugar o habría tardado más tiempo en producirse. Los credos organizados no se sostienen sino a base de dinero y no pueden progresar si no es con el apoyo de los poderes fácticos. Y será esa triple causal —el dinero, los intereses políticos y un rifirrafe entre clérigos— el acicate que ponga la Reforma al galope.

El quisquilloso y a menudo agrio Henry Mencken escribió una vez que pocos teólogos saben algo digno de ser sabido y que buena parte de lo que saben son solo majaderías. Tal vez sea verdad. Pero no lo es menos que el reino de estos hombres no es el de la oscuridad, como decían los ilustrados, sino el de la fantasía. Mencken había pasado por alto que los teólogos son gente imaginativa que inventan, fantasean y se figuran cosas. Y algunas muy inspiradas y rentables, como fue el caso de las indulgencias, recurso que Roma venía utilizando desde hacía siglos para allegarse florines y ducados.

Examinado en su debido contexto, pues, Johann Tetzel no era tanto un teólogo como un vendedor de fantasías salvíficas autorizado por la Iglesia de Roma. El verdadero diseñador del producto que el dominico chalaneaba por pueblos, templos y mercados, el genuino creador de la estafa que daría pie a la rebeldía protestante, el David Copperfield capaz de convertir lo impalpable (la salvación del alma) en palpable (florines y ducados), había sido otro pintoresco reverendo en el que merece la pena detenerse unos instantes.

La historia se remonta al siglo XIII cuando a Alexander de Hales, un franciscano anglo-francés de gran prestigio, conocido por *El Irrefutable*, se le ocurre la teoría de

los «méritos súper-erogatorios», el cimiento teológico en el cual se habrían de apoyar las indulgencias que vendía Tetzl.

Resulta que el bueno de fray Alexander, también llamado *El rey de los teólogos*, tiene un día una revelación que no le había sido concedida a ningún mortal hasta entonces: la existencia de un tesoro inagotable que la cristiandad posee sin tener conciencia del mismo. Y no un tesoro alegórico, sino otro real y tangible, un producto financiero de primer orden, como bien lo podría calificar un banquero de nuestros días. Lo que *El Irrefutable* ha descubierto es una *bolsa de méritos* debidos a Jesucristo, quien derramó toda su sangre para redimir al mundo, habiendo podido hacerlo con una gota tan solo, así como a la Virgen y los santos, quienes habían acumulado en sus vidas más créditos de los que estas exigían.

La reflexión era sin duda digna de crédito y alabanza, pero ¿dónde estaba ese tesoro? Qué pregunta más tonta. Dónde podría estar, sino en Roma, responderá el franciscano, quien, pese a ser miembro de una orden fundada en el principio de la pobreza, sueña con caudales y tesoros como el que halló Alí Babá. ¿Y quién tiene el ábrete sésamo de esa prodigiosa cueva? La respuesta de Alexander de Hales será, naturalmente, irrefutable. Hombres de poca fe, la llave la tiene el papa. ¿Quién otro podría tenerla? ¿O acaso Su Santidad no tiene en su escudo de armas las llaves del Reino de los Cielos?

Parece broma. No lo es. El trabajo de los teólogos es imaginar cosas y a Alexander de Hales se le ha venido a las mientes la existencia de ese celestial tesoro. Existe un superávit de méritos generado por los perfectos, dice *El Irrefutable*, aquellos que llevaron una vida ejemplar e hicieron mucho más de lo que se les podía exigir en beneficio de la humanidad, como fue el caso de Jesús, María y los santos. Asimismo, existe un déficit en el mundo: el que generan los imperfectos, esto es, los pecadores. Toda la cuestión reside en preguntarse qué se puede hacer al respecto para que el debe y el haber equilibren el balance.

De haber oído semejante propuesta, Mencken habría dicho que la teología no pasa de ser un mero pasatiempo intelectual, pues una cosa es pensar y otra tener ocurrencias, que es lo que hacen teólogos como *El Irrefutable*. Pero el hecho es que la ocurrencia tiene eco. E implementada por algún espabilado miembro de la Curia, graduado en Teología financiera, sin duda, resulta contablemente impecable. Si hay un superávit de méritos, por un lado, y un déficit de los mismos, por otro, equilibremos las cosas y demos una oportunidad a los desventurados. Todo lo que se requiere es vender una parte de ese inagotable excedente que posee la Iglesia de Roma, para que los deficitarios en méritos amorticen sus *penas temporales*. De otro lado, los que ya se han ido de este mundo y arden en el Purgatorio, aún con cuentas por pagar, podrán volar de inmediato al Cielo mediante un modesto desembolso de los familiares que ahora rezan infructuosamente por ellos.

He ahí en pocas palabras el fundamento teológico de las indulgencias: un tesoro invisible (*Thesaurus supererogationis perfectorum*, lo llamó *El Irrefutable*), un

inagotable fondo financiero al que el papa León X recurrirá con el fin de construir una imponente basílica. Para que luego vengan críticos como Mencken y digan que los teólogos son unos majaderos. Ni al mejor financiero de Wall Street se le habría pasado por las neuronas una idea así para sacar dinero a los fieles.

El perdón de los pecados, en definitiva, y la elusión de las penas del Purgatorio tienen un precio que se puede cancelar en efectivo. Tal es la noticia que recibe el mundo cristiano ese año del Señor de 1517. Y a la feligresía no le va a quedar otra opción que aceptar el invento del tesoro y comprar los papeles firmados y sellados por el papa. Quien no los compre por las buenas, deberá hacerlo por las malas, lo que creará un sordo malestar en Europa. La grey está cansada de pagar a cuenta de tanto cuento. Lo que es más, la exigencia y el rigor en el cobro de impuestos, exacciones y diezmos por parte de la Iglesia de Roma, llegará a tal extremo que no habrá siervo ni señor que no experimente pulsiones anticlericales y que no piense día y noche en cómo evadir los abusos y saqueos del papado.

Pero vayamos con los personajes del negocio de las indulgencias, pues negocio es y muy astuto, personajes que junto con Tetzal conforman una mesa de cuatro patas, alrededor de la cual se arrellana, impune, la corrupción eclesiástica de la época.

El primero de ellos es el papa León X, un tipo diletante, regordete, de escaso atractivo físico, con una fístula anal y problemas intestinales, que se ha ceñido la tiara a la edad de 38 años. Amante del arte y la cultura, empedernido cazador de osos, jabalíes y venados, los asuntos de la fe le traen al fresco. Tiene un problema más grave. Y es que gasta más de lo que ingresa. Todo lo que recibe en limosnas, tributos y diezmos se le va en las pompas y boatos con los que adorna su corte. Debe pagar banquetes, mercenarios, artistas, sirvientes, caballos, perros de caza. Ha recibido de su predecesor, Julio II, unas finanzas saneadas, pero él ha sido incapaz de sostenerlas. La construcción de la nueva basílica iniciada por Julio es un pozo sin fondo. El templo, que un día será conocido con el nombre de Basílica de San Pedro, tiene que ser por designio y por diseño el más majestuoso y espléndido de la cristiandad. Y por arrogancia y orgullo, más suntuoso que el de Santa Sofía, transformado ahora en mezquita desde que los otomanos se apoderaran de Constantinopla.

Todo eso cuesta mucho dinero y León X no lo tiene. Pero hay que entender a este hombre. De Bonifacio VIII, la cima medieval del papado (y a quien Dante situó en el Infierno), ha recibido tres mensajes que debe transmitir y conservar.

Uno, el papa ya no es el sucesor de un humilde pescador de Galilea, sino el vicario de Cristo, un hombre con potestades divinas, ascenso que el buen Bonifacio se había inventado en 1303. Dos, no hay más que una Iglesia, santa, católica, apostólica y *romana*, y fuera de ella no hay salvación ni remisión de los pecados. Y tres, «el papa es el César», como el propio Bonifacio le había dicho a las claras a un embajador germano. Por lo tanto y en resumen, más que vicediós de los cristianos —

título con el que los fieles se refieren ahora al papa—, más que Santo y más que Padre, más que Primado y que Sumo, y más que Siervo de los siervos de Dios, León X es un monarca elegido por una entidad colegiada cuyos miembros se consideran a sí mismos herederos del Imperio Romano.

No es una exageración. En 1517, los cardenales del Sacro Colegio no se consideran ya hombres de Dios, como escribe Will Durant. Son el Senado romano, y actúan y viven como senadores. Son ese «nido de cuervos», que, ya en nuestro siglo, será apodado como la Curia. Y no por boca de algún seglar irreverente, sino por la de ellos mismos.

Hay una escena en *El Padrino III* donde el futuro Juan Pablo I le dice a Michael Corleone unas palabras con las que se refiere a los hombres de Europa, pero que parafraseadas aquí serían del todo aplicables a los cardenales de León X: «Observe esta piedra. Ha estado en el agua mucho tiempo. Sin embargo, el agua no ha penetrado en ella. Está seca por dentro. Lo mismo ocurre con los cardenales de la Iglesia. Durante siglos han estado rodeados por el cristianismo, pero Cristo no ha entrado en ellos, Cristo no vive en ellos».

Al igual que altos funcionarios, diputados y ministros de nuestros días, los cardenales del Renacimiento se han transformado en *rent seekers*, es decir, buscones de rentas y regalías que obtienen merced a las influencias que su cargo lleva aparejadas. El cristianismo es para ellos un instrumento de sumisión política, una doctrina acomodaticia que sirve para ejercer el poder, una religión camaleónica que se mimetiza con el ideario cultural en boga —hoy el Renacimiento, mañana el capitalismo, pasado el socialismo— y que se inventa un Jesucristo diferente para cada época, cada lugar y cada ocasión.

El Imperio de los Césares ha sido restaurado, en suma, por la Iglesia romana. Y la llamada Ciudad Santa, más que el corazón del cristianismo, más que un santuario religioso y un centro de peregrinación sagrado, es ahora una potencia política. El Alto Clero romano ha secularizado la fe y ha adoptado los valores mundanos del poder, la guerra, la riqueza, la buena vida y el sexo. Los cardenales se hacen llamar *príncipes* de la Iglesia y su pérdida de espiritualidad hará exclamar algún tiempo después a John Milton, el Homero británico, tan puritano él, tan calvinista, pero también tan certero, que «el catolicismo no es una religión, sino un principado romano».

Como cabría esperar, una potencia de tal categoría necesita palacios, fuentes, obeliscos y un capitolio que asombre a todo el que la visite. Y el capitolio del papado será esa descomunal basílica que León X desea construir. Para la Curia romana, el cristianismo solo importa en la medida que actúa como aglutinador político del continente y por provenir de su doctrina el poder que cardenales y obispos sustentan. La intriga cortesana, además, el crimen palaciego o el negocio del *agarra Aguirre* son tareas más gratificantes y entretenidas.

Lo del crimen palaciego puede que no suene bien, pero es un caso frecuente. Una conspiración de varios cardenales ha estado a punto de asesinar a León X ese mismo

año de 1517. Se librará del papicidio por milagro y, en cobro de tan aviesa conspiración, mandará estrangular al cardenal Petrucci por un negro bautizado (habría sido injustificable que lo hubiese hecho un blanco), expulsará a varios purpurados de Roma y arruinará a los más adinerados, obligándoles a pagar multas terribles a la Santa Sede.

León X es un hombre joven y tiene todo el tiempo del mundo para coronar su obra. No lo conseguirá, sin embargo. Una muerte prematura dejará su plan a medio concluir. Pero en los anales pontificios su papado será ensalzado por los historiadores católicos como uno de los más brillantes de la historia. Todos saben cómo es la Iglesia de Roma a la hora de ocultar turbios negocios con la Mafia, lavar dinero o encubrir curas pederastas. Pero esto de calificar de esplendoroso y ejemplar el pontificado del manirroto y vividor pontífice resulta grotesco. De un cónclave de cardenales corruptos es impensable que salga un papa santo. Y Juan de Médicis, pues ese es su nombre, no puede en absoluto serlo. Hijo de Lorenzo el Magnífico, el banquero y mecenas florentino, León X ha acelerado la paganización de la Iglesia, empeñado la tiara alguna vez para salir de apuros, atendido más a los asuntos materiales que a los espirituales y, por si eso fuera poco, en los siguientes años, perderá casi la mitad de la cristiandad. Conque si esto es un pontificado brillante y esplendoroso, que venga Dios y lo vea.

Pero la Iglesia de Roma necesita dinero a cualquier costo. Al igual que cualquier corporación de nuestros días, los credos deben financiar su crecimiento, invertir en activos fijos y fomentar las exportaciones. La ventaja de León X sobre cualquier CEO actual, sin embargo, es que no necesita endeudarse para alcanzar esos fines. No al menos para el proyecto que se trae entre manos, la basílica, la cual, según piensa, deberá ser el florón de su pontificado. Así que, vistas las facilidades que se le ofrecen, el buen León decide financiar el templo con una emisión especial de indulgencias como las sugeridas por *El Irrefutable*, un pecado menor si bien se mira cuando se le compara con el cometido por Julio II, quien había financiado con cédulas para salvar el alma una guerra contra el rey de Nápoles.

El segundo personaje de esta historia es Alberto de Brandeburgo, un joven de 27 años, obispo de Maguncia y Magdeburgo, miembro de la poderosa familia de los Hohenzollern, especialista en la compraventa de cargos eclesiásticos, vulgo simonía, y con parecidos apuros financieros a los de León X. Carlo Alberto Brioschi, autor de una *Breve historia de la corrupción*, refiere que por aquellos días tenía gran relieve la figura del obispo-conde, cargo al que se accedía pagando. La fusión era, sin embargo, muy conveniente. Al reunir ambos poderes, el espiritual y el temporal en una sola persona, la grey quedaba a merced de las estructuras político-burocrático-financieras de la Iglesia de Roma.

Pues bien, si alguien encarnaba de sobrado tal figura, ese era Alberto de

Brandeburgo. Endeudado hasta las meninges y siempre con problemas de caja, Alberto de Brandeburgo aspiraba a detentar una tercera diócesis, la de Halberstadt. Pero eso era algo que prohibía el Derecho Canónico. No se podían tener más de dos. Y Su Ilustrísima se hallaba en el apuro de tener que sanear con urgencia una tesorería, la suya, que le tenía con el agua al cuello.

El tercero de estos curiosos personajes es Jakob Fugger, uno de los hombres más ricos del Sacro Imperio Romano Germánico y quien tiene en la Iglesia de Roma a uno de sus clientes más selectos y dilectos. Fugger es banquero, mercader y negociante, además de persona acostumbrada a financiar guerras, elecciones y coronas. De hecho, acaba de entregar al joven Carlos de Gante una elevada suma de dinero en préstamo para que pueda proclamarse emperador. Y es a este astuto prestamista a quien Alberto va a recurrir con el fin de ofrecerle un lucrativo e interesante negocio.

La imaginación no es patrimonio del artista. Teólogos, ingenieros y mercaderes, entre otros, la comparten. Y sin duda también los obispos. En concreto, a Alberto de Brandeburgo se le ha ocurrido una operación financiera que permitirá a León X erigir su basílica y al obispo salir de apuros. La operación es brillante, aunque sencilla. A cambio de que el papa le conceda la licencia para administrar un tercer obispado, Alberto le propone un pacto condigno mediante el cual León X le otorga la venta en exclusiva de las indulgencias en el Sacro Imperio durante ocho años. Alberto comprará los certificados de salvación al 50 por ciento de su valor nominal o *face value*, como se dice hoy día, y el papa recibirá al contado el dinero que Fugger le ha dado en préstamo al obispo.

León X acepta el proyecto. Concede la dispensa a Alberto para que este se ciña en las sienes otra mitra y emite una bula especial, *Sacrosanctis salvatoris et redemptoris*, la máscara sagrada que habrá de encubrir el apaño. Alberto compra al por mayor las indulgencias y encarga a la Orden de Predicadores la venta al por menor de las mismas. Los dominicos reciben a cambio una sustanciosa comisión por parte del obispo. Un especialista en el *marketing* sagrado, Johann Tetzel, se ocupará de promoverlas en pueblos, villas y poblados del Imperio. Jakob Fugger recibirá el principal y los intereses del préstamo a medida que la venta se realice, así como la potestad de que sus auditores —los dos caballeros que no perdían ojo a los cofres de Tetzel— vigilen el cobro. Por último, Alberto tomará posesión de la diócesis de Halberstadt con sus diezmos, sus donativos, sus tributos, sus rentas y sus recaudaciones por bandejas y cepillos.

Comparado con otros negocios de la Curia, este no es más que un pellizco de monja, pero un pellizco muy lucrativo que se hará, como no podría ser de otro modo, a costa de la sufrida feligresía.

El cisma del cristianismo, por tanto, va a tener su causa primera en la construcción de

un templo que se pretende financiar siguiendo un método parecido al de una emisión de bonos de la deuda pública de nuestros días, si bien con algunas variantes que es oportuno citar.

Todavía hoy, en España, Guatemala, Bolivia, Argentina y otros países de nuestra lengua y cultura, los documentos de la deuda pública reciben el nombre de Bonos del Tesoro. Y haciendo todas las salvedades y distingos que hay que hacer, y saltando por encima de la distancia y el tiempo, las indulgencias no eran otra cosa que bonos de un tesoro parecido al de los gobiernos de nuestros días, es decir, un mecanismo de financiamiento semejante al que usan los Estados modernos para sacar dinero de la nada.

Gracias al hallazgo de *El Irrefutable*, el papa contaba ahora con una línea de crédito sin límite. Y si la felicidad es una vaca pastando en un potrero infinito, el gozo de Su Santidad era disponer del derecho a rumiarlo. La única diferencia con las emisiones de deuda de nuestros días reside en que la Iglesia de Roma no tendrá que devolver el principal ni pagar intereses. De ahí el generoso descuento del 50 por ciento que León X extiende a Alberto de Brandeburgo, cuando hoy día esa comisión es del 5 o 6 por ciento. Para eso Roma es una monarquía absoluta cuyo rey puede exigir a sus súbditos los impuestos que le dé la teocrática gana.

El poder de la magia consiste en sacar un palomo de una chistera o un certificado redentor de un tesoro inexistente. En este sentido, no obstante, hay que reconocer a la Iglesia de Roma su carácter de entidad pionera en el diseño y venta de bonos *subprime*, como los que causaron la crisis financiera del 2008. Las indulgencias llegarán a ser algo parecido a los «bonos basura» de nuestros días y León X experimentará en sus carnes los efectos del fraude cuando sus certificados para construir la basílica de San Pedro se desplomen en el mercado de futuros (pues solo eran cobrables en el más allá) y la burbuja redentora creada por sus teólogos se empiece a desinflar el día en que, inesperadamente, un fraile llamado Martín Lutero fije su proclama en la puerta de la capilla de Todos los Santos de la villa de Wittenberg.

Con todo, y en tanto llega esa fecha, la venta de papel es un éxito. Las indulgencias son una emisión de deuda respaldada por un tesoro inefable, en el cual el campesino analfabeto y el burgués ignorante invertirán sus ahorros a fin de librarse del Purgatorio y viajar directamente al Cielo. Una inversión que promete dividendos, sobra decir, solo después de la muerte del inversionista. El arte de las finanzas consiste en hacer fortuna con dinero ajeno. Y obtener riqueza de lo inmaterial y lo impalpable ha sido por siglos la especialidad de la Iglesia de Roma.

El sucio negocio de las indulgencias se vuelve de tal magnitud y se difunde con tal celeridad que lleva a Erasmo a escribir: «La remisión de los tormentos del Purgatorio está en venta en todas partes y no solo eso, sino que se obliga a comprarla a quienes se rehusan a hacerlo». El terror es en sí mismo una forma de extorsión, pero, de acuerdo con Erasmo, el terror teológico no fue al parecer suficiente, y

obispos, frailes y clérigos tuvieron que recurrir a métodos más expeditivos para que los fieles adquirieran los bonos de la Iglesia de Roma. Lo que significa que, más allá de logomaquias teológicas, las indulgencias no eran más que un impuesto disfrazado que todo fiel debía pagar, y que agregaría a la Revolución Protestante ese matiz de rebeldía fiscal que ha sido a menudo la causa de toda suerte de motines y sublevaciones.

Indignado por todo este trapicheo y esa trata de lo sagrado, Martín Lutero escribe una airada crítica a las indulgencias y se la envía a Alberto de Brandeburgo con el fin de debatir el asunto. No hay tal tesoro, le dice Lutero al obispo. El único digno de tal nombre es la Biblia. Y unos días más tarde, justo el 31 de octubre de 1517, víspera de Todos los Santos, clava una copia en la puerta de la iglesia del palacio, donde se fijan los anuncios públicos. La historia conocerá el documento por el nombre de las *Noventa y cinco tesis*, especie de manifiesto o artículo de opinión con 95 párrafos numerados y breves que tendrán el efecto de un trueno.

Lutero ignora las consecuencias que traerá su osadía, pero tiene buenos motivos para indignarse. Es mentira, asegura el agustino, que tan pronto suena la moneda en el cofre, el alma que sufre en el Purgatorio vuela al Cielo. El papa no tiene poder sobre las almas de los muertos y todo cristiano, verdaderamente arrepentido, tiene derecho a la remisión plenaria y gratuita de sus culpas, aun sin carta de indulgencias.

Tampoco puede absolver de pena alguna a los fieles, salvo aquellas que él ha impuesto por su arbitrio. A lo cual agrega con sarcasmo:

¿Por qué el Papa, teniendo el poder que dice tener para librar a las almas de sus penas, no vacía de una vez el Purgatorio, cosa que sería mucho más justa que sonsacar a los pobres su dinero para construir una basílica? ¿O por qué Su Santidad, que es uno de los hombres más ricos de la Tierra, no construye la basílica con su propio dinero, en lugar de hacerlo con el de los creyentes pobres?

Durante siglos se ha atribuido a Lutero un valor personal encomiable. Y con toda razón. Pocos hombres en la historia se han atrevido a hacer lo que él hizo: iniciar una revuelta contra una iglesia prostituida, pero poderosa y, además, no quedarse en el intento. Sin embargo, el más célebre y celebrado gesto de su vida, esto es, el de un joven indignado por los desafueros de la Curia romana, clavando un manifiesto de protesta a la puerta de un pequeño templo, requiere algunos matices que es preciso reseñar.

Hay en ese manifiesto una sospechosa tesis, la número 89, que no deja al agustino bien parado. En ese sorprendente párrafo, Lutero pregunta con aparente malestar, lo que sigue:

Dado que el Papa, por medio de sus indulgencias, busca más la salvación de las almas que el dinero, ¿por qué suspende las cartas e indulgencias *anteriormente concedidas*, si son igualmente eficaces? (*El subrayado es nuestro.*)

Resulta de lo más extraño que Lutero haya hecho una pregunta así, advierte la

profesora Ziegler, de la Universidad Metropolitana de Caracas. También es raro encontrar entre autores protestantes alguno que se detenga en tan sospechosa tesis. La mayoría lo hace en otras, a su juicio más relevantes. Pero hay un timbre de resentimiento en esta que llama la atención por lo que esconde. ¿Acaso no estaba el buen fraile en contra de toda clase de indulgencias? ¿Por qué le duele entonces que el papa haya suspendido otras *concedidas anteriormente*?

La primera reacción de León X cuando conoce el manifiesto de Lutero es una frase que se suele tener por anecdótica. El papa no le da demasiada importancia a las *Noventa y cinco tesis* y dice con algún desdén: «Se trata solo de un pleito entre frailes». Esta despectiva expresión encierra, sin embargo, la clave que permite catar la sustancia de la sospechosa tesis puesta en evidencia por la profesora Ziegler. Y es que la capilla del castillo de Wittenberg, en cuya puerta había fijado el fraile su manifiesto, abrigaba en su interior las miles de reliquias citadas páginas atrás, las cuales generaban rentas importantes al elector de Sajonia, Federico *el Sabio*, pues con ellas sostenía la universidad de la que era profesor Lutero. ¿Por qué el fraile —y esta es la pregunta lógica— no atacó las indulgencias derivadas de las reliquias y en cambio sí lo hizo con los certificados que vendía Tetzel?

Hacer tal excepción, dice la profesora Ziegler, no puede ser casualidad. Y hay una plausible razón que la explica. Al suspender León X la venta de otras indulgencias mientras estuviese vigente el negocio entre la Santa Sede, Jakob Fugger y Alberto de Brandeburgo, los ingresos procedentes de todas las demás quedaban en suspenso, entre ellas las de Federico *el Sabio*.

El Día de Todos los Santos (el que seguía a la fecha en que Lutero clavó las tesis) era el de mayor afluencia de peregrinos en Wittenberg, sigue diciendo la profesora Ziegler. Y las reliquias eran el motivo, pues mediante una limosna se podía ganar indulgencia plenaria. El movimiento de Lutero al clavar las tesis era arriesgado, pero no es probable que se jugara su prestigio en forma tan atolondrada. De manera que lo más seguro es que lo llevara a cabo con el consentimiento de Federico *el Sabio*. Al fijar las tesis en la puerta de la capilla, Lutero defendía el privilegio de los agustinos a seguir disfrutando de las rentas de las reliquias, rentas de las que los dominicos les habían desposeído en connivencia con el papa, Fugger y el obispo de Brandeburgo. ¿Por qué a nosotros no, venía a decir Lutero en la tesis 89, y en cambio a ellos sí?

Tal sería la glosa de la frase de León X sobre que el asunto era solo un pleito entre frailes. Los dominicos habían pasado a ser los principales beneficiarios de la venta de las indulgencias para la basílica de San Pedro, al haberles concedido Alberto de Brandeburgo el monopolio de su comercialización. Los agustinos quedaban a la luna de Valencia. Y Lutero, indignado, se preguntaba: «¿Por qué el papa suspende indulgencias ya concedidas, si son igual de eficaces que las nuevas?».

De manera que toda la teatralidad que encierra el heroico acto del agustino podría estar contaminado por intereses económicos, no solo de él y de la orden religiosa a la cual pertenecía, si no también los de Federico de Sajonia, el hombre que, llegado el

momento, protegerá la vida de Lutero e impedirá que sea juzgado en la magna asamblea de Worms.

Nada de lo anterior disminuye el valor del documento ni la valentía de Lutero para cantarle al papa las verdades del pastor. Y aunque numerosos teólogos católicos han insistido en subrayar la ignorancia del agustino sobre el fondo teológico de las indulgencias, la verdadera cuestión no es esa, si no la del tesoro, es decir, el invento de Alexander de Hales que la Iglesia de Roma había venido aprovechando para sacar dinero a la gente pobre e ignorante.

Había un inconveniente, sin embargo, para que las tesis alcanzaran la difusión que alcanzaron. Y era que estaban escritas en latín. Por lo tanto, el acto de clavarlas no debió de ser tan espectacular como se pinta, debido a que eran muy pocos los que podían leerlas. Pero un astuto impresor de Wittenberg las traduce de inmediato al alemán y, en el término de dos semanas, las distribuye por el Imperio. Dos meses más tarde, se conocen ya en toda Europa. El texto se vende ahora como antes las indulgencias, en tabernas, plazas y mercados. Y de la noche a la mañana, Martín Lutero se convierte en un hombre muy popular y, de rebote, en el primer autor de *best sellers* de la historia.

Entretanto, el negocio de Alberto de Brandeburgo, León X y Jakob Fugger se desploma. Las indulgencias se han convertido en «bonos basura». No tienen ningún valor. La gente ha perdido la confianza en ellas, pero sobre todo ha desarrollado un hondo sentimiento de rabia. Y a la crisis emocional que genera descubrir que los certificados no salvan a los vivos ni a los muertos, se une ahora el descarrilamiento económico de sus promotores, en especial el de la Iglesia de Roma. Todo imperio, la historia lo certifica, empieza a decaer cuando le es imposible recaudar más dinero del que gasta. Y el Imperio pontificio se encuentra justo en esa tesitura ahora.

5. IR A ROMA Y PERDER LA FE

A nadie le disgusta más que a mí la ambición, la avaricia y el libertinaje de los clérigos. A pesar de ello, mi posición en la corte de varios papas me obligó a desear la grandeza pontificia. De no haber sido por eso, habría amado a Martín Lutero solo por ver a esa partida de canallas devueltos a su lugar y obligados a vivir sin vicios y sin poder.

FRANCESCO GUICCIARDINI (1483-1540),
Ricordi

En el profetismo hebreo, Babilonia era la ciudad del mal y la soberbia, la de los dioses paganos, la idolatría, el lujo y la lujuria de quienes vivían a espaldas de Dios. En sus templos, las hetairas sagradas hacían el amor a la vista de todos y, de entre ellas, «la puta de Babilonia» —otro curioso personaje del *Apocalipsis*, conocida también por la Gran Ramera—, era la mayor y más detestable de todas pues «se embriagaba con la sangre de los santos y los mártires».

Es probable que la historia no sea más que una leyenda de las muchas que se inventaron los profetas hebreos, pero, en todo caso, si el autor del *Génesis* había culpado a Eva por la entrada del pecado en el mundo, el autor del *Apocalipsis* no iba a dejar pasar de largo la ocasión de señalar a una mujer como culpable del desenlace de la historia. En una cultura anti-feminista como lo ha sido siempre la judeocristiana, extraño sería que la culpa hubiese sido achacada a un hombre. De ahí que, como protagonista del fin de los tiempos, el visionario de Patmos imaginara a una prostituta borracha subida a la grupa de un dragón de siete cabezas.

El sexo, esa fobia/filia clerical que, junto al poder y el dinero tanto atormenta las vidas de los buenos pastores, hacía acto de presencia en el cisma. Y la puta de Babilonia, vestida de púrpura y escarlata —los colores con que se hermoseaban prelados y cardenales—, se convertía en el apodo con el que los rebeldes se habrían de regocijar, y aún hoy se regocijan, al referirse a la Iglesia de Roma. Todo un hallazgo, todo un símbolo, pese a ser un invento albigense. En el siglo XVI, nada mejor que una mujer pública podía simbolizar la depravación de la Curia romana. Hoy, sin embargo, cuando las prostitutas han sido reivindicadas y su estatus elevado a la categoría de trabajadoras del sexo, el sonsonete pareciera no solo excesivo, sino políticamente incorrecto, y hace muy flaco favor a quienes insisten en usarlo, por más que Roma lo mereciese entonces y lo siga mereciendo ahora.

No era ningún secreto, así y todo, que la podredumbre, y no la santidad, fuese la sustancia natural de la Iglesia romana. La corrupción había sido la causa de la caída del Imperio de los Césares, y los gobiernos eclesiásticos, siguiendo esa tradición, habían extendido la fama de prostíbulo que la ciudad había recibido en herencia. Había otros motivos, además, para que la Iglesia mereciera ese sonrojante alias. La prostitución suele concentrarse allí donde abunda el dinero, el juego, la fiesta y, en

general, el *dolce far niente*. Y Roma, en 1517, era un lugar donde todos esos elementos se concitaban.

La ciudad acogía en su seno a más de seis mil meretrices, lo que para una ciudad de sesenta mil habitantes suponía una proporción mayor a la que podrían hoy mostrar Amsterdam o Hamburgo. Y su influencia llegará a ser tan grande que dos cortesanas, Teodora y Marozia, dos mesalinas de la corte papal, llegarían a controlar el poder de la Curia romana en las primeras décadas del siglo x. Entre ambas designarán nada menos que seis papas. Marozia, hija ilegítima de un pontífice, será la madre y la abuela de otros dos. Un cardenal del xvi, Cesare Baronio, dará el nombre de *Pornocracia* a este período de la Iglesia. Y el protestantismo lo registrará como «los días en que las prostitutas gobernaban la Iglesia de Roma».

Y es que, a principios de aquel trágico siglo en que Lutero se rebela contra el papa, el puterío en la ciudad del Tíber se había en efecto desbocado. Roma era el paraíso de las prójimas y la ciudad del amor. Y no precisamente del amor cristiano. Documentos de la época recogen la abundante tipología de estas mujeres, según la especialidad de sus servicios o el rango social de quienes se servían de ellas. Pero acaso la referencia más cercana a nuestra cultura sea la de Aldonza, *La lozana andaluza*, obra publicada en Venecia en 1528, un relato desenfadado y satírico, escrito en forma de diálogo, que describe el ambiente de Roma por aquellos días.

Escrita en un lenguaje tosco y callejero, *La lozana* muestra al lector el sumidero moral en que se había convertido aquella opulenta corte a la que acudía toda suerte de bigardos, vividores, crápulas, libertinos y otros ejemplos de santidad y conducta cristiana. La mayor parte de Roma es un burdel —refiere un personaje de la obra— y por eso le dicen Roma *putana*. Y otro, de nombre Valijero, le cuenta a la andaluza cómo se integra el personal de aquel enorme prostíbulo, texto que andando el tiempo habría de convertirse en una de las referencias más chirigoterías y festivas de la literatura picaresca y del cual forman parte estos fragmentos:

Hay en Roma putas graciosas más que hermosas, y putas que son putas antes que muchachas... hay putas orilladas, combatidas, vencidas y no acabadas, putas devotas de Oriente a Poniente y Septentrión; putas convertidas, arrepentidas, putas viejas, lavanderas porfiadas; putas meridianas, occidentales, putas calladas, putas antes de su madre y después de su tía, putas feriales, putas a la candela, putas jaqueadas, travestidas. Putas avispadas, terceronas, aseadas, apuradas, gloriosas, putas buenas y putas malas, y malas putas. Putas secretas y públicas, putas jubiladas, putas casadas, reputadas, putas beatas, y beatas putas, putas mozas, putas viejas, putas alcahuetas, y alcahuetas putas... Y hay de todas las naciones: castellanas, vizcaínas, montañesas, asturianas... sardas, corsas, sicilianas, calabresas, romanescas, florentinas, boloñesas, venecianas, milanesas, lombardas... bretonas, gasconas, borgoñonas... flamencas, tudescas, eslavonas y albanesas... bohemias, húngaras, polacas, tramontanas, griegas.

Escrita por Francisco Delicado, un clérigo que debía de tener mucha experiencia en el asunto, su obra lograría el objetivo de describir un ambiente que no coincidía en absoluto con el que cabría esperar de una ciudad supuestamente santa. No lo era en los días de *La lozana* y hoy lo es menos todavía. A pocos meses de iniciarse el jubileo que habría de conmemorar dos mil años de cristianismo, una encuesta que apareció

en la revista italiana *Studi di Sociologia* revelaba que solo el 9 por ciento de los romanos se identificaba plenamente con la doctrina de la Iglesia Católica. Puesto el dato del revés, el 91 por ciento de los habitantes de la Ciudad Santa no eran católicos.

¿Sorprendente? En absoluto. ¿Por qué habría de llamar la atención, decía el filósofo Lucio Coletti en los días que apareció la encuesta, que nos hayamos vuelto incrédulos, tras la mala fama que el papado ha vertido durante siglos sobre nosotros? Los romanos tenemos buenas razones para ser poco religiosos y la más importante, argüía Coletti, es nuestra historia.

No debe haber sido fácil vivir más de un milenio bajo la férula de la clerocracia. Y nadie mejor que los romanos podrían testimoniar su conflictiva relación con los papas, fuese por prohibirles jugar a la lotería (Pablo IV), suprimir la venta de vino (León XII) o traicionar a la patria italiana (Pío IX). Un cierto cansancio histórico pesa sobre los habitantes de una urbe que ha vivido de primera mano esa experiencia y que no ha olvidado que, entre los siglos IX y XIII, fueron envenenados o estrangulados quince papas, que las calles de Roma se tornaban inseguras a causa de los disturbios que acaecían mientras duraba el vacío de poder y que las batallas clericales por el trono de san Pedro llevaron con frecuencia a la ciudad al borde de la anarquía. Los romanos han conocido desde papas de catorce años de edad hasta uno que duró solo un día. Benedicto IX, acaso el más venal de todos, llegó a vender el trono. Y Gregorio VII e Inocencio VII fueron expulsados de la Ciudad Santa por multitudes iracundas que los querían linchar.

Al ocupar el lugar de los Césares, los papas adoptaron todos los vicios del poder, paganizaron las costumbres y secularizaron sus vidas a tal punto que, en los albores del siglo XV, el prestigio del papado era prácticamente inexistente. No había un papa, sino tres: uno en Avignon, otro en Roma y otro, recién elegido, en Pisa. Los tres se habían excomulgado entre sí y a sus fieles respectivos, con lo cual toda la cristiandad vivía excomulgada.

Las censuras de los rebeldes, por tanto, y el babilónico apodo endilgado a la clerocracia de Roma siguen siendo, ayer como hoy, merecidas. Y ahí están los romanos, un pueblo que por razones obvias debería de ser el más católico del mundo, para dar fe de ello, por más que les quede ya muy poca.

Pero volviendo a *La lozana*, la Roma que describe Aldonza es prácticamente la misma que verá Lutero cuando en 1510 la visite con motivo de una gestión para la orden agustina. Su sorpresa no sería mayor que la de la andaluza y la de tantos romeros que llegaban a la ciudad enfervorecidos para ascender de rodillas los veintiocho peldaños de la Scala Santa y postrarse ante el manto de la Verónica. La Meca cristiana era la sede de unos clérigos desfachatados que se habían instalado en ella con el único fin de medrar y que practicaban sin recato ni castigo los siete pecados capitales y otros tantos sin codificar. De ahí el célebre proverbio de «ir a

Roma y perder la fe» que corría de boca en boca entre quienes regresaban chasqueados a sus países de origen tras comprobar el estado de degradación en que había caído el Alto Clero romano.

Si existe el Infierno, escribirá Lutero, Roma está construida sobre él, y Tiberio, el emperador pagano, «aunque fuera tan monstruoso como lo pinta Suetonio, sería un ángel comparado con la corte del papa».

Son ellos —escribirá el agustino en su típico lenguaje, a menudo procaz y carente de sutilezas—, los cardenales, el Papa y el enjambre de la Sodoma romana quienes corrompen a la Iglesia y a Dios.

Lutero no tenía frenos y arrojaba al papel lo primero que le venía a la cabeza. Seguía siendo el hijo de un minero reconvertido en campesino. Pero nadie podría cuestionar la certeza y sinceridad de su fraseo. Él también había ido a Roma y perdido allí la fe. Y por sobrados motivos. Aquella no podía ser la casa de Dios, aquello era un burdel. Y si hay un momento clave en que pueden percibirse las primeras fisuras del cisma es este, la hora en que Lutero se percata de que el cristianismo romano es una fe degradada y corrompida por la Curia que lo administra.

Al priorizar lo político sobre lo sagrado, los papas habían llevado la autoridad moral de la Iglesia al punto más bajo de su historia. Tal fue el caso de Inocencio VIII, que de inocente tuvo poco, pues vendió cargos eclesiásticos, traficó con sacramentos e indulgencias y tuvo tantos hijos ilegítimos que las comadres del Trastevere decían de él que nunca un papa había merecido tanto el título de «padre». O el de Alejandro VI, el papa Borgia, un ambicioso político que buscaba expandir los estados pontificios al precio que fuese. O el de Julio II, apodado *El Terrible*, un militar a la cabeza de la cristiandad, que ya es escarnio, a quien solo le preocupaba la guerra y de quien Erasmo dirá, viéndolo entrar en Bolonia con armadura y a caballo: «¿Y este es Julio Segundo? ¿No será en verdad Julio César?». O en fin, el de León X, papa en funciones, famoso por sus lujos, sus derroches y sus placeres mundanos.

Lutero y los peregrinos que visitaban Roma aquellos días no serían, sin embargo, los únicos en verse obligados a taparse la nariz con la pestilencia que fluía de las sentinas eclesiásticas. Cientos de testimonios confirmaban esa impresión y venían generando desde hacía siglos un profuso clamor de reforma. Hasta los intelectuales más moderados estaban convencidos de que la Iglesia romana era una institución gobernada por un grupo de políticos corruptos que habían despojado al cristianismo de toda espiritualidad.

Pero ni las demandas eran escuchadas ni Roma estaba dispuesta a rectificar. La Iglesia, siempre fiel a sí misma, no deja de exigir a los fieles que reformen sus vidas, pero nunca reforma la suya. El Papa y la Curia, además, se sentían invulnerables a la crítica. La mayoría de sus miembros eran aristócratas de la élite italiana, miembros de poderosas familias que les respaldaban. Se sentían seguros. Tenían el poder, el más imponente de Europa. ¿Qué podía preocuparles la denuncia de un vulgar fraile

agustino en un mundo prácticamente incomunicado, sin televisión, radio ni redes sociales? ¿Cómo creer que alguien así podía poner en peligro el poderío de Roma?

Al igual que Julio II, *il papa condottiero*, la Curia pensaba que la reforma del cristianismo tal vez fuera necesaria, pero solo se llevaría a cabo cuando el poder temporal de la Iglesia estuviese seguro. Y de momento, a pesar de su imponente dominio sobre las coronas europeas, creía que no lo estaba, cosa que suele ocurrir cuando se detenta el poder absoluto: nunca hay tiempo para hacer reparaciones, no digamos para negociar, conceder o transigir.

Durante los tres años que siguieron a la fijación de las *Noventa y cinco tesis*, Roma tratará de convencer a Lutero de que se retracte de ellas, propiciando reuniones entre él y destacados teólogos que habrían de terminar en igual número de fracasos. Mientras, los escritos del agustino se irían volviendo más ásperos y provocadores. Los cristianos no necesitan un papa, asegura. Solo Cristo es la cabeza de una Iglesia que ha sido secuestrada por el Anticristo y su séquito.

El fraile se ha engrেído. Ya no es un predicador, es una potencia política. Federico de Sajonia le protege y no permite que viaje a Roma, pese a la insistencia del papa para que visite la Santa Sede y exponga allí sus ideas. El peligro de que Lutero sea encarcelado, juzgado y ejecutado es muy alto y los príncipes alemanes necesitan que el fraile siga escandalizando a la feligresía.

Lutero se ha convertido también en el hombre más mentado de Europa y el Sacro Imperio. Sus tarascadas contra el papa son cada vez más agresivas y su discurso se ha ido encajonando en una condena radical de la historia cristiana, su contaminación con el paganismo, su falsa piedad, su idolatría y sus prácticas supersticiosas. Lutero publica numerosos opúsculos y panfletos en los cuales expone unas ideas que corren por el continente con la velocidad de una hiedra ansiosa de espacio y oxígeno. Imagínese, un oscuro monje, profesor de una pequeñísima universidad y sin pedigrí teológico alguno, elevado a la categoría de redentor del cristianismo. ¿Cómo no iba a estar envalentonado contra Roma?

Lutero sabe que ha pulsado una tecla disonante y la toca una y otra vez con estridencia. Trabaja como un obseso en sus escritos y no dejaba de vociferar contra el pontífice. De manera simultánea, además, han comenzado a aparecer aquí y allá otros clérigos enardecidos y rebeldes, como Zuinglio, Farel o Bucero. Uno de ellos, Philippe Melanchthon, colaborador de Lutero, se encargará de llevar las tesis y los escritos de su mentor a los púlpitos desde donde otros pastores arrojarán sus sales y vinagres contra la prostituta romana. La violencia empieza siempre por la palabra y los clérigos son especialistas en provocar, injuriar y maldecir con ella.

Los príncipes de la Iglesia, por su parte, no son menos agresivos que los rebeldes y pronto echan mano de la ira y el insulto como respuesta. La clerecía solo es tolerante cuando no tiene poder para ser intolerante. Y esta será la causa de que la

revuelta contra Roma se vaya volviendo poco a poco inmanejable. El papa León sigue tratando con desdén a Lutero, no le da ningún valor y tiene prejuicios antigermánicos. Considera al fraile «un borracho alemán que cambiará de parecer cuando esté sobrio» y confía en que, si el asunto va a mayores, siempre se podrá resolver en la hoguera, como antes se habían resuelto los casos de Hus y Savonarola, dos ejecuciones de la Iglesia romana que no es superfluo reseñar brevemente.

Jan Hus, rector de la Universidad de Praga, era seguidor de las ideas de Wycliff, un profesor de Oxford, traductor de la Biblia al inglés y destacado precursor de la Reforma. Hus sostenía, como Wicliff, que el papado carecía de fundamento evangélico. Que el único papa de la cristiandad era Cristo. Que las órdenes religiosas estaban corruptas. Que las indulgencias eran un abuso. Y que la inmoralidad de los clérigos invalidaba los sacramentos que impartían. Convocado por los obispos al Concilio de Constanza para que explique ante ellos sus ideas, Hus es declarado allí mismo hereje y quemado vivo junto con sus obras en 1415. Su muerte provocará una serie de guerras en Bohemia que hubieron de ser sofocadas a un altísimo costo de vidas humanas.

El caso de Savonarola, un ardoroso dominico italiano, notorio por sus furibundos sermones contra el lujo y la corrupción de los poderosos, sus invocaciones a la pobreza, su profetismo apocalíptico, sus invectivas contra la depravación de la Iglesia romana y el papa y la intromisión de la filosofía de los pensadores paganos en la espiritualidad y la filosofía cristianas (Platón y Aristóteles, decía, han de estar ardiendo en el Infierno), es parecido al de Hus. Promotor de «hogueras de vanidades» en las que ardían libros, pinturas, instrumentos de música y obras de arte, Savonarola será quemado vivo en la Piazza della Signoria de Florencia el año de 1498 por órdenes del papa Alejandro VI.

León X podría hacer con Lutero lo mismo. Solo tenía que atraparlo y llevarlo a la pira. Y acaso esa confianza haya sido el motivo de que no diera a conocer la bula *Exsurge Domine* hasta tres años después de que Lutero hubiese clavado sus tesis en la capilla del castillo de Wittenberg. La bula condenaba al fraile agustino y, en el texto, destacaba esta invocación propia de la histriónica predicación de la época:

¡Levántate, Señor! Un jabalí ha entrado en tu viña y amenaza destruirla. ¡Alerta Pedro, Pablo, todos los santos, la Iglesia Universal!

Lo del jabalí era sin duda el delicado tratamiento con que León X correspondía al fraile rebelde por haber calificado al papa de Anticristo y a la corte papal de puta. Ante todo la educación y los buenos modales.

En cualquier caso, la reacción de León X era tardía. La pequeña excrescencia en la piel del cristianismo se había convertido en un cáncer que empezaba a propagarse por Europa en medio de una metástasis irresistible. Una nueva doctrina había nacido: la del rechazo a la supremacía papal. De ahí que, en lo sucesivo, el adversario sea identificado más a menudo con el despectivo nombre de papista que con el más

respetable de católico.

Lutero no era original en este punto, como tampoco lo habían sido Wycliff ni Hus. El auténtico precursor del discurso contra el papado había sido un fraile franciscano, profesor de la Universidad de Oxford, a quien pocos historiadores dan crédito por la primicia. Se llamaba Guillermo de Occam (1295-1350) y era autor de un libro escasamente difundido —no se encontrará una copia del mismo hasta 1928— titulado *Sobre el gobierno tiránico del papa*.

Occam es el primer teólogo que se opone a la supremacía papal. El franciscano rechaza un pontificado autoritario, enriquecido y despótico que subordina la conciencia religiosa de los fieles y ejerce sobre ellos y los príncipes de la Tierra un poder político y religioso absoluto. La Iglesia, asegura, es una comunidad libre, ajena a toda preocupación mundana. Y sostener que el papa posee una autoridad absoluta, tanto en los asuntos espirituales como en los materiales, es sencillamente una herejía, pues ni el papa ni los concilios tienen autoridad para establecer verdades ni imponer exacciones ni tributos a los fieles.

Si Lutero leyó el breve tratado de Occam es cosa que no se sabe, pero el agustino no duda en recalcar que la autoridad teológica del papa está sujeta a las Escrituras, que el pontífice no es el único que puede interpretarlas y que el libro sagrado ha de ser accesible a todos los fieles y no solo a los que saben latín. Los cristianos no necesitan intermediarios ante Dios para salvar el alma, remacha Lutero, aserto que da a la Revolución Protestante un tinte anticlerical y antijerárquico que es calurosamente bien recibida por una sociedad reiteradamente abusada y humillada por la Iglesia de Roma.

La reacción del papa —ahora sí— no se deja esperar. León X condena los escritos del agustino, ordena quemarlos en público y exige al fraile retractarse de 41 de sus tesis en sesenta días, so pena de excomunión. Toda discrepancia teológica es innegociable. La misma actitud que otro papa, Urbano VIII, mantendrá tiempo después ante Galileo: cualquier posibilidad de que el rebelde esté en lo cierto sería desastrosa, por lo tanto es preciso condenarlo, aun en el dado caso de que tuviera razón.

Pero León X ha llegado tarde esta vez. La revolución ha alzado vuelo y un gran cambio social se columbra en el horizonte. Nobles, burgueses, campesinos, clérigos y laicos se unen a ella. Frailes y monjas abandonan sus conventos. Las turbas penetran en las iglesias y destruyen altares e imágenes. Principados laicos, como el de Sajonia, donde vive Lutero, y ciudades libres del Imperio, aceptan y asumen la nueva doctrina.

¿Cómo unos pueblos que habían mantenido una fe inquebrantable por más de un milenio pueden darle ahora la espalda con tanta rapidez a Roma? Las glosas al respecto varían, pero es muy probable que, además de estar ahíta de abusos

eclesiásticos, la grey hubiese descubierto que el protestantismo era una fe más sencilla y más barata. El nuevo credo había suprimido cinco de los siete sacramentos y los fieles podían acceder al Paraíso con solo creer en Dios. Y para remate, nadie tenía que pagar impuestos a Roma.

De nuevo, como en los días de Tetzl, la salvación y el Paraíso están en oferta, solo que a precio más cómodo. Mejor dicho, ahora son gratuitos. Y la religión es más festiva. En las iglesias reformadas se cantan himnos compuestos por el propio Lutero, quien ha dado gran importancia a la música. Los predicadores rebeldes se han ganado el respaldo de un pueblo que, de súbito, abjura de la vieja doctrina y acuerpa la de un cristianismo renovado que se rige por los principios elementales de *sola fide, sola gratia, sola scriptura*, el lema que guiará la revolución luterana. Jesucristo es la única autoridad de la Iglesia y también el único que concede la gracia. Y la Escritura, la Carta Magna de la nueva cristiandad, es la única ley que debe ser obedecida.

De repente, se ha creado una relación distinta entre los hombres y Dios. La misericordia divina, la gracia, no se alcanza por los ritos, la liturgia, el perdón papal, los rosarios, las devociones vacías, las indulgencias, las procesiones o los sacramentos. Nada de eso es necesario. Lo son para la moral social, pero no salvan. El nuevo credo es mucho más simple. Todo se reduce al Evangelio y a la fe. Sin imágenes, sin lujos, sin aspavientos, sin opulencias. De resultas, la causa de Lutero se afianza con una celeridad inesperada. Los pueblos germanos han centrado en la doctrina del agustino su, hasta ese momento dispersa, pasión política. Y los nobles han visto la oportunidad de quitarse a Roma de encima y, de paso, apropiarse de las tierras y los bienes eclesiásticos.

La creciente agresividad de Lutero contra la Curia romana revela de otra parte el apoyo y la simpatía que su rebeldía ha despertado en el Sacro Imperio. El día que vence el plazo impuesto por el papa para que el agustino se retracte, 15 de diciembre de 1520, Lutero reúne bajo una fuerte nevada a seguidores y alumnos en la Puerta del Este, a las afueras de Wittenberg. Acto seguido, enciende una hoguera y quema la bula papal junto con el Código Canónico.

Este acto de arrogancia, sin embargo, habrá de traer consecuencias. Unos días después, el 3 de enero de 1521, el mismo año en que Cortés entra en Tenochtitlan, el papa excomulga a Lutero por hereje.

Lutero le responde al papa que no le ha condenado a él, sino a los Evangelios.

León X exige al rebelde sumisión incondicional y advierte a los demás: «Obediencia o guerra».

Lutero responde, con desdén: «Debo al papa tanta obediencia como se la debo al Anticristo».

León X escribe a Federico *el Sabio*: «Te exhorto a que detengas a ese loco y lo encarceles».

Y Lutero, cuando lo sabe, exhorta y conmina a los príncipes con estas dulces palabras extraídas del *Apocalipsis*: «Odiarán a la ramera y harán que quede devastada

y desnuda, y se comerán sus carnes y la quemarán por completo con fuego» (Ap. 17:16).

Odium religionum sunt acerbissima, reza el aforismo latino: de todos los odios ninguno más acerbo que el que nace de la religión, aserto que ratifican la experiencia y la historia. Cuando lo sagrado invade el terreno de la política o la política el de lo sagrado, las diferencias de opinión se tornan enemistades absolutas. En los conflictos de esta índole, escribe el sociólogo José Enrique Miguens, tiene lugar un choque de fuerzas que combaten en una atmósfera de exaltación mística de dimensiones cósmicas y donde toda manifestación de aquella se torna fascinante o repelente. Y esto es lo que va a suceder entre Roma y los separatistas. La intolerancia se ha encontrado con su hermana gemela. Los términos del debate se han vuelto excluyentes. Los mutuos agravios, las ofensas, las injurias, todo eso que hoy llamamos «el discurso del odio», se apodera de los clérigos, y al cabo del zipizape, sus diferencias teológicas se terminarán transformando en una guerra aberrante y maniquea sin ninguna posibilidad de concordia.

6. NACE EL NACIONALPROTESTANTISMO

Si el papa actúa contra la Escritura, nosotros estamos obligados a defenderla y castigar al papa. Y carecen de fundamento quienes dicen que no es lícito luchar contra ese poder. No hay que obedecer su imperio, sino oponernos a él con nuestro cuerpo, con nuestros bienes y con todo lo que podamos.

MARTÍN LUTERO (1483-1546),
A la nobleza cristiana de la nación alemana

Los teólogos de la liberación iniciaron en el siglo xx una rebeldía contra Roma menos importante que la luterana, ya que al cabo concluyó con la derrota de los rebeldes. Uno de los dichos más reiterados de aquel grupo era: «Todo es política». Probablemente creían haber descubierto la rueda, pero no decían nada nuevo. Política y teología han ido casi siempre de la mano, sobre todo en el siglo xvi, cuando la política era marioneta de la religión, y la religión, a su vez, respiración asistida de la política. A fuer de ser realistas, por tanto, hay que decir que el signo de la Revolución Protestante sería político tanto o más que teológico y que sus héroes ni siquiera se preocuparon en disimularlo. El Estado ha de ser cristiano, decía Zuinglio. Calvino organizará un gobierno clerocrático en toda regla, no muy distinto al del Irán actual. Y Lutero, un hombre resentido contra Roma por el trato que esta impartía a los pueblos germanos, no dejará de invitar con arengas nacionalistas la intervención y participación de los príncipes en el diseño del nuevo cristianismo. El agustino, más que sus colegas, padecía una fobia irreprimible contra

... esos italianos que se burlan de los buenos y leales alemanes; esos italianos astutos, sin escrúpulos ni fe, sin seriedad ni profundidad, y que, con el pretexto de servir a los grandes intereses de la cristiandad, pero no sirviendo en realidad sino a sus propios apetitos, sacan de Alemania tan hermosos ducados.

Son sus palabras: xenófobas, patrioterías, provocadoras. Con ellas y con otras parecidas, Lutero se va a convertir en la conciencia política de los pueblos germanos. El nacionalismo, un ingrediente inseparable de la revolución religiosa que se avecinaba, mueve su espíritu tanto o más que su fe. El agustino quiere que Dios sea alemán, no italiano. Y ese empeño por cambiar la nacionalidad del Altísimo será un componente esencial en la guerra entre el papado y los separatistas.

Los intelectuales protestantes suelen aducir que la «reforma» fue una revuelta de la razón contra el poder absoluto del orden espiritual que imperaba aquellos días y que la causa más importante de la secesión fue el ansia de libertad de los pueblos germanos. Y tienen razón, pero solo en parte. El ansia de libertad de los pueblos no se tiene por su pie, si no se sustenta en la fuerza. El afán de substituir el gobierno ilegítimo del papa, como dicen los evangélicos, por otro legitimado por las Escrituras, fue sin duda una meta justificada, pero no habría ido muy lejos sin el auxilio de las armas. La Revolución Protestante tuvo un fundamento religioso, sí, pero en modo

alguno fue un hecho aislado de los intereses políticos y económicos de la nobleza del Sacro Imperio.

Lutero sabía todo esto y, si no, lo intuía. Y empujado por su patriotismo y los intereses que le apoyaban, convocará a los príncipes alemanes a enfrentarse a Roma en una proclama política titulada *A la nobleza cristiana de la nación alemana acerca de la reforma de la condición cristiana* (1520), título cuya segunda parte algunos suelen traducir por «acerca del mejoramiento del Estado cristiano», lo que da una mejor idea de las intenciones del fraile. Su música de fondo será un llamado a romper con Roma, cosa que Lutero no puede hacer únicamente con la prédica doctrinal. La palabra escrita y el sermón no son insuficientes. Hace falta, además, la espada.

Buena parte de la nobleza germana está lista para esa convocatoria, especialmente Sajonia, al norte del Sacro Imperio. Se han cansado de pagar diezmos, primicias y tributos a una potencia extranjera. Y el conflicto empezará a adquirir una marcada dimensión político-militar cuando los príncipes rebeldes, sometidos durante siglos al chantaje de la excomunión, si no obedecían las órdenes del poder eclesiástico, pierdan paulatinamente el miedo a Roma.

Lutero busca una alianza con el poder civil y la imprescindible convergencia entre la rebelión religiosa y la rebelión política. Incluso llegará a escribir que el emperador, los gobernantes y los príncipes, auxiliados por la fuerza de las armas, deben secularizar los Estados Pontificios, atacar a la «peste romana» y «lavarnos las manos en su sangre». No más extorsiones, indulgencias, limosnas ni diezmos a esa organización corrupta que administra la cristiandad y se nutre con la sangre y el sudor de los alemanes. Que los jefes de Roma renuncien al lujo y a los placeres del mundo y vivan de acuerdo con la pobreza evangélica que Cristo ordenó. Solo una decisión así sería agradable a los ojos del Altísimo y admisible por parte de los pueblos germanos.

¿Quién se acomodaba a quién, la religión al nacionalismo o el nacionalismo a la religión? Cualquiera que sea la respuesta, y honrado es reconocer que no resulta sencilla, la Revolución Protestante ha entrado en una fase menos primorosa de la que los devotos suponen. En la nobleza germana, como hemos visto, anida un hondo resentimiento de repudio contra la Iglesia de Roma. El papa es visto como un jefe de Estado extranjero que despoja a los pueblos germanos de sus riquezas, pero no lo es menos que sus príncipes desean los bienes de la Iglesia —un tercio de la riqueza del Imperio—, obtenidos durante siglos por medio de limosnas, legados, donaciones y exenciones de impuestos.

La codicia, por lo tanto, además del odio religioso y la política, todo hay que decirlo, será otro de los motivos de la Revolución Protestante. La renovación del cristianismo es un negocio provechoso para los príncipes del Sacro Imperio, así como para los del resto de Europa. Enrique VIII, en concreto, será uno de los

«privatizadores» más activos y violentos de los bienes eclesiásticos, aun habiendo sido católico hasta su último suspiro. Los encendidos sermones de los clérigos rebeldes habían puesto las descomunales riquezas de la Iglesia al alcance de los nobles y ahora todo era cuestión de apoderarse de las mismas, pues estaban justificados por los Evangelios.

Los príncipes van a ser, en definitiva, un factor de capital importancia en el complejo mapa político y religioso del Sacro Imperio, el antiguo —y muy pronto obsoleto— proyecto de Carlomagno para mantener unida a Europa. Todavía es la era del cesaropapismo, es decir, el tiempo de un poder bicéfalo que comparten el emperador y el papa. Pero el Imperio carece de unidad territorial. Es un inmenso, pero fragmentado, territorio teológicamente subordinado a León X y políticamente sujeto a Carlos V. En su seno conviven una multitud de intereses divididos en docenas de reinos, ducados, condados, obispados, principados seculares y eclesiásticos, ciudades libres y comandancias militares, a cuyos gobernantes legitiman la herencia y el derecho de sangre. Y es a ellos precisamente a quienes Lutero dirige las frases más agresivas de su panfleto:

Tenemos el nombre y las insignias del Imperio, pero el papa tiene sus tesoros, su poder, sus privilegios y sus libertades. El papa se come la fruta y nosotros nos divertimos con el hueso. Y de este modo, nuestra simpleza ha sufrido siempre el abuso de la soberbia y la tiranía de los romanos.

Difícilmente podría expresarse mejor lo que todos ya sabían: el Imperio Romano no había desaparecido del escenario europeo. Simplemente se había transformado en la Iglesia de Roma. Con todo, se ha dicho a menudo que el Sacro Imperio Romano Germánico no era sacro, ni imperio, ni romano, ni germánico. Las razones detrás de este argumento se basan en que no eran la corona ni la tiara quienes gobernaban tan extenso y complejo territorio, pues a menudo vivían enfrentadas, sino que eran los príncipes quienes cortaban el bacalao.

Puede que eso fuera así, pero el jacobinismo de Lutero va a enredar más las cosas, ya que ese complejo mosaico conformado por piezas de tan diverso colorido cultural y tan numerosos vectores de poder, donde para más inri se hablan catorce lenguas, va a ser el escenario en el que un jovencísimo Carlos V (cuenta apenas veintiún años) verá amenazada la unidad imperial debido al creciente número de príncipes que han empezado a inclinarse por la causa rebelde. No son tan fervorosos como para postrarse de rodillas ante el nuevo credo. Solo pretenden las tierras y los bienes eclesiásticos. Pero los asesores del emperador, quienes han detectado el peligro de que la lealtad de los príncipes se astille aún más, si cabe, a causa de Lutero, sugieren al joven Carlos resolver el problema religioso en forma expeditiva, antes de que el Imperio se desencuadere por culpa de un frailecillo bocón y maleducado.

Así las cosas, Carlos V convoca a Lutero para que glose su proclama ante la Dieta Imperial que va a celebrarse en Worms, pequeña ciudad alemana cercana a Frankfurt.

Es el año de 1521. Federico III de Sajonia, el más rico y poderoso de los príncipes alemanes, ha pedido al emperador que, antes de ser condenado, Lutero sea escuchado por las autoridades civiles y eclesiásticas del Imperio y que se le garantice la estancia en Worms con un salvoconducto válido por tres semanas.

Hombre de gran influencia, Federico protege a Lutero desde la sombra y ha sido figura clave en la elección del joven emperador. Ni él ni otros príncipes de su mismo criterio quieren que se repita el caso de Hus, pues temen que se desaten guerras civiles como las que habían tenido lugar en Bohemia entre 1420 y 1434 tras la ejecución de aquel. Y a Carlos, que además de emperador electo del Sacro Imperio es rey de España, de las Indias, las Dos Sicilias, Jerusalén, Hungría, Dalmacia y Croacia, archiduque de Austria, duque de Borgoña, conde de Habsburgo, Tirol, Flandes y un extenso etcétera, no le queda otra alternativa que acceder a esa petición. Carlos confía en Federico para mantener la unidad del Imperio, y Federico confía en que Carlos no cometa una imprudencia.

Roma por su parte ha enviado a Worms un nuncio, el cardenal Girolamo Aleandro, y a un centenar de fiscales y teólogos, buen número de ellos dominicos cuya enemistad con los agustinos se ha agravado a causa del negocio de las indulgencias. Ninguno lleva intención de escuchar a Lutero. Juran y perjuran que únicamente desean pedirle que se retracte, pero en realidad viajan a Worms preparados para acusarle de rebelión, impiedad, sedición y blasfemia y, una vez obtenido el veredicto favorable del emperador, juzgar y ejecutar sin más al fraile («cortar ese brazo con gangrena», como dirá con cristiana caridad el cardenal de Salzburgo) mediante la simple aplicación de la bula de León X que lo ha excomulgado y condenado por hereje.

La vida de Lutero pende ahora de un hilo. Ha vacilado en acudir a Worms, temiendo que le suceda lo que a Hus un siglo atrás en Constanza y a quien no salvó el salvoconducto imperial. Pero ahora que está a las puertas de la ciudad, se siente más seguro. Llega en olor de santidad y ha sido aclamado en su viaje por quienes le admiran y quieren. A los ojos de los pueblos germanos, Lutero es un hombre valeroso que no teme al papa ni al emperador y la única esperanza que abrigan para liberarse de Roma. Eso le ha confortado y dado ánimos. Lutero ha descubierto, además, su vocación más genuina: difundir la verdad que halló un día leyendo la *Epístola a los Romanos*. Y tiene amigos muy poderosos, aunque él no tenga otro poder que el de sus convicciones y la certeza de que el precio de su aventura será la inmortalidad o la muerte.

Lutero ha apostado por la inmortalidad, por supuesto, no obstante que la muerte es más probable. Presiente que aún le queda mucho tiempo para alcanzar la cima de su vida y que el ascenso hacia ella es cuestión de determinación y carácter. La Reforma es su destino, su causa. El joven fraile ha divisado un norte lejano y brumoso que, sin embargo, va a suponer un punto de inflexión decisivo en la historia de Europa, la cristiandad y la civilización. Y nada ni nadie detendrá ese su impulso

nacido la noche febril en que descubrió que la fe es lo único que salva el alma.

Tal sería la historia oficial, aterciopelada y heroica, sobre la llegada de Lutero a Worms, la ciudad donde la Revolución Protestante va a recibir el impulso político del que hasta ahora carecía. Pero hay, llegados a esta fase de la revuelta, una incómoda pregunta que es imprescindible hacer. ¿Hasta qué punto los príncipes alemanes no le han asegurado a Lutero que nada le ocurrirá en Worms y que no tema decir la verdad, pues garantizar su supervivencia es un negocio que conviene a todos?

Georg Spalatin, capellán de la corte de Federico de Sajonia y secretario consejero de este, se siente así y todo preocupado y quiere prevenir a Lutero. Ha sabido que la ciudad está poblada de enemigos de la reforma y que no respetarán el salvoconducto concedido a un hereje. Y así, cuando el fraile alcanza las goteras de la ciudad, un mensajero de Spalatin llega hasta él y le advierte: «Corréis un grave peligro. No se os ocurra entrar en Worms». A lo cual Lutero contesta muy seguro: «Id y dile a Spalatin que, aunque hubiese en Worms tantos demonios como tejas en sus tejados, iré allí de todos modos».

Una respuesta seguramente ideada por la hagiografía protestante, pues lo cierto es que Lutero no las tiene todas consigo y pierde seguridad y aplomo en su primera deposición ante la más augusta asamblea de la cristiandad y el Imperio. No será hasta la segunda declaración que se muestre decidido y valiente y pronuncie un inspirado discurso que concluye con estas palabras que, si no las dijo entonces, como aseguran algunos historiadores, bien pudo haberlas pensado:

Si no se me convence mediante las Escrituras, pues no le creo al Papa ni a los concilios, ya que a menudo han errado, soy prisionero en conciencia de la palabra de Dios. Por eso no puedo ni quiero retractarme. Esta es mi posición. No puedo hacer otra cosa. Que Dios me ayude. Amén.

Es la actitud de un mártir y de un héroe. O la de un hombre que no tiene nada que perder y sí mucho que ganar. O la de alguien que puede enfrentarse a pecho descubierto al emperador y al papa, porque otros le protegen. O sencillamente la de un individuo que vive una situación donde se dan todas esas circunstancias. El rebelde ha justificado su causa y con ello ha colocado el pie en el estribo de la insurrección germana.

La ilustre asamblea, cuya mayoría de momento está en contra del fraile, se queda boquiabierta ante el coraje de Lutero y algunos príncipes —los que están a su favor— aprovechan la coyuntura para denunciar ante Carlos V los agravios, las depredaciones y las extorsiones que la Iglesia de Roma lleva a cabo en el Sacro Imperio.

Tenemos un papa —le dicen al emperador— que emplea su vida en la caza y el placer. Los beneficios que recibe de Alemania son entregados en Roma a cazadores, sirvientes, peluqueros y maquilladores, mozos de cuadra, pajes y otras gentes de esa clase, ignorantes y sin pulir, sin capacidad ninguna y extraños a Alemania... ¿Cuántas almas cristianas se pierden por ello? ¿Cuántas depredaciones y extorsiones son causadas por los escándalos que el jefe espiritual de la cristiandad ocasiona? Debemos evitar la ruina y el

deshonor de nuestro pueblo. Por lo tanto, todos unidos en un solo cuerpo, os suplicamos de la manera más humilde, pero también más urgente, ordenar una reforma del cristianismo para cumplir ese fin.

El joven Carlos, que no tiene en el papa un amigo, sino más bien lo contrario (León X habría preferido que Francisco I de Francia fuese el emperador), decide prestar atención a las quejas. No puede ser insensible a unas manifestaciones que ni él ni el nuncio de Roma esperaban. La reforma de la Iglesia es una necesidad impostergable y el alegato de los príncipes, un augurio de que la unidad del Imperio está en peligro.

Lutero y sus aliados han conseguido su primera baza: hacerse escuchar y romper la unanimidad de la asamblea. Pero los cabildeos y las sesiones se prolongan y multiplican. Entre un creciente número de nobles prevalece ahora la convicción de que Lutero es inocente. Y Aleandro, el nuncio de León X, se sulfura al saberlo. Habla ante la asamblea con palabra hirviente, ruge, se encrespa. Está perdiendo la batalla. No solo teme que Lutero sea absuelto, sino que los pueblos germanos se separen de la tutela de Roma. El imperialismo eclesiástico está en juego por culpa de un estúpido fraile a quien se le ha ocurrido la mayor bobada de la historia de la cristiandad. Y Roma no está dispuesta a ceder un palmo.

Como político tallado que es, Aleandro intuye que el Imperio pontificio podría resquebrajarse si le siguen dando alas a Lutero y a los príncipes que le apoyan. Y en una de sus idas y venidas con el emperador y sus consejeros, les sugiere anular el salvoconducto al agustino. Lo que el nuncio propone es sacudir un avispero con un palo. Y él lo sabe. Pero no le queda otra alternativa si quiere mantener la autoridad de Roma. Aleandro no posee inteligencia política. Es hombre de inteligencia reaccionaria. La inteligencia política reside en la habilidad de los hombres para llegar a acuerdos, la inteligencia reaccionaria, en reprimir, ejecutar, hacer correr la sangre. A eso está acostumbrado y no sabe hacer las cosas de otra manera.

El emperador se resiste a poner en entredicho la palabra dada y a suspender el salvoconducto a Lutero. Pero la presión del nuncio no cede. Y es en estas circunstancias que se va a confirmar el peso de los príncipes alemanes sobre las decisiones del joven emperador. Lo cuenta el historiador protestante J. H. Merle D'Aubigné en su meticulosa *Historia de la Reforma*.

Varios nobles del Imperio, refiere D'Aubigné, así como los príncipes de Sajonia y de Baviera, se presentan al emperador y le dicen que no permitirán que el salvoconducto sea violado. La ejecución de Jan Hus, le recuerda el elector del Palatinado a Carlos V, trajo suficientes calamidades a Alemania como para permitir que un cadalso parecido, y por las mismas causas, sea erigido ahora en Worms.

Jorge de Sajonia, pese a ser enemigo de Lutero, reitera también al emperador que los príncipes de Alemania no accederán a que el salvoconducto se quede en papel mojado ni que la primera asamblea presidida por el nuevo emperador incurra en ese descrédito.

Por su lado, los príncipes de Baviera, aun siendo devotos de la Iglesia de Roma,

se unen a la protesta de los otros nobles. Una deshonra así no es aceptable ni está de acuerdo con la integridad de la nobleza alemana.

El emperador recibía en estos términos la frecuente lección de quienes se aprestan a gobernar sin demasiada experiencia. Primero, no puede hacer todo lo que quiere. Segundo, carece de todos los apoyos que esperaba. Y tercero, no tiene todo el poder que suponía.

Entretanto, el contenido de los debates, celebrados a puerta cerrada durante varios días, corren ya por las calles y plazas de Worms, en las cuales se han fijado pasquines con estas palabras del *Eclesiastés* (Ecl. 10:16): «Ay del país cuyo rey es un muchacho y sus príncipes están siempre de fiesta». El emperador, se rumora, es un hombre demasiado joven a quien los papistas manipulan y manejan. Y algunos nobles, partidarios del movimiento reformista, se expresan con palabras agresivas contra las demandas del nuncio papal. Pallavicini, un miembro del grupo, asegura incluso que cuatrocientos de ellos están dispuestos a defender el salvoconducto de Lutero con la espada.

Sin dejar de ser un debate teológico, la Reforma adquiere en Worms el tinte de un movimiento político sin vuelta atrás. Lutero y sus aliados han hecho saltar por los aires mil años de dominio eclesiástico y pontificio. El fraile ha dicho a la asamblea, entre otras cosas, que los papas

... incapaces de manejar el Imperio Romano con el arte de los Césares, decidieron entregármolo a los alemanes. Pero nosotros, los alemanes, nos hemos convertido en esclavos del papa, y el papa ha tomado posesión de Roma y atado al emperador con un juramento con el cual nunca viviría allí. La consecuencia de todo ello ha sido que el emperador es el dueño de Roma sin tener a Roma. Nosotros tenemos el nombre [Sacro Imperio Romano Germánico], pero el papa tiene el territorio y sus ciudades. Nosotros tenemos las insignias del Imperio, pero el papa tiene sus tesoros, su poder, sus privilegios y sus libertades... Los romanos presumen de habernos dado un imperio. Muy bien. ¡Tomemos entonces lo que nos pertenece! Que el papa entregue Roma y cada una de las partes del Imperio que él posee. Que elimine los impuestos y extorsiones. Que restaure nuestra libertad, nuestro poder, nuestra riqueza, nuestro honor, nuestros cuerpos y nuestras almas. Que el Imperio sea lo que un imperio debe ser y que las espadas de los príncipes nunca se vean compelidas a inclinarse ante las hipócritas pretensiones de un papa.

Si estas palabras de Lutero en Worms no son un correlato fiel de las pretensiones independentistas de los príncipes que le apoyan y protegen, y si no es obvio que el monje se ha presentado ante la Dieta Imperial como el vocero de aquellos, fundiendo en un mismo discurso la hostilidad religiosa con el descontento político, habría que aprender a leer de nuevo. Quien es capaz de verbalizar el estado de ánimo de las personas, se acaba volviendo su líder, no importando cuáles sean sus ideas o sus tesis. Es la regla elemental de la política. De manera que, al echar sobre su nombre y sus hombros en Worms el sentimiento de los pueblos y los príncipes germanos, Lutero se transforma en el hombre providencial de los unos y los otros.

En toda ecuación algebraica, la introducción de una nueva variable complica la operación y, en este caso, esa variable será la política, la cual vendrá a enredar aún

más la tesitura religiosa en que el Imperio se halla inmerso. Siempre ha habido un vínculo cercano entre religión y política y el oscuro deseo de sus partícipes por subordinar una a la otra. Y este será el caso de Lutero y los príncipes rebeldes, una versión menos aterciopelada, pero más realista, de la que los predicadores suelen ofrecer hoy a la grey cristiana.

La valiente actitud del fraile no fue, en definitiva, todo lo mirífica y sacrificial que se dice. Lutero no era un cordero entre lobos. Sabía lo que estaba haciendo al criticar al papa con un discurso paralelo al de los príncipes que le protegían. De resultas, los conflictos entre romanos y germanos volvían a las andadas. Si varios siglos atrás, los pueblos bárbaros de la Germania habían dado fin a la Roma de los Césares, los papas convertirían más tarde a los bárbaros en tributarios de Roma. Y ahora en Worms, una vez más, los bárbaros y el Imperio romano volvían a enfrentarse.

Pero Roma no está dispuesta a ceder y, en un arrebatado de soberbia, el encolerizado Aleandro extiende a los príncipes rebeldes esta terrible amenaza:

Si creéis, oh alemanes, que podréis libraros de vuestra obediencia a Roma, Roma actuará como una espada exterminadora, de tal suerte que, enfrentándoos los unos a los otros, perezcáis todos bañados en vuestra propia sangre.

Toda una premonición de lo que habría de suceder. Toda una declaración de intenciones por parte de la Iglesia de Roma. Todo un ejemplo de caridad cristiana. Las demandas y amenazas de Aleandro han sacudido los debilitados cimientos del Sacro Imperio. Y ante el temor de que en Worms se produzca un cisma institucional irreversible, los asesores de Carlos V recomiendan a este tomar una decisión salomónica. El emperador accederá, de una parte, a las demandas de los príncipes indignados con la idea de no honrar el salvoconducto del fraile y deja marchar a Lutero. Y de otra, transigirá con la Iglesia de Roma y condenará al agustino en el edicto publicado por la Dieta Imperial, cuando Lutero esté lejos de Worms.

He aquí las palabras del documento:

El monje agustino Martín Lutero, pese a haber sido exhortado por nosotros a no hacerlo, se ha abalanzado como un demente contra la Santa Iglesia, a la cual busca destruir por medio de libros repletos de blasfemias. Ha insultado de modo vergonzoso la ley eterna de la santa alianza. Ha incitado a los laicos con fervor para que laven sus manos con la sangre de los sacerdotes. Y rechazando toda obediencia, no ha cesado de provocar la revuelta, el divisionismo, la guerra, el crimen, el robo y el fuego, ni de laborar continuamente para arruinar la fe de los cristianos... Aun callando todas sus otras iniquidades, esta criatura, que no es un hombre, sino el mismísimo Satán bajo el aspecto de un hombre vestido con el hábito de un fraile, ha reunido en una pestilente charca las peores herejías del pasado y ha agregado otras nuevas de su parte... Todos los hombres piadosos y sensibles, por tanto, deben considerar a este Lutero, un estúpido o un hombre poseído por el demonio; y confiamos en que, luego de que expire su salvoconducto, se tomen todas las medidas necesarias para arrestarlo. Por todo ello, bajo pena de incurrir en el castigo debido al delito de alta traición, prohibimos dar hospedaje al dicho Lutero, esconderlo, darle de comer o beber, o proporcionarle ninguna ayuda. Más aún, exigimos detenerlo dondequiera que se encuentre y traerlo a nuestra presencia sin demora o mantenerlo encerrado hasta que sepan de nuestra parte lo que debe hacerse con él y al mismo tiempo reciban la recompensa debida, por el esfuerzo realizado en tan santa obra.

No es el lenguaje que usaría un emperador. Expresiones como «no es un hombre,

sino el mismísimo Satán» y «charca pestilente de herejías», o calificar de «obra santa» la captura del hereje, no son propias de su protocolo. Es sencillamente el lenguaje de la apisonadora romana, la Iglesia imperial, la Madre intransigente y represiva cuyo nuncio, Girolamo Aleandro, ha redactado el documento y se lo ha presentado al joven Carlos para que lo firme.

Lutero es ahora un proscrito. Excomulgado por el papa y condenado por el emperador, cualquier súbdito del imperio podrá capturarlo y conducirlo a la autoridad más cercana para que reciba el castigo que le corresponde por hereje y subversivo.

La secreta respuesta de los príncipes rebeldes, sin embargo, al emperador es que Lutero debe vivir. El fraile les interesa y conviene. Y a poco de salir de Worms, Lutero es secuestrado por hombres armados que lo llevan a un lugar ignoto en los bosques de Turingia. El agustino amanece en el castillo de Wartburg. Y allí es informado de que nada tiene que temer, pues está bajo la protección de Federico el Sabio. Federico es hombre fiel a la Iglesia, pero reconoce la necesidad de reformarla y necesita la ayuda del fraile.

Durante los diez meses que vive en Wartburg, Lutero traduce la Biblia al alemán, un texto que se va a convertir en el pulmón del movimiento reformador. Su impacto será colosal. La lengua en que está escrita, sobre todo, el dialecto sajón, va a ejercer un efecto unificador en un Imperio disgregado y a punto de romperse. Y de esa Biblia nacerá el alemán moderno, idioma que habrá de crear una conciencia nacional y fortalecerá con los días la identidad de los pueblos germanos.

A estas alturas de su inconformidad y de su vida, es posible que Lutero no sea todavía consciente de haber puesto en marcha una revolución. Tampoco el joven Carlos V, a quien la orden de caza y captura de Lutero le parece suficiente para zanjar el asunto. El rebelde, supone, caerá en manos de la justicia y todo se arreglará como se ha hecho siempre: llevando al hereje a la hoguera. Carlos ignora todavía hasta qué punto la rebeldía de los príncipes va más allá de todo eso. Ha descubierto con pesar que buen número de ellos desean desprenderse de la tutela de Roma y quién sabe si también de la suya. Lo que no ha logrado vislumbrar, ni sus asesores tampoco, es que el abierto disenso de Worms es una grieta en los muros que sostienen el Sacro Imperio.

Tras la firma del edicto que condena a Lutero, los embajadores de la Iglesia de Roma proclamarán triunfales: «Es el fin de lo que pudo haber sido una tragedia». Alfonso de Valdés, en cambio, erasmista, secretario del emperador en la Dieta y más próximo a la realidad que los clérigos romanos, dirá: «De mi parte, estoy convencido de que este no es el fin de una tragedia, sino solo su principio».

Su pronóstico será el correcto. En poco más de una década, el protestantismo ganará pujanza y bríos en el campesinado, la población urbana y la nobleza. Y el conflicto entre los príncipes luteranos y el emperador se agudizará en forma notoria.

La nobleza sabe que Carlos necesita hombres y dinero para combatir a los turcos y a Francisco I, rey de Francia, enemigo secular de los Habsburgo. El joven emperador no puede desperdiciar recursos en guerras de religión. Y con motivo de una nueva Dieta en Espira (1529), los príncipes alemanes ven la oportunidad de obtener de él lo que desean: la total independencia de Roma. Quieren que se les permita aplicar el principio de *cuius rege, eius religio*, es decir, que los príncipes decidan cuál de los dos cristianismos deben adoptar sus súbditos, si el luterano o el romano.

(Una prueba más, dicho sea en un inciso, de cómo los reformadores propiciaban la *libertad de conciencia*, obligando a siervos y vasallos a creer, por las buenas o las malas, lo que sus señores disponían.)

Temiendo una vez más que la división religiosa fracture el Sacro Imperio, Carlos V rechaza la petición e insiste en que se condene a Lutero y su herejía. Seis príncipes luteranos y 14 ciudades libres no están de acuerdo con el emperador y entregan al hermano de Carlos, en Espira, una carta de *protesta*. Y es así como el protestantismo adquiere su nombre, de una iniciativa política. El grupo solo representa una minoría de la nobleza alemana, pero su argumento es contundente: «En asuntos de conciencia, la mayoría no vale».

El hermano del emperador se niega a aceptar la propuesta rebelde. Los príncipes luteranos, disgustados, crean la Liga de Esmalcalda y se alzan en armas contra Carlos V. La revolución es irreversible, le dicen. Y la libertad religiosa, la suya, la que permite a cada príncipe en su feudo imponer la confesión que más le interese, no es negociable.

Años después, treinta y seis para ser precisos, cuando, enfermo y cansado de batallar por el sueño imposible de la unidad cristiana de Europa, Carlos V se retire al extremeño monasterio de Yuste, hará en privado esta confesión: «No debí dejarlo ir».

Se refería a Lutero, claro está. Había sido un error permitir que escapara. Pero en aquellos días, el emperador tenía solo veintiún años y ni él ni sus consejeros ni el sutil Aleandro se habían percatado de que acababan de asistir, no tanto al insolente discurso de un fraile rebelde contra el emperador y el papa, sino al nacimiento de una idea que con toda propiedad podría llamarse nacionalprotestantismo. Si se piensa que Lutero deseaba una Iglesia germana y que los príncipes aspiraban a la autonomía de Roma, no hay modo mejor de describir en dos palabras la conciencia nacida en Worms aquellos augurales días de 1521.

Se atribuye a Carlos V la expresión según la cual, si Dios hablara a los hombres, lo haría en español. Pero Lutero quiere que lo haga en alemán. Y Enrique VIII, en inglés. Y Calvino, en francés. Y John Knox, en gaélico escocés. Ante semejante guirigay, Roma habría respondido: la lengua de Dios es el latín porque Dios es, sin discusión, romano. Y motivos no le faltaban. El Dios del Sinaí, el Dios hebreo, es ahora latino y pontificio. Permitir otra cosa sería fomentar la anarquía doctrinal y

liberar todos los fantasmas del pasado cristiano.

El nacionalismo europeo, no obstante, demostraría ser más fuerte que la doctrina de Roma. Luteranismo, calvinismo, anglicanismo, presbiterianismo serán pronto credos estatales, es decir, poderosas fuerzas políticas que respaldarán la traumática separación de Roma. Y para un hombre como Carlos V que, en palabras de Salvador de Madariaga, tomaba la religión muy en serio y la consideraba el alma de su política, admitir este hecho años después —«no debí dejarlo ir»—, casi en su lecho de muerte, debió de constituir una enorme pesadumbre. Tanta o mayor, quizá, que la vivida a raíz de que el papa Clemente VII (un timonel despistado, primo de León X, pero con menos seso que este) traicione al emperador para aliarse con Francisco I de Francia, enemigo mortal de los Habsburgo. En tan dolorosa tesitura para él, por ser hombre muy católico, la perfidia del papado le llevará a decir con parecida amargura: «Tal vez Lutero no estaba tan equivocado después de todo».

7. LA BABEL CRISTIANA O EL ORIGEN DE LA TRAGEDIA

La Reforma tuvo un éxito fulgurante debido no solo a motivos religiosos, sino también de índole política y social. Pero la pluralidad cristiana fue de nuevo imparable, pues, desde su nacimiento, la diversidad pertenece a la esencia del cristianismo.

ANTONIO PIÑERO,
Los cristianismos derrotados

En el fondo, no ha habido más que un cristiano, y ese murió en la cruz.

FRIEDRICH NIETZSCHE,
El Anticristo

Todas las revoluciones de la historia parecieran haber estado regidas por una férrea ley que irremisiblemente les ha conducido a la dispersión doctrinal y el enfrentamiento de sus líderes. No existe tal cosa como una revolución sin discordias y la Revolución Protestante no es una excepción. Al contrario, es un prototipo. Sus adalides se dividieron en los primeros tumbos del torbellino separatista y su dispersión teológica llegará un día a superar la cifra de 30 mil confesiones.

La raíz de tan descomunal confeti religioso hay que buscarla en el iniciador de la revuelta. Lutero padecía de no pocas tachas, desde el exceso en el comer y el beber hasta su destemplado carácter. Era machista al extremo de escribir que «las niñas empiezan a hablar y a caminar antes que los niños porque la mala hierba crece más rápidamente que la buena cosecha». Y era antisemita al punto de considerar que los judíos debían ser esclavizados o cuando menos expulsados de las naciones cristianas, y sus sinagogas, destruidas e incendiadas. Pero más allá de sus defectos, y más acá de sus muchas virtudes, Lutero era un creador de mitos, de los cuales, el más crucial de todos es aquel según el cual todo cristiano tiene el derecho a interpretar las Escrituras de acuerdo a su propia conciencia, sin necesidad de magisterio alguno, en especial el que viene de Roma.

Pero una cosa es tener el derecho y otra el conocimiento para glosar unos textos tan complejos y a menudo tan contradictorios como los de las Escrituras. Nadie es capaz de interpretarlos sin caer en el personalismo, tal y como ocurre con el arte. Y si no que se lo pregunten a los melómanos, esa fauna intransigente que se puede pasar horas debatiendo sobre si el Beethoven de Karajan es incomparablemente mejor que el de Furtwängler. Otro tanto viene a ocurrir con quienes interpretan una constitución, una obra de teatro, unos estados financieros, novelas como *Rayuela* o la receta del arroz con leche. De ahí que el intérprete (o el catador) sea a veces tan importante como el creador de la obra, más aún cuando esta se trata de un producto del intelecto. Y si esto sucede con las artes, la gastronomía o las leyes, no es difícil imaginar los aquelarres que históricamente han organizado los teólogos a la hora de interpretar la

Biblia. Hasta los mismos apóstoles, llegó a decir Erasmo, habrían necesitado la intervención del Espíritu Santo para entenderla.

La teología es un foro donde las certezas no existen, ya que todo es parecer y conjetura, las diferencias no se soportan y hasta se las llega a suprimir con la espada para no sufrirlas. Un teólogo es por otro lado un hombre que suele confundir creencias con conocimiento, pues está convencido, como Lutero lo estaba, de que las creencias son el conocimiento, y que padece además la íntima compulsión de seguir a la letra el mandato evangélico según el cual «quien no está conmigo, está contra mí» (Mateo, 12:30). De ahí el número de teologías enfrentadas que el cristianismo ha conocido a lo largo de su historia y de ahí también la subsecuente conclusión del citado texto de Mateo: «Y el que no recoge conmigo, desparrama».

El resultado final de la Reforma será justamente ese: un desparrame doctrinal. Cada teólogo hará una lectura diferente de las Escrituras, pues no todos entienden lo mismo de ellas. La confusión de lenguas que se temía la Curia romana se instalará con rapidez en el campo protestante, el cual si hoy está dividido en más de 30 mil confesiones es porque hubo más de 30 mil teólogos a quienes se les ocurrieron más de 30 mil interpretaciones distintas del Evangelio.

La experiencia demostraría asimismo que el *libre examen*, el derecho de todo cristiano a interpretar la Biblia como él mejor la entienda, sería un sueño semejante al de la *Iglesia invisible*, ideada también por Lutero, según la cual el cristianismo debería adoptar una organización sencilla, sin pompas, lujos ni aparato clerical. La verdadera fe, decía el agustino, hace de cada creyente un sacerdote, pues en ella no hay diferencias entre clérigos y fieles, fallida quimera que hoy desmienten cientos de miles de pastores en activo. El protestantismo se apoya tanto o más que el catolicismo en intermediarios, y son estos, los pastores —y no la grey— quienes interpretan las Escrituras. Los fieles son solo agentes que escuchan y siguen la pauta que les dictan los hombres que sostienen el micrófono.

Lutero exigía la supresión de la jerarquía eclesiástica. Era otra esperanza ilusa. ¿Cómo creer que los *senadores* romanos aceptarían semejante imposición? ¿Hacernos el haraquiri, así por las buenas?, habrían dicho. ¿Convertirnos de improviso en gente vulgar, luego de haber sido eminencias? Calla, calla por Dios. La jerarquía es intocable porque sin ella no hay organización ni autoridad y sin esas dos condiciones no hay Iglesia universal. En cuanto a esa otra tontería de Lutero, Calvino y los otros de suprimir el celibato, aún menos. ¡Qué frivolidad, Señor! Tenemos nuestras familias, nuestras amantes, nuestros hijos, sí, de acuerdo, convendrían los senadores, pero también tenemos que guardar las formas.

Había una quimera más en la mente de Lutero. Y era la de que todo creyente leyera la Biblia, cosa que en una sociedad analfabeta como la del Sacro Imperio era prácticamente imposible. Se la tenían que leer los pastores y, de paso, interpretarla.

No sería, pues, la lectura de la Biblia, sino la predicación, el canal primario de difusión del protestantismo. Lo mismo que sucedía, y hoy sucede, con el catolicismo romano. Tanto el catecismo como los manuales de fe cristiana serían más utilizados que las Escrituras. Y aunque es verdad que se hacían lecturas y comentarios en público, eran estrechamente vigilados para que nadie se saliera de la ortodoxia, lo que deja el *libre examen* mal parado.

Como afirma Jean François Gilmont en un estudio sobre la Reforma y la lectura, lo oral fue siempre preponderante sobre lo escrito y «el deber de leer la Biblia» rara vez se practicó, tal y como el protestantismo asegura. El analfabetismo del Sacro Imperio Romano Germánico alcanzaba en aquellos días la cifra del 98 por ciento en el campo y el 90 en las ciudades. Y aunque hacía sesenta años que se había inventado la imprenta, la comunicación oral seguía siendo la más influyente. El analfabetismo, en consecuencia, era un obstáculo insalvable y lo seguiría siendo durante mucho tiempo.

De manera que fue el dominio de lo verbal sobre la lectura silenciosa —quien pudiera practicarla, desde luego— lo que haría de cada predicador, y no de cada cristiano, un intérprete. Y todavía sigue siendo así. Viniendo los pastores, además, como venían, del absolutismo confesional, pronto se vieron imitando a los clérigos de Roma. Y así, el elemento sustancial de la revolución, el libre examen de las Escrituras, devendría desde muy temprano un elemento disgregador debido a las disputas entre los teólogos. La ley de hierro de las revoluciones caerá como un granizo sobre los adalides protestantes, quienes se bifurcarán en banderías y se fragmentarán en clanes de manera parecida a como los hijos del marxismo se volverán en su día leninistas, estalinistas, maoístas, trostkistas, gramscistas, eurocomunistas y dígame cuántos y de cuáles. Los rebeldes ignoraban, o no querían saber, que el cristianismo es como el mercurio, un líquido inestable que solo se puede dominar si está aprisionado y que, cuando se derrama, se rompe en miles de gotas imposibles de sujetar.

Al cabo de los años mil, volvían las aguas por donde solían ir. Y tras los primeros reventones contra Roma, el cristianismo se tornaba de nuevo *cristianismos*, es decir, una variada flora de doctrinas que no se entendían entre sí. La situación se asemejaba a la Babel del siglo IV, cuando el emperador Constantino se vio obligado a unificar los criterios teológicos de los obispos a fin de poner orden en el Imperio. El espíritu de la Reforma se había roto justo al nacer y sus líderes no encontraban el camino hacia la concordia. Se miraban entre sí como herejes, se arrojaban anatemas, se excomulgaban en forma recíproca. En solo veinticinco años, la libre interpretación del Evangelio se había convertido en macedonia de frutas y casa de Tócame Roque. Entre los líderes rebeldes, ninguno estaba seguro de cómo integrar la nueva ortodoxia. Se movían a bandazos, divergían, se enfrentaban, se cuarteaban. El cristianismo rebelde se convertía con rapidez en un cocimiento de erasmismo, luteranismo, zuinglismo, calvinismo, anabaptismo, puritanismo, presbiterianismo y

otros ismos que, tras saltar el canal de la Mancha, adquiriría nuevos matices en las islas británicas. Las polémicas eran tan acaloradas como estériles y, más allá de escindir en dos el árbol cristiano, la revolución generaría un espeso ramaje de doctrinas y maneras diferentes de entender la fe.

La historia se repetía siguiendo los mismos pasos del cristianismo al nacer. Celso, pensador griego del siglo II d.C., escribía en su *Discurso verdadero contra los cristianos*:

Resulta difícil de creer que entre los cristianos, unos confiesen tener el mismo Dios que los judíos. Otros lo niegan, pues afirman que el que envió al hijo es un Dios opuesto al primero. Conozco asimismo otras muchas divisiones y sectas entre ellos, como los sibilistas, los simonianos, y entre estos, los helenianos, los marcelinianos, los carpocratianos... Se injurian hasta la saciedad unos a otros con todas las afrentas que les pasan por las mentes, rebeldes a la menor concesión y animados de un mutuo odio mortal.

Una Babel explicable. Durante sus primeros cuarenta años de vida, el cristianismo había vivido de la tradición oral. Los Evangelios no habían sido aún escritos: el de Marcos no aparece hasta el año 70 d.C., los otros entre el 70 y el 100 y las cartas de Pablo entre el 51 y el 67. En ese ínterin que transcurre entre la muerte del Maestro y la aparición de los primeros textos, los fieles se contarán entre sí historias a cual más disímil que darían paso al típico «teléfono descompuesto», es decir, a la distorsión del mensaje que había corrido de boca en boca.

Del mismo siglo y parecido criterio al del pagano Celso es el historiador cristiano Ireneo, quien cuenta hasta veinte variantes de cristianismo en esos primeros tiempos. Otros llegan a contar ochenta. El cristianismo es todavía un credo sin cuajar y teológicamente inestable que, llegado el siglo IV, dará paso al donatismo, el arrianismo, el macedonianismo, el apolinarismo, el priscilianismo y a los cismas de Félix, Melecio y Julián de Eclano. El nestorianismo y el monofisismo nacerán de otros dos prelados rebeldes, Nestorio, obispo de Constantinopla, y Dióscoro, obispo de Alejandría. Con lo cual, a fines del siglo V, la coherencia doctrinal del cristianismo es ya una pura entelequia.

La Babel cristiana, por tanto, es tan vieja como el propio cristianismo y esta es la razón de que historiadores como Antonio Piñero hayan propuesto que, más que de un cristianismo, deba hablarse de cristianismos, es decir de grupos de seguidores de Jesús, más o menos numerosos, más o menos organizados, que mantuvieron en su día agrias discrepancias doctrinales. De entre ellos, sin embargo, habría de surgir uno más fuerte, el romano, el cual, con el paso del tiempo, lograría prevalecer sobre los otros. Y el motivo de que triunfara no se debió, desde luego, a que ese cristianismo fuera el poseedor de la verdad ni a que su interpretación de las Escrituras fuese la genuina, sino al hecho más terrenal de que se vinculara al poder político de los Césares y a que, desde esa posición, pudiera perseguir y exterminar a los grupos cristianos que se rebelaban contra él. Y así fue que la Iglesia de Roma se despegó de las otras y se convirtió en la más poderosa y duradera.

Llegado el año de 1054, la verdad cristiana se divide otra vez en dos grandes

brazos, el de la Iglesia ortodoxa y el de la Iglesia de Roma, disputa que dará lugar al Gran Cisma. Pero aún faltaba un nuevo quiebre que durará medio siglo, el llamado Cisma de Occidente, cuando la Iglesia occidental llegue a tener tres papas a un tiempo. La desobediencia episcopal se había vuelto crónica. Sínodo va, sínodo viene, los obispos se agredían e insultaban, llevados por las discordias doctrinales. Lejos de ser apacibles asambleas, los concilios eran desafortunados escenarios donde dominaba la violencia verbal y, a menudo, el *argumentum baculinum*, vale decir, el bastonazo y tente tieso.

Por último, cien años después del Cisma de Occidente, el cristianismo se dividirá de nuevo merced a la secesión más importante y sangrienta de todas, la que inicia Lutero en 1517, y que volverá a poner de manifiesto la inestabilidad doctrinaria del cristianismo cuando no está gobernado por una organización intolerante, punitiva y férrea.

La semilla del cisma, sin embargo, no fue obra de Lutero, sino que había sido sembrada por Pablo de Tarso y Santiago en Jerusalén, el año 1 de nuestra era, unos treinta años después de haber muerto Jesucristo.

Basta con leer los *Hechos de los Apóstoles*. El cristianismo que imparte Santiago, el hermano de Jesús, no coincide con el cristianismo de Pablo, recién convertido a la nueva fe y quien ha viajado a Jerusalén para comprobar si su teología es la misma que la de Santiago. Y será allí, en Jerusalén, donde tendrá lugar el primer cisma entre los seguidores de Jesús, un conflicto que habrá de divorciar el cristianismo de Pablo del judeocristianismo de Santiago.

Quienquiera que se aproxime sin prejuicios a la epístola de este último y la compare, por ejemplo, con la *Epístola a los Gálatas*, de Pablo, percibirá de inmediato esta disparidad nacida de un credo embrionario que se esforzaba por interpretar las enseñanzas de un maestro que no había dejado nada escrito. La teología de Santiago está íntimamente unida a la ley de Moisés, en tanto la de Pablo pretende apartarse de ella. Y en el conflicto entre estos dos hombres hay una diferencia de criterio que es prácticamente un calco del cisma que en el siglo XVI se dará entre Lutero y Roma.

Santiago, cuya carta es anterior a las de Pablo, dice así:

¿De qué sirve, hermanos míos, que alguien diga tengo fe, si no tiene obras? ¿Acaso podrá salvar la fe? ¿Quieres saber tú, insensato, que la fe sin obras es estéril? El hombre es justificado por las obras y no por la fe solamente... porque así como el cuerpo sin espíritu está muerto, así la fe sin obras está muerta (*Santiago*, 2, 14-26).

Pablo, que ha llegado al cristianismo después que los apóstoles, que no ha conocido personalmente a Jesucristo y de quien aquellos desconfían por haber perseguido a los cristianos, asegura en cambio que «el hombre no se justifica [se vuelve justo, se salva] por las obras de la Ley, sino por la fe en Jesucristo, pues por las obras de la Ley nadie será justificado». Lo dice en la *Epístola a los Gálatas*, lo

repite en la Carta a los *Romanos* y en otra que dirige a *Timoteo*.

A tenor de estas citas, y aquí sí, irrefutables, es obvio concluir que donde Pablo dice blanco, Santiago dice negro. Y este es, en términos simples, el origen de la tragedia. La brecha entre ambos hombres es tan abismal que el cristianismo histórico, es decir, el que nace de la teología de Pablo y se difunde por la cuenca mediterránea y Europa continental, tardará cientos de años en aceptar la epístola del hermano de Jesús.

Todavía en el siglo IV, según el historiador cristiano Eusebio de Cesarea, el documento es impugnado por numerosos obispos. Casi desconocido en las iglesias orientales, tampoco figura en el Canon evangélico atribuido a san Hipólito (año 200 d.C.). Y solo a fines del citado siglo IV, la *Epístola de Santiago* será reconocida por las comunidades cristianas de Oriente y Occidente.

Santiago y Pablo están de acuerdo en que la fe salva al hombre, pero Santiago dice que eso no es suficiente. Las buenas obras son necesarias. Pablo se cierra a esa opción. Están a centímetros de entenderse, pero no llegarán a un acuerdo. No hay árbitro ni juez que dirima un altercado de ese calibre, y si lo hay, guarda un profundo silencio. Se trata de una disyuntiva insoluble, pues ninguno puede probar lo que afirma.

La Iglesia de Roma sostendrá durante siglos, sin embargo, que la única salvación válida es la que propone Santiago, líder de la Iglesia de Jerusalén. Y es curioso que haya sido así, porque la Iglesia de Santiago, «la Iglesia de la circuncisión» como la llaman algunos teólogos, nunca fue una Iglesia cristiana, sino judía. Y nunca dejaría de serlo. De hecho los sucesores y parientes de Cristo, que eran quienes gobernaban dicha Iglesia, serán excomulgados por Roma en el siglo II, que ya es contrasentido y paradoja.

Hasta la llegada de Pablo, Santiago y los demás apóstoles estaban convencidos de que el mensaje de Cristo iba destinado únicamente al pueblo de Israel y que su propósito era el perfeccionamiento de la fe judía. Pero Pablo de Tarso critica ese particularismo y separa el nuevo credo de su tronco original. Dice que la doctrina de Cristo no es solo para los judíos, sino también para los paganos. Se trata de un cisma en toda regla, pero ¿quién de los dos es el hereje, Santiago o Pablo? ¿De lado de quién de los dos se habría puesto Jesucristo? ¿De Santiago, su hermano de sangre, o del advenedizo Pablo?

La respuesta ha de ser, por fuerza, especulativa. Pero el propósito de haber traído hasta aquí esta antiquísima polémica no es ese, sino mostrar que la controversia de Pablo y Santiago es la misma que la de Lutero y Roma. Increíblemente, la historia del primer cisma cristiano se volvía a repetir mil quinientos años más tarde. Lo que da una idea, primero, de la inconsistencia doctrinal que había dividido al cristianismo primigenio, y segundo, del hecho sorprendente de que esa inconsistencia se prolongara hasta 1517 cuando, merced a Lutero, vuelva a escindirse por idéntico entredicho: cómo es que los hombres se salvan.

A la vista de los hechos, sobra decir que Pablo fue más hábil que Santiago al *interpretar* la doctrina de Cristo, pese a ser Santiago el albacea de la misma, por ser hermano de Jesús y líder de la primitiva Iglesia de Jerusalén. Pablo predica un cristianismo de oídas que, sin embargo, al divinizar a Jesucristo, tendrá más éxito y aceptación que el de Santiago. Y tras el cisma original, pues sin duda el cristianismo de Pablo es una fe diferente, aparecen docenas de otros separatismos que serán reprimidos sin misericordia ni pesar por la Iglesia de Roma.

De todo lo anterior se extraen tres sorprendentes conclusiones. Una, que la llamada reforma del cristianismo empezó el año 1 de nuestra era, en Jerusalén, de la mano de Pablo de Tarso. Dos, que Pablo fue el primer protestante, el primer reformador y su teólogo seminal. Y tres, que Lutero correrá una aventura paralela a la del Apóstol de los Gentiles y ratificará la versión de la reforma paulina al insistir que el hombre se salva por la fe, como decía Pablo, y no por la fe y las obras, como decía Santiago.

La causa del cisma protestante, en resumen, es más antigua que Martín Lutero. Quince siglos más antigua. El enfrentamiento entre Pablo y Santiago había sido un conflicto teológico sin resolver, una diferencia doctrinal que Lutero llevará hasta sus últimos alcances. Tal es, reducido a sus alambres y mimbres, el origen de la tragedia, la cepa de un cisma que causará la muerte de trece millones de bautizados a quienes, lo más seguro, les habría dado lo mismo salvarse por una vía que por otra.

Lutero tiene, sin embargo, un problema. Y es que no puede admitir la presencia en las Escrituras de una contradicción doctrinaria como la que había enfrentado a Pablo y Santiago. Así que, por sí y ante sí, arranca de su Biblia —la que ha traducido al alemán en el castillo de Wartburg— la epístola del hermano de Jesús y la hace desaparecer junto con otros seis textos del Canon evangélico. Eso sí, no se desprenderá del *Apocalipsis*, tal vez por considerarlo un libro más serio y sesudo que la *Epístola de Santiago*. El agustino se justificará diciendo que el texto de la epístola es «paja» —calificación textual— y que no está inspirada por el Espíritu Santo, información que, con seguridad, debió recibir por algún canal privilegiado y que le llevará a disponer qué libros de la Biblia son los revelados por Dios y cuáles no son otra cosa que *pulp fiction*.

La doctrina de la salvación por la fe está ahora garantizada en el mundo protestante. Nadie contradirá en lo sucesivo la tesis causante del cisma —que las buenas obras son necesarias para salvarse— y nadie en el futuro echará de menos la *Epístola de Santiago*. El fraile de Wittenberg ha creado un nuevo canon y ha mandado la carta del hermano de Jesús al limbo. El convincente argumento que Lutero usará para ese fin es el que sigue: la epístola de Santiago «está claramente en contra de san Pablo y del resto de las Escrituras al atribuirle la justificación [salvación] a las obras». A partir de esa conclusión personal, Lutero ha dispuesto que

solo entrarán en el Paraíso los que estén del lado de Pablo, el advenedizo a quien san Lucas nunca dará el nombre de apóstol, el hombre que no conoció a Jesús, pero que dice *interpretar* mejor que el hermano de este, Santiago, lo que el Maestro quiso decir.

El protestantismo se va a romper por cuestiones como esta desde muy temprana hora y no habrá una rama que prevalezca sobre las otras. El *libre examen* es un movimiento ingobernable y disperso por la naturaleza contradictoria y ambigua de un texto, la Biblia, que fue escrito a lo largo de mil años por autores de muy distintas épocas y que pasó por las manos de miles de traductores.

No hay cristianismo, sin embargo, que no diga que la Biblia es la palabra de Dios. Pero el hecho es que hay más de treinta mil interpretaciones de la misma, más una, la de Roma, lo que dificulta enormemente el asunto. Lo decía Thomas Paine hace ahora dos siglos: «El progresivo y continuo cambio a que está sujeto el lenguaje prueba que este no puede ser el vehículo de la palabra divina».

Es algo que confirmaría cualquier oficiante de la pluma. Cuando se observan las flaquezas del lenguaje, sus ambigüedades, sus juegos, sus trampas, sus oscuridades idiomáticas, su promiscuidad fonética, sus cambios de significado en el tiempo, más aún tratándose de lenguas muertas como el arameo, la lengua que hablaba Jesús y de la que no existen registros, cuando todos estos elementos, en fin, se suman es fácil advertir cuán poco fiable es la palabra de los redactores de la Biblia y con qué facilidad el receptor del mensaje puede percibir de modo erróneo la intención que tuvo el autor al enunciarlo.

La Iglesia de Roma sabía de estas limitaciones, empezando por el hecho de que la doctrina de Jesucristo se había transmitido por vía oral. Por eso no había permitido que se tradujera la Biblia a ninguna lengua. Hacerlo habría sido abrir las puertas a la Babel doctrinaria en que se encontraba ahora el protestantismo, una revolución que había comenzado como un movimiento religioso basado en la libertad de conciencia y el libre examen de las Escrituras y cuyo propósito no había sido fundar una religión nueva, sino depurar la doctrina de manos de una jerarquía corrupta, así como liberarla de los elementos paganos que Platón, Aristóteles y Séneca, entre otros, habían incorporado al cristianismo. Pero muy pronto el postulado inicial deriva en una floración de cismas. La interpretación de las Escrituras había sido la causa de la ruptura con Roma y, por idéntica razón, sus líderes se enfrentarán entre ellos mismos. Desavenidos e inseguros, cada uno de los adalides del movimiento querrán reformar el cristianismo a su modo y, en su ofuscación, caerán en parecidos excesos, abusos e intolerancias del credo del que provenían. Ninguno podrá imponer a los demás una doctrina unificada, entre otras razones porque el protestantismo había nacido como una fe sin jerarquías. De resultas, cada teólogo tomará su camino y cada Iglesia reformada se asignará, siguiendo el ejemplo de Roma, la exclusiva posesión de la verdad divina.

8. A LAS ARMAS TODOS, AMADOS HERMANOS

Los predicadores son los más grandes homicidas, porque avisan a la autoridad para que castigue a los inicuos.

MARTÍN LUTERO,
Conversaciones de sobremesa

Robespierre, Danton, Saint-Just, Carnot, Levasseur son nombres familiares que habitualmente se asocian al exterminio de seres humanos y al Reinado del Terror en Francia. Los de Lutero, Calvino, Farel, Zuinglio o John Knox, en cambio, han sido eximidos del estigma de sangre con que la historia señala a los revolucionarios galos y ocuparían un lugar privilegiado en el santoral protestante, si tal cosa existiese. La guillotina hiere nuestra sensibilidad por haber sido el instrumento del terror civil, sin pensar que la muerte en la hoguera, símbolo del terror religioso, era mucho más cruel. Nos echamos las manos a la cabeza cuando leemos las sentencias de los tribunales revolucionarios de París y sus condenas injustas. O calificamos de terrorismo de Estado al Comité de Salvación Pública de Robespierre. Pero eximimos de esos epítetos a los Consejos, Consistorios y Corregimientos de la Revolución Protestante y a los tribunales que enviaron a la muerte a miles de personas.

Seamos justos, por tanto. ¿Hay alguna diferencia entre los revolucionarios franceses y los clérigos rebeldes a Roma? La misma que pueda haber entre mil gramos y un kilo. ¿Es justo que los hombres de Dios inciten el odio al prójimo, lo persigan, torturen o asesinen, solo por depurar el cristianismo? ¿Habría hecho Jesucristo lo mismo que ellos, de haber estado en su lugar? ¿No era el catolicismo una interpretación más de la Biblia? ¿Por qué suprimirlo entonces? Si en el mundo no se mueve una hoja sin la voluntad de Dios, ¿fue acaso por voluntad divina que las guerras de religión se desataron? ¿O fue por voluntad de sus pastores? ¿Había cambiado tanto el cristianismo para que su eslogan más venerable, «ama a tu prójimo como a ti mismo», los rebeldes a Roma lo convirtieran en algo parecido a «acaba con tu prójimo antes de que él acabe contigo»?

Despojados de su bucolismo, su flautín y su zurrón, aquellos buenos pastores no fueron otra cosa que políticos desaforados, guerreros, agitadores, jueces venales, inquisidores y verdugos. Los hubo buenos, sin duda, pero fueron la excepción, no la regla. De ahí que cuando un protestante afirma que el cristianismo romano es «la religión más criminal de la historia», debería recordar que el descomunal derramamiento de sangre de su «reforma» se debió a la teología incendiaria y a las acciones de los fundadores del protestantismo, en análoga medida a las empleadas por papas, cardenales, obispos, religiosos y curas de la Iglesia de Roma. Ambas facciones merecen por igual tan honroso epíteto y, a despecho de sus respectivas vanidades, ninguna podría atribuirse el título del buen pastor que, en palabras de

Jesucristo, da la vida por sus ovejas.

Fue justamente al revés. A causa de los pastores, fueron sacrificadas millones de ovejas y nunca será suficiente insistir en que la culpa fue de aquellos, no de estas. Los ministros protestantes esparcieron el odio religioso, gritaron «¡A las armas, hermanos!» —su particular *Marsellesa*— torturaron y ejecutaron sin piedad a quienes no se plegaron a sus ortodoxias, crearon gobiernos totalitarios, instigaron masacres, encendieron guerras civiles y llevaron miles de disidentes a la hoguera y al martirio. Los otrora hombres piadosos se habían transformado en energúmenos, y no eran solo unos cuantos, sino una copiosa tropa de la que mencionaremos aquí brevemente a sus miembros más conspicuos.

Zuinglio, por ejemplo, un erasmista en sus orígenes que se radicalizó a poco de iniciar su prédica, era un pastor con vocación militar. Cercano en un principio a Lutero, quizá influyeran en él estas palabras del agustino: «Un hombre, y especialmente un cristiano, ha de ser un hombre de guerra». Y con determinación castrense, Zuinglio se habrá de enfrentar a los cantones católicos de Suiza, armado de espada y yelmo. Su propósito era conformar una clerocracia en la que Iglesia y Estado fueran una misma cosa. En su mente palpitaba aún la medieval idea de que Dios era a un tiempo rey, legislador y juez, o lo que es lo mismo, la dictadura perfecta, con los tres poderes, Ejecutivo, Legislativo y Judicial, reunidos en uno. Y a esa tarea dedicó sus obras y su vida.

El primer gran desencuentro de la revolución será entre él y Lutero. Un profundo diferendo sobre la Eucaristía suscitará la pendencia. Lutero sostenía una posición que coincidía con la de Roma: en el acto de la Consagración, el pan y el vino se transubstancian en el cuerpo y la sangre de Cristo. Zuinglio, por el contrario, aducirá que la misa es solo una conmemoración simbólica de la Última Cena. El teólogo suizo no podía admitir que un cristiano ingiriese la carne y la sangre de su Dios. Le parecía repugnante. «El creyente no recibe a Cristo por la boca —le dirá a Lutero—, sino por la fe».

Lutero repudia a Zuinglio, le dice que no ha aprendido nada de lo que él le ha enseñado y que es el mayor enemigo de la palabra divina. Y Zuinglio le contesta que quien no sabe una palabra de teología es Lutero y que él, Zuinglio, había empezado a predicar el Evangelio en 1516, cuando nadie sabía quién era Lutero. «No fue de él de quien yo aprendí la doctrina de Cristo», dirá con arrogancia, «sino de la palabra de Dios».

Convocados en 1529 por el landgrave Felipe de Hesse, en Marburgo, junto con Bucero, Melanchthon, Ecolampadio (reformador de Basilea), y otros, a fin de promover la conciliación entre ambos, no llegaron a entenderse. La intransigencia de Lutero lo impidió. Y el testimonio de Melanchthon, hombre de confianza del agustino, no puede ser más esclarecedor: «Preferiría morir antes que nuestra causa

fuese contaminada por la gente de Zuinglio».

Bajo la égida de este reformador, nunca hubo en Zurich tal cosa como libre examen o libertad de conciencia. La asistencia a los sermones que impartía era obligatoria, so pena de severos castigos, y toda desviación de sus enseñanzas era sancionada con bárbara crueldad. Para Zuinglio, suprimir, ejecutar, hacer desaparecer a los obispos católicos se justificaba plenamente, pues restablecer la pureza del Evangelio estaba por encima de toda clemencia. «Los preladados no desistirán de sus fraudes», escribió en 1528, «hasta que la espada de Elías caiga sobre ellos». Y nunca le tembló la mano a la hora de ejecutar opositores, como fue el caso de los anabaptistas, un grupo de seguidores suyos que se distanciaron de él y formaron por su cuenta una agrupación radical.

Los anabaptistas, llamados así por rebautizar a los adultos, pensaban que los niños no debían recibir el agua sin conocer antes la doctrina. Administraban el sacramento por inmersión, ya que eso significa bautismo en griego, inmersión, y fundados en el relato evangélico (*Mateo* 3-16). Eran partidarios de la comunidad de bienes y aspiraban a vivir alejados de las autoridades civiles y eclesiásticas. Rechazaban el Estado laico y promovían el autogobierno en comunas separadas donde la Biblia sería la única ley. También eran milenaristas, como la mayoría de los rebeldes, es decir, creían que Cristo volvería muy pronto entre los hombres para gobernar el mundo y que durante mil años habría paz y felicidad en la Tierra.

Los anabaptistas (antecesores de los *amish* y los menonitas) tuvieron el privilegio de ser perseguidos, torturados y ejecutados por protestantes y católicos a un tiempo. Y con parecida saña, pues, aparte de ser enemigos mortales de Roma, aborrecían a Lutero y a Zuinglio por considerarlos hombres débiles que habían dejado la revolución a medias.

En 1529, la Dieta de Espira decretó sentencia de muerte contra los anabaptistas. El Consejo/Tribunal de la asamblea estaba integrado por príncipes católicos y luteranos. Unos y otros se odiaban, pero aún odiaban más a los herejes, y su proclama de aquel año evoca los siniestros acordes de la llamada «solución final» que los nazis habrían de decretar siglos más tarde contra los judíos. La Dieta organizará una fuerza especial de 400 hombres, especie de SS de su tiempo, que fue preciso duplicar poco más tarde y que se dedicaría a perseguir, cazar y ejecutar anabaptistas allí donde fuesen encontrados.

La persecución, no obstante, había empezado en Suiza tres años atrás (1526) cuando el Consistorio de la Ciudad de Zurich, manejado por Zuinglio, decretó *exterminar* —el verbo es justo y preciso— a los miembros de la secta. Un año después, sus líderes, Felix Manz y Jacob Falk eran ejecutados. La sentencia, escrita en latín, no ocultaba el cruel sarcasmo con que había sido redactada. *Qui mersus fuerit mergatur*, decía, «el que sumerge que sea sumergido», haciendo referencia a la variante de bautismo que los anabaptistas practicaban. Debe de haber sido la única vez en que Roma y los insurgentes se ponían de acuerdo en algo. Los condenados

eran subidos a una barca y llevados hasta el centro de algún río o una laguna donde, católicos y protestantes por igual, sumergían maniatados a hombres, mujeres, niños, niñas y ancianos con grandes piedras atadas al cuello.

Ni Zuinglio ni la Iglesia de Roma tendrían en cuenta que el propio Jesucristo había sido sumergido en el Jordán. Y el hecho de que ambas facciones ordenaran simultáneamente el exterminio de los anabaptistas a causa de una simpleza como lo era bautizar por inmersión, en lugar de por ablución o aspersion, no solo ofende el sentido común, sino que pone en duda que los pastores de una y otra parte estuvieran mentalmente sanos.

Además de perseguir y masacrar cristianos de una u otra tintura, Zuinglio expropió y secularizó monasterios de frailes y monjas, despojó los templos de imágenes y destruyó valiosos objetos de culto. El celibato no tenía fundamento bíblico, según él, así que suprimió el sacramento del orden.

Se casó, al igual que Lutero y Calvino, y su espíritu pareció llevar siempre impresa la cita evangélica, según el cual: «No vine a traer la paz, sino la espada. He venido a enfrentar al hijo con su padre, a la hija con su madre y a la nuera con su suegra». Y con la espada morirá el año de 1531, combatiendo a los católicos en la segunda batalla de Kappel (Suiza).

Cuando Lutero tuvo noticia del trágico suceso, escribió con fraterna aflicción: «¡Qué bien lleva Dios sus negocios! Zuinglio está muerto y condenado y se lo merece por ladrón y rebelde, y por llevar a otros a cometer sus errores».

Guillaume Farel, predicador diocesano en Francia y fundador del movimiento rebelde en Ginebra, hombre agrio y tumultuoso, agitador de grupos de jóvenes a los cuales conminaba al pillaje y al saqueo de templos, la destrucción de imágenes, la quema de libros y la toma de monasterios, era más radical que Zuinglio. Sumo sacerdote de la demolición cultural cristiana, Farel la llevará a término con el mismo fervor que, ya en nuestros días, el Estado Islámico utilizará para destruir mezquitas chiítas, así como estatuas y frisos de la cultura asiria.

Los seguidores de Farel, empero, le condonan o pretenden ignorar sus pecados. ¿Qué había de malo en lo que hacía Farel?, se preguntará siglos después el calvinista Thomas Carlyle. El reformador solo combatía la superstición que tanto daño había hecho al cristianismo. Para Lutero, en cambio, ese afán por destrozarse imágenes se debía a que los iconoclastas pensaban que no eran inofensivas y que la furia contra ellas venía del temor a que tuvieran en realidad el poder que los idólatras les asignaban. ¿Era ese temor el que Farel sentía por las imágenes y por eso las destruía? Es probable, en cuyo caso, y siguiendo el razonamiento de Lutero, Farel habría sido tan supersticioso como los idólatras que perseguía.

Lo que con seguridad puede decirse de él es que era dueño de un estentóreo vozarrón que asustaba al más templado y con el cual sabía inflamar los instintos de

las multitudes. De baja estatura, muy delgado, ojos llameantes y barba valleinclinada, Farel era en el fondo un guerrero como Zuinglio, pues su vida se movió siempre por aquellos escenarios donde hubiese golpes que dar o recibir. Erasmo asegura no haber conocido hombre más arrogante, desvergonzado y abusivo en su vida. Sus biógrafos dicen de él que era intelectualmente limitado, que podía derribar, pero no erigir, así como conquistar, pero no organizar lo conquistado. Estos y otros retratos perfilan un hombre de una personalidad violenta, adicto a la adrenalina y cuyo fanatismo se revela en frases como esta:

El *exterminio* de los idólatras es la misión principal de los príncipes y si ellos no lo hacen, es obligación de todo cristiano hacerlo. (*El énfasis es nuestro.*)

En su descargo, digamos que otro buen pastor al estilo de Farel, el reverendo Jean Quintin, perseguidor de hugonotes y católico a macha martillo, dirá algo semejante:

Es el deber de todo príncipe usar la espada que ha recibido y *castigar con la muerte a todos* aquellos que se han dejado infectar por el veneno mortal de la herejía. (*El énfasis es nuestro.*)

Y cuando, en efecto, la noche del 23 al 24 de agosto de 1572, Carlos IX de Francia, cumpla con ese sagrado deber y a instancias de su madre, la muy católica Catalina de Médicis, ordene la masacre de San Bartolomé, en la cual serían asesinados entre cinco y diez mil calvinistas, el pastor de los pastores, el papa Gregorio XIII, escribirá al joven monarca estas palabras:

Celebramos que, con la ayuda de Dios, hayáis liberado al mundo de esos malditos herejes.

Pero si la pasión de Gregorio XIII y asociados era exterminar calvinistas, la de Farel era destruir imágenes y símbolos católicos, *hobby* acerca del cual Voltaire refiere esta anécdota. Llevaban por las calles de Arles la imagen de san Antonio cuando apareció Farel con un grupo de los suyos. Y sin decir agua va, cayeron sobre los frailes que llevaban en andas al santo, los golpearon, los dispersaron y arrojaron al san Antonio al río.

Tránsfuga de la Iglesia de Roma, fanático hasta las encías, quintaesencia de la iconoclasia, agitador de multitudes ignorantes y supersticiosas, este buen pastor que era Farel será asimismo el factótum de la revolución calvinista. Fundador de las Iglesias Reformadas de Ginebra, su verba logró aterrar a Calvino, entonces veinte años más joven que él, y que se afincara en dicha ciudad para ayudarle en la guerra que se traía contra la Iglesia de Roma. Uno y otro serían comisionados por el Consistorio ginebrino para llevar a cabo la reforma religiosa de la ciudad, pero su gestión acabó siendo tan tiránica que ambos fueron expulsados en 1538. Los vecinos de Ginebra estaban hasta las cejas de los métodos utilizados por ambos predicadores, de sus amenazas de excomunión y de los delicados epítetos que Farel en particular les dirigía. Ginebra era a su juicio un «reino de sapos», y los magistrados del Consistorio, unos «borrachos» y «acólitos de Satanás».

Sus arengas, siempre insultantes, siempre empapadas de un profetismo

enloquecido, habrían de provocar la devastación de buena parte del patrimonio cultural y artístico de la ciudad. Y a la par de Calvino, será responsable de numerosas ejecuciones y de una de las manchas más vergonzosas de la Reforma: la muerte en la hoguera de Miguel Servet.

La hagiografía protestante tiene, no obstante, a Farel como una fuerza espiritual de primer orden. Sicólogos como Manuela Utrilla lo califican, en cambio, de revolucionario fanático y destructivo. Una combinación de ambos talentos tal vez sea lo más justo que pueda decirse de este siniestro pastor.

De parecidos ardores y truenos teológicos fue John Knox, clérigo de rompe y rasga que tenía por satánico el culto que practicaban los católicos. Todos y cada uno de ellos, peroraba, debían ser ejecutados y las ciudades en que moraban, pasadas por las armas y destruidas. Reformador de Escocia y fundador del presbiterianismo, si hubiese vivido en este siglo habría recibido cadena perpetua por delitos de odio. «Todo hereje —llegará a decir— debe ser castigado con la muerte», siendo los herejes, por supuesto, los católicos.

La imagen que los devotos tienen de él, sin embargo, es la de un héroe piadoso y un predicador admirable. Pero Carlyle, quien al escribir sobre Knox, su paisano, se contradice cada dos páginas, glorificándolo en unas y descalificándolo en otras, advierte que nunca le faltó su tonel de buen vino, lo que permite presumir que los violentos sermones de Knox estaban perfumados con algún Burdeos de buena cepa.

Este gran sacerdote y fundador, como le llama Carlyle, había nacido en

... un pueblo pobre, estéril, lleno de extrema rudeza, de tumultos, discusiones, matanzas, señores hambrientos y feroces, sin casi otra capacidad que la necesaria para ponerse de acuerdo con objeto de repartirse lo que arrebataban a aquellos pobres esclavos... Nada prosperaba allí sino lo externo, lo rudo, lo casi animal.

Si así describe el historiador escocés su tierra y sus gentes en el siglo de la Reforma, ¿cómo esperar que Knox fuera distinto? Fanático como sus pares, despiadado, misántropo y misógino, no hay nada sagrado en él. Es la pura violencia sin frenos.

A Knox se le suele acusar de haber quemado mil mujeres acusadas de brujería. No es un extremo que haya podido comprobarse, pero el profesor Goodare, de la Universidad de Edimburgo, arguye que si la Reforma desató la caza de brujas en Escocia, y si Knox tenía ojeriza a las mujeres, a quienes consideraba imprudentes, débiles, tontas y «enemigas de Dios» —su frase favorita— no sería remoto que hubiese participado en buen número de esos crímenes, según se deduce de sus escritos.

Promover a una mujer al gobierno de un reino, una nación o una ciudad —decía Knox— es repugnante a la naturaleza, contrario a la voluntad de Dios y una subversión del orden, de toda equidad y toda justicia.

Knox no podía concebir el «monstruoso gobierno de las mujeres», palabras del

título de una obra suya dirigida contra tres reinas católicas, María de Guisa, ex reina de Escocia; María Tudor, reina de Inglaterra, y María Estuardo, vigente reina de Escocia.

Más que un teólogo, Knox era un agitador que justificaba los mayores disparates para mayor gloria de Dios, un hombre que no vislumbraba las consecuencias de sus actos ni su conciencia se conmovía ante los crímenes que sus palabras provocaban. Tenía una compulsión obsesiva por aniquilar la tradición cultural de la que procedía y el derramamiento de sangre era para él una catarsis sagrada.

Al igual que Farel, Knox tenía una personalidad poco atrayente y un aspecto que asustaba. Y en su biografía sobre él, Andrew Lang subraya estar convencido de que fue un hombre cuya violencia marchó por delante de la de los pontífices de su tiempo. A lo cual agrega que también era desinteresado, amigo leal, generoso con el pobre, ferviente y considerado en privado, pero que en público era otra cosa. No se contenía al hablar y sus adjetivos favoritos eran, según Lang, *sangriento*, *bestial*, *podrido* y *apestoso*. Knox estaba poseído de la pasión por agredir y hacer daño a los cristianos de la otra orilla. Había que poner a Roma por sus cimientos y destruir todo lo que oliera a incienso católico. Tenía una misión por guía, la de exterminar a los hijos del Anticristo romano. Y debido a todo eso quizá, todavía hoy, la opinión pública y la prensa no le tratan muy bien en su propia patria, Escocia.

Cuando la revolución triunfe allí, sin embargo, Knox conseguirá que se apruebe una legislación en la cual todo aquel que asista a misa será castigado, la primera vez, con la pérdida de sus propiedades y bienes, además de una azotaina. La segunda, con el destierro. Y la tercera, con la muerte. A su juicio, el hombre debía desistir de razonar cuando Dios le ordenaba ejecutar una orden. Y al igual que Lutero había hecho con los príncipes alemanes, Knox exigirá a la nobleza escocesa tomar la responsabilidad de expulsar a la Iglesia de Roma de su patria y no dejar vivo un solo obispo, quienes no eran más que «ladrones y lobos». Su violento lenguaje, sus sermones y su dislocado activismo llevarán finalmente a Escocia a una terrible guerra civil que estallará en 1559.

Knox es quizá el producto más señero del delirio revolucionario protestante. Sus piadosos escritos no concuerdan con su adicción a la confrontación violenta, al arrasamiento religioso-cultural y al crimen. Knox se parece a la termita, que se alimenta de lo que destruye. Y en forma parecida a Robespierre piensa que la violencia es el instrumento moral que justifica cualquier crimen, el genuino antídoto contra la decadencia de la fe. No concibe la rebelión de otra manera. Es necesario culminarla con la destrucción del Anticristo romano y su diabólica corte. Su arte, su filosofía, su cultura deben ser erradicadas. Y todo ataque contra el papa y lo que representa es un bien, porque la violencia es una fuerza bienhechora.

De igual modo que Carlos Marx, Knox no cree en la reforma de lo existente, sino en su demolición, a fin de construir sobre las ruinas una nueva sociedad. Destrucción y creación van de la mano. Y él cree firmemente en ello. Llamar *reformador* a Knox,

en consecuencia, no puede ser más que un sarcasmo.

El catálogo de santos varones como los citados *es más numeroso* y diverso del que pudiera mostrarse aquí, pero en esta breve lista de revolucionarios de primera hora no podía faltar Martín Bucero, un dominico rebelde, renombrado orador y maestro de Calvino.

A Bucero se le menciona a menudo como el beatífico promotor de la conciliación entre los líderes protestantes. Su fachada sin embargo es engañosa. Iconoclasta irredento, a él se debe la destrucción de pinturas, esculturas y notables obras de arte en Estrasburgo, la ciudad donde predicaba. Pero su mayor obsesión fueron siempre los anabaptistas. No logró su objetivo sino en contadas ocasiones, y no con la fiereza y determinación que deseaba, debido a que el Consejo de la ciudad lo impediría.

Bucero prohibirá en Estrasburgo la liturgia católica y solicitará a las autoridades reiteradamente aniquilar por el fuego y la espada, lo que mejor conviniera, a todos aquellos que profesaran una falsa religión. El ex dominico incluirá en sus peticiones de persecución y exterminio a anabaptistas y católicos con sus respectivas esposas, hijos y ganado. Lo del ganado no se entiende muy bien, pero Bucero debía de considerar que vacas, gallinas y cerdos habían incurrido también en herejía.

Entre toda aquella generación de clérigos exaltados es reducido el número que se salva de la culpa histórica por la barbarie y los desatinos en que incurrieron. Pero, entre los pocos que lograron anticipar los peligros de la perturbación que se cernía sobre Europa, hay uno que destaca con luz propia. Su nombre es Erasmo de Rotterdam, genuino inspirador de la Reforma, mucho antes que lo hiciera Lutero, pero no desde la ruptura, sino desde una propuesta razonada, cuerda y sobria. Más cerca de nuestro tiempo que del suyo, leerlo es hoy tan purificante como debió de serlo entonces.

Erasmo rechazará a obstinados y *monoideístas*, como apunta Zweig, a los asnos con anteojeras y a los hombres de ciega obediencia e incapaces de pensar por sí mismos. Veía en la corrupción eclesiástica el origen de todos los males del cristianismo y decía que este no consistía en practicar devociones ridículas y pueriles, como las indulgencias, las reliquias o las peregrinaciones, fruto de una religiosidad dominada por la superstición y el paganismo, sino en la práctica de una fe sin mediadores y basado en una relación directa con Dios.

El sabio de Rotterdam no era propiamente un teólogo. Era un clérigo exclaustro y un hombre aparte entre los indignados por la impresentable conducta del alto y el bajo clero. Pero sobre todo era un humanista que buscaba destronar una cultura teocéntrica, gobernada y dirigida por la autoridad eclesiástica, y reemplazarla por otra de índole antropocéntrica. Un partícipe de su escuela, Marsilio Ficino, sintetizará esa

idea de manera magistral. «El hombre es el vicario de Dios en la tierra», dirá, con todo lo que tan perturbadora frase implicaba para la autoridad del papa y la desprestigiada Iglesia de Roma.

Los humanistas pretendían desterrar la idea providencial de la historia, renovar la política, las artes y la vida de su tiempo y hacer del hombre y el mundo el centro de sus reflexiones. La vuelta a los clásicos, a los orígenes de la cultura, era una idea con fuerza que corría ya por Europa. Erasmo calificará de barbarie trasnochada la teología escolástica, su lenguaje y sus marañas. Los teólogos llevaban más de un milenio reflexionando sobre Dios sin descubrir nada nuevo. Era hora de que los pensadores laicos lo hicieran sobre un perfecto desconocido al que se había venido dando el título de hombre.

1517 es un tiempo en que la Edad Media agoniza. Todo cambia, todo se renueva: las artes, las ciencias, la navegación, el comercio. En el curso de una generación, el mundo se ha duplicado, la Tierra se ha vuelto redonda, los navegantes han descubierto nuevas rutas en el mar y los astrónomos comienzan a desvelar los secretos de los cielos. El hombre renace de su tumba, o mejor dicho, empieza a despertar de un letargo de siglos. Una nueva conciencia de carácter secular se ha comenzado a difundir en los círculos intelectuales del viejo continente. El humanismo no niega la existencia de Dios, solo rechaza que los clérigos sean los exclusivos rectores de la vida y la conducta humanas. Mas para eso será necesario enterrar el oscurantismo eclesial y resucitar la cultura grecolatina, distorsionada por los teólogos escolásticos. Sería más fácil salir de un laberinto, escribió el humanista holandés, que escapar a la palabrería y los altercados de las «sectas teológicas», como él llamaba a las diferentes escuelas de la teología cristiana. Nuestro hombre sabía del daño que podía causar la «yerba infecta», esa turba «severa e iracunda» que eran los teólogos, y el peligro que entrañaban para la paz y la convivencia humanas por ser gentes que «se salen de sus casillas a causa de una bagatela y denuncian por herejes a quienes no son de sus simpatías».

Erasmo de Rotterdam es el gran intelectual de aquel tiempo conflictivo. Un adagio castellano de la época decía: «Quien habla mal de Erasmo, o es un fraile o es un asno». Fue la cumbre del humanismo y su idea fundamental, reformulada más tarde por Lutero y seguidores, era que, durante mil quinientos años, una vasta institución humana se había interpuesto entre las personas y Dios, entre los fieles y las Escrituras, y que ese muro de poder y de riqueza que era la Iglesia de Roma les había bloqueado el acceso directo a los bienes que Cristo había prometido. El papado se había constituido en un sistema de dominación manejado por una autocracia eclesiástica que asfixiaba la fe, idea que inspirará a Martín Lutero, cuyas *Noventa y cinco tesis* serán ensalzadas por el propio Erasmo.

Era tal el prestigio de este hombre que el agustino, quien admiraba al maestro holandés, le solicitó encabezar el movimiento reformador, al tiempo que el papa Adriano VI le pedía que refutara a Lutero. Pero Erasmo no tomará partido por

ninguno. Pertenecía, dice Huizinga, su compatriota y biógrafo, al grupo reducido de los idealistas que retroceden ante la acción porque saben que esta destruye más de lo que construye, una aseveración, sin embargo, que requiere cierta perspectiva.

Erasmus detestaba el conflicto. Pertenecía a ese grupo de intelectuales que, en todo tiempo y lugar, creen que las ideas son suficientes para cambiar el mundo. Era un pensador utópico que no quería mancharse las manos con la realidad. Pero una revolución como la que él pretendía no podía hacerse solo con ideas. En conflictos de poder, el idealismo no basta. Hace falta el brazo político para que baje el ideal a tierra. Las ideas tienen trascendencia, no hay duda, y son capaces de cambiar el mundo, pero solo si van acompañadas de acciones que Erasmus no estaba dispuesto a emprender. No era su vocación ni estaba entre sus planes convertirse en un héroe sagrado.

El maestro holandés, empero, no pasaría a la historia por sus obras más sesudas, sus adagios o sus polémicos textos, sino por el satírico y mordaz retrato que hará del cristianismo y de la Iglesia de ese tiempo en un libro excepcional, *Elogio de la locura*, obra menor entre sus escritos y publicada seis años antes de que Lutero claveteara sus tesis en Wittenberg. Junto al *Enchiridion del caballero Cristiano*, el *Elogio* será un factor decisivo en la revolución religiosa del siglo XVI. Y acaso sea innecesario decir que la locura no es para Erasmus la demencia, sino la estupidez humana, o la estulticia, como él la llamaba, pero tampoco sobra aclararlo.

La estupidez tiene más poder en el mundo que el buen juicio, dice Erasmus, y el cristianismo rebosa de extravagancias y delirios tales como los disparates de los teólogos, el culto de los santos, el sacadineros de las indulgencias y las reliquias, la creencia en los milagros, la deleznable conducta moral de monjes, obispos y pontífices, y la supina ignorancia del bajo clero. En asuntos religiosos, sobre todo, no solo la estupidez impera sobre la razón, sino que nadie puede demostrar nada ni convencer al otro por falta de pruebas. Llegado el caso, la única manera de resolver un conflicto teológico es por medio de la violencia, método que elegirán el papado, Lutero, Calvino, la Inquisición, los jesuitas y demás *pensadores* cristianos.

Lutero y Erasmus serán el haz y el envés de la Revolución Protestante. Impetuoso, violento, intolerante, uno; razonable, humanista, conciliador el otro, no pudieron entenderse. Erasmus pretendía reformar la Iglesia por la vía de la razón —«más vale una paz injusta que una guerra justa», decía—, creyendo ingenuamente que la verdad es una fuerza que actúa por sí misma y permite conciliar a los contrarios. Buscaba una religión más libre, más pura, una religión soñada, como dice Lucien Febvre. Nada de credos rígidos ni obstáculos entre Dios y sus criaturas. El humanista holandés, sin embargo, no se daba cuenta del avispero político que golpeaba cuando decía estas cosas.

Si Lutero y sus acólitos, en fin, habían venido al mundo en la hora justa, Erasmus

lo había hecho en la hora equivocada. Frente a él tenía, de un lado, una caterva de clérigos insensatos y violentos que impartían aquí y allá el sermón del odio. Y del otro la Curia romana, a la que las ideas anticlericales de Erasmo amenazaban sus privilegios. Y así vino a suceder que, cuando las palabras dejaron de tener sentido en una querrela religiosa cada vez más encendida, cuando la sinrazón y los fanatismos se inflamaron y no quedó sino lanzarse mutuas dentelladas al cuello y convertir a Europa en un reguero de sangre, nadie quiso saber nada de Erasmo de Rotterdam, el hombre del término medio, el humanista, el sensato. La Iglesia romana le acusará de haber sido el causante del cisma, y los protestantes, de timorato e indeciso.

La única esperanza de que la barbarie no escapara de su jaula se había evaporado. Erasmo no podía aceptar el movimiento protestante, pues este negaba la libertad del hombre para hallar su salvación, ni tampoco seguir ignorando la corrupción de la Curia. De ahí que Lutero acabara maldiciendo su nombre, y la Iglesia de Roma, encerrando en el *Índice de libros prohibidos* las obras del intelectual pro romano más brillante de su tiempo.

El ideario humanista había devenido una concepción intelectual a la que ni Roma ni los rebeldes permitirían alzar vuelo. Y así, la puerta hacia lo humano se convirtió en su propia cerradura. El conflicto religioso y las guerras pondrían fin a este noble sueño iniciado un siglo atrás en Italia, a su ímpetu de renovación y a su deseo de construir un nuevo clima religioso y moral basado en la dignidad del hombre. Los humanistas se habían enfrentado a la barbarie que desde una y otra trinchera impartían los pastores, pero la sinrazón, la estupidez y la locura les habían derrotado.

9. EL AYATOLÁ DE GINEBRA

Matar a un hombre no es defender una doctrina, es matar a un hombre... y no se hace profesión de la propia fe quemando a otro hombre, sino dejándose uno mismo quemar por esa fe.

SEBASTIAN CASTELLIO (1515-1563),
frase dirigida a Calvino en la obra *De haerectis an sint persecuendi*

El Pontífice de Wittenberg es un apodo que alguna vez se le ha adjudicado a Lutero, bien por su arrogancia teológica, bien porque difundía su particular evangelio desde la ciudad que habitó la mayor parte de su vida. El título pareciera un tanto desmesurado, pues si en el estamario protestante hay alguien que en verdad lo merece no es Lutero, sino Juan Calvino. Aunque a fuer de ser ecuanimes, tal vez Calvino sea digno de un membrete más apropiado que el de papa. Y ese membrete sería el de «Ayatolá de Ginebra» debido a la síntesis de integrista religioso y totalitarismo político que habría de llevar a la práctica a imagen y semejanza de la actual clerocracia iraní.

Hombre de gesto severo, rostro afilado y mirada amenazadora, Calvino era en realidad un gobernante a quien el Consistorio de Ginebra le asignará una misión política: meter en cintura a la ciudad. El reformador llevará a cabo la tarea mediante una ideología religiosa de carácter despótico. Y el resultado será una sociedad sin pecado, sin vicios, sin desorden... y sin alegría. A diferencia de Lutero, Calvino posee un espíritu menos apasionado, pero más inexorable. Para los vecinos de Ginebra al menos, este severo y frío pastor de almas sería un témpano afilado y puntiagudo a punto de desprenderse de una teja y clavarse sin avisar en el cráneo de quien pasara por debajo.

Estamos, valga la redundancia, ante un puritano en estado puro, un hombre al que odian y temen muchos, y al que aman muy pocos. Sabe que no es popular, pero la popularidad no es algo que le importe. Por su talante y su talento podría haber sido jesuita, pero no tiene la capacidad organizadora de un Ignacio de Loyola o un Acquaviva. Lo suyo es la prédica doctrinaria, no el armado y la dirección de grandes grupos humanos. Suiza no pertenece ya al Sacro Imperio y, por tanto, Calvino no siente como otros el aliento de Roma en el cogote. Por eso se limita a la pequeña ciudad de Ginebra —dieciséis mil habitantes— la cual usará como altavoz y cátedra para difundir desde allí su brutal interpretación del cristianismo.

Para ello, Calvino va a reformular una controvertida doctrina de san Agustín, creada mil años atrás y plasmada en un escrito titulado *La predestinación de los santos*, uno de esos laberintos teológicos de los cuales es prácticamente imposible salir. Debido a que Dios es omnisciente, venía a decir la doctrina agustiniana, sabe con anticipación quiénes de sus criaturas se salvarán y quiénes no. Lo cual creaba un

problema moral. Y es que muy injusto y muy malvado ha de ser el dios que condena a sus criaturas antes de que vengan al mundo. San Agustín, sin embargo, tenía un *teologismo* a modo de tapabocas. Ningún problema, dirá. Dios ha concedido al hombre la libertad de elegir entre el bien y el mal, por un lado, y por otro, el hombre debe confiar en la misericordia divina, pues Dios «quiere que todos se salven» (*I Timoteo* 2:4). Así que, asunto resuelto. Si el hombre se condena o se salva será, a fin de cuentas, cosa de él y no de Dios.

La doctrina agustiniana traería de cabeza a los teólogos durante siglos, no digamos a los fieles, si es que alguna vez la entendieron o se la explicaron. Pues aunque el hombre pueda salvarse o condenarse por su propia decisión, no puede ocultarse el hecho de que Dios sepa de antemano quiénes se van a salvar y quiénes no y que eso lo convierte en un Creador perverso.

En plena Revolución Protestante, se estrenaba en España *El condenado por desconfiado*, comedia de santos, como se daría en llamar a este género teatral, y cuyo propósito era explicar al gran público el asunto de la predestinación. Atribuida al mercedario Tirso de Molina, la obra llevaba a escena tan inquietante doctrina encarnada en la historia de dos hombres aparentemente destinados a salvarse uno y condenarse el otro.

Paulo, el primero de los personajes, es un monje que lleva diez años en el desierto, sometido voluntariamente a una dura penitencia. El hombre vive, no obstante, angustiado por los designios que la providencia ha dispuesto para él y suplica al Todopoderoso: *¿Qué fin he de tener, Señor?/¿He de ir a vuestro cielo o al infierno?* Un demonio con aspecto de ángel se le aparece a modo de respuesta y le dice que su destino será el mismo que el de Enrico, renombrado criminal napolitano. Ante el terrible fin que le aguarda, Paulo clama muy herido: *¿Para qué, entonces, tanto sacrificio, Señor, tanto ayuno y tanta oración, si estoy predestinado a condenarme?* Y puesto que nada tiene ya que perder, decide entregarse a una vida de crápula y crímenes, a imagen y semejanza de Enrico.

Pasan los años. Los dos personajes son ahora dos forajidos temibles, por más que no se conozcan. Enrico es detenido por la justicia y condenado a muerte, pero, antes de ser ejecutado, se arrepiente de su vida y sus pecados y se salva. Paulo, en cambio, ignorante de cuál ha sido el final de Enrico, se condena por desconfiar de la misericordia divina.

En los días de la Reforma, dominicos y jesuitas mantendrán una áspera polémica respecto a la libertad y la gracia como auxilios para salvar el alma, aunque sin ponerse de acuerdo, como era de esperarse. Calvino, en cambio, va a resolver el *teologismo* agustiniano de un mandoble. No hay tal libertad de elección, asegura. El hombre no puede salvarse por sí, aunque quiera. Su libertad y su voluntad son inútiles. Ni todos los hombres fueron creados iguales ni todos se van a salvar. La razón es que Cristo no murió por *toda la humanidad*, sino solo por *los elegidos*, los predestinados desde la eternidad por el Padre para reunirse con Él. Los demás, como

el infeliz Paulo, están condenados a la perdición eterna. No tienen salvación por más que se esfuercen o el mucho bien que hagan en sus vidas. Así lo ha dispuesto Dios, dice el reformador ginebrino. Ni siquiera los que se salvan alcanzan la Gloria por sus méritos. Se salvan porque Dios lo ha decidido de ese modo antes de que ellos nacieran.

Más fantasioso que san Agustín, que *El Irrefutable* y que otros especialistas del ramo, Calvino ha imaginado una deidad que supera en dureza a la del Dios del Sinaí. Y lo ha hecho a imagen y semejanza de su deshumanizada personalidad. El reformador de Ginebra ha dado vida a un monstruo, un dios perverso que condena a sus criaturas antes de que vean la luz y que hará a Thomas Jefferson decir: «Si algún hombre llegó alguna vez a adorar un falso dios, ese fue Calvino».

No le faltaba razón. Solo una mente enfermiza puede imaginar un dios que condene por capricho al fuego eterno a un recién nacido sin que este haya tenido noción previa del bien y del mal ni oportunidad para hacerse acreedor a la Gloria eterna.

Dios, si quisiera, podría salvar efectivamente a todos los hombres, podría salvar a todos con solo desearlo, desaparecería el pecado, la herejía, la apostasía y todos iríamos a Cristo. Todos si él lo quisiera. Pero Dios no quiere eso... porque ha decidido salvar a unos para mostrar su misericordia, mientras que a otros, como enseñó san Agustín, los dejará perder para mostrar su justicia. Y nadie puede objetar la acción de Dios, porque nadie puede ser más justo ni más misericordioso que el Señor.

Parece una reflexión calvinista, pero no. Es una glosa católica contemporánea. Lo que da idea de la clase de dédalo teológico que ha sido y es todavía el tema de la predestinación. Calvino ha encontrado un atajo, pero también debe resolver una duda. ¿Cómo saber si uno pertenece al grupo de los condenados o bien al de los elegidos? Y la respuesta del reformador será, como siempre, imaginativa. Los elegidos, dice, poseen un don que Dios ha negado a aquellos que se van a condenar. Ese don es la gracia que atrae a los elegidos como un imán a la Gloria tras una vida de perseverancia en la fe. «La gracia divina da ventaja a los buenos sobre los malos», había escrito san Agustín, y esto salta a la vista, asegura Calvino. Aquellos a quienes les va bien en la vida y los negocios, los que tienen dinero y prosperidad, son los que cuentan con el *plácet* de Dios. En cambio aquellos a quienes les salen mal las cosas, los pobres, los desheredados, su condición revela que no cuentan con el beneplácito del Creador. Han nacido con el estigma de la condenación y Dios no les tenderá nunca la mano. Y puede que esto no guste, aduce Calvino, pero este es el Dios que guio a los profetas, a los jueces y a los reyes de Israel.

El cristianismo tiene ahora dos dioses de personalidades distintas. Pero el ayatolá cristiano no admite que se le lleve la contraria. El único intérprete de las Escrituras es él y todo el que se le oponga deberá atenerse al veredicto de quien, por ser el creador de la doctrina de la predestinación, no puede por menos que sentirse un predestinado.

Y un predestinado no tiene albedrío, como todo el mundo sabe, ya que es el destino el que dirige su vida. De ahí que sus despropósitos, sus crímenes y sus condenas a muerte no obedezcan a su voluntad, sino a la de Dios, lo que le exime de toda mala conciencia y toda culpa. Y el que quiera aceptarlo, bien, y el que no, mazmorra, fusta y hoguera.

Calvino se ha declarado infalible. Es el profeta de un dios que se acaba de inventar y ha convertido la ley del amor en la ley del terror. Y el historiador Julien Rouquette describirá así los dictados sumarios de aquel teólogo de 32 años a quien Tiziano retrató con el contenido gesto de ira de quien hubiese recibido un escupitajo en pleno rostro:

Pena de muerte para el idólatra. Pena de muerte para el blasfemo. Pena de muerte para el adúltero. Pena de muerte para el brujo. Pena de muerte para el hereje. Pena de muerte para el hijo que golpea a su padre. Pena de muerte para quien ofenda la majestad divina. Pena de muerte para quien ofenda la majestad humana...

Nadie en Ginebra escapa al ojo y al acoso de esta suerte de talibán cristiano. Es el destino que les espera, por ejemplo, a Jacques Gruet y Jérôme Bolsec, dos opositores a la teología y la disciplina impuestas por el reformador. Gruet, librepensador, *bon vivant* y poeta, había criticado las leyes impuestas por el Consistorio de la ciudad, conformado por presbíteros calvinistas. A consecuencia de ello, será detenido y torturado durante un mes, dos veces al día, todos los días, y por último decapitado a instancias de Calvino.

El otro disidente, Jérôme Bolsec, un ex carmelita francés convertido al protestantismo, había criticado al reformador en público, diciendo que si la doctrina de la predestinación era cierta, entonces Dios era un tirano y un verdugo. Bolsec consideraba el calvinismo una aberración moral y así lo declaró ante el Consistorio. Los hombres no se salvan, les dijo, porque hayan sido elegidos por Dios, sino porque creen que nadie debe ser condenado al Infierno por capricho. Bolsec sería encarcelado y más tarde desterrado de Ginebra. Se salvó de milagro. En un acto de benevolencia, el Consistorio le envió al exilio debido a que las iglesias de Zurich, Berna y Basilea se mostraron reticentes a la doctrina de la predestinación calvinista.

En cuanto al reformador, no le saldría barato haberse enfrentado a un teólogo que no era precisamente un ángel. Una vez en el exilio, Bolsec escribirá una biografía de Calvino en la cual le acusaba de ser el Anticristo (el título había devenido muy popular y cualquiera podía tener acceso a él, como aún sucede hoy día). Según el dolido Bolsec, Calvino era un hombre ambicioso, con reprochables hábitos financieros, culpable de sodomía cuando era joven y un lascivo pecador que mantenía relaciones adúlteras con mujeres casadas, aduciendo pretextos pastorales.

A Calvino, clérigo de cáscara amarga y tirano de piel muy fina, la oposición y las críticas le hacían subir por las paredes. Pero la ira le debía de durar poco, pues la desahogaba fácilmente recurriendo a las riendas y espuelas del poder que sustentaba. Con las riendas asfixiaba la libertad de conciencia religiosa y con las espuelas atizaba al Consistorio para que dictara sentencias de muerte. Su política se basaba en la

obediencia absoluta. De ahí que todo ginebrino se viera obligado a aceptar bajo juramento unas ordenanzas draconianas cuyo cumplimiento vigilaba la policía religiosa de la ciudad, unos siniestros sujetos que invadían sin miramientos ni permisos la intimidad de las familias.

Una vez más, el *libre examen* de los Evangelios se había ido por el desagüe. Calvino no cree en la libertad humana, como tampoco cree Lutero, quien tiene por paradigma esta curiosa metáfora:

El hombre es como un caballo —escribió el «papa» de Wittenberg—. ¿Se sube Dios a la silla? El caballo obedece, se acomoda a cada movimiento del jinete y va adonde este desea. ¿Suelta Dios la rienda del caballo? Satán se sube a la grupa del cuadrúpedo, el cual se pliega y somete a la voluntad del nuevo jinete. Es la necesidad, por tanto, y no el libre albedrío, el principio que controla nuestra conducta.

Ni Lutero ni Calvino adjudican, pues, al creyente méritos para salvar el alma. La caída de Adán ha dejado a la humanidad dañada e incapaz de actuar con rectitud. El hombre no tiene, por ende, oportunidad de redimirse. Y como el humanismo es para ambos poco menos que la peste bubónica, no pueden conceder energía interior ni virtud a este personaje débil, indigno y despreciable que es el hombre, a quien tachan de inmundicia pervertida, cuando no de cabalgadura en la que montan por turnos tanto Satanás como el Altísimo. Para Calvino sobre todo, profeta supremo del determinismo sagrado, el hombre es un ser abyecto a quien no se le puede dar libertad alguna.

Más de un vecino de Ginebra habría preguntado a Calvino por qué, habiendo creado Dios al hombre con tantos defectos y taras, lo culpa por sus pecados y lo envía a los infiernos. Haber creado a una criatura así parecería un esfuerzo inútil, si no estúpido, viniendo como venía de la Suprema Inteligencia. ¿Con qué fin habría de traer Dios al mundo a unos seres que, antes de nacer, estaban condenados al fuego eterno?

Pero como la mayoría de los hombres de su oficio, Calvino tiene respuestas para todo. Dios creó al hombre, habría replicado, con la aptitud para ejercer el libre albedrío y la responsabilidad moral, pero el pecado de Adán ha generado una herencia corrupta y maldita, razón por la que Dios no es el culpable de los defectos y debilidades de su detestable criatura. El preguntón, sin embargo, se habría apresurado a replicar: ¿Y por qué la herencia de Adán habría de estar maldita, si se ahogó con el Diluvio?

Noé sobrevivió, eso es cierto, y como heredero de Adán podía tener el estigma de esa herencia, pero ¿acaso no halló Noé gracia en Dios por ser un «hombre justo y perfecto en sus generaciones» (*Génesis* 6:9)? Perfecto en sus generaciones, ¿comprende? Somos más herederos de Noé que de Adán, habría subrayado el preguntón. Y si Adán era naturaleza corrupta y caída, Noé era un buen hombre, un hombre justo y además heredero de un linaje *genealógicamente perfecto*, como dice la Biblia.

Ante tanta impertinencia, lo más seguro es que Calvino hubiese dado la espalda al inquieto y ordenado al Consistorio de presbíteros disciplinarlo como merecía. Para el predestinado de Ginebra, el hombre no es más que un animalito despreciable al que hay que intimidar, someter y domar mediante la disciplina eclesiástica hasta hacer de él un ser sumiso y devoto. Solo de la represión y del castigo físico puede nacer la moralidad y la decencia humanas. Y todo aquel que, como el preguntón, persistiera en discutir o no respetar la doctrina, solo podía esperar el castigo del presbiteriado ginebrino.

La opinión teológica de Calvino se ha convertido en ley. En tan solo cuatro años, cincuenta y ocho personas serán ejecutadas, decapitadas, quemadas o colgadas en Ginebra por delitos religiosos. Y esto, en una población de dieciséis mil habitantes, resulta una proporción elevadísima, aun si se la compara con la del actual estado de Texas.

La exigencia de pureza doctrinal dará pie a un auténtico Reinado del Terror, hecho que inviste a Calvino con otro muy honroso título: el de Fundador de la Inquisición Protestante, institución que en nada tendrá que envidiar a las inquisiciones romana, alemana o española. No es ningún secreto que la Reforma fue impuesta por la violencia, esto es, mediante persecuciones, matanzas y destierros en Dinamarca, Suecia y Noruega. El Parlamento escocés, por su parte, decretará en su día la muerte de todos los católicos, cosa que sabemos no consiguió, pero que indica el grado de barbarie a la que había llegado el conflicto. Y el historiador británico Henry Kamen reseña que en Inglaterra fueron ejecutados el cuádruple de católicos que todos los protestantes condenados por la Inquisición española.

No hay motivos para sorprenderse. Clerocracia y Estado totalitario guardan entre sí un paralelismo sorprendente y se rigen por las mismas reglas. Su teología, o ideología en su caso, contarán siempre con respuestas inapelables. Llámense calvinistas o nazis, una casta infalible se ha alzado con el poder y, en el dado caso de que sus ideas no sean aceptadas, los inconformes se tornarán sujetos de persecución, cárcel, tortura y, en última instancia, ejecución sumaria. La tolerancia no es el fuerte de clérigos y dictadores, como tampoco lo es la clemencia. Sean nazis o calvinistas, los gobiernos de esta índole se rigen siempre por las mismas reglas.

El terror implantado por Calvino será más espeluznante que el de la Revolución Francesa, escribirá Stefan Zweig, y su intransigencia religiosa, más despiadada que la intolerancia de Robespierre. El reformador llegó a tejer una red de prohibiciones tan densa que justo es citarlas en extenso, según la relación que de ellas hace Zweig en *Castellio contra Calvino*.

Basta hojear las actas del Consejo [el Consistorio de Ginebra] para apreciar lo refinado del método de intimidación —dice Zweig—. A un ciudadano que se ha reído durante un bautizo, tres días de cárcel. Otro que, agotado por el sopor veraniego, se ha dormido durante el sermón: a la cárcel. Unos trabajadores que han tomado empanada durante el desayuno: tres días a pan y agua. Dos ciudadanos que han jugado a los bolos: a la cárcel. Otros dos, que han jugado a los bolos, pero tomando un cuarto de vino: a la cárcel. Un hombre que se ha negado a bautizar a su hijo con el nombre de Abraham: a la cárcel. Un violinista ciego que ha bailado

mientras tocaba: expulsado de la ciudad. Otro que ha alabado la traducción de la Biblia hecha por Castellio, también es expulsado... Un hombre ha jugado a las cartas y es expuesto en la picota con las cartas en torno al cuello. Otro, insolente, ha cantado en la calle y es obligado a «cantar fuera», es decir, es expulsado de la ciudad. Dos galeotes se han peleado, sin matar a nadie: son ejecutados... Un hombre que se expresa públicamente en contra de la doctrina de Calvino, es azotado hasta hacerle sangrar en cada cruce de caminos de la ciudad y, después, desterrado. A un impresor que, borracho, ha insultado a Calvino, antes de expulsarlo de la ciudad, le atraviesan la lengua con un hierro al rojo. Jacques Gruet, solo por haber llamado hipócrita a Calvino en persona, es torturado y ejecutado. Cada falta, hasta la más mínima, consta en las actas del Consistorio, de modo que la vida privada de cualquier ciudadano está constantemente en evidencia. La policía dirigida por Calvino encargada de vigilar las costumbres no conoce un solo olvido o despiste.

Ginebra se ha convertido en una ciudad levítica, un espacio triste y conventual bajo el control absoluto de los clérigos. Calvino ha prohibido la Navidad, los dulces, la música, las artes, el humanismo, el teatro, el baile, las tabernas y hasta el patinaje sobre hielo. Y de cuanto sucede en la ciudad, desea estar puntualmente informado. Ginebra es ahora una urbe acristalada donde todos se observan sin recato. No hay vecino que no sea un espía, un vigilante o un cazador de información destinada al hombre que los gobierna. Las cárceles de «la Roma protestante», como se la conoce ahora, están repletas. Y los sufrimientos que allí se padecen son tan terribles que los detenidos prefieren quitarse la vida antes que dejarse arrastrar a ellas.

Nunca aquel misántropo —son palabras de Zweig, refiriéndose a Calvino— vio en la humanidad más que una funesta e indisciplinada turba de pecadores inclinados al vicio y al mal. Y a unas criaturas así no se les puede dar libertad. Hay que meterlas en cintura mediante el terrorismo de Estado, cosa que la policía de Calvino cumple con la eficacia y entusiasmo que lo harán en su día la KGB o la Gestapo.

Pero donde Calvino va a sobresalir por encima de otros reformadores es en la pena de muerte, castigo de cuyo afecto y predilección da cuenta esta confesión suya:

Quienquiera que a sabiendas y de buena gana alegue que es injusto que los herejes y blasfemos sean llevados a la muerte, incurre en la misma culpa de ellos. Esto no es impuesto por la autoridad humana; es Dios quien habla y prescribe una regla perpetua para su Iglesia.

A buen seguro, Calvino tenía acceso a la información que Dios le pasaba sobre quién debía ser ejecutado. Y de sus criminales instintos da fe sobre todo la carta que le dirige a Guillaume Farel, su mentor, cuando a Calvino le llegue la noticia de que Miguel Servet, un médico aragonés perseguido por la Inquisición española, quiere hacerle una visita. Servet ha renegado de la Iglesia de Roma y ha escrito un tratado teológico donde niega la existencia de la Trinidad. Es, por tanto, unitario (doctrina de quienes creen que Dios es una sola persona) y su argumento esencial consiste en advertir que la frase que describe la integración del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo en un solo Dios no figura en ningún manuscrito bíblico anterior al siglo IV. El único testimonio existente, la *I Epístola de san Juan*, había sido adulterado. El misterio de la Trinidad es por lo tanto un fraude. Jesús no es por tanto hijo de Dios, sino un hombre creado por Dios.

Servet se dispone a viajar a Ginebra para hablar con Calvino del asunto. Y al tener noticia de ello, el reformador toma la pluma y le escribe a Farel lo que sigue:

Servet me ha escrito recientemente con presumida arrogancia y agregó a su carta un grueso volumen de sus delirantes fantasías. Está dispuesto a venir aquí, si yo estuviese de acuerdo. Pero yo no deseo comprometer mi palabra en su seguridad personal, porque si él viniese, de ninguna manera le permitiría salir vivo de aquí.

Resulta difícil desasociar esta última frase de la *fatwa* o sentencia de muerte lanzada por el ayatolá Jomeini contra Salman Rushdie en 1989, por considerar blasfema la obra *Los versos satánicos*. La *fatwa* de Calvino sobre Servet es parecida. Y la posterior ejecución del médico español en Champel, a las afueras de Ginebra, refrendará la intención que Calvino abrigaba de ejecutarlo sin contemplaciones solo por poner en duda el misterio de la Trinidad.

Miguel Servet, anota Roland H. Bainton, su biógrafo, pasará a la historia con el curioso sello de haber sido quemado dos veces: una en efie, por la Inquisición española, y otra, en vivo, por la protestante. Pero entre los historiadores existe unanimidad en declarar a Calvino responsable de la ejecución que verdaderamente importa, la que tuvo lugar en la ciudad de Ginebra. El carácter despiadado del reformador se trasluirá en la serie de interrogatorios que va a mantener con Servet en la cárcel donde este último ha sido encerrado. Como Calvino no podía admitir en un niño la chispa de la divinidad, puesto que el hombre es para él solo cieno, cuando Servet aduzca que no está al alcance de los recién nacidos cometer pecados mortales, Calvino escribirá lo siguiente en su *Declaration pour maintenir la vraie foi*:

Lo que merece Servet es que esos pollitos tan dulces e inocentes como él los cree le saquen los ojos mil veces.

No será menos infame la conducta de Farel en el proceso contra el médico metido a teólogo. Farel acompañará a Servet hasta la pira, pero sometiéndolo en el camino a un insufrible acoso verbal para hacerle desistir de sus errores. Poco habrá de importarle lo que Servet pueda sentir en esa hora terrible. Todo cuanto Farel desea es arrancar del condenado un reconocimiento de sus desvaríos. Pero Servet no dice palabra. Solo se limita a inclinar la cabeza y a rezar en silencio.

Cuando llegan al lugar de la ejecución —donde, por cierto, el calvinismo alzaría en 1903 un monumento al hereje a modo de expiación tardía—, Servet es atado al poste con una cadena de hierro. El verdugo le ciñe la cabeza con una corona de paja y hojas salpicadas de azufre. Atan después su libro herético a sus brazos y le inmovilizan el cuello con una soga. Farel se dirige entonces a la multitud y pronuncia esta edificante arenga:

Aquí podéis ver la irresistible influencia del demonio cuando ha dominado a un hombre. Este distinguido erudito creyó que actuaba como debía sin percatarse de que Satanás lo había poseído como podría también poseeros a vosotros, si cayerais en sus trampas.

Acto seguido, el verdugo arroja fuego al rostro y la cabeza de Servet quien profiere un alarido tal que la multitud queda horrorizada. La ejecución es ejemplar,

no hay duda. Y la agonía de Servet durará más de media hora, pues la leña está verde. Pero no se puede dudar del relato ni de los detalles de la ejecución, ya que proceden del propio Farel, quien se tomará la molestia de anotar los detalles del suceso y agregar una siniestra coda. Servet se habría salvado —dice Farel—, si hubiese admitido que Cristo era el Hijo eterno de Dios y no el Hijo del Dios eterno.

La diferencia teológica es sustancial, trascendente, intolerable. Tanto como esa otra según la cual hombre se salva por la fe y no por la fe y las obras. El Universo se desplomaría si no se corrige el agravio. Pero Servet se ha resistido a hacerlo. Y ese importante distingo, ese intolerable hipérbaton, parecido a los que utilizaba el inefable Yoda, le costaría la vida. Bien empleado le estuvo por haber investigado e interpretado «de buena fe» y con absoluta libertad las Sagradas Escrituras.

La ejecución no ha tenido nada que envidiar a las de los Torquemada, los Caraffa, los Valdés, los Konrad von Marburg y otros ilustres ejecutores de la Iglesia de Roma. Lo que es más, cuando a Bucero le llega la noticia de que Servet ha sido ejecutado, este dulce ex dominico, mentor de Calvino como queda dicho páginas atrás, proclamará desde su púlpito en Estrasburgo que Servet merecía haber sido «destripado y descuartizado».

Eso, además de la hoguera, por supuesto.

La ejecución de Miguel Servet es una de las páginas más negras de la Revolución Protestante, no menos oscura que las muertes de Jan Hus o de Giordano Bruno, el dominico achicharrado por la Inquisición romana en el Campo de' Fiori el año de 1600. Ni siquiera en los lugares más bárbaros del planeta son concebibles hoy día ejecuciones así. A ninguna tribu perdida, y menos a un Estado secular, se le ocurrirían matar así a una persona. Solo el fanatismo clerical podía llevar a cabo semejante aberración.

La horrible muerte del médico aragonés, pese a todo, no conmovió a Calvino. En el texto ya citado —*Declaration pour maintenir la vraie foi*— el reformador confiesa no estar arrepentido de haber enviado a Servet a la hoguera, a lo cual agregará que el disidente «merecía ser exterminado del mundo». El panfleto lleva este subtítulo: «Donde se muestra que es lícito castigar a los herejes y que ese malvado [Servet] ha sido ejecutado con todo derecho por la justicia en la villa de Ginebra».

Mas a pesar de las censuras, las amenazas y las ejecuciones, siempre hay espíritus valerosos que se alzan contra la barbarie. Y uno de esos espíritus, el crítico acaso más severo del régimen de Calvino, será Sebastian Castellio, un humanista francés que promueve la tolerancia religiosa, la libertad de conciencia y los derechos humanos. En 1543, Castellio se había negado a admitir que *El cantar de los cantares* fuese un libro canónico de la Biblia, afirmación que para Calvino supone el horror de los horrores. El reformador perseguirá a Castellio por estos y otros motivos hasta hacerle imposible la vida.

Literalmente.

Castellio tendrá que huir de Ginebra y morirá poco después en el exilio. Su delito mayor, sin embargo, no sería afirmar que *El cantar* no era un texto canónico, sino escribir un libro en cuyas páginas el humanista francés imaginaba a Calvino disputando con uno de sus adversarios y en el que, haciendo referencia a Servet, le espete al reformador de Ginebra la frase que encabeza este capítulo: «Matar a un hombre no es defender una doctrina, es matar a un hombre».

Un detalle acaso olvidado, pero sustancial, a la hora de juzgar a los ínclitos varones de la Revolución Protestante. Suprimir al adversario, silenciarlo, desterrarlo fue siempre su prioridad con tal de tener razón en medio de aquella tempestad de sinrazones. Pero Calvino se sale de ese marco hasta elevarse por encima de los otros. Su grave déficit emocional, su existencial pesimismo como heredero y albacea del profetismo hebreo, su tiránica frialdad, su brutal intolerancia, le llevarán a la opresión y el crimen de sus coetáneos en parecida manera a la que tiranos como Stalin ejecutarían siglos después a gran escala. El dios que se había inventado estaba de su parte, al parecer. Y ese dios le decía al oído que, no importando lo que el mundo dijese u opinase, matar a un hombre, a dos o a cien para defender la verdad verdadera era lo necesario y lo justo que debía hacerse. La misma actitud dogmática, intransigente y criminal que hacia los separatistas mantendrían los jefes de la Iglesia de Roma.

El calvinismo se extenderá a Francia, Holanda, Bohemia, Escocia, Alemania, Inglaterra, y en corto espacio de tiempo superará en importancia al luteranismo. Allí donde sus seguidores se instalen, habrá guerras y conflictos, especialmente en Francia y Holanda. Y como los jesuitas, serán provocadores y agitadores y no habrá en Europa conflicto donde no muestren su carácter criminal y violento.

En la actualidad, sin embargo, los países de raíces calvinistas constituyen modelos de sociedades totalmente distintas a las concebidas por Calvino. Derivaciones posteriores a su áspera doctrina, tenderán a ignorar, dulcificar o negar la predestinación, pragmatismo acomodaticio que dice mucho de la coherencia de los teólogos, quienes, cualquiera que sea su versión del cristianismo, suelen mostrar una admirable flexibilidad a la hora de corregir sus fantasías. No sería la primera vez, además, que rectificaran luego de haber perseguido y chamuscado a miles de personas o de haberlas aterrado con visiones demenciales.

Además de un personaje con mucha imaginación, un teólogo suele ser un individuo que, cuando la doctrina que sustenta deja de ser tolerable, justificable o admisible, la descarta con la mayor frescura. Lo hicieron los seguidores de Calvino y lo harán los herederos de León X. El 29 de julio de 1999, por citar un caso, el papa Juan Pablo II diría públicamente que «el infierno *no es un lugar en llamas*, sino la situación de quien se ha alejado de Dios» (el subrayado es nuestro). Y como eso no le

pareció suficiente, algunos días después suprimiría también el Cielo y el Purgatorio, la esperanza universal de los cristianos, por un lado, y el apeadero de la purificación, por otro. El Cielo, dirá literalmente el papa, «no es un lugar físico en las nubes y, aunque se entienda como la casa de Dios, únicamente lo es en un plano metafórico».

El traslado había durado siglos (el del Cielo, no el del papa). En el Génesis, el Paraíso, el jardín, era terrenal y estaba al parecer situado entre los ríos Tigris y Eúfrates. Y aunque Dante lo colocó andando el tiempo en el espacio exterior, llegado 1517 aún se pensaba que el Paraíso estaba en la Tierra. De hecho, cuando Cristóbal Colón descubra las bocas del Orinoco, escribirá a los reyes de España que aquella era sin duda la entrada al Paraíso.

Los nuevos descubrimientos geográficos y el progresivo mapeo del mundo forzarían a los teólogos a abandonar esta posición, ya que el Paraíso no aparecía por ningún lado. Y es entonces que lo envían al espacio exterior, como ya había hecho Dante. Y al cabo, cuando la Astrofísica y los astronautas confirmen que el Paraíso tampoco estaba en el espacio exterior, los teólogos cambiarían de opinión de nuevo y, no quedándoles otro lugar donde situarlo, dirán que el Paraíso, en realidad, no está en ninguna parte.

Habría sido interesante escuchar los comentarios de los vecinos de Jüterbog, y la cara que se les habría puesto, de haber sabido aquel augural día de otoño de 1517 que un papa iba a clausurar de un plumazo el Paraíso, cerrar el Purgatorio sin más trámite y apagar el Infierno de un soplo. Las aterradoras imágenes de Tetzels y las ilusiones sobre el jardín del Edén, pasaban ahora al limbo. Y tras comprobar que habían sido miserablemente estafados, aquellas gentes sencillas hubieran dicho que, solo por los daños mentales causados a millones de niños y adultos a lo largo de veinte siglos, el Infierno debería seguir existiendo para enviar allí a todos los teólogos, desde san Agustín a Calvino.

Pero esta es, en fin, la teología, la ciencia del hoy me invento esto y mañana esto otro. El Infierno ya no existe, por suerte, para el católico romano. No al menos como se concebía en los días de Lutero. Ni la predestinación calvinista tampoco. Al menos en su versión endulzada, esa que permite a todos los hombres salvarse. Un gran alivio, sin duda. En especial para los pobres, los desheredados y todos aquellos a quienes no les va bien en la vida y a los que el dios de Calvino condenaba a las llamas antes de que vinieran a este mundo.

10. DE UN SASTRE, UN PANADERO, UN PREDICADOR CON UNA HOZ Y UN EXPERTO EN CAÑERÍAS

El fanatismo de un estúpido puede causar mayores males que el trabajo de veinte bribones.

WILHELM GRIMM (1786-1859)

Un fanático es alguien que trata de compensar una duda secreta.

ALDOUS HUXLEY (1894-1963),
Vulgarity in Literature

Entre los fundadores de la secta anabaptista había un predicador de 35 años llamado Thomas Müntzer, uno de los primeros discípulos de Lutero, de quien se volvería más tarde su más avieso adversario. Será asimismo uno de los numerosos líderes carismáticos que se creían ungidos por Dios para transformar el mundo y la figura más destacada del protestantismo jacobino. Convertido en líder de los siervos de la gleba (1525) y erigido en profeta apocalíptico, Müntzer acusará a Lutero de traidor e iniciará una sangrienta revuelta anti-señorial contra los príncipes del Sacro Imperio.

Müntzer anhelaba revivir el mito de la Iglesia de Jerusalén, la efímera agrupación dirigida por Santiago, el hermano de Cristo, en la cual, según el relato evangélico, «todos los que creían vivían unidos teniendo sus bienes en común y no había entre ellos ningún necesitado y se repartía a cada uno según su necesidad».

La frase, como es sabido, sería reelaborada por Blanqui, socialista utópico francés del siglo XIX, y alcanzará gran popularidad cuando Carlos Marx la divulgue. Basada en el mito de la Edad de Oro que Hesíodo (setecientos años antes de Cristo) describe en *Los trabajos y los días*, Platón la reiterará en *La República*.

Del mito a la utopía no hay más que un paso: el que se da cuando el mito viaja del pasado al futuro. Y esa es la forma que le dará Platón en su obra, primer proyecto utópico de una sociedad perfecta y feliz. En esa comunidad, «nadie tendrá nada por suyo, salvo lo absolutamente necesario», dice Platón, ni «más propiedad que la de su cuerpo, pues todo lo demás será común». Solo en un entorno así, concluía el filósofo, podrán resplandecer la virtud, la armonía moral, la unidad, la paz y la justicia, pues en él no habrá violencia, ni amos, ni esclavos, ni lucha entre pobres y ricos, ni libertinaje, ni ambiciones, ni pobreza.

El cristianismo se rendirá ante este mito de origen pagano. Y la comunidad de bienes se volverá el destino del hombre que aspire a vivir la Arcadia del amor fraterno, la paz y la justicia. La sociedad europea era en esos días una comunidad fascinada por la literatura de ficción. Y el poema de Hesíodo y la utopía platónica serán el padre y la madre del mito cristiano que persigue Müntzer y que había pasado al Nuevo Testamento prácticamente al pie de la letra.

Nada raro. La influencia del pensamiento helénico en el judaísmo del siglo I a.C. es asunto sabido. Algunas de las sectas judías de ese tiempo vivían ya bajo el régimen de comunidad de bienes, como la de Qumrán o la de los nazareos de Jerusalén, ciudad donde la frase «nadie tendrá nada por suyo, salvo lo absolutamente necesario» será adoptada por Lucas, compañero de Pablo de Tarso y autor de los *Hechos de los Apóstoles*.

La Iglesia de Jerusalén se convierte así en la Edad de Oro de la cultura cristiana, en la infancia perdida del hombre que es preciso reconstituir. Una fantasía de origen pagano se volvía palabra de Dios. Y todavía hoy la Iglesia de Roma la divulga y promueve *urbi et orbi* como una verdad incontrovertible.

Nunca, sin embargo, una ficción de este porte, la de la comunidad de bienes, ha costado tantas vidas humanas. Como mínimo, los cien millones que las revoluciones comunistas del siglo XX causaron en el mundo. Pero Müntzer utilizará el mito siglos antes para alzarse contra la nobleza del Sacro Imperio. Influidos por su retórica, los campesinos serán atraídos hacia la visión comunista de la Iglesia de Jerusalén. Y allí donde el predicador es recibido, proclamará el mandato divino de poner en práctica el modelo de convivencia que describe el relato de los *Hechos*.

Llegado a Praga, en un manifiesto dirigido a los hermanos bohemios (checos), Müntzer se declarará el mesías que cree ha llegado a ser:

He sido contratado por el Cielo —dice— y estoy afilando la hoz para cortar la espiga... y mis labios maldicen a los impíos, a los cuales he venido a desenmascarar y aniquilar.

Müntzer añora la Iglesia de Jerusalén. Es su bucle melancólico, la nostalgia de lo que nunca existió. En el cerebro de este clérigo radical corre la ilusoria intención de rescatar ese pasado feliz, la Edad de Oro cristiana, para instalar en el presente un modelo de sociedad donde se pueda reproducir la «pureza evangélica» de los primeros tiempos. No lo hace pensando en Hesíodo ni en Platón, a quienes desprecia por paganos, sino en la Iglesia de Jerusalén, ese lugar en ninguna parte donde, parafraseando a Marx, podría verse desplegada «la perfecta humanidad del hombre en su absoluta belleza».

Pero antes de continuar con la trágica historia de Müntzer, tal vez sea oportuno abrir un breve paréntesis a fin de examinar este viejo mito del Paraíso en la Tierra y desmenuzarlo a la luz de la ciencia contemporánea.

Si alguna vez existió ese lugar donde «todo era paz, todo amistad, todo concordia» debió de tener lugar en los días en que no existía la propiedad privada, días en que, lejos de vivir en un paraíso, el ser humano era un homínido que deambulaba buscando qué comer por las sabanas de Tanzania, un ser peludo y maloliente que acababa de aprender a caminar con dos pies y no hablaba, sino que gruñía.

Solo en un espacio y un tiempo así es posible imaginar que todo fuese de todos, vale decir, de todos los animales, ya que, por definición, la propiedad privada no existe hasta que aparece el hombre. En aquella sociedad idílica y dorada, y aún en otras posteriores, la propiedad solo podía ser de la manada o el clan que se impusiera a golpes y mordiscos a las otras. Y esta es la obvia conclusión del análisis: en tales circunstancias es difícil pensar que haya existido una «dichosa edad y siglos dichosos» donde «todo era paz, todo amistad, todo concordia».

Como antítesis de la soñada Edad de Oro y relatos por el estilo, la ciencia moderna sostiene que la marcha de la humanidad no ha consistido en un descenso, como pensaba Calvino, sino en un ascenso de la animalidad a la vida civilizada, y que la evolución natural del hombre, lejos de implicar una caída, ha significado un asombroso vuelo desde lo animal a lo humano. Ello no obstante, aún se percibe en la cultura ese sello de melancólica nostalgia por algo que, a decir verdad, nunca existió, llámese paraíso terrenal, Edad de Oro o Iglesia de Jerusalén.

Hay que comprender, sin embargo, a quienes crearon estas fantasías. Al igual que los hombres de nuestro siglo, tenían la necesidad de explicarse de dónde venían y qué había sucedido en el mundo antes de que apareciera la historia escrita. Pero si Hesíodo hubiese sabido lo que hoy sabemos, es decir, que en aquella supuesta edad el hombre era todavía un ser más próximo a la animalidad que a lo humano, que la horda nómada era el orden social imperante, que la única ley que prevalecía en la sabana era la ley del más fuerte y que la violencia normaba la vida entre tribus y clanes, quizá hubiese escrito otra cosa.

Eso que Calvino y otros llaman pecado original, por tanto, esa especie de delito que transmuta al ser humano en naturaleza caída y corrupta, no es otra cosa que el manojo de atavismos y residuos del homínido que un día fuimos y de los cuales somos aún portadores. Oscuros orígenes, poco gratos, a decir verdad, que la ciencia no ha podido explicar sino hasta hace poco. Y es también lo que Isaiah Berlin llamará «el fuste torcido de la humanidad», es decir, la irracionalidad, nuestro enemigo interior.

Antes que Berlin, sin embargo, Kant había concluido que «del tronco torcido de la humanidad no puede salir nada recto». Quién sabe si en algún momento al filósofo alemán le invadió el pesimismo calvinista, pero a la vista de los hallazgos de la ciencia hay que decir que Kant estaba equivocado. Pues ese tronco retorcido, esa condición imperfecta y a menudo incomprensible del ser humano, es la huella imborrable que el homínido dejó en nuestro genoma. Dicho con más claridad: el problema esencial del hombre es que no es del todo humano. Y es esa parte que no es humana, y que no podemos humanizar, lo que los teólogos llaman el mal, el pecado o la presencia del demonio en nuestras vidas.

No venimos, en suma, de la perfección ni de ningún Paraíso, sino de un infierno de instintos que la creciente racionalidad de la especie pudo ir dominando, aunque solo a medias, hasta hacer posible la vida tal y como hoy la conocemos. Tampoco

venimos de un lugar donde la fraternidad o el amor al prójimo existían, sino de la barbarie y la lucha más encarnizada por la sobrevivencia. Lo que en su último análisis implica que no somos naturaleza caída, sino evolucionada y ascendida.

El ascenso del hombre, como lo ha denominado Bronowski, es un hecho comprobable del que la especie puede sentirse orgullosa, a pesar de sus muchas taras, debido a que el lado no humano del homínido sigue tirando de nosotros hacia abajo. Y el pecado, el mal, el demonio, no son sino la huella de nuestros oscuros orígenes de los cuales no hemos podido desprendernos en nuestro ascenso a la condición de seres humanos. La certeza científica, no hace falta decirlo, sigue reñida con la certeza religiosa. Pero esta es más potente porque no exige demostración y no se funda en hechos, sino en ficciones que no requieren esfuerzo asumir, pues no exigen forcejeo mental alguno, sino solo credulidad. (Cierre del paréntesis.)

Alguien entre los reformadores, sin embargo, no está de acuerdo con el discurso de Müntzer ni con el modelo económico de la Iglesia de Jerusalén. Y ese hombre es Lutero. Los bienes solo pueden ser comunes de manera libre y voluntaria, dice el agustino, pues lo que hicieron apóstoles y discípulos, según el relato de los *Hechos*, fue optativo y no forzado, al contrario de lo que proclama Müntzer a la muchedumbre que le sigue.

El tufo de los intereses que defiende Lutero, los de la nobleza alemana, se percibe aquí de lejos. De resultas, el héroe y fundador de la Revolución Protestante aconsejará a los campesinos, siguiendo la palabra del Evangelio, obedecer a sus amos y someterse a su autoridad, negándoles la libertad de la que en teoría son depositarios y exigiéndoles que la interpreten como una libertad espiritual que debe tolerar la servidumbre e incluso la esclavitud, tal y como reseña Pablo de Tarso en sus cartas.

¿Acaso Abraham y los otros patriarcas —dice Lutero en un escrito memorable por su altura de miras— no tuvieron esclavos? El reino terrenal no puede sostenerse a menos que exista la desigualdad entre los hombres, de tal modo que algunos sean libres y otros prisioneros, unos amos y otros esclavos.

A los príncipes, en cambio, Lutero les asegura que «no deben preocuparse por usar la espada contra los alzados ni de eliminar con buena conciencia a los rebeldes», y que si alguien considera este aserto demasiado duro, la obligación de los nobles es hacerlo callar por la violencia.

Pero Müntzer, una especie de Che Guevara de su siglo, que había condenado la superstición de las masas, la venta de indulgencias, el culto a los santos y las imágenes, que había quemado templos e incitado a sus seguidores a la violencia contra los católicos, se ha alzado contra los abusos y el estado de servidumbre al que los siervos de la gleba eran sometidos por los príncipes feudales. Los nobles han comenzado a despojar de sus propiedades a la Iglesia, a expropiar monasterios y a expulsar órdenes religiosas, y los campesinos, como es natural, aspiran a compartir el botín que sus señores obtienen.

Müntzer, cuyo grito de batalla es *omnia sunt communia*, es decir, «todas las cosas son comunes», será el protagonista más destacado del conflicto. Y su aparición en el

escenario de la revolución, cuyo liderato hasta 1525 había sido ocupado por Lutero, revela el estado de los espíritus en aquellos días y hasta qué punto la religión y la política estaban trenzadas. Véase si no el fragmento de un pasquín atribuido al propio Müntzer, contra príncipes y señores:

Ellos tasan y chupan a los pobres la médula de los huesos y encima hemos de pagarles intereses por ello. ¿Y qué hay de los especuladores, de los jugadores y cambistas, más ahítos que perro que vomita? ¿Y los del mangoneo y el derecho de capitación? ¡Malditos sean su feudo infamante y su derecho al expolio! ¿O qué decir de los tiranos y energúmenos, que para sí reservan impuestos, peajes y tasas y tan escandalosamente despilfarran lo que debiera ir a parar a la bolsa común para servir de provecho al país? Y ay de aquel que se atreva a rezongar, pues, cual si se tratara de un facineroso, se lo llevan a escape y lo empalan o decapitan o descuartizan, y hay menos compasión para con él que para con un perro rabioso. ¿Les ha dado Dios tal poder? ¿En qué borla de birrete está escrito? Pero a los oídos del Señor de los Ejércitos ha llegado ya el gemido de los segadores y el vocerío de los trabajadores, y con tan patética inflexión que Él, en su misericordia, les ha concedido que llegue el día de la matanza para estas bestias ahítas que con la mayor lujuria han solazado sus corazones con la miseria del hombre común.

Lo que movilizará a los campesinos, sin embargo, no será la injusticia del orden económico imperante. La venían sufriendo desde hacía siglos y estaban acostumbrados a ella. Lo que les va a congregarse contra los señores feudales es el profetismo de Müntzer, sus invocaciones al comunismo de los primeros cristianos, su lenguaje vitriólico y esta estremecedora metáfora que repite con insistencia:

El Dios vivo está afilando su hoz en mí para que pueda cortar las amapolas... Ha llegado la hora en que un baño de sangre caiga sobre este mundo obstinado por su falta de fe.

Müntzer se siente poseído por el espíritu del profeta Daniel y su discurso va adquiriendo progresivamente un tinte político de carácter revolucionario. El alzamiento que prepara tiene una base sólida: es cristiano y es justo. Dios está con los campesinos y Su reino debe ser impuesto por las hoces y la fuerza. Existen, además, precedentes similares, como la *jacquerie* francesa o la revuelta de campesinos ingleses en el siglo anterior. Son síntomas de que la gleba no puede soportar la opresión señorial y de que el feudalismo se ha empezado a caer a pedazos.

Preocupado por el peligroso sendero que ha tomado su ex alumno, Lutero escribe un violento panfleto, advirtiendo a los príncipes que es necesario detener al profeta radical. En respuesta, Müntzer publicará un texto contra Lutero tan insultante que hace ver la verba de este último limpia y tersa como un jaspe.

Pero ya no hay forma de detener la avalancha de sangre. Más de 300,000 rebeldes declaran la guerra a los príncipes, por más que Lutero les haya dicho que «los cristianos no combaten con el mosquete y la espada, sino con el sufrimiento y la cruz».

La violencia estalla en el Sacro Imperio. Los asaltos y saqueos a castillos, monasterios y templos se vuelve moneda corriente. Los aldeanos aterrorizan los campos, roban, incendian, asesinan. La rebelión corre como un reguero de pólvora. Y es entonces que, indignado, Lutero publica un iracundo texto titulado *Contra las bandas de campesinos asesinas y ladronas* (1525) que va a causar más problemas de

los que pretendía resolver.

Un rebelde no merece que se le conteste con razones, porque no las acepta —advierte Lutero—. La respuesta adecuada es un puñetazo en la boca que le haga sangrar. Los campesinos no quieren escuchar. Hay que abrirles los oídos con balas hasta que salten sus cabezas. El que no quiera escuchar la palabra de Dios cuando se le dice con bondad ha de escuchar al verdugo cuando este llegue con su hacha. No quiero oír ni saber nada de misericordia.

Quienquiera que haya escrito un texto así, no puede ser un hombre de buenos sentimientos. Ni siquiera puede ser un buen cristiano, pues carece de la mayor virtud que imparte su fe, la clemencia. Los campesinos, aduce Lutero, no están combatiendo por el Evangelio, sino que se han vuelto descreídos, perjuros, desobedientes, rebeldes, asesinos, ladrones y blasfemos. E incapaz de contener los exabruptos que le dicta su bazo, agrega todavía estas frases que han pasado a la historia como un ejemplo del temperamento brutal del agustino:

Contra las hordas asesinas y ladronas mojo mi pluma en sangre. Sus integrantes deben ser aniquilados, estrangulados, apuñalados, en secreto o públicamente, por quienquiera que pueda hacerlo, como se mata a los perros rabiosos.

El hombre que en los prolegómenos de la revolución decía que los cristianos fieles a Roma debían ser persuadidos por la palabra, y no por la violencia, ha cambiado de opinión y ha endurecido su carácter. Y no le ha temblado el pulso al escribir en su proclama estas líneas. Lutero ya no es el enfervorizado fraile de las *Noventa y cinco tesis* ni el que se enfrentó en Worms al emperador y al papa. Ahora es un revolucionario tal cual, un Cromwell, un Lenin, un Robespierre. Su teología se ha transformado en un ideario de corte radical donde los objetivos religiosos tienen menos importancia que los políticos. De ahí que no sea consciente de la atrocidad que acaba de pronunciar y que habrá de concluir en un repugnante genocidio.

Pero nunca se arrepentirá de haberlo hecho. Cuando años más tarde se le reproche por su violento lenguaje contra los campesinos y por haber incitado a príncipes y señores a llevar a efecto la matanza, contestará en tono desafiante:

Fui en efecto yo, Martín Lutero, quien mató a los campesinos que se alzaron y quien pidió que fueran masacrados. Su sangre recae en mi cabeza, sangre que devuelvo a Dios Nuestro Señor quien me ordenó hablar de esa forma.

Los campesinos de Müntzer serán las trágicas víctimas de esa triple fantasía que conforman el Apocalipsis, la Edad de Oro y la Iglesia de Jerusalén, ese modelo social que debía implantarse en el mundo con el fin de rescatar la pureza evangélica. Las proclamas en las que los campesinos prometen retractarse, si alguien es capaz de probar que sus demandas son contrarias a la Biblia, revelan la motivación teológica que les mueve, tras la cual hay siempre un enajenado Müntzer que grita:

¡No dejéis que vuestra espada se enfríe! ¡Dios marcha delante de vosotros! ¡Seguidle, seguidle!

Nobles y obispos se encrespan ante la rebelión. Y la represión no puede ser más cruel. Los campesinos son masacrados sin misericordia por los ejércitos de la

nobleza. De acuerdo con Johann Cochlaeus, un humanista de ese tiempo, más de ciento cincuenta mil campesinos fueron masacrados en 1525 por las tropas de los príncipes en los campos de batalla. Cientos de ciudades y aldeas quedaron despobladas. Y Müntzer, quien se había autoproclamado «la espada de Gedeón», es detenido, torturado, decapitado y, antes de la ejecución, obligado a renegar de sus teologías y a reconciliarse con la Iglesia de Roma.

El hombre de la hoz no sería, sin embargo, olvidado por la historia. No recibirá el homenaje de la Revolución Protestante, pero sí el de los bolcheviques. Müntzer será considerado por estos un precursor de la lucha proletaria e inscrito en su panteón de héroes. El filósofo marxista Leon Bloch le otorgará en su día el honroso título de «teólogo de la revolución», su efigie figurará en el billete de 5 marcos de Alemania Oriental y su poderosa metáfora de la hoz segadora, pasará al escudo del Ejército Rojo y a la bandera de la Unión Soviética, junto al martillo del proletariado.

A este famoso símbolo, el de la hoz, se le han adjudicado orígenes diversos, pero es muy probable que provenga de la célebre metáfora de Müntzer. ¿Un indicio? En julio de 2015, el presidente Evo Morales le regalaba al papa Francisco un Cristo tallado en madera sobre la hoz y el martillo soviéticos, diseñado por un jesuita revolucionario, el padre Luis Espinal, quien sí debía de conocer el místico significado que Thomas Müntzer le había dado a la herramienta. Y acaso el papa Francisco también lo supiera, pues al recibir el crucifijo, le dijo en voz baja a Morales: «Esto no está bien, no está bien».

El segundo caso de violencia revolucionaria nacida al calor de la Revolución Protestante más parece un sainete, sino fuese por la tragedia en que habría de convertirse. Tiene por protagonistas a unos personajes ciertamente pintorescos, un panadero, Jan Matthys, y un sastre, Jan de Leiden, dos holandeses metidos a profetas que, en el cenit de su enajenación religiosa, van a provocar en la ciudad amurallada de Münster una sangrienta masacre el año de gracia de 1534.

Ambos menestrales habían sido alumnos de Melchior Hoffman, uno de los fundadores del anabaptismo. Hoffman pensaba que Cristo no había recibido su humanidad de la carne de la Virgen María, sino que se había deslizado a través de ella como agua por un tubo, singular hallazgo hidráulico que habría de situar la creatividad de Hoffman, técnico en cañerías, a la altura de la del *Irrefutable*, experto en tesoros invisibles. Las razones de su éxito, no obstante, quizá se hayan debido a la reflexión de Erasmo quien, en el *Elogio de la locura*, había escrito: «Las cosas nos atraen más cuanto más peregrinas son».

Hoffman había predicado su curioso evangelio en los Países Bálticos y Holanda. En Amsterdam conoce a Jan de Leiden, el costurero, quien se une de inmediato al movimiento anabaptista. Con 24 años de edad, el joven sastre abandona su oficio y viaja a Münster, donde su soltura y desparpajo como predicador (charlatán, por lo

visto, no lo era solo Tetzl) hacen pronto de él un líder, sino también un mesías, de la innovadora confesión del fontanero. Leiden ha tenido visiones apocalípticas y está convencido de que en Münster tendrá lugar la segunda venida de Cristo, y se ve a sí mismo como cauce de la promesa mesiánica, intérprete de la consumación del tiempo y vocero del inicio de la eternidad.

Hasta entonces, la ciudad de Münster había sido luterana, pero, tras una insurrección local, ocurrida un año antes, los anabaptistas de Jan de Leiden se habían hecho con el control político de la ciudad. Y al llamado del sastre, el panadero acude a Münster acompañado de un buen número de seguidores.

Matthys, el panadero, es también anabaptista. Cree ser la encarnación del misterioso y apocalíptico profeta Enoch, quien vio en sueños precipitarse el cielo sobre la tierra y el horrendo cataclismo que siguió. Entre ambos logran convencer a la población de la certeza de sus visiones. Y tomando como base las vidas de Abraham, David y Jacob, instauran la poligamia obligatoria. Jan de Leiden, en particular, funda un serrallo para él solo con catorce concubinas. Expulsan a católicos, luteranos y zuinglianos de la ciudad. Ordenan quemar todos los libros habidos y por haber, con excepción de la Biblia. Y lo mismo que Peachey Carnehan y Daniel Dravot, los dos personajes del célebre relato de Kipling, *El hombre que quiso ser rey*, se aprestan del brazo y por la calle a correr la aventura de su vida.

Pero no todo el monte es orégano. El expulsado obispo de Münster ha decidido entrar en acción. Su nombre es Franz von Waldeck y responde al perfil de conde-obispo esbozado páginas atrás. Su retrato más difundido nos lo muestra con gesto hosco, grandes mostachos, espada, armadura, mitra y báculo que revelan la figura de un pastor ejemplar y una de las glorias eclesiástico-militares más connotadas de su tiempo. Waldeck quiere recuperar su cargo y sus bienes, pero no tiene dinero para echar a los intrusos de la ciudad. Y no se le ocurre otra cosa que vender cálices, custodias y candelabros de oro y plata, a fin de reclutar un ejército y sitiar con él la ciudad. Para eso están los vasos sagrados, para financiar guerras y decapitar herejes.

El asedio de Münster por parte de Waldeck confirma los miedos milenaristas inculcados en la población por el panadero y el sastre. El mundo está a punto de perecer y la batalla de Armagedón es inminente. Solo Münster quedará en pie. Y serán el sastre y el panadero los profetas que la salven.

Matthys propone entonces a los anabaptistas del Ayuntamiento instalar en Münster una teocracia de propiedad colectiva, como una manera de resistir el sitio y vivir de paso la pureza del Evangelio. La idea obtiene de inmediato una respuesta positiva. Se prohíbe el dinero y la propiedad privada y la ciudad es rebautizada con el nombre de Nueva Jerusalén.

De acuerdo con el *Apocalipsis*, la tal Jerusalén sería una ciudad de planta cuadrada de unos dos mil kilómetros de lado (la distancia en línea recta entre México y San José de Costa Rica), diáfana como un diamante y hecha de oro, jaspe, zafiro, ágata, esmeraldas y otras piedras preciosas. Nadie se ha puesto a pensar para qué

sirve una ciudad tan grande, habiendo tan poca gente. Pero eso poco importa. Lo que verdaderamente cuenta es que el Señor viene y, con él, el Reinado de los Santos, la ciudad más grande y rica del mundo y mil años de dicha, paz y bienestar.

Con estos augurios, Jan de Leiden se hace proclamar rey (ahora se figura que es el David encarnado). Ha dejado de ser un sastre, un hombre común. Ahora es un instrumento sagrado, un siervo de la voluntad de Dios, cualquiera que esta sea y como desee usarla.

El sistema de comunidad de bienes, sin embargo, empieza a hacer agua por los cuatro costados, igual que había sucedido mil años antes en la Iglesia de Jerusalén. Pero nadie es cojo en pierna ajena. La peor enfermedad del ignorante es ignorar su ignorancia y pronto empieza a llover la desgracia sobre Münster. Hay carencia de alimentos, las protestas se multiplican. La poligamia obligatoria, además, no es algo que les guste a las mujeres. En el serrallo de Jan de Leiden, en concreto, una de sus bellas huríes, celosa del poco afecto que su rey le muestra, denuncia los excesos y el tren de vida del sultán cristiano. Y Jan de Leiden ordena decapitar a la joven, lo que no cae bien a los vecinos y empeora aún más las cosas.

El asedio de Münster recuerda inevitablemente el drama de Waco, en Texas, el año de 1993, cuando 73 davidianos se inmolaron cerca de dicha ciudad tras ser sitiados por las fuerzas del gobierno de EEUU, el cual pretendía confiscarles las armas que escondían. Los davidianos adventistas eran también apocalípticos y polígamos y creían que el fin del mundo estaba cerca. La misma tesitura que mantenían los 914 seguidores de Jim Jones que se suicidaron en la Guayana con cianuro, en 1978. E idéntica a la de los cerca de 800 miembros de la secta católica Restauración de los Diez Mandamientos de Dios que se rociaron de gasolina y se prendieron fuego en Kanunga (Uganda), convencidos de que el fin del mundo sería el año 2000.

Pero Münster no es un rancho que se pueda incendiar, ni el cianuro ni la gasolina habían sido aún descubiertos. Jan de Leiden no es tampoco un político capaz de resolver el desorden. Es un teólogo improvisado con mucha labia, pero poco seso. Y ante la situación que se le plantea, no puede sino recurrir a la violencia primaria, la violencia calvinista, y a su particular Reinado del Terror, es decir, a la ejecución de los disidentes que le están echando a perder sus planes.

Así las cosas, y tras dieciséis meses de asedio, a Matthys se le ocurre que es necesario acelerar el fin del mundo y entablar cuanto antes la batalla final. Todos los necios son audaces, escribió Gracián. Y Matthys es sin duda uno de ellos. Ha tenido una visión que le impulsa a combatir al obispo Waldeck. E influido por ella, dispone salir de la ciudad y, seguido por su tropa, plantar cara al prelado de los mostachos, el báculo y la armadura.

Por desgracia, Dios no estará con Matthys ese día. Hecho prisionero, tras una humillante derrota, el obispo ordena trocearlo en cuatro cuartos. Waldeck toma poco después la ciudad y masacra a los anabaptistas. Las calles de la ciudad se encharcan

de sangre y las hogueras hacen crepitar los cuerpos de los insurrectos. El muy cristiano y amoroso Waldeck ejecuta después a Jan de Leiden y a otros dos líderes, mete los cadáveres en sendas jaulas y, en símbolo de macabro ejemplo, las cuelga de la torre de la iglesia de San Lamberto donde habrían de permanecer hasta que los pájaros solo dejaron la osamenta. Todavía hoy pueden verse pender del bendito campanario (las jaulas, no los esqueletos).

A este enfrentamiento ejemplar entre cristianos es oportuno añadir una nota adicional. Franz von Waldeck, el piadoso pastor católico que con tanto amor había tratado a los rebeldes, se convierte acto seguido al protestantismo, se une a una mujer sin casarse con ella y tiene de su vientre ocho hijos.

Ambas insurrecciones, la de los campesinos traicionados por Lutero y la de los anabaptistas de Münster, habían sido aplastadas. Pero los familiares de las víctimas jamás perdonarían al fraile agustino haber traicionado a la gleba cuando más necesitaban de él y del movimiento religioso que él mismo había iniciado. La revolución de Müntzer, el hombre de la hoz divina, se había llevado las vidas de ciento cincuenta mil personas, estigma que ninguna justificación de los simpatizantes de Lutero pueden hoy día borrar. Prácticamente por unanimidad, los historiadores de una y otra parte señalan a Lutero como el instigador de la insurrección y la terrible masacre. El gran reformador, aseguran, incitó a la nación alemana a bañarse con la sangre de anabaptistas y papistas, y lo peor de todo, haber declarado que eso significaba una acción agradable a Dios.

Un contemporáneo suyo, Willibald Pirckheimer, dirá en 1529:

Lutero con su lengua desvergonzada e ingobernable, debe de haberse vuelto loco o estar inspirado por un espíritu maligno. Las cosas han llegado a tal punto que los bribones papistas parecen virtuosos al lado de los evangélicos.

No se puede describir mejor la barbarie que en nombre de Dios desataron los unos y los otros.

Ninguna revolución es igual a otra, pero todas se parecen. Y el derrumbe de la Iglesia medieval es uno de esos orgasmos históricos, por usar la frase de Yves Fremion, en que se reproducen de forma macabra cada uno de los pasos que caracterizan las convulsiones históricas, uno de ellos, acaso el más reiterado, ese impulso a expandirse más allá de sus fronteras y llevar la revolución a otras naciones.

La teología calvinista se extiende rápidamente a Francia, Inglaterra, Escocia y los Países Bajos, en tanto la de Lutero se difunde en Dinamarca, Suecia, Noruega, Bohemia y los Países Bálticos. Roma pierde ovejas en todos los frentes y su rebaño se reduce de manera escandalosa. El anti-papismo es una epidemia sin freno, y la romanofobia, una emoción que cuenta con millones de adeptos. El delicado jarrón de la fe cristiana se ha roto en pedazos y cada vez resulta más evidente que sea posible reconstituirlo en su forma original. El pequeño fuego encendido por Lutero un día a

las afueras de Wittenberg es ahora una hoguera incontrolable.

¿Cómo es posible, cabría preguntarse, que un fenómeno así haya podido suceder? Los pueblos y las culturas no cambian de dioses con facilidad. El mismo cristianismo tardó siglos en desplazar al paganismo y solo lo consiguió mediante el sincretismo cultural que es la fe cristiana de esta hora.

El cambio, con todo y lo excepcional que resulta, solo puede explicarse por el hartazgo que los pueblos europeos sentían por la tiranía pontificia y por el hecho de que cada cristiano guardaba algún agravio que cobrarse de la Iglesia de Roma. Su religión seguirá llamándose cristiana, pero su Dios ya no será el Dios romano, sino otro diferente. Y esa nueva deidad había empezado a prefigurar la nueva realidad europea, su nueva política, los nacionalismos emergentes y las patrias. La utopía de un solo rebaño y un solo pastor agonizaba junto a la de «un monarca, un imperio y una espada», frase con la que el famoso soneto de Hernando de Acuña describía la idea imperial de Carlos V.

11. OJO POR OJO, VIDA POR VIDA

Habiendo sido la Iglesia cristiana fundada con sangre, confirmada con sangre y aumentada con sangre, creen [sus pontífices] defenderla llevándolo todo a fuego y sangre.

ERASMO DE ROTTERDAM (1466-1536),
Elogio de la locura

Fue justo el sentimiento menos evangélico de todos, la venganza, el que habría de imponerse.

FRIEDRICH NIETZSCHE (1844-1900),
El Anticristo

De la historia pontificia podría decirse que no se ha caracterizado precisamente por atenuar los problemas de la cristiandad de manera muy cristiana. Carente de toda voluntad para pactar o ceder, los caminos del Alto Clero romano fueron siempre los de la represión sin contemplaciones. Arrianos, docetistas, maniqueos, gnósticos, donatistas, monofisitas, nestorianistas, pelagianistas, ebionitas, lolardos, husitas, montanistas, priscilianistas, entre otros, habrían dado fe de esa cultura represiva, si hubiese quedado alguno. De hecho, en sus diez primeros siglos, la Iglesia de Roma mandó asesinar más cristianos que el total de los mártires caídos durante las persecuciones de Diocleciano y Nerón.

Y ese va a ser el espíritu de la Contrarreforma, o mejor dicho, de la contrarrevolución romana, espíritu que puede captarse en el arte de la época. A un Renacimiento luminoso le seguirá un tenebroso barroco que transforma totalmente la iconografía cristiana. Los templos se saturan de vírgenes traspasadas por puñales, mártires con la cabeza hendida por un hacha, santos flagelados o decapitados, cristos y nazarenos chorreando sangre, mujeres con los ojos sacados o los pechos rebanados y puestos en una bandeja, arcángeles vestidos como guerreros y armados con lanzas y espadas. Toda una exaltación de la violencia que los artistas de la época interpretarán siguiendo los dictados de la Curia. El imperativo de la guerra y la vindicta palpita en el genoma del papado, el cual, a lo largo de quince siglos, había hecho desaparecer a cuanto teólogo, intelectual o comunidad cristiana intentaba disputarle la ortodoxia. Ya fuese para combatir al hereje o al infiel, ya para recobrar dineros o poderes perdidos, los papas mostraron siempre una saña fuera de toda proporción que alcanzará su meridiano cuando tengan que hacer frente al cisma más severo de todos los de su sangrienta historia: la Revolución Protestante.

Hasta 1534, sin embargo, Roma habían actuado con cierta lentitud contra los rebeldes. El sucesor de León X, un holandés ex preceptor de Carlos V que lleva el nombre de Adriano VI, resultó ser un pontífice anómalo, un asceta que creyó poder reformar la Iglesia de Roma y someter a los cardenales a un régimen de austeridad y decencia. No pudo, sobra decir, ya que no era romano, sino *bárbaro*. Así le decían en

Roma, por no haber nacido en Italia. Adriano de Utrecht, su verdadero nombre, moriría a los trece meses de ceñirse la tiara a causa de una enfermedad repentina. Las sospechas de su muerte prematura recayeron sobre los curiales romanos —cosa por demás habitual, debido a su mala fama— los cuales detestaban al pontífice extranjero por pretender llevar a cabo la «reforma» que los rebeldes habían venido exigiendo y que los cardenales se resistían a aceptar.

Clemente VII, un Médici indeciso y de escaso talento, pero a fin de cuentas renacentista y, por tanto, una seguridad para los senadores-cardenales, sería el próximo pontífice. Clemente traicionará a Carlos V, aliándose con los franceses y, en represalia, el emperador ordenará el saqueo de Roma y encarcelará seis meses al papa en el castillo de Sant'Angelo. Clemente quedaría vacunado de todo intento de frenar la política unificadora del emperador y su turbulento papado centrará más la atención en los asuntos domésticos y en la rebeldía de Enrique VIII. Pero su negativa a convocar un concilio, como le exigía reiteradamente Carlos V, revela su falta de interés por hacer las paces con los rebeldes.

A su muerte le sucederá Paulo III (1534), un miembro de la Curia que cohabita con su amante, tiene cuatro hijos, varios nietos (a dos de los cuales hará cardenales cuando cumplan 14 y 16 años) y trescientos sirvientes. De ojos vivarachos y expresión zorruna, Paulo será el primer papa de la Contrarreforma propiamente dicha, el hombre que reinstalará la Inquisición y aprobará los estatutos de la Compañía de Jesús. Todo un símbolo del violento revulsivo que Roma va a utilizar contra los separatistas. La cristiandad —y esto es importante subrayarlo— es propiedad y patrimonio de la Iglesia de Roma, un bien al que nadie sobre la Tierra, salvo la Curia, tiene derecho a aspirar. La herejía, sin embargo, se ha llevado un monumental mordisco de ese patrimonio y eso es inadmisibile. Conque para recuperar lo que a su juicio pertenece únicamente a Roma, Paulo III diseña una estrategia conformada por dos iniciativas de largos alcances. Una de política interior, orientada hacia los países donde la rebelión no ha llegado, pero en los que se empiezan a palpar sus síntomas, como son los casos de España, Portugal, Italia y Francia. Y otra de política exterior, cuyo fin será contener el avance de la revolución en las naciones del norte y centro de Europa donde el protestantismo campa ya como un rebaño sin dueño.

Para la política interior, Paulo creará un siniestro tribunal de jueces-clérigos, asistidos por una especie de policía secreta y expertos torturadores y soplones. Y para las acciones en el exterior contará con una nueva orden religiosa, de corte militaroides, llamada Compañía de Jesús.

Algún historiador católico ha sugerido, a modo de excusa, que la Iglesia tenía todo el derecho a defenderse, lo que sería como decir que los pájaros les tiraban a las escopetas. En cualquier caso, su reacción se va a materializar en un sangriento conflicto, fruto de guerras de baja intensidad, otras más graneadas y nutridas y una última catastrófica. Y si los rebeldes habían encarnado hasta entonces el fanatismo purificador, la Iglesia de Roma va a encarnar a partir de aquí el fanatismo represor.

Paulo III (1534-49) reactiva el antiguo Santo Oficio y le asigna el nombre de Sagrada Congregación de la Romana y Universal Inquisición. Su emblema es un óvalo en cuyo centro figura una cruz hecha con dos troncos, una espada (muerte para los herejes) y un ramo de olivo (paz para los arrepentidos). Y a fin de que nadie se llame a engaño, alrededor del óvalo lleva inscrita una frase tomada del salmo 73 que se ha hecho célebre en Europa desde que León X condenó a Lutero: *Exurge domine et judica causam tuam* («Levántate Señor y defiende tu causa»).

La Inquisición se encargará de llevar a la práctica en su siglo lo que en nuestros días hemos dado en llamar terrorismo de Estado. El tribunal era una fábrica de herejes manejada por los jueces-teólogos de la Orden de Predicadores cuyas torturas y ejecuciones habrían de crear un Reinado del Terror peor que el de Robespierre, ya que el de este fue más breve. La Inquisición multiplicará la neurosis que toda persecución infunde, hasta inocular en los espíritus la vacuna contra cualquier iniciativa que supusiera adherirse a la causa protestante. Su misión consistirá en sacrificar a toda oveja que pretenda apartarse del rebaño y Roma bendecirá cualquier método que lo consiga: torturas, horca, desmembramientos, hogueras.

Cristo ha quedado atrás, muy atrás, tanto que aún en el caso de que regresara, como imaginó Dostoievski en su relato sobre *El Gran Inquisidor*, este último ordenaría detener al Maestro y le diría estas palabras:

No quiero saber si eres Él o solo su apariencia. Seas quien seas, mañana te condenaré; perecerás en la hoguera como el peor de los herejes... A una señal mía, verás a un rebaño sumiso echar leña al fuego donde te haré morir por venir a perturbarnos. ¿Quién es más digno que Tú de las llamas?

Los valores del cristianismo se han invertido. Es el poder, no el amor, lo que cuenta, y el poder de Roma es tan grande que Jesucristo es el hereje ahora.

La Compañía de Jesús, por su parte, conformará un grupo de fuerzas especiales cuyo fin sería librar lo que los ejércitos modernos denominan «guerra no convencional», esa que hostiliza al enemigo con armas diferentes a las habituales, pero que puede hacer tanto o más daño que aquellas. La misión de la Compañía de Jesús será proporcionar a Roma servicios de inteligencia, espionaje, infiltración tras las líneas enemigas, fomento de la inestabilidad política, creación de conflictos en regiones y reinos adversos, operaciones encubiertas, actividades clandestinas, sabotajes, desinformación, penetración en la diplomacia continental y, en casos especiales, promoción de magnicidios y atentados terroristas.

Después de todo, tal vez no sea casualidad que las siglas de la CIA contemporánea coincidan con las de la Cía. [de Jesús]. Su poder llegará a ser tan grande incluso que, al igual que su homónima norteamericana, será considerada en ocasiones como un Estado dentro de otro Estado.

En 1982, el general y predicador evangélico Efraín Ríos Montt, a la sazón dictador de Guatemala, dispuso crear lo que en su día se denominaron Tribunales de Fuero

Especial, unos órganos secretos de jurisdicción ajena o paralela al sistema judicial, cuyo fin era juzgar delitos comunes y políticos. Dichos tribunales estaban integrados por jueces anónimos. Nadie sabía cuándo ni dónde se reunían y nunca se conocieron los expedientes de los reos. Cada caso era tramitado en forma tan apresurada que prácticamente se negaba con ello el derecho de defensa a los acusados.

El tribunal de la Inquisición era un organismo parecido. Las leyes canónicas le habían asignado jurisdicción sobre las acusaciones de herejía y asuntos relacionados, como leer libros prohibidos o mantener cualquier tipo de relación con herejes. Su alcance no tenía límites. Podía enviar a policías y emisarios a cualquier parte del mundo y perseguir a quien se le pusiera en el bonete. Solo el papa y los cardenales disfrutaban de inmunidad. El tribunal obligaba a abogados, testigos, expertos y demás personas implicadas en el caso el más absoluto silencio sobre documentos, discusiones, debates y votaciones del proceso penal. Y el reo conocía rara vez el delito o el pecado del cual se le acusaba, los nombres de los testigos o los de las personas anónimas que le habían delatado. El Santo Oficio era el depositario de lo que se ha dado en llamar *autoridad reverenda* y de la que es muestra este caso que refiere Huizinga, sobre un inquisidor de Arras, en Francia.

Todo acusado de hechicería es necesariamente culpable de ella, pues Dios no puede permitir que quien no es un hechicero no sea acusado de serlo.

El origen de la mala fama de este tenebroso tribunal no se debe, sin embargo, a que persiguiera judíos, musulmanes o moriscos, sino al acoso al que sometió a bautizados sospechosos de erasmistas, luteranos o calvinistas. La tentación de convertirse al protestantismo aquellos días era grande debido a que no requería confesarse, ni hacer sacrificios ni ayunos para salvar el alma, pues bastaba con la fe. *Pecca fortiter, sed crede fortius*, había dicho Lutero: «peca con fuerza, pero cree aún con más fuerza». Y esta idea, que a juicio de los teólogos romanos significaba la cobardía básica del luteranismo y su impotencia ante la tentación de Satanás, tenía que ser evitada como fuese. Con todo, en Francia, España, Portugal o Italia, la Reforma no despertó el entusiasmo que había logrado en el Sacro Imperio, quién sabe si por el atrayente y espectacular culto católico, el arte de imagineros y pintores o el temor al Santo Oficio.

La Inquisición, una institución que ha hecho verter quizá más tinta que sangre, haría sin embargo algo peor que cometer injusticias y perseguir y ejecutar intelectuales y científicos como Vesalio, Pico della Mirandola, Galileo o Giordano Bruno. Esta maquinaria del crimen y la tortura, deshumanizará el cristianismo, convertirá a sus pastores en verdugos, corromperá la moral de la sociedad cristiana y destruirá el espíritu de convivencia. Como institución mordaza, además, asfixiará las manifestaciones humanistas de la época y, como temida policía secreta, hará de cada cristiano un espía y un delator del vecino.

La religión es una militancia —escribirá un teólogo católico de ese tiempo—. Todo soldado debe avisar al jefe si sabe que hay enemigos; y si no lo hace, merece la pena del traidor. El cristiano, si no denuncia a los herejes, es traidor y con justicia le habrán de castigar los inquisidores.

El teólogo en cuestión era el confesor del rey Felipe IV de España y con estas palabras estimulaba y ensalzaba la obligación de todo cristiano a delatar al vecino, al familiar o al amigo. Lo que el confesor no decía era que la Inquisición ofrecía también promesa de salvación eterna —una indulgencia gratuita— a los delatores y falsos testigos que señalaran a las víctimas. El escarnio mayor de esta institución, no obstante, provendría de los crímenes y delitos que cometió, debido a la necesidad de dinero. El Santo Oficio fue siempre deficitario y debía costear sus gastos deteniendo a presuntos luteranos o erasmistas para despojarles de sus propiedades y sus bienes, perversión añadida por si no fuera bastante la que entrañaba perseguir y achicharrar cristianos.

El tribunal convirtió el cristianismo en un complejo sistema de normas legales que regulaba la vida social y en el que nadie estaba al abrigo de la arbitrariedad y las injusticias del aparato eclesiástico. Los sacramentos se tornaron ritos forzosos que se debían cumplir para que el creyente no fuera visto como sospechoso de herejía. Y todo ese tinglado de obligaciones envilecería la sociedad cristiana al punto de convertir la delación en un deber, la calumnia en un hábito, la persecución en rutina y la represión en deber sagrado.

Roma disponía ahora de una maquinaria represiva que haría callar a la inteligencia erasmista y no erasmista y a los intelectuales cuyo talento hería y molestaba, como dice Bataillon, a la bárbara y mediocre clerecía. Los cristianos, acaso la comunidad de la historia más acosada y perseguida por sus propios pastores, se había convertido en víctima de su propia fe.

Los datos no son diáfanos debido a los intereses políticos y religiosos de cada parte, pero hasta donde llegan las investigaciones más recientes, entre 1540 y 1700, el Santo Oficio enjuició y condenó en España a 49,000 personas a penas menores, quemó entre 5,000 y 10,000 en vivo y a 3,786 en efigie. Otras 100,000 morirían en prisión debido a las torturas y el maltrato, un número cercano al de las 90,000 mujeres acusadas de brujería que fueron quemadas por el protestantismo.

En Italia y el sur de Francia, los valdenses, una confesión cristiana que databa del siglo XIII, se adhieren a la causa protestante. Tiempo atrás, el papa Inocencio VIII había emitido contra ellos una bula de exterminio sin lograrlo, pero esta vez la Inquisición romana conseguirá su propósito. Entre 1528 y 1545, personajes como Jean de Roma, un inquisidor dominico, el duque de Saboya y Jean Meynier, entre otros, llevarán a cabo masacres, ejecuciones y destrucción de villas y aldeas en Luberon, Calabria, Piamonte, Mérindol, Los Alpes y Provenza. Los valdenses son prácticamente exterminados como confesión y pueblo cristianos. Su persecución será parecida a la de los hugonotes en Francia y no será sino hasta 2015 que el papa Francisco les pida perdón en Turín.

En su trabajo sobre el estimado del número de muertos causados por el papado, David Plaisted cita el dato según el cual, entre 1540 y 1570, «es probado que cerca de un millón de protestantes fueron ejecutados públicamente en varios países de Europa». La cifra es probablemente exagerada y podría compararse con otras parecidas de fuente católica en su contra. Pero afirmar que la Inquisición de un lado fue más benévola que la Inquisición del otro, debido a que una ejecutó menos brujas o menos herejes que la otra, no solo supone practicar una contabilidad macabra, sino officiar un grotesco cinismo.

La sola razón de traer aquí las cifras citadas no es señalar cuál de las dos inquisiciones fue más o menos criminal que la otra, sino señalar que ambas lo fueron con parecida ferocidad y medida. Entrar en el debate de cuál fue la más cruel llevaría el asunto a los terrenos del relativismo moral y a decir que quien contabilice menos crímenes sería el bueno, y el que más, el malo. Se trata de un debate pierde/pierde y un juego de suma cero. Ambas inquisiciones fueron igual de odiosas por sus crímenes viniendo de quienes venían: clérigos cristianos, pastores, hombres de Dios. La única diferencia entre ambas fue de carácter administrativo, pues mientras la Inquisición católica era centralizada, la protestante estaba dispersa entre autoridades locales y autónomas.

Fuera de los países donde la rebeldía es achicharrada y reprimida, como ocurrirá en España, Italia, Portugal y Francia, la guerra empieza a parecer perdida para la Iglesia de Roma en Suecia, Noruega, Finlandia, Dinamarca, Bohemia o el norte de Alemania. El avance del protestantismo es irresistible. Hay países como Holanda en que la mitad de la población ya es calvinista. Al papado se le han multiplicado los frentes y le cuesta Dios y ayuda sostenerlos. Pero de todas las batallas que libra contra el cisma, pocas tan encarnizadas como la que mantendrá con Inglaterra.

Situémonos en el tiempo. Han transcurrido veinte años desde que Lutero clavó sus tesis en la capilla del castillo de Wittenberg. Hasta esta fecha, la Reforma ha sido un rifirrafe entre teólogos apoyados por poderes laicos que deseaban librarse de la presión fiscal que ejercía Roma sobre ellos. En Inglaterra, en cambio, la Reforma tendrá su origen en una cuestión de Estado.

Los hechos son conocidos. Enrique VIII de Inglaterra, rey desde 1509, está casado con Catalina de Aragón, viuda del hermano del monarca. Catalina, que es hija de Isabel la Católica y tía del emperador Carlos V, ha tenido siete abortos y solo ha sobrevivido una niña, María Tudor. Enrique necesita un heredero varón y Catalina no puede dárselo. Y el divorcio está descartado porque lo prohíbe Roma.

El rey consulta universidades y teólogos, por más que *consultar* sea mucho decir, pues su encuesta lleva aparejada una remuneración generosa a quienes aporten respuestas divinales a sus demandas terrenales. Uno de los teólogos consultados, Thomas Cranmer, arzobispo de Canterbury, luterano convencido y, con el tiempo,

líder espiritual de la Reforma inglesa, va a encontrar la respuesta debida. Los teólogos, además de inventar cosas, siempre encuentran respuestas debidas. Y Cranmer, que es hombre de muchas sapiencias, echa mano de la Biblia y en ella encuentra esta frase reveladora:

Si alguien toma a la mujer de su hermano, es cosa aborrecible... y se quedará sin hijos (*Levítico* 20:21).

Lo cual significa —otro *teologismo*— que el matrimonio de Enrique y Catalina está maldito por Dios y que esa es la razón de tanto aborto y de que no puedan tener hijos varones.

Pero Roma cuenta con más teólogos que la corte de St. James. Y más sapientes. Y como era de esperar, pronto encuentra la respuesta debida a la debida respuesta de Cranmer. Los asesores del papa Clemente VII, recurren al Deuteronomio, capítulo 25, y allí encuentran lo que sigue:

Cuando hermanos habitaren juntos, y muriere alguno de ellos, y no tuviere hijo, la mujer del muerto no se casará con hombre extraño; su cuñado se llegará a ella, y la tomará por su mujer, y hará con ella parentesco.

La contradicción bíblica es manifiesta. Pero, ¿qué es la palabra de Dios al lado de los intereses humanos? Cranmer sostiene el principio de la Supremacía Real (1534), según el cual las decisiones del rey están por encima de las de la Iglesia y así se lo dejará saber a Clemente. El papa amenaza con excomulgar al rey y este le replica que ningún pontífice tiene autoridad para anular el mandato del *Levítico* ni menos a un señorío sobre la Corona de Inglaterra. Por lo tanto no acatará ninguna orden que venga de Roma. Acto seguido se casa en secreto con Ana Bolena, Cranmer legitima la unión y anula el matrimonio de Enrique con Catalina.

El Parlamento aprueba poco después una serie de leyes que privan al papa de jurisdicción sobre la Iglesia de Inglaterra y proclama a Enrique cabeza de la misma. Si la protesta de Lutero había devenido en cisma por motivos teológicos, la Reforma anglicana será un cisma por motivos políticos. En adelante, el papa será tan solo un obispo extranjero. Presionado por el emperador Carlos —sobrino de Catalina de Aragón, como sabemos— de quien el papa tiene un mal recuerdo desde el saco de Roma, Clemente excomulga al rey inglés. Y Roma se echa encima un enemigo más, por si no tuviera pocos.

La decisión papal desencadena una serie de sucesos que nos son familiares. Enrique VIII impone su particular Reinado del Terror en Inglaterra. Los fieles y los eclesiásticos que se oponen a una Iglesia regida por un rey, en vez de un papa, son perseguidos y masacrados. Enrique suprime monasterios y conventos (1536), persigue y ejecuta herejes católicos y confisca los bienes de la Iglesia. El monarca necesita dinero para defender su reino de una posible represalia de Carlos V y piensa que no hay que compadecer a unas órdenes religiosas corruptas que son ejemplo de

inmoralidad y desvergüenza.

Ahora son católicos contra católicos los enfrentados, y en gran medida confusos, por el dilema de obedecer al rey o al papa. Enrique exige a sus súbditos un juramento de fidelidad a la nueva Iglesia y de lealtad a la Corona contra todo intento sedicioso del papa. Y el delito para quienes no cumplan con tal ordenanza será el de alta traición. Quien no esté con el rey, estará contra el rey, y no habrá término medio.

El descontento se extiende por toda Inglaterra. Hay alzamientos en Yorkshire y Lincolnshire. Los insurrectos demandan la restauración de las abadías y los monasterios, la destitución de los obispos luteranos, la extirpación de la herejía protestante y la restauración de la autoridad papal. Pero Enrique no se cree que las rebeldías sean espontáneas. La Iglesia de Roma está sin duda atrás de ellas.

El vendaval del conflicto comienza a azotar las islas británicas y se lleva por delante vidas, haciendas y buena parte de su patrimonio cultural: iglesias, altares, imágenes, libros, vidrieras, pinturas. La desgarradura es un hecho. Católicos y protestantes se matan entre sí con una saña y una violencia inauditas a las que no es ajeno Enrique VIII. El historiador católico Johann Baptist Alzog resume así la violencia que imparte el monarca:

Durante su reinado, Enrique mandó ejecutar a dos reinas, dos cardenales, dos arzobispos, dieciocho obispos, treinta abades, cien monjes y priores, treinta y ocho teólogos, doce duques, ciento sesenta y cuatro caballeros, ciento veinticuatro comunes y ciento diez mujeres.

Enrique VIII, quien había sido declarado por León X *Fidei defensor* o Defensor de la fe por haber refutado el luteranismo en un escrito, se complace ahora en ejecutar a todo católico que no esté de acuerdo con él, como por ejemplo Thomas Moro, ex canciller de la Corona. Los odios religiosos se prolongarán durante décadas y tres de los hijos del monarca se verán, como su padre, implicados en persecuciones y crímenes de toda laya. El primero será Eduardo VI, un jovencito cuyo Consejo de Regencia acentúa el protestantismo y persigue y ejecuta a miles de católicos. Le seguirá su hermana, María, conocida como *La Sangrienta*, quien, imitando a su hermano, solo que en dirección contraria, perseguirá y ejecutará protestantes a diestro y siniestro.

A María le sucederá Isabel, hija ilegítima de Enrique VIII y Ana Bolena. No es una apasionada de los credos que dividen el reino, pero tampoco se siente incómoda con ninguno. Las diferencias teológicas le parecen bizantinismos, si bien su primera y primordial tarea es resolverlos. Pero, ¿cómo recomponer el desaguisado que había recibido en herencia debido a los radicalismos de Eduardo y María?

A veces las respuestas sencillas son las más perspicaces. Y a Isabel se le ocurre que todo cuanto hay que hacer es tomar los ingredientes que la olla podrida de Roma había venido cocinando desde hacía diez siglos y, con algunos ingredientes frescos importados de Suiza y Alemania, ponerlos a cocer en una nueva cazuela, la suya, de la cual habría de salir una nueva doctrina religiosa.

Isabel encarga esa misión a Matthew Parker, arzobispo de Canterbury. Pero no es

una tarea sencilla. Este teólogo deberá fundir en un solo corpus doctrinario elementos de dos teologías enemigas. Mas para eso están los teólogos, para cocinar lo que haga falta. Y lo que Isabel espera de Parker, este hombre se lo entrega: el pastiche religioso más complejo de la historia de los credos, resultado de fundir dos teologías disímiles, el catolicismo y el protestantismo en una sola doctrina.

El nuevo credo, descrito en 39 artículos y registrado bajo el muy cristiano y muy nacionalista nombre de Iglesia Anglicana, es una amalgama de creencias y ritos a mitad de camino entre el protestantismo del continente y el catolicismo romano. Sus proponentes lo llamarán «El camino del medio» (*The Middle Way*) y no satisfará en modo alguno a los fieles quienes verán en él una doctrina donde predominan la ambigüedad y la mezcolanza. Incluso llegarán a decir que el anglicanismo es indigerible por tener liturgia papal, doctrina calvinista y clérigos arminianos (calvinistas reformados). No todo lo que se dice de semejante enjuague teológico es cierto, pero Isabel se verá obligada a imponer la nueva doctrina por la fuerza. ¿No era lo que Roma había hecho siempre, desde los días de Constantino y Teodosio?

Existe una bellísima e imponente iglesia en Cambridge que lleva el nombre de Nuestra Señora de los Mártires Ingleses, así como otra media docena en diferentes lugares del Reino Unido, todas ellas dedicadas a los 261 católicos ajusticiados durante el reinado de Isabel. La reina, además de virgen —es un decir— no era un arcángel. Y hasta la fecha, el catolicismo sigue considerando la reforma isabelina un hecho monstruoso y cruel, por más que María Tudor, con 284 ejecuciones de protestantes, gane el certamen por 23 cabezas.

En beneficio de Isabel, digamos, que el camino del medio no era sencillo de abrir. Las conspiraciones contra la reina fueron frecuentes y la Iglesia de Roma intentó asesinarla en varias ocasiones. Pero, al cabo, conseguirá lo que nadie había logrado hasta entonces: la supremacía y autonomía del poder político sobre el poder religioso. Con Isabel concluirán las intromisiones de los clérigos en la vida pública inglesa. El reino tenía ahora una papisa que gobernaba a los clérigos. Los obispos debían ser nombrados por ella y la autoridad de la reina en controversias teológicas será en lo sucesivo inapelable.

Por todo ello, la revolución anglicana es un punto de inflexión histórico de singular importancia. Durante más de mil años, Roma había obligado a reyes y príncipes a acomodar la política a la teología. En adelante, la teología pasaba a ser subordinada de la política. Isabel completaba de este modo la separación de Roma, iniciada por su padre Enrique VIII, y jamás devolverá al papa el poder del que, entre padre e hija, le habían despojado. Inglaterra tendrá en adelante una Iglesia nacional con teología propia y un pontífice británico, y seguirá usando liturgias y vestimentas católicas, si bien al lema de «una, santa, católica y apostólica» le quitará el apelativo de romana.

A diferencia de Lutero o Calvino, Isabel no buscaba la verdad teológica, sino la conveniencia política. Y ese pragmatismo la llevaría a descubrir que la conveniencia

política era, en última instancia, la verdad anglicana, otro cristianismo inventado, lo mismo que el de Calvino o el de Lutero, pero de estudiada ambigüedad, corte nacionalista y, sobre todo, muy conveniente para la Corona de Inglaterra.

Este libro no lleva notas al margen con el fin de evitar interrupciones, pero el lector permitirá, llegados a este punto, un asterisco a fin de formular y responder algunas preguntas inquietantes que seguramente se ha venido haciendo.

¿Es posible imaginar que el conflicto pudo haberse evitado? ¿Era la Iglesia de Roma tan desaprensiva e insensible como para atizarlo, en lugar de impedirlo? Por último, ¿es razonable pensar que ambas facciones podrían haberse separado en paz, cada una con su respectiva interpretación evangélica, sin agredirse ni matarse?

No, no es razonable imaginarlo ni pensarlo. Podrían haberlo impedido, si hubieran sido en verdad cristianos. Pero no lo eran. Lo mismo que la fábula del alacrán, no estaba en la naturaleza de ninguno evitar el derramamiento de sangre. La razón es muy sencilla, y es probable que el lector la haya adivinado. La violenta respuesta de Roma se debió a que no era una organización religiosa, sino una estructura política. Sus jerarcas no defendían una creencia, sino su hegemonía y su influencia en el Sacro Imperio y Europa, y su afán de rescatar el poder político y económico que habían perdido estaba muy por encima de la fe que les guiaba. De ahí su absoluta falta de voluntad para evitar o detener la carnicería. Si hubiese sido, en efecto, una organización religiosa, es decir una jerarquía dedicada a venerar y rendir culto a un Dios misericordioso y benévolo, no habría elegido la ley del Talión.

Cuando se observa esa época, sus hombres y sus clérigos, es difícil pensar que la reforma del cristianismo se hubiese podido evitar. Su desarrollo hasta entonces no había sido el de un credo que tuviera como base el cultivo de los buenos sentimientos, la moral de sus partícipes, la misericordia o el amor fraterno. El cristianismo se había convertido en una organización política multinacional. Y mantener una organización así resulta imposible sin que aparezcan las tensiones entre sus miembros, los conflictos entre facciones, las rebeldías, las traiciones, las ambiciones personales, las conspiraciones, los golpes bajos, las luchas entre el poder y el saber o la experiencia. Quien haya dirigido organizaciones más o menos complejas, conoce estos juegos. Son parte de la condición humana. Siempre hay alguien conspirando, moviendo la silla o tirando de la alfombra. Y el poder por lo común siempre tiene la misma respuesta: salirse con la suya y frenar toda oposición o rebeldía que se presente.

De la Iglesia de Roma se podría haber esperado, sin embargo, que actuaran conforme a las enseñanzas de Jesús de Nazaret. Pero eso resultaba una quimera, porque Roma era y es una contradicción viviente. Y lo seguirá siendo mientras subsista esa descomunal estructura de poder que, a la fecha, incluye 413,418 clérigos, 5,132 obispos, 207 cardenales y un pontífice.

El papado no podía actuar conforme a la doctrina cristiana porque no era —no es— una agrupación religiosa, sino una organización política. Sería como pedir a una Asamblea de Diputados que, antes de cada sesión, rezaran el rosario. No está en su naturaleza. Por eso no pudo haber conciliación entre protestantes y católicos, porque catolicismo y protestantismo se politizaron en el proceso a un punto en que la doctrina cristiana era para ellos lo de menos.

En su más prístina pureza, el cristianismo es lo opuesto a la política. No hay un creyente moralmente digno que no esté convencido de ello. En el juego político, por ejemplo, se admite el ojo por ojo; en el cristianismo no. En la política se permite destruir al adversario; en el cristianismo no. En la política, el fin justifica los medios; en el cristianismo no. En la política, el freno moral es el último de los argumentos; en el cristianismo es el primero. En la política, en fin, sacrificar un bien menor por un bien mayor es práctica corriente; en el cristianismo no, como lo ejemplifica la parábola del Buen Pastor.

Una organización política no reacciona como lo haría un grupo religioso que tiene como norte la misericordia, la paz y el amor al prójimo. Lo hace como una fortaleza sitiada, arrojando aceite hirviendo al enemigo. Y esto es lo que va a suceder con el cisma cristiano. Para Roma, el poder se había convertido en un fin en sí mismo y la doctrina de Cristo en mero instrumento para sostenerse. De ahí su constante afán —aún en nuestros días— de integrar la religión con la política. Los jefes romanos habían ignorado el mandato evangélico de dar al César lo que era del César por la muy simple razón de que ellos aspiraban a ser los Césares. Y cuando al fin lo consiguieron, dar al César lo que era del César y a Dios lo que era de Dios se había transformado en un pleonasma, pues el papado era a un tiempo Dios y el César. El cristianismo había dejado de ser una creencia religiosa. Ahora era la sustancia del poder político. Y el poder político no conoce la ley del amor fraterno. Le es más familiar y efectiva la ley del Talión.

La Iglesia de Roma no se detendrá ahí, sin embargo, pues, además de una estructura de poder, era una institución que se nutría de fervor guerrero mucho más que del fervor religioso. La guerra, y no la paz, había sido la constante de su historia. Y no es una afirmación traída por los pelos. Las Cruzadas, las órdenes militares, Santiago Matamoros, Santiago Mataindios, los Cristos de las Batallas, los soldados de Cristo, los ejércitos celestes y otras advocaciones militares (por no mencionar los clérigos guerrilleros, los curas trabucaires, los prestes conquistadores, el papa Julio II o el obispo Franz von Waldeck) corroboran la impronta guerrera de una organización religiosa que adjudicaba victorias militares a la intervención de la Virgen, de los santos o del propio Jesucristo. Y además se preciaba de ello, como Erasmo ya lo advertía en aquellos trágicos tiempos:

No se avergüenzan los obispos de ser entendidos en cuestiones militares: mezclan con ellas la cruz y el cuerpo de Cristo y con una causa más que infernal involucran los sacramentos celestiales. Lo que resulta más absurdo todavía es que en el campamento de ambos bandos se dice que Cristo está presente. No les basta a los cristianos con ser tolerantes con la guerra, sino que incluso llegan a considerarla como un honor supremo.

Siempre con la espada en la mano, siempre con la daga entre los dientes, el papa y sus cardenales se habían lavado cien veces las manos con la sangre de sus enemigos, como decía el bueno de Aleandro, nuncio de Roma en Worms. Y su terrible amenaza en aquella magna asamblea («si creéis, oh alemanes, que podréis libraros de vuestra obediencia a Roma, Roma actuará como una espada exterminadora») repicará como un lúgubre augurio de lo que les esperaba a los príncipes y clérigos rebeldes.

Históricamente hablando, la Iglesia de Roma era, llegado el siglo XVI, la antítesis de la paz. La política suponía una obligación sagrada, y la guerra, un mandato divino. Los senadores de bonete púrpura se tenían a sí mismos como una fuerza inquebrantable que gobernaba y condicionaba al mundo desde la silla de Pedro, el pescador, y no podían permitir que ese poder se debilitara. El consenso civilizado estaba fuera de toda consideración. Así que, siguiendo el consejo de san Agustín, quien consideraba lícita la violencia ejercida por la Iglesia para someter al hereje, Roma dispuso hacer uso de ella.

La contrarrevolución romana no defraudará su pasado ni su carácter histórico, ni se quedará corta a la hora de fumigar la pestilencia, como llaman en la colina vaticana a los alzados. El papa Clemente VII se resistirá como queda dicho a las iniciativas del emperador Carlos para que un concilio diluya las diferencias con los protestantes y habrán de pasar más de veinticinco años antes de que Roma convoque el de Trento. Mas para entonces, 1548, la conciliación entre las partes era ya una quimera.

La reacción de la Iglesia contra los rebeldes marcará a sangre y fuego el desgarramiento de la cristiandad. Su devoción al poder mayestático, a la guerra y a la sangre, no le permitirá otra alternativa que arrojarse sobre los rebeldes, sus pastores y sus perros. No es menos criminal el que asesina que el que induce al crimen, y en este territorio se mantendrá siempre Roma, con su Gestapo y su CIA, sus embajadores y sus aliados. Y así vendrá a ocurrir que, refrendando la frase de Erasmo, según la cual, la Iglesia había sido fundada con sangre, confirmada con sangre y aumentada con sangre, Roma sostendrá su poder, su influencia y sus bienes siguiendo el temible mandato del *Éxodo*: «Vida por vida, ojo por ojo, diente por diente, mano por mano, pie por pie, quemadura por quemadura, golpe por golpe, herida por herida». (Fin del asterisco.)

12. LA ÚLTIMA LEGIÓN ROMANA

Los jesuitas son la mayor agencia central de inteligencia del mundo.

E. HOWARD HUNT (1918-2007),
exagente de la CIA, cerebro del allanamiento de Watergate, de la invasión de Bahía de Cochinos y del golpe de Estado a Jacobo Arbenz en Guatemala.

Apenas hay absurdo moral del que no haya sido autor o maestro algún jesuita, ni acción criminosa que no haya encontrado en ellos agentes o incitadores, como la calumnia, el perjurio, el robo, la simonía, la compensación oculta, las reservas mentales, el asesinato y el fornicio.

BARTOLOMÉ JOSÉ GALLARDO (1776-1852),
Diccionario crítico-burlesco

El segundo instrumento de la reacción romana contra los rebeldes, si bien primero en importancia, incluso más que la del Santo Oficio, será una sorprendente y sorpresiva organización religiosa de estructura y disciplina militares, llamada Compañía de Jesús. El dominico Melchor Cano, su más despiadado crítico, la apodará «secta precursora del Anticristo». Unamuno, «los degenerados hijos de Loyola». Pascal, «clérigos moral y teológicamente hipócritas». Y Ricardo Palma, «motinistas y sembradores de cizaña». Asesinos, conspiradores y regicidas les dirán sus colegas protestantes. E insumisos, mentirosos, anticristianos, codiciosos y maledicentes, sus enemigos católicos.

No serían los únicos epítetos a los que se harían acreedores. También se les llamará impíos, intrigantes, tenebrosos y siniestros. Y los testimonios de grandes personajes de la época, seculares y eclesiásticos por igual, serán recopilados en diversos libros con el propósito de mostrar la falsía de esta «cohorte satánica», evangélica expresión que el saber popular ratificará en el dicho «dos jesuitas a la vez, con el diablo son tres».

Los jesuitas se echarán sobre los hombros la tarea de poner freno al protestantismo, pero eso les costará ser condenados por ambos bandos, debido a las dolorosas heridas que van a provocar en el proceso. Su propósito será reformar el cristianismo, calafateando y reparando la apolillada nave de san Pedro, aunque para eso fuera necesario en ocasiones prescindir del papa de turno. A la fecha, de las muertes de cuatro pontífices, Sixto V, Urbano VII, Gregorio XIII e Inocencio IX, los jesuitas siguen siendo los primeros sospechosos en la lista.

El fundador de la orden, un ex soldado vasco de 46 años, baja estatura (1.54 m), ojos pequeños y oscuros, personalidad autoritaria y con una pierna más larga que la otra debido a una herida de guerra, se ofrecerá al papa, con otros nueve compañeros, para dinamitar la revolución religiosa que se difunde por el Viejo Continente. Su nombre es Íñigo López de Oñate, pero la historia le conocerá por el nombre de Ignacio de Loyola, y su aparición será providencial para la Iglesia romana.

Los jesuitas llegan al palenque revolucionario casi 25 años después de que Lutero hubiese fijado sus tesis en la capilla del castillo de Wittenberg, pero en los siguientes 25 van a causar más estragos si cabe que el tempestuoso agustino. El envite y los efectos serán de tal magnitud que, todavía hoy, si hay dos enemigos más encarnizados que el cristianismo y el islam, esos son el protestantismo y la Compañía de Jesús.

En septiembre de 1540, el papa Paulo III promulga la bula *Regimini militantes Ecclesiae* con las reglas que habrán de regular el funcionamiento de esta nueva organización religiosa. Y esas reglas o constituciones delatan una sólida estructura jerárquica basada en la disciplina y la obediencia, a partir de las cuales la Compañía o Sociedad de Jesús desarrollará una insólita forma de sumisión por parte de sus miembros.

La frase *perinde ac cadaver* («obedecer en la misma forma que lo haría un cadáver resucitado», vale decir, un autómatas o un zombi), marcará a fuego la mente y la conciencia de los integrantes de la nueva organización religiosa. Y para que la sintonía con la Iglesia de Roma sea absoluta, el ex soldado agregará en sus *Ejercicios Espirituales* lo que sigue:

Debemos siempre tener, para en todo acertar, que lo blanco que yo creo ver, es negro si la iglesia jerárquica así lo determina.

Todo jesuita será en adelante un reprimido en lo que piense, diga o escriba. La sumisión de la voluntad, dicen las *Constituciones*, tiene para la Compañía más valor que la resurrección de la carne. Y esa rígida obediencia deberá acompañar a sus miembros hasta el día de su muerte.

La orden tendrá un lema resumido en un acrónimo que recuerda el de los estandartes de las legiones romanas donde figuraban las siglas SPQR, *Senatus Populusque Romanus* («Senado y Pueblo de Roma»). El de la legión jesuita será AMDG, *Ad majorem Dei gloriam* («A mayor gloria de Dios»), un lema a primera vista inofensivo, pero que será utilizado para justificar toda clase de delitos, atropellos y crímenes.

Ignacio de Loyola había sido un hombre cargado de temores y dudas, lo mismo que Lutero. Pero ahora es un ardiente fanático, lo mismo que Lutero, y un combatiente tenaz, a imagen y semejanza del fraile. El agustino odia al Supremo Pastor romano. El jesuita, a la peste protestante. Lutero, el reformador, invoca a los cielos su auxilio para derrotar al Anticristo. Ignacio, el contra-reformador, busca el exterminio del hereje para mayor gloria del Altísimo. La racionalidad y el humanismo les son ajenos a ambos. En total identificación con Lutero, Ignacio quiere «poner coto al incendio humanista», en expresión del historiador jesuita Malachi Martin, por su impacto secularizador en la vida de los cristianos. Por último, la compulsión teocrática que, al cabo, no es más que la compulsión totalitaria, es idéntica para Lutero e Ignacio.

Uno y otro combatiente busca imponer su credo en forma absoluta, pero sus

posturas serán siempre innegociables. Estamos ante dos personajes emblemáticos, dos símbolos del desgarrón, dos estandartes de la guerra sagrada, dos teólogos de una misma fe enfrentados a morir. Detrás de cada batalla entre protestantes y católicos estarán siempre las figuras fantasmales, los ideales y los ímpetus de estos dos hombres de Dios. Frente a ellos se ha abierto un abismo que nadie puede ni quiere cerrar.

Una compañía es una unidad militar de cien hombres, prueba de la mentalidad guerrera que anima a la orden, pero pronto serán una legión, la última del Imperio Romano, un bien entrenado cuerpo de ejército que hará saber a las bárbaras tribus de la Germania el precio que habrán de pagar por haberse alzado contra Roma.

Los jesuitas llegan pronto a la convicción de que las propiedades y rentas de la Iglesia arrebatadas por los protestantes —que es de lo que va, en el fondo, el pleito—, así como las ovejas sustraídas, solo pueden ser rescatadas por las malas. No hay, pues, otra opción que la guerra. Y la Compañía se convierte rápidamente en la avanzada de Roma en Europa, su Estado Mayor y su unidad de inteligencia.

Ignacio solo alcanzará a ver, empero, los primeros pasos de su milicia y nunca podrá imaginar el extraordinario impulso que le dará el quinto *general* de la orden, Claudio Acquaviva, un joven napolitano de 38 años. Acquaviva llevará la Compañía de Jesús a la descomunal dimensión que va a alcanzar en el corto espacio de medio siglo. Dotado de aptitudes poco comunes para organizar y dirigir, Acquaviva recibe la orden con mil hombres, pero la dejará a su muerte, en 1615, con 35 provincias organizadas, 36 casas de profesos, 88 seminarios, 160 residencias y 17,651 miembros procedentes de una docena de países localizados en Europa, Asia y las Indias. Ya no son una legión siquiera. Ahora equivalen a cuatro.

Con Acquaviva nacerá también la leyenda del Papa Negro, nombre con el que, en adelante, serán conocidos los generales de la Compañía, debido al enorme poder que sustentan y que Acquaviva conseguirá acumular a lo largo de más de tres décadas. Al napolitano se le atribuyen buen número de indignidades y crímenes, como la muerte de Sixto V, por ejemplo, cuando este quiso cambiar las Constituciones y el nombre de la Compañía, debido al monstruo en que esta se había convertido, pero también grandes virtudes y una intuición política excepcional.

Fortiter in re, suaviter in modo era su lema: «intolerante en los principios, pero suave en las apariencias». Infatigable y obstinado, Acquaviva no dará tregua a la guerra contra el protestantismo, pero, en el proceso, sus hombres se irán haciendo cada vez menos cristianos en métodos y principios.

Los hombres de negro, como se les ha empezado a llamar, serán en adelante los grandes protagonistas de la contrarrevolución y los portadores del lábaro romano, una fuerza omnipresente en todos los escenarios de la reconquista que ha puesto en marcha la Iglesia de Roma. Ascéticos, disciplinados, impenetrables, polivalentes, los

jesuitas encarnarán como ninguna otra orden el espíritu de la Contrarreforma. No tendrán paz, ni amigos, ni afectos. Será la legión más odiada entre las tribus insurrectas y la más conflictiva y peligrosa entre los aliados del papa. Los jesuitas son una fuerza disciplinada y tenaz; con su infantería, sus centuriones y sus procónsules llegarán a inclinar en un momento determinado la balanza de la guerra hacia el lado de Roma.

Nunca gozarán de buena fama, sin embargo. El poder político que adquieren y el rápido enriquecimiento de la Compañía les llevará a alcanzar cotas de poder hasta entonces reservadas a agustinos, franciscanos y dominicos. Los jesuitas demostrarán muy pronto que su compulsión de dominar al prójimo solo es comparable a sus habilidades para atraer, acumular y administrar riqueza, corromper y corromperse. Y si, como asesores de monarcas y príncipes, el tráfico de influencias carece de secretos para ellos, menos aún lo van a tener el tráfico de mercancías y las finanzas en gran escala. Un papa, Gregorio XIII, les dará permiso para realizar operaciones comerciales y bancarias que la sucursal portuguesa de la Compañía explotará con prácticas poco ortodoxas, pero con un éxito colosal.

La inmersión de la Compañía en la política y la guerra, sin embargo, envilecerá la moralidad de sus soldados. Pero siempre hallarán argumentos para escurrir el bulto. En los días de Acquaviva, por ejemplo, un teólogo jesuita escribirá sin empacho que «la pureza de la intención» puede justificar actos contrarios a la moral y a las leyes humanas, siempre que el objeto de tales acciones sea para mayor gloria de Dios. Y uno de los más renombrados intelectuales de la Compañía, el historiador Juan de Mariana, escribirá en su obra *De Rege et regis institutione*:

Aunque el asesinato es siempre un crimen, deja de serlo y glorifica al que lo comete cuando, a falta de otros medios, se ejecute en el cuerpo de un gobernante para quien su pueblo haya sido un juguete, y la justicia, una mentira.

Son solo dos ejemplos de la laxitud moral con que los jesuitas van a afrontar la coyuntura política que vive Europa. Liberados de frenos y deslindes éticos, los jesuitas harán de la conspiración, la intriga, la agitación, la desinformación, el atentado o el magnicidio sus armas de guerra. Sus caminos para socavar el éxito de los separatistas y atraerse adeptos es el que siglos más tarde, tal vez a imagen y semejanza de la Compañía de Jesús, propondrá el pensador italiano Antonio Gramsci para conquistar el poder.

La sociedad, dice Gramsci, es una amalgama de elementos culturales, ideas, creencias, aspiraciones y actitudes, modos de pensar y de sentir y de situarse ante la vida. ¿Cómo apoderarse de ella? Sencillo. Seduciendo a las personas mediante un discurso, o mejor dicho, una indoctrinación, que cambie su forma de pensar hasta conseguir el control sobre cada elemento de la vida humana: la familia, el trabajo, el sexo, el vestido, las creencias, el lenguaje. Una vez conseguida la hegemonía cultural, alcanzar la hegemonía política es cosa de coser y cantar.

Junto a las tácticas *non sanctas* y violentas mencionadas más arriba, esa será la

estrategia de la Compañía de Jesús, rescatar el «pensamiento único» que prevalecía antes de la rebeldía a fin de devolver a Roma el poder y el patrimonio perdidos.

A los ojos del catolicismo devoto, sin embargo, los jesuitas venían a ser algo así como el clero *reformado* que habían estado esperando durante siglos, hombres inteligentes y respetables que sobresalían entre los miembros de una Curia degradada e ignorante a la que detestaba Europa. A su lado, el resto de las órdenes y el clero eran lo más parecido a una conga tropical. Los jesuitas, en cambio, no eran frailes. Y lo tenían a honra. Eran clérigos seculares, como gustaban decirse. Habían sido educados en el cultivo del intelecto. Y el que la mayoría de sus miembros buscara realizarse en alguna profesión o actividad laica, además de la religiosa, revelaba un carácter mundano que era la firma de la casa. Pero además de salvadores de almas y educadores de jóvenes, los jesuitas eran valerosos misioneros que llevaban el cristianismo a lugares donde nunca antes los europeos se habían atrevido a poner un pie, como Japón, el Tibet, las fuentes del Nilo, China, la India, el Congo, Persia. ¿Quién podría ser tan depravado como para criticar una orden religiosa con iniciativas tan nobles?

La prioridad de la Compañía, sin embargo, no es ninguna de esas cosas, sino ganar la guerra al hereje. Y camuflados tras el ascetismo, la educación y la salvación de las almas, los jesuitas se moverán como peces en el agua, o mejor aún, como un nutrido grupo de *navy seals*, por entre el pantano de odios en que se ha convertido Europa. Han dejado de ser ascetas, educadores, misioneros. Ahora son «soldados de Cristo», hombres que, anulados por el voto de obediencia, siguen ciegamente las órdenes de sus superiores en una guerra sin contramarcha ni término.

En los jesuitas se dará más que en ninguna otra orden la paradoja de transubstanciar cada día con sus manos el pan y el vino en el cuerpo y la sangre de Cristo para, acto seguido, salir a la calle a instigar magnicidios, promover el terrorismo, comprar voluntades, venderlas o traicionarlas, intrigar en las cortes europeas, promover guerras y motines, moverse con sigilo tras el espaldar de los tronos o asociarse en la sombra con toda suerte de poderes que puedan contribuir a extirpar la herejía. La Compañía imprime carácter y siente una irrefrenable fascinación por la política. Y de resultas, sus hombres buscarán afanosamente el favor de los príncipes para conseguir que «ninguno de ellos se atreva a oponerse a nuestro objetivo, sino, al contrario, que todos ellos estén sujetos a nosotros».

Son sus palabras. Sin ocultaciones ni ambages. Allí donde haya una instancia de poder o de influencia política, habrá siempre un jesuita que las atraiga hacia Roma y las enemiste con los herejes o las induzca a la persecución y el exterminio de la pestilencia herética. A cambio, el jesuita absolverá al monarca o el magnate en cuestión de pecados como la bigamia, el enriquecimiento ilícito o el crimen cortesano. Con los jesuitas, el sacramento de la penitencia se convierte en «dirección

espiritual», una especie de consejería «moral» que garantiza al poderoso la tranquilidad de conciencia por los crímenes y delitos que comete a cambio de su apoyo en la guerra contra los herejes. Los jesuitas, por ejemplo, eran los directores espirituales de Catalina de Médicis, la reina madre que en agosto de 1572 incitará a su joven hijo, el rey de Francia, a ordenar la matanza de hugonotes la noche de san Bartolomé, crimen del que se ha responsabilizado siempre a la Compañía de Jesús.

Los hombres del papa no son muy diferentes a Lutero cuando se trata de buscar el apoyo de monarcas, príncipes y personas influyentes. Los necesitan para combatir la herejía, lo mismo que los luteranos para evitar que los jesuitas la destruyan. La escisión del cristianismo en el siglo XVI no puede entenderse sin estos dos componentes, el de la politización de los clérigos y la doble moral de sus actos. La Revolución Protestante será religiosa, sí, pero la manera de librarla en uno y otro lado es militar y política.

A los jesuitas, sus estatutos les prohíben entrometerse en asuntos civiles, pero la obediencia a esta ordenanza será la misma que le hará otro jesuita, el papa Francisco, ya en el siglo XXI (mayo de 2016), y ante un centenar de fiscales y jueces de todo el mundo, cuando diga textualmente que «la Iglesia debe meterse en política», frase un tanto vulgar, pero ciertamente novedosa, ya que, como todo el mundo sabe, la Iglesia de Roma nunca ha metido la nariz en los asuntos públicos. Mas, por si esa violación de las normas de la Compañía no fuera bastante, Francisco agregará en esa misma fecha que «la política es una de las formas más altas del amor y la caridad», refinado jesuitismo de muchísimos quilates, semejante a su célebre «¿quién soy yo para juzgar?».

Como resultado de esas y otras ocultas intenciones, el ideal educador, misionero y salvífico de la Compañía se verá mediatizado por pulsiones ajenas a sus fines religiosos. Su astucia, nunca desmentida, su moral de doble rasero, su típico responder a una pregunta con otra, su irrespeto a las leyes humanas, fundados en que las únicas que hay que obedecer son las divinas, harán de los jesuitas personajes igualmente malqueridos por católicos y protestantes. Sería difícil encontrar en los anales del cristianismo una comunidad religiosa que haya acumulado tanta acrimonia y rechazo a lo largo y a lo ancho de los siglos, debido a su afán de entrometerse en todo, manipularlo todo y politizarlo todo. Agustinos, franciscanos, dominicos, mercedarios, carmelitas incluso, acabarán por repudiarlos tanto o más que luteranos, anglicanos, presbiterianos o calvinistas.

Según el historiador jesuita Thomas J. Campbell, entre 1555 y 1931 la Compañía de Jesús será expulsada de 83 países, estados y ciudades, y prácticamente en cada instancia, la expulsión se deberá a intrigas políticas, infiltración política, subversión política o incitación a la insurrección política. Cuatro papas tratarán de disolver la orden debido a esta propensión a la conspiración y la intriga. Un quinto la clausurará en el siglo XVIII. Y Juan Pablo II estará a punto de hacerlo de nuevo en el XX. Los jesuitas son, en fin, peligrosos, dañinos, incontrolables, provocadores, afirman sus

enemigos.

No es una orden que aspire a la perfección religiosa y evangélica —dice el decreto condenatorio del Parlamento francés que los expulsó del país en 1762—, sino una organización política cuya actividad consiste en llegar, por toda suerte de caminos y medios, directos e indirectos, manifiestos u ocultos, a la usurpación de toda autoridad.

Pero si en el escenario católico la Compañía es una organización nociva, en la órbita protestante la Compañía de Jesús es el brazo de Satanás. Y hay una razón que lo explica. Nunca antes una orden religiosa había sido utilizada como Estado Mayor de una operación político-militar como lo es la Contrarreforma. Y ese será el motivo de que a los rebeldes les cueste entender en un principio las tácticas de la *intelligentsia* jesuita, la cual calificarán de diabólica. El protestantismo se funda en absolutos morales, de ahí que la Compañía de Jesús le pille con el pie cambiado. Y al confundir la estrategia política con las tretas del demonio, le llevará un tiempo aceptar que es la inteligencia, y no el demonio, la que se ha instalado en Roma.

Tampoco se percatarán los rebeldes, al menos en la primera fase de la trifulca, que los agentes del papa no son clérigos vulgares. Ni siquiera protestantes destacados como Thomas Carlyle serán capaces de evaluarlos con justicia. El jesuitismo y todo lo que representa, escribirá el historiador británico, constituyen una perversión en asuntos de moralidad y verdad, pues, de todos los males que Roma imparte en su lucha, ninguno es tan sutil, tan penetrante ni tan perfectamente organizado.

¿Y qué?, replicarán los jesuitas. La perversión es el mecanismo que hace girar las grandes ruedas dentadas de la guerra y la política. Y esa perversión es permisible cuando se hace a mayor gloria de Dios.

Otro Dios inventado, por supuesto, pero muy parecido al imaginado por Calvino y otros, y que no es, sobra decir, el Dios del que hablaba Jesucristo.

La Contrarreforma está en marcha e Inglaterra y Alemania van a ser los primeros blancos de la reconquista. Roma está airada y herida. La revolución ha hecho perder al papado millones de fieles, una parte importantísima de sus ingresos fiscales, numerosas propiedades y bienes y la hegemonía cultural y política de Europa. El desastre económico y religioso causado por los insurrectos tiene de uñas a un papado deseoso de revancha. Pero los jesuitas están ahí para enderezar el entuerto. Los países protestantes han sido declarados tierras de misión y ellos serán los apóstoles que se ocupen de recuperar lo perdido.

Esa misión consiste en conformar un aparato ideológico que permita a los misioneros purgar la fe cristiana del ideario erasmista, luterano o calvinista, y rescatar para el papa el milenarismo credo que el protestantismo ha puesto en solfa. Y para llevar a cabo tan fraternal tarea, la Compañía funda el Colegio Germánico, un centro de capacitación de agentes especiales, como podría serlo hoy el de la CIA, en Langley, Virginia. Un grupo de jóvenes alemanes son seleccionados y capacitados en dicho

colegio para llevar a cabo actividades subversivas en «tierra de herejes» y frenar, o en su caso demoler, el progreso del protestantismo. El Colegio Germánico será además un modelo para formar otros agentes encubiertos que serán enviados más tarde a Inglaterra, Irlanda y Escocia.

El dato es de dominio público y está documentado en los archivos de la Compañía, pero los jesuitas no dejarán de repetir que el propósito de su iniciativa es impartir las enseñanzas de Jesús, predicar el Evangelio, educar a la juventud y llevar a cabo acciones caritativas, cosa que ni los británicos, ni los alemanes, ni los escoceses, ni los países nórdicos se creen.

Y aún siguen sin creérselo.

En la Inglaterra de nuestros días, donde el antirromanismo y el antijesuitismo son casi un modo de ser, el jesuita es considerado todavía poco menos que un espía al servicio de un monarca extranjero. Y sus pruebas sobre las actividades subversivas de estos hombres son difíciles de refutar.

En 1551, el Concilio de Trento envía instrucciones a la Compañía de Jesús para que socave el gobierno inglés y, en última instancia, destrone a la reina Isabel I de Inglaterra. Los hombres del papa entran de inmediato en acción. Desembarcan clandestinamente en las costas inglesas, se albergan con nombres supuestos en residencias de católicos, cambian a menudo de domicilio, predicán y dicen misa en secreto, imprimen libros clandestinos y distribuyen libelos contra la Iglesia anglicana y la reina Isabel, conspiran, intrigan, corrompen, maniobran, desafían.

Algunos de ellos podrían ser dignos personajes de las novelas de Ian Fleming, como por ejemplo un jesuita inglés de apellido Creighton, capturado por los agentes de la Corona británica en septiembre de 1584 cuando se dirigía a Escocia. Sorprendido con un documento comprometedor, Creighton es conducido a la Torre de Londres, donde será ejecutado. El documento, publicado siglos más tarde, revela la intención de asesinar a Isabel I y colocar a María Tudor, la reina católica de Escocia, en su lugar.

Fue uno de los muchos complots ideados por los jesuitas entre 1569 y 1572 para asesinar a la reina de Inglaterra. Isabel había prohibido la misa y expulsado o proscrito a los clérigos desobedientes. Y siguiendo «la ortodoxia» de la época, cualquier clérigo que hubiese sido ordenado fuera de Inglaterra, aunque fuese inglés, era detenido, acusado de felón y traidor y condenado a muerte.

Mas, a fin de entender esta obsesión jesuítica con la corte de St. James, así como la paranoia de la reina, será preciso examinar antes el derrotero que la Revolución Protestante había tomado allí.

En 1572, el papa Pío V, ex inquisidor dominico y uno de los hombres más duros y terribles de la Contrarreforma, había emitido la bula *Regnans in excelsis* por la que excomulgaba a Isabel con la excusa de ser hija ilegítima de Enrique VIII. El pontífice

hacía en esa bula un llamado a los católicos ingleses para que derrocaran a la reina y prometía absolverlos en caso de que tuvieran necesidad de violar su juramento de lealtad a Isabel. Pero la iniciativa no había tenido éxito. Así que, en 1586, Gregorio XIII, el nuevo papa en funciones, probablemente de acuerdo con María, reina de Escocia, da su bendición para que un jesuita de nombre John Ballard se lleve a Isabel de este mundo. Tiene licencia para matar y está investido con impunidad sagrada. La conspiración, sin embargo, es descubierta por Francis Walsingham, jefe de contraespionaje de Isabel, quien detiene al jesuita, lo tortura y lo ejecuta.

Era la enésima vez que los jesuitas intentaban asesinar a la reina. De hecho, pasarían de veinte los intentos. La Compañía se había impuesto la misión de devolver Inglaterra al rebaño católico y no cesará en su empeño de quitar de en medio a Isabel. Incluso facilitará la invasión de las islas mediante una flota española, la célebre Armada Invencible, cuya debacle en 1588 sería celebrada —para variar— como la victoria de Cristo sobre el Anticristo y de la Iglesia verdadera sobre la impostora.

La amenaza sobre Isabel, sin embargo, no solo venía de los jesuitas, sino también de la católica Casa de Guisa, en Francia, y de los agentes de María de Escocia. Pero será la Compañía de Jesús la institución más activa en este cúmulo de conspiraciones. Y sus miembros ocuparán los primeros lugares en la lista de los criminales más buscados en Inglaterra por sus manejos para destronar a la reina, fomentar la rebelión y propiciar la invasión extranjera.

El precio de toda esa actividad no será una bicoca. Un jesuita llamado Edmund Campion y otros ciento treinta clérigos pagarán con sus vidas los sucesivos intentos de asesinar a Isabel I.

Algunos años más tarde, en 1605, los jesuitas serán acusados de complicidad en un acto de terrorismo sin par en los anales de la historia hasta aquella fecha. Luego de 45 años en el trono, la reina Isabel agoniza. Su sucesor va a ser James VI, hijo de la católica María Estuardo, reina de Escocia, ejecutada en 1587 por orden de Isabel. El nuevo rey, que ahora lleva el nombre de James I, es hostil a los católicos. Y estos disponen volar el Parlamento cuando el rey se dirija a los lores y a los comunes reunidos allí.

Los conspiradores amontonan 36 barriles de pólvora y los sitúan en el sótano que está justo bajo el salón de la Casa de los Comunes donde se va a celebrar la asamblea. Su propósito es instalar en el trono inglés un monarca que sea obediente a Roma. Este célebre atentado, que los británicos recuerdan cada año en una especie de carnaval con hogueras, será sin embargo descubierto. Y la acusación recae sobre un tal Guy Fawkes, quien es capturado, torturado y ejecutado junto a otros 12 conspiradores. En el ínterin, se descubre que Henry Garnet, superior de los jesuitas ingleses, se ha esfumado. Detenido por connivencia en la conspiración, Garnet será también condenado, colgado y descuartizado en las horcas de Tyburn.

Siguiendo la doctrina de Juan de Mariana —«el asesinato deja de serlo y glorifica al que lo comete cuando se ejecute en el cuerpo de un gobernante para quien su

pueblo haya sido un juguete y la justicia, una mentira»— los hombres de negro intentarán también asesinar a Enrique III de Francia, utilizando como agente a un dominico desquiciado.

Seis años más tarde, Juan Chatel, un pupilo de los jesuitas de Clermont, en Francia, intenta sin éxito asesinar a Enrique IV. En el proceso que se sigue, Chatel afirma que es lícito matar reyes. Debido a ello, el colegio de la Compañía es registrado y en él se encuentran documentos incriminatorios sobre otro jesuita de apellido Grignard, quien también es juzgado y colgado.

Dondequiera que haya una conspiración, un intento de magnicidio, una turbulencia política, un motín, una insurrección, hay siempre implicados uno o varios jesuitas. Pero el éxito de la estrategia anti-reforma será notable y notorio. Y el hecho de que los papas aprobaran bajo cuerda las conspiraciones, las inmoralidades y los actos de los soldados de Cristo, demuestra hasta qué punto los pontífices estaban implicados en el juego, por más que condenaran los magnicidios y negaran su participación en los mismos.

A la fecha, la Iglesia de Roma no deja de cantar las glorias de los santos y los mártires de la Compañía. Y lo curioso es que los protestantes no las niegan. Más aún, aportan importantes datos que contribuyen a dar la dimensión debida a la barbarie que se describe en estas páginas y que acredita a los jesuitas el frenazo que imponen a la revolución protestante en Europa.

En Bohemia, anota David A. Plaisted, de una población de 4 millones en 1600, el ochenta por ciento eran protestantes. Mas, para cuando los Habsburgo y los jesuitas concluyan sus tareas de acoso y derribo del protestantismo, solo quedarán 800 mil habitantes, todos católicos.

En Austria y Hungría la mitad de la población era protestante, pero será perseguida y casi aniquilada por el dúo conformado por jesuitas y Habsburgos.

En Polonia parecía que, concluyendo el siglo XVI, el catolicismo sería erradicado, pero la persecución instigada por los jesuitas aniquilará el movimiento protestante.

Bajo el liderato de los jesuitas, Roma sofocará la rebelión en Francia y rescatará gran parte de los territorios perdidos en Bohemia, Austria, Hungría, Polonia, Bélgica y el sur de Alemania. El carácter multinacional de la legión del papa, no solo por el múltiple origen de sus miembros, sino también por sus tareas de inteligencia, adoctrinamiento, infiltración, espionaje, atentados y operaciones encubiertas, logrará que los avances del protestantismo sean detenidos y en muchos casos borrados del mapa.

La sacrosanta misión de perseguir, acosar, torturar y suprimir al adversario estaba cumplida. Y hasta la fecha, no ha habido un solo *mea culpa* de la Compañía, pues hacerlo supondría admitir que habría otras muchas que confesar, entre ellas, y muy principal, el haber usado la religión con el fin de santificar la barbarie.

Son solo unos cuantos datos extraídos de un grueso catálogo de hechos donde ni la santidad ni el espíritu misionero aparecen por ninguna parte y en el que la verdad incómoda que sus páginas rezuman es que no hubo país europeo donde no se sintiera y resintiera la presencia y la violencia de los legionarios del papa.

El mentís de hechos como los citados es la respuesta natural y forzosa de la Compañía, pues su propósito no ha sido nunca aclarar las cosas, sino crear estática para que no se oigan. El desmentido jesuita, como el del Alto Clero romano, se parece a lo que Eugenio D'Ors decía con sorna de algunos filósofos: «¿Está clara la cosa? Entonces oscurezcámosla más».

En su obra *El enigma jesuita*, Edward B. Barret, historiador de la Compañía, asegura que los hombres de negro se sumergieron con tanta avidez en el mundo que acabaron por romper sus vínculos con la moral cristiana, al extremo de intercambiar sus opuestos y adoptar sus antítesis. Y así, la riqueza, la mentira, la laxitud doctrinal y moral y en ocasiones la desobediencia al papa, habrían de reemplazar el voto de obediencia y de pobreza, la verdad como norma y mandamiento, la sumisión al superior y al pontífice y, en general, la moral evangélica. Los jesuitas no se guiarán por principios universalmente aceptados, sino que inventarán una nueva moral consistente en aplicar en cada caso la regla que más convenía a sus fines.

Barret asegura que algunas de las reglas fundacionales de la orden resultaban impracticables, por lo que evadirlas se volvió una necesidad. Las aspiraciones de Ignacio de Loyola eran demasiado angelicales para que pudieran cumplirse en la Tierra. En consecuencia, los ideales cristianos se empezaron a difuminar con los días y, detrás de las imágenes de un Ignacio de Loyola o un Francisco Javier, comenzará a dibujarse la figura del jesuita insidioso a quien solo mueven la ambición de poder, las trampas y las astucias.

Larra escribió una vez que lo que no se puede decir, no se debe decir. Los jesuitas, en cambio, adoptarán un principio distinto: lo que no se debe decir, se puede decir en dos partes: una hablada y otra en silencio. A esta última la llamarán *reserva mental*, de la que, citando a Höpfl, Clara Iglesias-Rondina ofrece un ejemplo ilustrativo. Si un jesuita se ve obligado a decir «no soy sacerdote», puede hacerlo recurriendo a la reserva mental y completando para sus adentros la frase «de la diosa Siva». Con esa astucia, dirá en 1559 el arzobispo de Dublín, este linaje de gentes «será gentil con los gentiles, ateo con los ateos, y judío con los judíos».

No se puede expresar con menos palabras el significado de lo jesuítico. El jesuita no es claro. Ni siquiera claroscuro. Es sencillamente equívoco. La suya no es la lógica formal, sino la situacional, la que conviene en cada caso y circunstancia. La doble moral, el doble lenguaje, el doble estándar para juzgar el bien y el mal, serán siempre sus insignias. Y si hay alguien al que es justo atribuir la invención de «la verdad a medias» ese alguien es la Compañía de Jesús.

Los hombres del papa abandonarán la moral cristiana por la razón política, que es el arte de mentir, y la religión pasará a un segundo plano en su lista de prioridades. Y esa frase proverbial, atribuida al jesuita Giovanni Botero, y muy celebrada *sottovoce* por los socios de la orden, según la cual, «el fin *santifica* los medios», será en adelante su consigna. Las certezas morales, la verdad, la rectitud son obligaciones de las ovejas, no de los pastores. Y bien es verdad que no mentir es un mandamiento ineludible, pero hacerlo simuladamente no es un hecho reprobable. He ahí el jesuitismo en su más pura expresión: mentir no es moralmente malo. Todo depende de la maña con que se mienta, sin parecer que se miente, y de la sagacidad con que se utiliza el doble lenguaje para disimular, falsear, desinformar o retorcer las cosas.

La política y la verdad no se llevan bien. La verdad y los jesuitas, tampoco. Ambiguos, ambivalentes, equívocos, los jenízaros del papa serán, en suma, genuinos maestros de la deshonestidad intelectual y el probabilismo, una filosofía desarrollada en el seno de la propia Compañía, de acuerdo con la cual es lícito elegir una conducta contraria a la ley y a la moral, siempre que haya una probabilidad de que el resultado sea bueno. Y en concordancia con esta política y este modo de ser, los jesuitas serán los catalizadores de numerosos actos violentos que se acabarán llevándose por delante cientos de miles de vidas humanas.

Nada que envidiar, en fin, a sus pares protestantes. Muy al contrario. Su intervención en el conflicto tendrá episodios de sangre parecidos y aún más sangrientos que los protagonizados por Lutero, Zuinglio y demás líderes separatistas. Pero lo harán a la callada y a la sorda, como corresponde a su estilo, y nunca eludirán la confrontación con los rebeldes ni harán ascos a la degollina. Y así, gracias a los venerables hombres de la última legión de Roma, católicos y protestantes se seguirán odiando y matando, como buenos hermanos, año tras año y década tras década.

13. ARMAGEDÓN

De estas ciudades y estos pueblos que tu Dios te da por heredad, ninguna persona dejarás con vida, sino que destruirás completamente al heteo, al amorreo, al cananeo, al ferezeo, al heveo y al jebuseo, como tu Dios te ha ordenado.

Deuteronomio 20: 16-18

Matan a diestro y siniestro.
Matan de noche y de día.
Matan al Ave María.
Matarán el Padrenuestro.

Letra popular

Y de esa guisa, matándose fraternalmente, protestantes y católicos estrenan el año de 1617. Ha transcurrido un siglo desde el día en que Lutero fijara sus tesis en la puerta de la capilla del castillo de Wittenberg y las guerras de religión han segado ya las vidas de cinco millones de personas. El cristianismo se ha bifurcado de modo irreversible. Antes de 1517, toda Europa era católica. Cien años después, casi la mitad es protestante. Los primeros antagonistas han muerto, otros nuevos han surgido, pero el odio es el de siempre. El cósmico enfrentamiento entre las fuerzas del Satanás protestante y el Anticristo romano parece no tener fin. Suiza, Francia, Austria, Suecia, Dinamarca, Inglaterra, España, los Países Bajos, Irlanda y Escocia han librado, o aún libran, guerras de religión, pues el odio es hereditario e insaciable, y la sangre de los caídos, semilla de nuevos odios. Ni Roma ni los rebeldes han cedido en un siglo una brizna y sus vidas no tienen quietud, pues su misión y su destino es exterminarse mutuamente. El escenario es desolador. Nunca se había visto en la historia guerras tan encarnizadas. Como había anticipado Erasmo en su *Educación del príncipe cristiano*, «una guerra es semilla de otra, de una guerra pequeña se origina una grande y de una sola salen otras dos».

Recordemos el alzamiento campesino contra los príncipes alemanes (1524-1525) o las guerras de Happel, Suiza (1529-1531), entre católicos y seguidores de Zuinglio. Sumemos la de Esmalcalda (1546-1547) entre Carlos V y los príncipes luteranos. Anotemos ocho guerras religiosas en Francia, acaecidas entre 1562 y 1598, que enfrentaron hugonotes y católicos. Y mencionemos la que libran España y los Países Bajos —cincuenta años ya en pugna—, originada a instancias de la Iglesia de Roma, tras exigirle a Felipe II nombrar inquisidores en Holanda para perseguir y ejecutar calvinistas.

Es verdad que en estos cien años ha habido tentativas de armisticio. También un concilio en Trento (1545) que ha durado 18 años y al que los protestantes se han negado a asistir. Un acuerdo real, la Paz de Augsburgo (1555), ha demostrado ser frágil y precario. Y un empeño de tolerancia, como el controvertido Edicto de Nantes

(1598), no ha dejado a nadie satisfecho. Pero la inquina y terquedad del fanatismo no parece tener límites. Roma sigue empeñada en re-catolizar los territorios perdidos en tanto los rebeldes defienden con fiereza las posiciones ganadas. Ningún papa, ningún líder protestante, se ha hecho hasta ahora las preguntas que Erasmo de Rotterdam reiteraba a todo príncipe que pretendiese implicarse en una guerra:

¿Seré yo el único responsable de tanta sangre humana, de tantas viudas, de tantas casas deshechas en llanto, de tantos ancianos abandonados, de la perdición de las costumbres, las leyes y la piedad de los hombres? ¿Cómo debe llamarse una guerra que enfrenta a unos cristianos contra otros? ¿Tendré que responder de todo esto ante Cristo?

Cien años de horrores y sangre no han sido, por lo visto, suficientes. Van a ser necesarios treinta más. Y si en un siglo el número de muertos ha llegado a esos cinco millones, en los próximos treinta años van a sumar otros ocho. Y en la cuarta parte del tiempo, que es una eficacia admirable.

Las acciones de esta última y catastrófica fase de la desgarradura cristiana darán comienzo poco después de cumplirse el I Centenario de las *Noventa y cinco tesis*, las cuales el protestantismo se apresta a celebrar con un jubileo (el muerto al hoyo y el vivo al bollo). Pero las tensiones entre el nuevo emperador católico del Sacro Imperio y los príncipes luteranos van a abrir la puerta (o quizá sea más propio decir la ventana) a la guerra religiosa más espeluznante, cruel y devastadora de todas.

La Guerra de los Treinta Años, nombre que le dará un día la historia, devendrá la madre de todas las guerras de religión, un sangriento juego de tronos y tiaras, de príncipes y cardenales, de clérigos y pastores. Será la apoteosis de la barbarie sagrada y de los perros amoros que se tienen entre sí unos cristianos con otros. El autor del *Apocalipsis* saltará feliz en su tumba cuando la conflagración teológica se cruce con las ambiciones hegemónicas de los Habsburgos austriacos y los Borbones franceses, encontronazo que tomará la forma de un horrendo Armagedón en el que la peste, la guerra, la muerte y el hambre, los cuatro jinetes del libro, terminarán por arrasarse el continente.

Con la paz de Augsburgo (1555), «la paz de las religiones», como fue llamada en su día, Carlos V había reconocido el fracaso de pretender unir Europa por medio de la fe cristiana. El armisticio garantizaba la «libertad» religiosa en los principados y reinos del Sacro Imperio, libertad risible, huelga decir, pues el único que disfrutaba de ella era el príncipe respectivo, quien dictaba a sus súbditos la religión que le convenía. De resultas, el Sacro Imperio ha devenido un lienzo de retazos protestantes y católicos al que Roma, la terca y vengativa Roma, exige le devuelva sus percales, azuzando al emperador austriaco a que reconquiste lo perdido por la fuerza. No obstante el armisticio, ninguna de las facciones se resigna a una convivencia tranquila. Hay una guerra callada entre ambas que clérigos y pastores instigan. Los jesuitas, asistidos por obispos y canónigos, desafían a los rebeldes celebrando procesiones prohibidas por la paz de Augsburgo en territorios, estados o ciudades libres con mayoría protestante. Estas provocaciones son debidamente replicadas por

el activismo calvinista, siempre dispuesto a matarse con su contraparte católica por un quítame allá esa imagen de la Virgen del Rosario. Y el emperador Maximiliano invade ciudades y territorios protestantes y los re-catoliza por decreto.

La ofensiva católica obliga a retroceder al protestantismo. Y la respuesta provisional de este último será una especie de ONG que lleva el nombre de Unión Evangélica, medida a la que el catolicismo militante, encabezado por el emperador, responde con una organización parecida, la Liga Católica. Las tensiones, sin embargo, no se quedarán ahí. Conscientes ambas facciones de la gran conflagración que se avecina, la Unión y la Liga comienzan a financiarse y armarse a la espera del duelo final.

Así las cosas, la elección de Fernando II como rey de Bohemia no es bien recibida por la nobleza protestante. Los príncipes no pueden aceptar que los católicos administren un país de mayoría calvinista. Pero Fernando, un católico educado por los jesuitas y más intolerante aún que el emperador, en vez de buscar concilio, dispone iniciar una violenta campaña antievangélica para reinstalar el catolicismo.

En forma paralela, un comando jesuita (una especie de *task force* enviado a Bohemia por la Agencia Central sita en Roma), organiza una intensa actividad subversiva. «En tiempo de desolación, no hacer mudanza», había recomendado Ignacio de Loyola, pero los hombres del papa no son tan obedientes como dicen y se han dedicado a atizar una guerra subterránea contra los calvinistas desde universidades, colegios, confesionarios y pulpitos, utilizando los recursos que mejor dominan: la sedición, la provocación y el alboroto.

Las revoluciones marxistas del siglo xx solían contar con un órgano de agitación y propaganda que recibía el nombre de Agit-Prop. Su fin era mantener vivo el espíritu revolucionario, influir ideológicamente en la población y manipular psicológicamente a las masas. Hoy sabemos que tales actividades no eran ninguna novedad. La CIA jesuita disponía ya de un órgano así en el siglo XVI que volverá a usar con frecuencia. En el XVIII, por ejemplo, para encender el motín de Esquilache, el cual le costará a la Compañía la expulsión de España y sus colonias. Y tiempo después, en el xx, para espolear los conflictos armados de El Salvador y Guatemala.

El virus de la insurrección contra la mayoría rebelde es inoculado asimismo en gobernantes y poderes locales hasta conseguir que protestantes y católicos se vean entre sí como apestados. Como hutus y tutsis. Como turcos y armenios. Como nazis y judíos. Como sarracenos y cristianos. La religión lo contamina todo. Y la abrasiva campaña jesuita, así como la reacción protestante, llegan a un extremo en que a ninguno le preocupa si el alma se salva por la fe o bien por la fe y las obras, sino quién es capaz de degollar al otro.

En esas estaban los conejos, cuando el arzobispo de Praga ordena destruir un templo protestante, uno más entre los que las tropas de Fernando II han abatido. E indignada y furibunda, la aristocracia calvinista acude para hacerse valer al Castillo de la ciudad de Praga, donde se celebra una asamblea presidida por dos regentes

católicos designados por el rey. Los nobles acusan a estos últimos de pretender violar la libertad religiosa concedida tiempo atrás a Bohemia por la paz de Augsburgo. Y en medio de la trifulca que sigue, los dos regentes y su secretario son arrojados por una ventana. La diosa Fortuna les asiste, sin embargo. Y los tres aterrizan sanos y salvos en una mullida pila de estiércol.

El chusco atentado hace saltar todos los frenos, si es que aún quedaba alguno. Y al día siguiente, la asamblea calvinista depone a Fernando II, nombra un monarca protestante y los jesuitas son expulsados de Bohemia, acusados de haber creado la crisis, de agitar a la población y de provocar disturbios. Para la asamblea, los hombres de negro no son sacerdotes, sino agentes de un monarca extranjero que se entromete en los asuntos de un país soberano.

Este incidente de connotaciones tragicómicas, conocido por el nombre de la Defenestración de Praga (no sería la única, por cierto, los checos son muy aficionados a arrojar a los políticos por las ventanas), será el detonante del peligroso material explosivo que Roma y la Compañía de Jesús han venido esparciendo por Europa. La rebelión checa se extiende con celeridad a otras regiones y con ello da comienzo una nueva confrontación entre protestantes y católicos.

Esta vez, sin embargo, ambos contendientes van a rebasar con holgura los más hondos confines de la barbarie. Por primera vez en la historia, el mundo cristiano va a vivir los efectos de una «guerra total» o de «tierra arrasada», como se la llama hoy día, esto es, la destrucción absoluta del enemigo —personas, animales, viviendas, aperos, cosechas— durante treinta años de incesantes batallas.

Católicos y protestantes se enfrentan poco después en la batalla de Montaña Blanca (1620). La victoria es de los católicos. Y ante el temor de que el papado siga avanzando y el peligro de que al fin se imponga su poder de nuevo, otros países —Holanda, Suecia, Dinamarca, Bohemia— se enzarzan en ella. Y acto seguido, Francia, España, Polonia y Rusia se incorporan asimismo al pleito.

Europa se convierte en una marisma de sangre. En nombre de Cristo, se decapita. En nombre de Cristo, se destripa. En nombre de Cristo, se acogota. Y allí donde haya cristianos que degüellen, habrá siempre un clérigo o un pastor alentando y bendiciendo las masacres. La guerra se ha vuelto una paráfrasis del texto del Deuteronomio: matarás al francés, al bávaro, al holandés, al español, al polaco, al danés, al sajón, al sueco y al austríaco «como Dios te ha ordenado». La guerra ha entrado en un proceso genocida durante el cual la vida humana, en la memorable frase de Hobbes, se tornará solitaria, pobre, tosca, embrutecida y breve.

A la guerra le seguirán el rebrote de las epidemias, las hambrunas, el canibalismo y los abusos de aprovechados como la *Madre Coraje* de Brecht. La Revolución Protestante se ha adentrado en el corazón de las tinieblas para alcanzar allí la cima de su grandeza y su gloria. Es «el horror, el horror...» que diría el personaje de Conrad, un tiempo durante el cual los cristianos se matarán entre sí a razón de veinticinco mil personas por mes a lo largo de treinta años.

Roma, los jesuitas y el protestantismo la verán siempre como una guerra de credos. Príncipes y monarcas, en cambio, la tendrán como una guerra tal cual, pero con una carga sagrada. Todo conflicto religioso es siempre algo más de lo que aparenta, pues por lo común se libra para satisfacer intereses de muy diverso orden. Y en la Guerra de los Treinta Años había intereses políticos que se valían de intereses religiosos para llevar agua a sus respectivos molinos, y viceversa, intereses religiosos que se habían asociado a intereses políticos para retener lo que habían ganado o rescatar lo que habían perdido.

La Guerra de los Treinta Años, que no fue una, sino varias, concluirá, no por renuncia de alguna de las partes a la pretensión de imponer su religión al otro, sino por la «insoportable calamidad de la guerra», en frase de un historiador moderno, por la repugnancia de la sangre, el hartazgo de los crímenes y el agotamiento de los guerreros. Alemania está devastada. La población masculina del Sacro Imperio se ha reducido a la mitad. Y el continente se encuentra exhausto. Miles de villas y pueblos han sido pasto de la destrucción. Numerosos territorios están despoblados y no se repoblarán sino hasta cien años más tarde.

También influirá en el alto al fuego el enorme gasto de las guerras, el efecto empobrecedor de las mismas, las epidemias, las hambrunas, la crueldad de los combatientes. Pero tal vez la razón principal haya sido que la sociedad civil se percatara de la atrocidad que suponía matarse por motivos religiosos y de que el condicionamiento teológico era nefasto para conducir los asuntos públicos. Y será merced a estos factores que, luego de cinco años de concilios y dos tratados formales, los de Osnabrück y Münster, más conocidos por el nombre genérico de Paz de Westfalia, se confirme la igualdad de derechos entre ambas religiones en cualquier nación, territorio o ciudad de Europa.

Los duelistas habían librado su deseado Armagedón y lo habían perdido. Y muy a su pesar, tuvieron que aprender a convivir sin matarse. Lo más extravagante de todo, sin embargo, sería que las condiciones para firmar el armisticio fueran impuestas por un príncipe de la Iglesia, italiano de nacimiento, el cardenal laico Giulio Mazarino, ex militar, diplomático, millonario y primer ministro de Francia, a quien el papa le traía sin cuidado. Las posesiones e intereses económicos de la Iglesia quedaban en manos de los protestantes. España, el país más poderoso de la cristiandad, será la gran potencia derrotada, Francia, la gran ganadora, y Roma, un poder excluido de todo poder e influencia en Europa.

Las ovejas habían tenido el valor de apartarse de los pastores. La Edad Media había concluido. De los restos del Sacro Imperio nacía la Europa moderna, la de los gobiernos civiles y los Estados Nación, en especial uno de ellos, Alemania, destinada a convertirse en una gran potencia. Los territorios centroeuropeos dejaban de ser ducados, principados hereditarios y Ciudades Estado y el Sacro Imperio devenía una institución caduca. Los horrores de la guerra habían cambiado la manera con que la gente veía los credos. Los Estados se adaptaban a la religión de los súbditos, y no a la

inversa. Y las personas podían creer lo que quisieran, no lo que las jerarquías religiosas o los príncipes les obligaban a creer.

Del sangriento cisma emergían ahora dos sub-culturas, la del Norte y la del Sur europeos, dos formas de entender la vida, dos maneras de concebir a Dios y dos formas de salvar el alma. La lección había sido durísima, pero aún habrá que esperar a la Revolución Francesa y a la evolución cultural de los siguientes siglos para que las personas tuvieran acceso pleno a unos derechos que las sociedades laicas irían incorporando a las constituciones políticas.

La paz suponía un alivio, por más que el paisaje que dejaba tras sí fuera desolador. Solo la Iglesia de Roma, siempre tan moderna y progresista, siempre tan actualizada, se mantendría en sus trece. No renunciaría a ninguno de sus fueros ni sus dogmas y seguiría conservando instituciones ejemplares como la del Santo Oficio. Y para dar un ejemplo del afán de conciliación que había animado siempre a tan santa institución, el papa de turno, Inocencio X —hombre de hosca mirada, ceño fruncido y bigote despeinado, con más aspecto de coronel que de pastor de almas, a juzgar por el impresionante retrato que de él nos dejó Velázquez— condenará el armisticio con un breve texto que lleva el nombre de *Zelo Domus Dei* en el que declaraba la Paz de Westfalia «nula, inválida, maldita, inicua, injusta y sin ningún efecto sobre el pasado, el presente y el futuro».

Más allá de la amargura que para Roma suponía la derrota, esta frase del papa invita a unas breves reflexiones sobre la personalidad de los protagonistas de la Revolución Protestante. Por ejemplo, ¿qué clase de persona puede ser la que maldice el fin de una guerra tan despiadada como la de los Treinta Años? ¿Era acaso Calvino diferente de Inocencio X? ¿Lo era Lutero por alentar la masacre de ciento cuarenta mil campesinos? ¿Eran personas normales los jueces del Santo Oficio? ¿Lo fueron los jesuitas? ¿Sentirían alguna vez compasión por los muertos o estaba su fanatismo por encima de la vida humana? ¿Quiénes eran, cómo eran, qué tenían en la cabeza estos hombres?

En el Museo del Prado de Madrid se exhibe un óleo de fines del siglo xv pintado por *El Bosco* y titulado *Extracción de la piedra de la locura*. En él, un curandero chiflado —pues lleva un embudo por sombrero, semejante al del «Hombre de hojalata» de *El Mago de Oz*— le extirpa esa dureza, que por lo visto, todo humano lleva en el cerebro, a un pobre iluso en presencia de un fraile borrachín y una monja con un libro cerrado sobre la cabeza. La estupidez, la credulidad, la superstición y la ignorancia humanas, reunidas en una misma alegoría. Al igual que Erasmo, tal vez *El Bosco* pensaba que estupidez y locura eran términos sinónimos. Pero también es muy posible que ambos se hayan referido al desorden mental que el fanatismo había provocado en la sociedad de aquellos días y que se encarnaba en hombres con una visión estrecha de lo humano, en ardientes impulsores de una concepción sacrificial y

expiatoria de la vida o en individuos que, incapaces de sujetar sus angustias y sus miedos, se dedicaban con ahínco a desatar los miedos y las angustias del prójimo.

Una época enferma, dice el ensayista mexicano Jesús Silva-Herzog, es aquella que «santifica el procedimiento y ampara el delito». Y así podría describirse el tiempo de la Reforma, dado el enfebrecido material humano que la conducía. Tal el sastre y el panadero de Münster. O el delirante predicador que, enarbolando una hoz, convocaba a la degollina. O papas fuera de sí, como Inocencio X, condenando la paz con una rabieta. O el jesuita John Ballard intentando asesinar a la reina de Inglaterra. Todos gente trastornada por el fanatismo.

Sería demasiado benévolo, así y todo, atribuir únicamente a algún tipo de desorden síquico las fechorías y malandanzas de aquellos hombres. Ni aun aplicándoles la célebre prevención de Hanlon, según la cual, «nunca debe atribuirse maldad a aquellas acciones que pueden ser debidas a la estupidez», cuesta soslayar la idea de que, bajo su égida, el cristianismo se convirtió en una fe destructiva. Había algo de patológico en su conducta, sí, pero también una oscura compulsión a aprovecharse de las debilidades humanas, tales como la credulidad, la ignorancia o la inocencia, a lo cual contribuía sin duda el hecho de que fueran hombres de carisma y estuviesen dotados de gran habilidad para seducir a las personas, obtener dinero de ellas, someter su voluntad, inducirlas a la servidumbre voluntaria y, en el peor de los casos, llevarlas a la muerte. A ninguno de ellos se le ocurrió cuestionarse, parafraseando a Erasmo, ¿qué habría hecho Jesucristo, de haber estado en mi lugar? ¿Habría ejecutado a Servet, condonado la matanza de miles de campesinos, torturado y ejecutado a otros cristianos o montado un serrallo en una iglesia? ¿Habría el carpintero de Nazaret provocado ocho guerras religiosas en Francia y otra descomunal, como la de los Treinta Años, ahogado en ríos y pozos a miles de anabaptistas, atentado contra el Parlamento inglés en pleno o maldecido la paz de Westfalia?

Los historiadores protestantes más honestos subrayan que, en general, los fieles suelen ignorar este ángulo de los reformadores. Los más cínicos se despachan con un «no sería para tanto». O bien, «eran otros tiempos». O pronunciarían ese comfortable dicho según el cual «fue mayor el bien que hicieron que el mal que se les atribuye». Lo mismo podría decirse de los historiadores católicos respecto de sus héroes y sus santos: papas, jesuitas, dominicos y *tutti quanti*. Es la ética, al parecer, de uno y otro lado: lavar el delito y el crimen con la compensación que se obtiene de cometerlos.

No es posible dejar de lado la indignación moral que este tipo de respuestas provoca. Absolver con tal displicencia a los hombres de la Reforma o la Contrarreforma, cualesquiera que hayan sido sus motivos, sería como decir que Pablo Escobar era un buen hombre porque construyó cuatrocientas viviendas para gente pobre a las afueras de Medellín, no obstante haber asesinado a cuatro mil personas y hecho explotar en el aire un avión con ciento diez pasajeros. Excusar el mal equivale a multiplicarlo y no se puede aplicar la moral del narcotraficante a la

Reforma y eximir de sus crímenes a Lutero, Calvino, Knox, Inocencio X, los hijos de Ignacio de Loyola o los de Domingo de Guzmán. Ninguno de ellos podría justificar cristianamente sus actos, por más que sus seguidores en el púlpito pretendan absolverlos ahora. De haber sido auténticos cristianos, los papas habrían evitado la sangría, y los rebeldes, hallado formas de entenderse con ellos. Pero eso hubiera significado renunciar a su herencia vengativa y violenta. Y ni siquiera lo intentaron.

Lo más trágico de todo sería que ninguna de las partes consiguió su propósito. Los rebeldes solo lograron reformar una parte minoritaria del cristianismo y los represores no lograron impedir que el cristianismo se escindiera. Lo único que consiguieron, y con éxito notorio, fue ahogar en un río de sangre a millones de cristianos.

No hay irreverencia alguna, por tanto, en decir que ninguno de los cristianismos en liza hizo lo que Cristo habría hecho en tales circunstancias, que en las decisiones de los paladines de uno y otro lado prevalecieron el interés político y económico sobre el puramente religioso y que, al unísono y de consuno, ambas partes trocearon la doctrina cristiana y hasta se mofaron del consejo que el Maestro les había dejado: «Amaos los unos a los otros como yo os he amado».

La Revolución Protestante constituye una de las grandes carnicerías de la historia humana y una de sus más demenciales aventuras. Exageradas por unos o escondidas por otros, las cifras de la barbarie sagrada se han usado casi siempre de manera selectiva con el propósito de barrer para dentro y victimizarse cada quien con sus respectivos mártires. Todavía hoy es difícil calibrar la magnitud de la catástrofe. Así y todo, los números se han ido tamizando y gracias al acucioso trabajo de investigadores como Matthew White, el más destacado especialista hoy día en atrocidades históricas, podemos fijar un dato que nos regresa al primer párrafo de este libro. Y ese dato consiste en señalar que el número de vidas humanas que se perdieron durante la Revolución Protestante se equipara holgadamente a *la suma* de las ocurridas durante la Revolución Francesa y las guerras napoleónicas (4 millones de muertos), la Guerra Civil norteamericana (700 mil), la Revolución Mexicana (1 millón), la Guerra Civil Española (medio millón), la Guerra de Vietnam (4.2 millones) y los genocidios de Ruanda y Armenia (800 mil y 1 millón de personas, respectivamente). Total, 12.2 millones de personas.

El grueso de las muertes ocurridas durante la Revolución Protestante, por su lado, lo integran las guerras de religión francesas (3 millones de muertos), la de los Países Bajos con España (1 millón) y la Guerra de los Treinta años (8 millones). Las inquisiciones romana, española, portuguesa y francesa, sumadas a las inquisiciones protestantes, ejecutaron entre todas no menos de 1 millón de personas. Las persecuciones y masacres de los valdenses supusieron la desaparición de más de 100,000 seres humanos. Los anabaptistas ejecutados pasaron de 30 mil. El número de

mujeres quemadas vivas y acusadas de brujas por cristianos de uno y otro bando se elevó a 90 mil. Los ejecutados en Inglaterra durante la Reforma anglicana, según el historiador británico Henry Kamen, fueron 100 mil. Por último, las Guerras de los Tres Reinos en las Islas Británicas acabó con la vida de 200 mil cristianos. Total, trece millones de personas, más sobrantes para reposición.

El sangriento episodio de la Reforma, todo él, desde que Lutero fija sus tesis en Wittenberg hasta la muy cristiana declaración final del papa Inocencio X, deja en el observador un ánimo entre turbado y perplejo. Resulta difícil entender cómo un dilema tan etéreo como el de si el hombre se salva solo por la fe o bien por la fe y las obras pudo llevarse por delante trece millones de vidas ni cómo tal cosa pudo ocurrir en el seno de una religión fundada en los principios de la misericordia, la paz y el amor al prójimo. Con un cristianismo así, quién necesita el terrorismo islámico.

Entre el protestantismo triunfalista y devoto es común, sin embargo, escuchar que, pese a todo, los líderes de la Revolución Protestante trajeron al mundo moderno la libertad de conciencia, la libertad intelectual, la libertad de pensar e indagar, incluso la democracia. Y aseguran, además, que los reformadores propiciaron a la separación de Iglesia y Estado, la tolerancia pluralista contra la arbitraria imposición de un solo credo, el impulso de la ciencia y la literatura y la incorporación de principios y métodos que habrían de ennoblecer la civilización moderna.

Ninguna de tales aseveraciones es cierta y ninguno de esos fines estuvo nunca en la mente de los reformadores. Todo lo contrario. Los líderes de la Revolución Protestante prefirieron el despotismo a la democracia, prohibieron la libertad de conciencia, se opusieron a la separación Iglesia/Estado, fueron intolerantes, antifeministas y antisemitas, y rara vez dieron muestras de clemencia o de piedad con sus víctimas. Promovían la servidumbre, nunca mostraron el menor respeto por los derechos humanos o la dignidad de la persona y convirtieron el continente europeo en un vertedero de cadáveres. Que lo hicieran para mayor gloria de Dios es algo que puede creerse. Más difícil es aceptar que Dios les diera permiso para hacerlo.

La Revolución Protestante fue una conmoción religiosa, política y cultural de grandes proporciones, nacida de la corrupción de la Iglesia de Roma, el envilecimiento de la espiritualidad cristiana y la intolerancia de las partes implicadas en el conflicto. Y sí, es verdad, tuvo algunas repercusiones plausibles, como ocurre con todas las revoluciones, pero no las que sus epígonos señalan. Pues a lo que dio paso en realidad fue al absolutismo y el militarismo, que es lo que ha seguido por lo común a todas las revoluciones de la historia.

Los reformadores que se ensalzan en los sermones dominicales, por tanto, están lejos de ser los hombres que nos muestra la historia. En su mayoría son solo personajes de ficción. La conquista de libertades y derechos por parte del hombre común, la compasión hacia él por parte de los gobernantes, la tolerancia, la justicia

independiente, la separación de poderes o el moderno Estado de derechos no se deben a los clérigos del reformismo. Y menos a los de la Iglesia de Roma, un institución que todavía en 1902 proclamaba por boca de Pío IX que «el Estado deba ser separado de la Iglesia es una tesis absolutamente falsa, un error pernicioso, una obvia negación del orden sobrenatural» (Encíclica *Vehemente nos*).

Nadie le haría caso, por supuesto. Occidente había roto finalmente con una teocracia codiciosa, represiva y violenta, promotora del amor a Dios, sí, pero también de cruzadas, conquistas, masacres y persecuciones en Su nombre. Por entre sus mitras y sus báculos comenzaría a emerger una sociedad y una dirigencia nuevas de corte laico y humanista y un Estado secular que, sin descartar creencia ninguna, permitía la existencia de todas y apartaba a los eclesiásticos del poder político, debido al peligro que suponía su participación en los gobiernos. Y ese gran cambio cultural no se debió precisamente a los hombres de Dios, que siempre se resistieron a someterse al poder civil, sino muy a pesar de ellos.

Tras la paz de Westfalia, la tolerancia religiosa, principio eminentemente laico, se volvería un valor cada vez más apreciado, algo ciertamente impensable en las obtusas mentes de los insurrectos y los represores. De haber sido por ellos, la paz de Westfalia no se habría firmado jamás. Fue la sociedad civil quien lo hizo, apartándose de fanatismos e intransigencias teológicas, tras percatarse de que la paz entre los hombres de buena voluntad solo era posible mediante la convivencia religiosa, asunto que ambos cristianismos se habían resistido a aceptar. Un estudioso de la tolerancia, Upton Sinclair, señalaba el pasado siglo que en todo país cristiano donde esa virtud fue adoptada, el motivo se debió a que la autoridad secular forzó a clérigos y pastores a aceptar la convivencia con otros credos. De manera que, si hoy son tolerantes, es porque el poder civil les obligó un día a serlo.

Decir, pues, que los adalides protestantes son los artífices de la modernidad, como se lee en algunos libros y se escucha en emisoras y púlpitos, equivale a saludar con sombrero ajeno. No porque el ser humano proceda del homínido, debemos al homínido habernos convertido en humanos. Es a la evolución de la sociedad y al pensamiento laico que los individuos deben las libertades y derechos de que hoy gozan. La paz y la modernidad las hicieron los hombres de las dos Ilustraciones, la escocesa y la francesa, así como los proponentes de la tolerancia y los derechos del hombre y el ciudadano, como Locke, Hume, Voltaire, Castellio, Jefferson, John Adams y tantos otros. Gracias a ellos, una nueva conciencia política comenzó a tomar forma en nuestra cultura y, por primera vez en más de mil años de cristianismo, se daba al César lo que era del César y a Dios lo que era de Dios.

Pero la separación Iglesia/Estado no sería fácil ni inmediata. Salir de aquel *estado de odio* fue en extremo difícil, como recuerda André Glucksman. Y no ocurriría de golpe. Numerosas «asambleas de paz» establecerían en ciudades y aldeas «pactos de amistad» en los que los habitantes anteriormente divididos por sus credos se aseguraban contra el regreso de la violencia religiosa. Los habitantes de Nyons, en

concreto, acordarían «guardar la ciudad noche y día para no ser sorprendidos por una religión ni por otra».

Si los hombres y mujeres del mundo occidental, en suma, pueden hoy elegir la creencia, el gobierno o la vida que desean, no se lo deben a los reformadores protestantes ni a la Iglesia de Roma, pues siempre estuvieron en contra de liberar a las personas de la servidumbre. Pero con esa inclinación tan suya a apropiarse de toda idea nacida de la sociedad civil, los credos organizados se atribuyen hoy los logros de la civilización moderna, logros que los laicos llevarían a la práctica muy a pesar de los clérigos.

Los principios cristianos de libertad, igualdad y fraternidad fueron por siglos valores librescos y teóricos que solo el laicismo tuvo el valor de legitimar. De ahí que cuando las jerarquías de una u otra parte se atribuyen tales valores o se indignan ante las violaciones de los derechos de las personas, solo inspiran vergüenza ajena. Pues a la dignidad del hombre no se llega por la indignación hipócrita, sino por el reconocimiento y el respeto a unos derechos que los clérigos jamás otorgaron a sus fieles hasta que estos dispusieron arrebatárselos por la fuerza.

14. EL ÚLTIMO CISMA

Es verdad que la gente busca hoy la religión en una gran variedad de formas, pero no la encuentran en la fe cristiana, en la Iglesia [...] La cristiandad sufre una enorme pérdida de significado y la sociedad cristiana que ha existido hasta hoy se está desmoronando. En este sentido, la relación entre la sociedad y la Iglesia continuará cambiando y presumiblemente se encamina hacia una sociedad descristianizada.

JOSEPH CARDINAL RATZINGER (papa Emérito),
Salt of the Earth (1997)

Los cálculos y planes humanos dan a menudo en lo contrario a lo que se espera de ellos. Un ejemplo ilustrativo es el que refiere Ortega y Gasset acerca de sir William Parry, el explorador que por entre los hielos de la Antártida buscaba el Polo Sur. Según propia confesión, Parry avanzó todo un día en dirección norte haciendo correr a los perros de su trineo hasta dejarlos exhaustos. Llegada la noche, verificó las coordenadas a fin de determinar su posición. Y para su sorpresa descubrió que se hallaba más al sur que por la mañana. El trineo y los perros de Parry se habían estado moviendo todo el día hacia el norte sobre un descomunal iceberg que se deslizaba hacia el sur.

A los combatientes de la desgarradura cristiana les ocurrirá algo parecido y las secuelas de la misma constituyen un ejemplo del imprevisible desenlace en que concluyen a veces las mejores intenciones de los hombres. Tres siglos y medio después de haberse firmado la paz de Westfalia, la pérdida de fieles por parte de protestantes y católicos alcanza cifras insólitas. Sobre todo en los países donde los rebeldes se alzaron. El espíritu de la Edad Moderna no es precisamente religioso y ambos cristianismos se hallan inmersos en una sostenida decadencia que nadie habría previsto en los días en que se alanceaban o quemaban vivos entre sí.

Ambos credos suman en la actualidad unos 2,000 millones de seres humanos, el 60 por ciento católicos y el 40 por ciento protestantes. Pero no todos son creyentes, aunque hayan sido bautizados. Se sienten cristianos por cultura, mas no todos lo son por su fe. El motivo de la caída es la presencia de un cisma mucho más profundo que el del siglo XVI, una separación sin guerras ni crímenes y sin hogueras humanas, una ruptura y un extrañamiento sin ruidos que implica a decenas, tal vez cientos de millones de cristianos. Es el éxodo de quienes abandonan calladamente las iglesias de ambos credos, el de los que se han ido sin decir palabra y el de los que se siguen yendo y no regresan. Es el último cisma del cristianismo, hasta el momento, el que protagonizan no líderes enardecidos y fanáticos como los de ayer, sino la multitud de personas que en los últimos cien años se han apartado en silencio de la fe cristiana.

A los apologetas de la mal llamada Reforma, empero, les cuesta admitir que los países con mayor porcentaje de indiferencia religiosa, ateísmo o agnosticismo son

aquellos de raíz protestante que un día protagonizaron la revuelta religiosa contra Roma. Tales son los casos de Suecia (el 65% de la población no es creyente), Dinamarca (el 60%), República Checa, la antigua Bohemia (el 55%), Noruega (el 50%), Alemania (el 45%), Finlandia (44%) y Países Bajos (42%). En el Reino Unido, esa cifra alcanza el 45%.

El anglicanismo se cae a pedazos y es hoy sin ninguna duda el credo «reformado» más próximo a la bancarrota. En cuanto a Escocia, en 2015, al 54% de la población declaraba no profesar ninguna religión, en tanto el presbiterianismo de John Knox se había encogido un 20%. Por último, en Estados Unidos, el porcentaje cristiano de la población (protestantes y católicos sumados) caía un 8 por ciento entre 2007 y 2014, al tiempo que los indiferentes, los no afiliados a ningún credo, los no creyentes y los agnósticos pasaban de un 16 por ciento a casi un 23 en ese mismo período. Comoquiera que se miren esas cifras, no parece que sean tan excitantes como para celebrar ningún jubileo.

La caída no es tan pronunciada en el catolicismo, pero la tendencia es parecida y últimamente se ha acelerado. La cifra de fieles que no practican los sacramentos, santo y seña de la fe católica, crece rápidamente en Europa. Los creyentes van cada vez menos a la iglesia y la indiferencia religiosa es cada día mayor, hecho que se refleja en una declaración casi ritual: «Soy católico, pero no practico». En Holanda, por ejemplo, solo el 10% de los católicos asisten a misa una vez por semana. En Francia, «el país más secularizado de Europa», según palabras de Benedicto XVI, acude el 12%. En Alemania y Austria, el 15. En España, el 18. En Italia, el 25, y en Irlanda el 30.

Las cifras son ciertamente abrumadoras. En 1560, la población europea era de 90 millones de personas. Hoy ronda los 600 millones. Aplíquense los porcentajes citados más arriba a este dato y se podrá visualizar el descomunal tamaño del éxodo. La identidad espiritual de Europa deja rápidamente de ser cristiana, un hecho que las palabras del cardenal Ratzinger citadas al principio de este capítulo corroboran. «La sociedad cristiana que ha existido hasta hoy se está desmoronando», declara con candor y franqueza.

Las personas buscan hoy otras formas de satisfacer la innata necesidad humana de espiritualidad y de buscar sentido a su existencia, lo hagan por la vía de la fe o bien por las del conocimiento y la cultura. Y quienes se han alejado del cristianismo, en especial los jóvenes, lo han hecho buscando una espiritualidad no sujeta a infiernos, demonios y condenaciones eternas. Un creciente porcentaje de europeos piensa que se puede llevar una vida digna sin necesidad de religiones organizadas y, al igual que los humanistas de hace siglos, consideran que en ningún caso el fervor de la fe es moralmente superior a la práctica de la virtud. Hay otros caminos para hallar la verdad, la bondad y la belleza y los seres humanos no son necesariamente mejores ni más respetables por lo que creen que por lo que hacen.

En una entrevista reciente, el novelista británico Ian McEwan, resumía así esta

posición:

Las religiones, los textos sagrados, no son buenas guías para el comportamiento moral. Si pretendieras vivir según los dictados de la Biblia, por ejemplo, esclavizarías a la gente, cometerías genocidio o limpieza étnica. Muchos cristianos leen la Biblia selectivamente. Toman lo que parece prudente y rechazan eso otro. Y hacerlo implica operar en otro sistema moral diferente al de la Biblia.

Los paladines de la Reforma y la Contrarreforma no saldrían de su estupor si tuvieran noticia de las consecuencias de la guerra que libraron ni de que, en el curso de cinco siglos, el cristianismo, cualesquiera que sean sus señas de identidad, ha estado avanzando sobre un descomunal témpano de hielo que se mueve en dirección opuesta a la que sus líderes habían planeado. ¿Qué dirían hoy los Lutero y los Calvino, los Acquaviva y los Paulo III y todos los hombres piadosos que desangraron Europa por imponer unas doctrinas de las que hoy, lenta, pero inexorablemente, se ha ido apartando la grey? Los países menos creyentes de Europa son los que un día tuvieron mayoría protestante. Los católicos les van a la zaga, si bien cada vez más cerca. Y la sociedad levítica que algún día imaginaron es hoy una masa de seres humanos que se desplaza rápidamente hacia la secularización y el laicismo.

Pero acaso más importante que advertir si se equivocaron o no, es preguntarse si valió la pena tanto sufrimiento humano y tantos muertos como los que aquellos hombres causaron en su día. ¿Sirvieron para algo el terror, las persecuciones y las ejecuciones de anabaptistas, hugonotes, valdenses, erasmistas, puritanos y en general de los millones de personas que perdieron la vida por el único delito de practicar una fe diferente a la de su prójimo?

Es en esta situación que las dos fuerzas enfrentadas en 1517 llegan al V Centenario de la revolución y el cisma. El protestantismo se apresta a celebrar la efeméride sobre una pila de trece millones de cadáveres. En cuanto a Roma, la fiesta del enemigo será solo un agrio y dispéptico recuerdo de su trágico fracaso. Pero aun suponiendo que deba celebrarse la sacralización de la guerra y los crímenes de lesa humanidad en que incurrieron, el auge de la fe cristiana no parece que vaya a ser el motivo de la fiesta. Para muchos observadores, Europa es un continente poscristiano, pero los oficiantes del declive aún siguen lanzándose mordiscos y puñaladas. Un rencor añejado por los años y una animosidad mal disimulada divide a sus jerarquías en parecida forma a la de hace 500 años, sobre todo en América Latina, donde el protestantismo crece a costa del catolicismo y a mayor velocidad que lo hizo en Europa en el siglo XVI.

Para el protestantismo, Roma sigue siendo la puta de Babilonia. Para Roma, el protestantismo no ha dejado de ser la pestilencia herética a cuyas diferentes confesiones niega incluso el nombre de Iglesias. Y en justa reciprocidad, buen número de confesiones evangélicas consideran el catolicismo una secta. El protestantismo tiene por cierto que la Reforma rescató a la Iglesia de Cristo de las garras del Demonio. Y en la Iglesia de Roma se asegura que el cisma fue un pecado

del que los protestantes «deberían pedir perdón, así como reconocer sus errores», según declaraciones del cardenal Koch, presidente del Consejo Pontificio para la Unidad de los Cristianos. Catolicismo y protestantismo, en fin, no se perdonan. Son dos credos hostiles, irreconciliables y antagónicos.

Únicamente en algo parecen estar hoy de acuerdo y es en ocultar la sangría que causaron hace cinco siglos. Gente curiosa, los pastores. No se reconcilian entre sí, pero se indultan mutuamente de sus crímenes para blanquear su pasado y su conciencia. Lo que significa que la hipocresía aún goza de buena salud en ambos credos. Y para muestra, un botón. En unas declaraciones a la prensa (junio de 2016), el papa Francisco, quien según lenguas bailaba de joven la milonga, decía en tono jesuítico (no lo podría haber hecho en otro) que las *invenciones* de Lutero fueron una medicina para la Iglesia, «aunque más tarde —y óigase bien, pues lo que sigue es textual— esa medicina le ha consolidado en un estado de cosas, en una disciplina, en un modo de creer y de hacer».

Siempre el lenguaje confuso, siempre la verdad a medias, la simulación, el pretender que se concede algo sin conceder nada. Cantinflas no podría haberlo dicho mejor ni Gardel bailar mejor la milonga.

Más allá de sus respectivas invocaciones a la conciliación y al ecumenismo, dirigidas por hábito a la galería, ambos credos se mantienen en la misma posición que hace cinco siglos. ¿Cómo creer que Roma vaya a reconciliarse con luteranos, calvinistas o presbiterianos, a quienes sigue considerando poco menos que la pata de Judas? ¿Y cómo pensar que los credos protestantes se pongan algún día de acuerdo con Roma, si no pueden ponerse de acuerdo entre ellos?

La paz es siempre un fin en sí mismo, mas no para la clerecía, quien se mete a conciliar pleitos ajenos, mas nunca arregla los suyos. La reunificación del cristianismo es hoy una quimera que no resolverán las declaraciones santurronas ni el beatífico, pero falso, deseo de volverse a unir. Cada confesión se siente en posesión de la fe verdadera y eso es innegociable. Hay un disenso de fondo que ninguna de las partes está dispuesta a conciliar. El futuro en nuestro tiempo no se juzga recurriendo a profecías, sino estudiando tendencias. Y la tendencia es negativa para ambos credos, como advierten claramente los datos a la mano. Pero no sería inapropiado del todo subrayarla con un presagio tal vez más convincente.

Clérigos y pastores acostumbran a subrayar sus opiniones con versículos de las Escrituras, de modo que, en justa correspondencia, tal vez sea oportuno citar un texto de las mismas que parece haber sido escrito para los antagonistas de esta trágica historia. Se trata del proverbio de Salomón que reza:

Aquel que perturba su casa, no heredará más que viento (*Prov. 11:29*).

No parece una profecía sin ton ni son. Sobre todo cuando se piensa en el holocausto que unos clérigos enloquecidos provocaron en la casa cristiana —su casa— hace ahora cinco siglos. ¿La escribió Salomón para ellos? Quién sabe. Pero siendo

palabra de Dios, nada tendría de extraño que la profecía se cumpliera y que, en pago de sus muchas culpas, sus sucesores en el púlpito recibieran un día el viento por herencia.

LAS FUENTES DE ESTE LIBRO

REFORMA

- ARMSTRONG, KAREN. *The Battle for God*. Ballantine Books, New York, 2000.
- ATHERSTONE, ANDREW. *Reformation. A world in turmoil*. Lion Hudson, Oxford, 2015.
- BAINTON, ROLAND H. *The Reformation of the Sixteen Century*. The Beacon Press, Boston, 1963.
- BAINTON, ROLAND H. *Servet, el hereje perseguido*. Taurus, Madrid, 1973.
- BELLOC, HILAIRE. *Characters of The Reformation*. Sheed and Ward, New York, 1955.
- BLOCH, ERNST. *Thomas Müntzer, teólogo de la revolución*. Editorial Ciencia Nueva, Madrid, sin fecha.
- BOADA, JOAN, *et al.* «La reforma protestante». *Cuadernos Historia*, 16, Madrid, 1985.
- CATHERWOOD, C. *Guerras en nombre de Dios*. Ed. El Ateneo, Buenos Aires, 2008.
- CHADWICK, OWEN. *The Reformation*. Penguin Books, London, 1990.
- CLARK, WILLIAM. *The Anglican Reformation*. Charles Scribner's Sons, New York, 1900.
- CORNER, DAN. «Calvin's Dark Side», capítulo III del libro *The Believer's Conditional Security*. Evangelical outreach, Washington, 1999.
- DURANT, WILL. *The Reformation*. Simon & Schuster, New York, 1957.
- EGIDO LÓPEZ, TEÓFANES. *Las reformas protestantes*. Editorial Síntesis, Madrid, 1984.
- ELTON, G. R. *England under the Tudors*. Routledge, New York, 1991.
- FEBVRE, LUCIEN. *Erasmus, la Contrarreforma y el espíritu moderno*. Ediciones Orbis, Barcelona, 1985.
- FERNÁNDEZ-ORTIZ, LEOPOLDO. *Juan Calvino. Su vida y su obra a 500 años de su nacimiento*. Editorial Clie, Barcelona, 2009.
- GILMONT, JEAN FRANÇOIS. «Reforma protestante y lectura», en la obra *Historia de la lectura en el mundo occidental*, de Guglielmo Cavallo y Roger Chartier (eds.), Taurus, Madrid, 2001.
- GREENGRASS, MARK. *Christendom Destroyed (1517-1648)*. Penguin Random House, London, 2015.
- HUIZINGA, JOHAN. *Erasmus and the Age of Reformation*. Charles Scribner's Sons, New York, 1924.
- LANG, ANDREW. *John Knox and the Reformation*. The Perfect Library, Longmans,

- Green and Co., Coventry, 1905. <<http://www.gutenberg.org>>.
- LUTERO, MARTÍN. *Escritos políticos*. Tecnos, Madrid, 1986.
- LUTTIKHUIZEN, FRANCES. *La Reforma en España, Italia y Portugal, siglos XVI y XVII. Bibliografía actualizada*. Editorial MAD, Alcalá de Guadaíra (Sevilla), 2009.
- MADARIAGA, SALVADOR DE. *Carlos V*. Grijalbo, Barcelona, 1980.
- MERLE D'AUBIGNÉ, J. H. *History of the Reformation of the Sixteen Century* (5 vols.). Delmarva Publications, Delmarva, 2013.
- OCKHAM, GUILLERMO DE. *Sobre el gobierno tiránico del papa*. Tecnos, Madrid, 1992.
- O'HARE, PATRICK F. *The Facts about Luther*. Frederick Pustet and Co., New York, 1916.
- PARK FISHER, GEORGE. *The Reformation*. Charles Scribner's Sons, New York, 1906.
- PÉREZ, JOSEPH. *Carlos V*. Ed. Temas de Hoy, Madrid, 1999.
- PIJOÁN, JOSÉ. «La Reforma. Difusión del protestantismo/Zwinglio, Calvino y Knox, Las guerras de religión», en *Historia del mundo* (10 vols.). Salvat Editores, Barcelona, 1969.
- PLAISTED, DAVID A. *Estimates of the number killed by the papacy in the Middle Ages and later*. <www.scribd.com/doc> 2006.
- ROTTERDAM, ERASMO DE. *Elogio de la locura*. Bruguera, Barcelona, 1973.
- ROTTERDAM, ERASMO DE. *Educación del príncipe cristiano*. Tecnos, Madrid, 1996.
- SCOTTI, RITA A. *Basilica. The splendor and the scandal: building St. Peter's*. Plume, Penguin Books Group, 2006.
- SMYTH, HUGH P. *The Reformation*. Extension Press, Chicago, 1922.
- STAUFFER, RICHARD. *La Reforme*. Presses Universitaires de France, Paris, 1970.
- USUNÁRIZ, JESÚS M^a. *La Defenestración de Praga y la Batalla de la Montaña Blanca*. Griso-Universidad de Navarra, Pamplona, 2014.
- VEDDER, HENRY C. *The Reformation in Germany*. The Mac Millan Company, New York, 1914.
- WALKER, WILLISTON. *The Reformation*. Charles Scribner's Sons, New York, 1906.
- ZIEGLER, MARÍA MAGDALENA. «La Reforma y la trastienda de su historia». *Cuadernos Unimetanos*, Universidad Metropolitana de Caracas, 24 de julio de 2010.
- ZWEIG, STEFAN. *Erasmus de Rotterdam*. Ed. Juventud, Barcelona, 1985.
- ZWEIG, STEFAN. *Calvino contra Castellio*. Ed. El Acanalado, Barcelona, 2001.

INQUISICIONES

- ATIENZA, JUAN G. *Los pecados de la Iglesia. Memoria de una ambición*. Ediciones Martínez Roca, Barcelona, 2000.
- BENNASSAR, BARTOLOMÉ. *Inquisición española. Poder político y control social*. Editorial Crítica, Barcelona, 1984.
- CLOUD, DAVID. *The Protestant Persecutions*. Fundamental Baptist Information Service, Port Huron, Michigan, 2005.
- DÍAZ-PLAJA, FERNANDO. *La vida cotidiana en la España de la Inquisición*. Edaf, Madrid, 1996.
- ESCUADERO, JOSÉ A. *et al.* «La Inquisición», l. *Historia* 16, Madrid, 1976.
- ESLAVA GALÁN, JUAN y FERNANDO MARTÍNEZ LAÍNEZ. «La Inquisición». *Revista Historia y Vida*, Barcelona, número 423, año XXXV, junio de 2003.
- HAUGHT, JAMES A. *Holy Horrors*. Prometheus Books, New York, 1990.
- MARTÍN MORENO, FRANCISCO. «La herencia maldita». *El País*, Madrid, julio 15, 2016.
- MENÉNDEZ Y PELAYO, MARCELINO. «Erasmistas y protestantes», en *Historia de los heterodoxos españoles*, Cap.I. Ed. Porrúa, México, 1982.
- MOORE JR., BARRINGTON. *Moral Purity and Persecution in History*. Princeton University Press, New Jersey, 2000.
- PÉREZ, JOSEPH. *Breve historia de la Inquisición española*. Crítica, Barcelona, 2002.
- RAPOPORT, DAVID C. *La moral del terrorismo*. Ariel, Barcelona, 1985.
- REDONDI, PIETRO. *Galileo Heretic*. Princeton University Press, New Jersey, 1987.
- ROTH, CECIL. *The Spanish Inquisition*. W. W. Norton & Co., New York, 1996.
- ROUQUETTE, JULIEN. *Calvin's Victims: The Protestant Inquisition I*. Bloud, Paris, 1906.

JESUITAS

- BIRELEY S. J., ROBERT. «The jesuits and politics in time of war. A self appraisal». *Studies in the Spirituality of Jesuits Issue*, V. 34, No. 5, noviembre, 2002.
- BIRELEY S. J., ROBERT. *The Jesuits and the Thirty Years War. Kings, Courts, and Confessors*. Cambridge University Press, Cambridge, 2003.
- BOYD BARRET, EDWARD. *The Jesuit Enigma*. Boni & Liveright, New York, 1927.
- BROWNLIE, W. C. *Secret Instructions of the Jesuits*. American and Foreign Christian Union, New York, 1857.

- CENTINELA CONTRA JESUITAS y resumen de las causas de su engrandecimiento y corrupción y de los testimonios que contra ellos dieron los hombres más graves y respetables de Europa. Imprenta de Roque Gallifa, Zaragoza, 1845.
- DULLER, EDWARD. *The Jesuits, as They Were and Are*. Seeley, Burnside and Seeley, Londres, 1845.
- EGIDO, TEÓFANES, JAVIER BURRIEZA SÁNCHEZ y MANUEL REVUELTA GONZÁLEZ. *Los jesuitas en España y en el mundo hispánico*. Fundación Carolina, Madrid, 2004.
- GÓMEZ-OLIVER, VALENTÍ y JOSEP M. BENÍTEZ. *31 jesuitas se confiesan*. Ediciones Península, Barcelona, 2003.
- HOENSBROECH, PAUL VON. *Forteen Years a Jesuit*. Bank of Wisdom, Louisville, 2002.
- IGLESIAS-RONDINA, CLARA. *Maquiavelo y los jesuitas. Una introducción*. Amazon, Kindle edition, 2014.
- LOZANO NAVARRO, JULIÁN J. *La Compañía de Jesús y el poder en la España de los Austrias*. Cátedra, Madrid, 2005.
- MIRANDA, FRANCISCO XAVIER. *El fiscal, fiscalizado. Apología de los jesuitas contra Campomanes*. Universidad de Alicante, Alicante, 2013.
- NOBLE, ARTHUR. «The Jesuits and their Strategy to destroy Britain». Conferencia del *Fourth EIPS Seminar, 2002*.
- POLLEN, J. H. *The Supression of the Jesuits*. Encyclopedia Press, New York, 1913.

CRISTIANISMOS

- ARANGUREN, JOSÉ LUIS. *Catolicismo y protestantismo como formas de existencia*. Biblioteca Nueva, Madrid, 1998.
- BETTENSON, HENRY (ed.). *Documents of the Christian Church*. Oxford University Press, Oxford, 1967.
- CASTRO ZAFRA, ANTONIO. *Los círculos del poder. Apparat vaticano*. Ed. Popular, Madrid, 1987.
- CELSE. *El discurso verdadero contra los cristianos*. Alianza Editorial, Madrid, 1988.
- CHAMBERLIN, E. R. *Los papas malos*. Ed. Orbis, Madrid, 1985.
- CLAVES DE LA RAZÓN PRÁCTICA. No. 234. Madrid, mayo-junio, 2014.
- ELLERBE, HELLEN. *The Dark Side of Christian History*. Morningstar Books, San Rafael CA, 1995.
- HIPPONENSIS, AGUSTINUS. *La predestinación de los santos*. Traducción: Emiliano

López,

OSA.

<http://www.augustinus.it/spagnolo/predestinazione_santi/index2.htm>.

KÜNG, HANS. *The Catholic Church, a short history*. Modern Library, Random House, New York, 2001.

PÉREZ DE ANTÓN, FRANCISCO. *El gato en la sacristía*. Taurus, Guatemala, 2002.

PÉREZ DE ANTÓN, FRANCISCO. «Ciudad eterna e incrédula». *Revista Crónica*, Guatemala, junio 13, 1999.

PIÑERO, ANTONIO. *Los cristianismos derrotados*. Edaf, Madrid, 2011.

PIÑERO, ANTONIO. *Orígenes del Cristianismo*. Editorial El Almendro, Córdoba, 1991.

RANKE, LEOPOLD VON. *Historia de los papas*. Fondo de Cultura Económica, México, 1993.

RATZINGER, JOSEPH CARDINAL. *Salt of Earth. The Church at the end of the Millenium*. Ignatius, San Francisco, 1997.

RONDÓN SANTOS, JORGE. *La gracia y la predestinación según san Agustín*. Miles Christie, 11 de julio de 2012.

SENDÓN DE LEÓN, VICTORIA. *La España herética*. Icaria, Barcelona, 1986.

SINCLAIR, UPTON. *The Profits of Religion*. Prometheus Books, New York, 2000.

TILlich, PAUL. *A History of the Christian Thought*. Simon and Schuster, New York, 1968.

TORRENTS, JOSÉ MONSERRAT. *La sinagoga cristiana: el gran conflicto religioso del siglo I*. Muchnick Editores, Barcelona, 1989.

WEBER, MAX. *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. Ediciones Península, Barcelona, 1975.

WILLS, GARRY. *Saint Augustine*. Penguin Putnam, New York, 1999.

WUCHER, ALBERT. *Breve historia de los papas*. Ed. El Ateneo, Buenos Aires, 1963.

ENSAYO, HISTORIA GENERAL, FILOSOFÍA

ARIAS, JUAN. *La Biblia y sus secretos*. Aguilar, Madrid, 2004.

BASTIAN, JEAN PIERRE. *Protestantismo y modernidad latinoamericana*. Fondo de Cultura Económica, México, 1994.

BATAILLON, MARCEL. *Estudios sobre Bartolomé de las Casas*. Ed. Península, Barcelona, 1976.

BELLO, JOSEFIN. *Frtailes, intendentes y políticos*. Taurus, Madrid, 1997.

- BERLIN, ISAIAH. *El fuste torcido de la humanidad*. Ed. Península, Barcelona, 1998.
- BOOTH, LEO. *When God Becomes a Drug*. Jeremy P. Tracher, Inc., Los Angeles, 1991.
- BOORSTIN, DANIEL J. «Los descubridores», Vol I. *El tiempo y la geografía*. Grijalbo-Mondadori, Barcelona, 1986.
- BRIOSCHI, CARLO ALBERTO. *Breve historia de la corrupción*. Taurus, Madrid, 2010.
- BRONOWSKI, J. *The Ascent of Man*. Little Brown, Boston, 1973.
- CARLYLE, THOMAS. *Los héroes*. Ediciones Orbis, Barcelona, 1985.
- CHADWICK, HENRY. *The Early Church*. Penguin Books, London, 1993.
- CHAUCER, GEOFFREY. *Cuentos de Canterbury*. Bruguera, Barcelona, 1971.
- COMTE, AUGUSTO. *Discurso sobre el espíritu positivo*. Ediciones Altaya, Barcelona, 1995.
- DELICADO, FRANCISCO. *La lozana andaluza*. Editorial Castalia, Madrid, 1972.
- DELUMEAU, JEAN. *El miedo en Occidente*. Taurus, Madrid, 1989.
- DELUMEAU, JEAN. *La confesión y el perdón*. Alianza Universidad, Madrid, 1992.
- DURANT, WILL. *Los héroes de la historia*. Editorial Suramericana, Buenos Aires, 2003.
- FICINO, MARSILIO, LORENZO VALLA, ANGELO POLIZIANO, PICO DELLA MIRANDOLA, PIETRO POMPOZZI, BALDASARE CASTIGLIONE, FRANCESCO GUICCIARDINI. *Humanismo y Renacimiento*. Selección de Pedro R. Santidrián. Alianza Editorial, Madrid, 1986.
- GARCÍA DE CORTÁZAR, FERNANDO. *Los perdedores de la Historia de España*. Planeta, Barcelona, 2006.
- GARCÍA DAMBORENEA, RICARDO. *Uso de razón*. Biblioteca Nueva, Madrid, 2000.
- GIL BERA, EDUARDO. *Historia de las malas ideas*. Destino, Barcelona, 2003.
- GIRARD, RENÉ. *La ruta antigua de los hombres perversos*. Editorial Anagrama, Barcelona, 1989.
- GONZÁLEZ-TREVIJANO, PEDRO. *Los dragones de la política*. Prólogo de Mario Vargas Llosa. Galaxia Gutenberg, Círculo de Lectores, 2010.
- GRADY, J. LEE. *Diez mentiras que la Iglesia dice a las mujeres*. Strang Communications, Lake Mary, 2000.
- GUICCIARDINI, FRANCESCO. *Maxims and Reflections (Ricordi)*. University of Pennsylvania Press, Pennsylvania, 1965.
- GUIMÓN, PABLO. «Entrevista con Ian McEwan. La utopía es una de las nociones más

- destructivas». *El País*, «América», 24 de noviembre, 2015.
- HOBBS, THOMAS. *Del ciudadano y Leviatán*. Taurus, Madrid, 1989.
- JOHNSON, PAUL. *Héroes*. Ediciones B, Barcelona, 2008.
- KNEALE, MATTHEW. *Historia de las creencias*. Taurus, Madrid, 2013.
- LEWIS H., LAPHAM. *The End of the World*. St. Martin's Press, New York, 1997.
- LOCKE, JOHN. *Carta sobre la tolerancia*. Tecnos, Madrid, 1991.
- LLORCA, GARCÍA VILLOSLADA, MONTALBÁN (de la Compañía de Jesús). «Historia de la Iglesia Católica», Vol I. *Edad Antigua*. Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 1978.
- MEYER, BRUCE. *Héroes*. Ediciones Siruela, Madrid, 2007.
- NIETZSCHE, FRIEDRICH. *El Anticristo*. Alianza Editorial, Madrid, 1982.
- NOCE, AUGUSTO DEL. *Italia y el Eurocomunismo*. Ed. Magisterio Español, Madrid, 1977.
- ORTEGA Y GASSET, JOSÉ. *Meditaciones del Quijote*. Revista de Occidente, Madrid, 1975.
- PAINE, THOMAS. *The Age of Reason*. Citadel Press, New York, 1991.
- PARAVICINI BAGLIANI, AGOSTINO. «Los símbolos del poder». *Revista La Aventura de la Historia*, Año 2, número 21, julio, 2000.
- PICO DELLA MIRANDOLA, GIOVANNI. *Oration on the Dignity of Man*. Regnery/Gateway, South Bend, Indiana, 1956.
- RICO, FRANCISCO. *El sueño del humanismo*. Alianza Universidad, Madrid, 1997.
- SILVA-HERZOG MÁRQUEZ, JESÚS. *La idiotez de lo perfecto. Miradas a la política*. Fondo de Cultura Económica, México, 2006.
- STEINER, GEORGE. *Diez (posibles) razones para la tristeza del pensamiento*. Fondo de Cultura Económica, México, 2007.
- STEINER, GEORGE. *Nostalgia del Absoluto*. Siruela, Madrid, 2001.
- STEINER, GEORGE. *La barbarie de la ignorancia*. Mario Muchnik, Madrid, 1998.
- SUBIRATS, HÉCTOR. *El escepticismo feliz*. Mondadori, Madrid, 1989.
- UTRILLA ROBLES, MANUELA. *Fanaticism in Psychoanalysis*. Karac, London, 2010.
- VIRGILIO. *Eneida*. Editorial Cátedra, Madrid, 2006.
- VOLTAIRE. *Tratado de la tolerancia*. Editorial Crítica, Barcelona, 1992.
- VOLTAIRE. *Diccionario filosófico*. Akal, Madrid, 1985.
- WIDENER, ALICE (Ed.). *Gustave Le Bon. The Man and his Works*. Liberty Press,

Indianapolis, 1979.

ABOLICIÓN DEL INFIERNO, EL CIELO Y EL PURGATORIO

BEDOYA, JUAN G. «El papa dice que el cielo existe, pero no en un lugar físico». *El País*, Madrid, 22 de julio de 1999.

JULIANA, ENRIC. «Los jesuitas recuerdan a la teología disidente que el infierno existe como estado del alma. (La revista jesuita *Civiltá Cattolica* recupera la idea del infierno, antes obsesiva en el catolicismo, no como lugar de fuego y tortura, sino de condena espiritual)». *La Vanguardia*, Barcelona, 17 de julio de 1999.

JULIANA, ENRIC. «El papa Juan Pablo advierte que el paraíso no debe entenderse como un lugar entre las nubes». *La Vanguardia*, Barcelona, 22 de julio de 1999.

JULIANA, ENRIC. «El papa Juan Pablo II coincide con los jesuitas en que el infierno no es un lugar en llamas». *La Vanguardia*, Barcelona, 29 de julio de 1999.

JULIANA, ENRIC. «El papa cierra su reflexión sobre el cielo y el infierno desmitificando el purgatorio». *La Vanguardia*, Barcelona, 5 de agosto de 1999.

GALÁN, LOLA. «El papa ve el Purgatorio como un estado “para purificarse más”». *El País*, Madrid, 5 de agosto de 1999.

BIBLIAS CONSULTADAS

Biblia de Jerusalén. Ed. Desclée de Brouwer, Bilbao, 1998.

Sagrada Biblia, Nácar-Colunga. Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 1976.

Santa Biblia, Reina-Valera 1995. Edición de Estudio. Sociedades Bíblicas Unidas, Estados Unidos de América, 1998.

Santa Biblia, versión de Casiodoro de Reina. Editada y anotada por C. I. Scofield. Editorial Publicaciones Españolas, Dalton, Georgia, 1977.

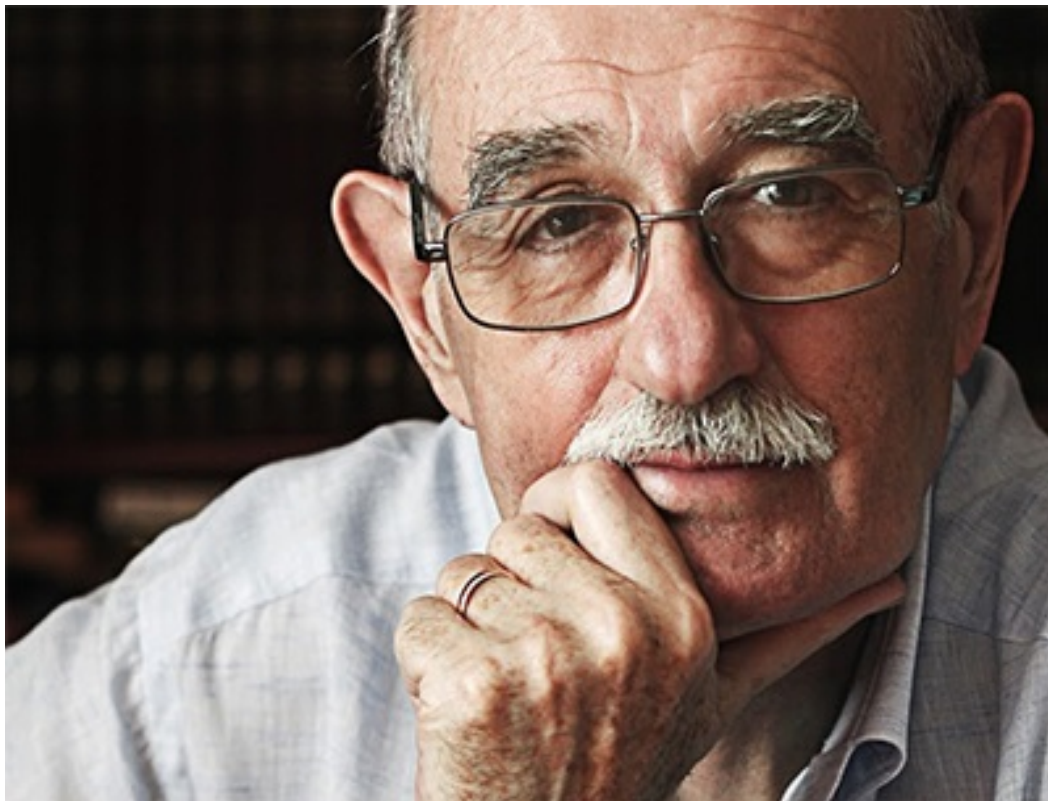
ESTADÍSTICAS Y DATOS

Pew Research Center.

<<http://www.pewresearch.org/>>.

SCIOLINO, ELAINE. «Europeans Fast Falling Away From Church». *The New York Times*, April 19, 2005.

WHITE, MATTHEW. *El libro negro de la Humanidad. Crónica de las grandes atrocidades de la Historia*. Crítica, Barcelona, 2012.



FRANCISCO PÉREZ DE ANTÓN nació en Soto de Caso (Oviedo, España) en 1940 y reside en Guatemala desde 1963. Hombre de empresa, economista, ingeniero y catedrático durante buena parte de su vida, se retiró de la actividad empresarial y la docencia en 1984 para dedicarse al periodismo y la literatura; en 1987 fundó con un grupo de amigos el semanario *Crónica*, cuyo Consejo Editorial presidió hasta 1998. Su obra de ensayo y narrativa comprende los siguientes títulos: *Ética de la libertad* (1979), *Cansados de esperar el sol* (1985), *En corteza de amate* (1990), *El poso de la espuma* (1994), *Un lugar llamado Quivira* (1997), *El vuelo del faisán herido* (2000), *Memorial de cocinas y batallas* (Aguilar, 2002), *El gato en la sacristía* (Taurus, 2002), *Ciudad de Guatemala* (en colaboración, 2003), *Chapinismos del Quijote* (Taurus, 2005), *Los hijos del incienso y de la pólvora* (Alfaguara, 2005, Debolsillo, 2016), *La guerra de los capinegros* (Alfaguara, 2006, Debolsillo, 2016), *Hombre adentro* (Alfaguara, 2007), *El sueño de los justos* (Alfaguara, 2008, Debolsillo, 2016), *Veinte plumas y un pincel* (Aguilar, 2011), *Callejón de Dolores* (Alfaguara, 2012, Debolsillo, 2016), *Los equíbocos de Blas Bielsa* (Aguilar, 2013) y *La amapola de Westminster* (Alfaguara, 2016). Miembro de número de la Academia Guatemalteca de la Lengua, de la Academia de Geografía e Historia de Guatemala y Premio Nacional de Periodismo (2005), ha sido también colaborador de una veintena de diarios y revistas de América Latina.

En 2011 su obra fue galardonada con el Premio Nacional de Literatura Miguel Ángel Asturias.

